



Ignacio del Valle  
Soles negros

Lectulandia

La cuarta y sorprendente entrega de la serie del «Capitán Arturo Andrade», una gran novela negra en la España franquista.

«La muerte. La muerte no era solo un cuerpo sin vida, sino un lenguaje con su propio alfabeto, y para eso se encontraba allí, para descifrarlo, para escuchar lo que ella tenía que susurrarles».

El capitán Arturo Andrade, miembro del SIAEM (Sección de Información del Alto Estado Mayor), es destinado a Pueblo Adentro, una aldea a pocos kilómetros de su Badajoz natal y centro de la resistencia anarquista extremeña. Incapaz de hacer las paces con los demonios del pasado, tendrá que investigar el misterioso asesinato de una niña. Pero el cadáver de la pequeña no es más que la punta del iceberg que lleva a las más altas esferas del régimen, en el que trabajan hombres dispuestos a todo para cumplir los peculiares deseos de algunos poderosos.

Andrade y su amigo Manolete, antiguo compañero de armas en la División Azul, cruzarán sus caminos con el honor del anarquista Ventura Rodríguez y de su familia, en una carrera contrarreloj para salvar la vida de una niña desaparecida y descubrir la verdad.

**Lectulandia**

Ignacio del Valle

# **Soles negros**

**Arturo Andrade - 4**

ePub r1.0

Titivillus 20.03.16

Título original: *Soles negros*  
Ignacio del Valle, 2016  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A mi madre,  
calor, seguridad, amor, dulzura*

*¿Quién será poderoso a dar a entender que la defensa ofende, que las centinelas duermen, que la confianza roba y el que os guarda os mata?*

MIGUEL DE CERVANTES  
*El coloquio de los perros*

# 1

## Insolación

—Malos frutos da esta tierra.

Celedonio mantenía los ojos fijos en un montón de tierra recién removida, en aquella finca árida e inculta al borde de un encinar. Una mano pequeña y delicada sobresalía entre los terrones secos, pardos y rojizos, revuelta con hojas podridas, ramitas, piedras y mechones de cabello castaño. Arturo también tenía la mirada quieta tras sus gafas ahumadas, pero en una enorme babosa negra y brillante que ondulaba unos centímetros a la izquierda de la mano. Unos metros más allá, uno de los números de la Guardia Civil vomitaba de rodillas, mientras su compañero le sujetaba por los hombros. Se escuchaba el monótono zumbido de los insectos, sonó el disparo lejano de algún cazador. La canícula hacía que el aire se estremeciera, las frentes brillasen de sudor, la ropa se volviese pegajosa y asfixiante. Los campos extremeños se consumían en una fiebre lenta. Arturo se echó el sombrero hacia atrás con un par de dedos y se volvió hacia Celedonio, el alcalde del pueblo cercano, con su cabeza de yunque, una enorme barriga y un bulto en el cuello.

—¿Y cuándo dice que la descubrieron?

—En la mañana; fue Faustino, uno de los porqueros del señor duque. Su perro empezó a ladrarle a un grupo de cochinos que se habían reunido aquí y, cuando se acercó, encontró lo que ve. Los animales estaban desenterrándola.

Arturo apretó la mandíbula congestionado y se quitó la chaqueta, retirando con el dorso de la mano el sudor que se le metía en los ojos. Había tanta luz que parecía que un segundo sol se hubiera puesto a resplandecer. Se acercó a la manita y aplastó con la puntera la gruesa babosa que estaba a punto de rozarla; lo hizo con un movimiento giratorio, lento, y limpió la pasta sanguinolenta en una piedra. A continuación dobló minuciosamente su chaqueta, la colocó en el suelo, se quitó las gafas, guardándolas en un bolsillo, y, en cuclillas, estudió la escena. Permaneció así, sombrío, silencioso, inmóvil. Un runrún de moscas al reclamo de la muerte, legiones de hormigas fluyendo hacia el cuerpo. Se arrodilló y comenzó a apartar la tierra a puñados hasta hacer brotar el rostro y el cuerpo de la niña, porque no era más que eso. Estaba cubierta únicamente por un camisón, y mostraba por todo su cuerpo verdugones violáceos, que no debían ser confundidos con los esporádicos bocados de los cochinos. Sus ojos color aceituna cubiertos por una película lechosa, las líneas suaves de su cara, un cuerpo flaco y liso. No olía, y la carne todavía estaba firme; no podía llevar mucho tiempo así. Arturo espantó las moscas con un gesto impaciente. Aunque las pezuñas de la piara habían transformado el terreno en un barullo indescifrable, lo

registró todo palmo a palmo, a pie, de rodillas, gateando.

En el transcurso de su pesquisa, el guardia civil, pálido y sudoroso, fue llevado por su compañero a una zona umbrosa, y ayudado a sentarse contra un tronco. El alcalde también optó por ponerse a la sombra. Al cabo, Arturo volvió su atención a la niña; no le cuadraban los pinchazos que había descubierto en las yemas de sus dedos. Y entre sus cabellos, tampoco unas partículas blanquecinas. Sacó una libreta, arrancó una hoja, y con una pequeña navaja fue recolectándolas una por una, doblándola herméticamente. Se irguió y se puso la mano en la nuca; tenía el cuello quemado por el sol. La frente le empezó a latir; recogió su chaqueta y se puso a resguardo junto a los números. Una cantimplora estaba pasando de uno al otro; el de la pájara tenía la cara chorreante de agua y los cuellos del uniforme húmedos.

—¿Me dan un poco? —preguntó Arturo.

—Claro, sírvase.

Le entregaron la cantimplora y tras refrescarse el rostro y el cuello echó un par de tragos generosos. Enroscó el tapón y la devolvió. El alcalde se les unió secándose la cara con un pañuelo.

—¿Qué tal se encuentra? —preguntó Arturo al del jamacuco.

—Mejor —respondió el guardia con cara de circunstancias.

—Este calor... —se quejó Arturo— y esta mierda de moscas —soltó un violento manotazo—, por qué hay tanta mosca...

—La solana es comprometida, y pone nerviosa a la gente —acotó el cabo—, hay querellas por nada y angelitos al cielo... A nosotros se nos acumula el trabajo. Hace una semana, un vecino descubrió a su mujer con otro hombre, cogió una pistola y la mató. Sin más.

—¿Cuántas veces disparó?

La pregunta cogió desprevenido al cabo.

—Todo el cargador.

—Entonces es que la quería mucho —sentenció Arturo—. Volviendo a lo nuestro, ¿no han avisado al juez?

—Está de camino, con el cura.

—¿Y el fotógrafo?

—De resaca, están resucitándolo.

Arturo observó al número, que toqueteaba el correaje e intentaba ponerse otra vez el tricornio.

—¿Ha habido denuncias de desapariciones? —retomó Arturo.

—De críos no.

—¿Y de qué entonces?

—De ganado, de maridos que se fueron a buscar tabaco, pero no de críos.

Arturo hizo un gesto burlón y asintió.

—Y este campo ¿de quién es?

—Del señor duque —contestó esta vez el alcalde.

—¿Cómo se llama?

—Manuel Alfonso Pío Judas Ramón Cabrera y Flores de Lizaur.

—Ya.

El silencio de Arturo era una búsqueda. Observó al cabo, que tenía una de esas barbas necesitadas de dos rasurados diarios y que gastaba una seriedad rigurosa.

—¿Tienen algún sospechoso capaz de hacer algo así? —inquirió.

—Sospechosos los de siempre, pero de esto... no los veo.

—Bien, entonces quiero que enchiqueren a cualquier mendigo o desconocido que haya aparecido por la zona en los últimos tres días.

—¿Por qué los detenemos?

—Por respirar. ¿No es suficiente?

—Esto ha sido cosa de los rojoseparatistas —intervino Celedonio, indignado.

—No —le contradijo Arturo—, esto es cosa de algún hijo de la gran puta.

El alcalde enrojeció todavía más y guardó silencio. Arturo volvió la vista hacia el cadáver; ¿por qué?, ¿por qué no se acostumbraba a la muerte?, ocurría a todas horas, era como nacer, igual de vulgar, igual de milagroso, estás y de repente no estás. O quizás era aquella muerte en concreto, la de una cría que no había podido vivir y sufrir con toda su variedad de formas, con toda su complejidad. La contrariedad, el enojo, el desconcierto. Una gota de sudor le cayó por la sien hasta la mitad de la mejilla y fue a parar detrás de la mandíbula. Las moscas acudieron a ella, Arturo lanzó violentos manotazos.

—Esto es increíble.

—Las moscas también se vuelven locas con el calor, como la gente —subrayó el cabo.

Arturo obvió el comentario y siguió considerando la escena con una mirada indolente. El culpable o los culpables habían masacrado a aquella cría, seguramente en otro lugar, y se habían tomado la molestia de trasladarla hasta allí. Aquello todavía no le suscitaba preguntas, pero sí inquietudes. Un vehículo, de noche, por aquellas carreteras solitarias, dos chispas atrayendo todas las miradas, implicaba un riesgo, una necesidad; eso o la seguridad de que no iban a ser detenidos. Y aquellos puntos de sangre en los dedos. Y las partículas lechosas.

Indicios.

Ritmos.

—¿Adónde se llevan el cuerpo? —no hizo la pregunta a nadie en concreto.

—Tienen una nevera en Cáceres —respondió el alcalde.

—¿El juez viene de allí?

—Sí.

—¿Y el médico?

—Ese viene de aquí, del pueblo.

A lo lejos sonó el matraqueo de un motor, acompañado de un humo negro y grumoso. Arturo se puso las manos en la cadera y siguió con la vista al cascado Fiat

que arrastraba estelas de polvo.

—Que alguien lo pare —dijo—. Y rápido.

El cabo, tras comprobar que su compañero seguía indispuerto, se echó el fusil al hombro y corrió campo a través. Les dio el alto; del coche bajaron un sacerdote y dos personas más, que hablaron con el guardia civil y le siguieron en dirección al encinar. El alcalde hizo las presentaciones; cuando Arturo ya fue el capitán Arturo Andrade, advirtió al cura que, de momento, rezase a distancia, y se hizo acompañar por el juez y el fotógrafo. Este último, un tipo flaco y blanco como el requesón, sudaba la gota gorda para echar todo el alcohol que había trasegado la noche anterior. Se metieron en harina al tiempo que Arturo iba dando instrucciones y acotando dudas; cuando creyó que podían volar solos, se apartó con el cabo. Sus sombras se espigaron.

—Usted se llamaba Salvador.

—Sí, mi capitán.

—¿Y sabe por qué le he mandado parar el coche?

—Para no enredar más la zona.

—Bien, Salvador, es usted tan espabilado como creía. Y ahora me lo va a seguir demostrando: ¿hay mecánico en el pueblo?

—Y bueno, Fulgencio.

—Mejor que mejor. Me lo va a traer, le explica el lío y que les eche un vistazo a las huellas de los neumáticos. A ver qué saca.

—Lo que usted mande.

—También quiero hablar con ese tal Faustino, el porquero.

—No hay problema.

—Y... —Arturo contempló los espejismos humeantes que exhalaba la tierra— ¿dónde puedo encontrar a ese duque?

—En su propiedad de Las Recias. Si no está allí, suele cazar por la sierra de San Pedro.

Arturo asintió.

—Gracias. Y una cosa más, Salvador.

—Dígame.

—Usted sabe que sobre lo que le han hecho a esa pobre niña el cielo no hablará, el campo no hablará, las moscas no hablarán y Dios no dirá ni pío.

El guardia afirmó sin mediar palabra, circunspecto.

—Pero para eso estamos nosotros aquí, ¿cierto?

—Cierto.

—Lo que realmente quiero saber es si usted va a estar conmigo.

La mandíbula de Salvador se endureció.

—Estoy con usted.

—Me alegro..., me alegro mucho. Y ahora mírela —señaló a la cría.

El guardia le echó un vistazo al cuerpo y volvió a mirar a Arturo.

—Mírela otra vez —le animó este con una sonrisa.

Salvador la observó, pero cuando iba a torcer la cabeza, Arturo le contuvo.

—No, siga mirándola, mírela bien —su gesto se petrificó—. No deje de mirarla el resto de su vida...

## Una profecía de amor y supervivencia

En la Antigüedad, los soldados griegos que regresaban de la guerra debían pasar por un proceso de purificación antes de reincorporarse a la sociedad que habían salido a defender, y entre los diversos rituales se producía un exilio temporal de la polis. Arturo había cumplido la tradición después de escapar milagrosamente de Berlín, primero haciéndose pasar por trabajador desplazado, y luego huyendo a la zona aliada, donde fue apresado por los ingleses y estuvo unos meses detenido, hasta que pudo regresar a España. Una vez en Madrid, el Estado no tardó en encuadrarlo en su maquinaria mediante un ascenso por los «servicios prestados» —colgándole de paso algo de chatarra en el pecho— y un puesto en el SIAEM, el Servicio de Información del Alto Estado Mayor. Años antes, durante la guerra civil, ya había servido en criptografía, pero su nuevo rango y la experiencia adquirida lo habían convertido en un comodín dentro del grupo de operaciones internas. Sin embargo, el capitán Arturo Andrade debía cumplir con los ritos.

Había estado casi cinco años fuera del país, y el regreso no había sido amable. A la ausencia de parientes o amigos que le aguardasen se sumaba el estado deplorable de una sociedad sobre la que ondeaba la bandera negra de la pobreza y el hambre. Paisajes eremíticos en los que la enfermedad, la depresión, el estraperlo y los sabañones se habían enseñoreado de almas y haciendas. Y las represalias, las depuraciones. El miedo. Eso era lo que veía sobre todas las cosas: el miedo titilando en los ojos de la gente. Arturo había intentado buscar supervivientes de Leningrado o Berlín, amigos, conocidos que hubieran regresado todo lo enteros que se podía, pero solo había encontrado desilusión y amargura. La mayoría se debatía entre el ninguneo, las mutilaciones y unas cabezas sonadas por la guerra; peces que boqueaban fuera de su elemento natural, con la añoranza de un mundo en el que el tiempo perdía el sentido, solo se pensaba en la adrenalina, y que contemplaban Madrid como un decorado que en cualquier momento se fuese a hundir para mostrar los campos nevados de Rusia o las ruinas humeantes de Berlín. Especialmente sangrante era el caso de aquellos dados por fallecidos o desaparecidos, y que, cuando regresaban de entre los muertos, se encontraban con que sus mujeres habían rehecho su vida con otros hombres.

En efecto, tenía treinta y tres años que parecían siglos, y había decidido quitarse de en medio una temporada. No se le ocurrió otra cosa que volver a casa: Extremadura.

Durante mucho tiempo había odiado su tierra, pero la melancolía terminó por rebosar. Por supuesto, no podía ir a Badajoz; los recuerdos de lo sucedido allí durante la guerra se arracimaban a su alrededor como cuervos, y además no podía correr el riesgo de que alguien le reconociese. Cierto que habían pasado once años desde los hechos, pero su intensidad hacía indeleble su memoria. Su única concesión fueron una cálida nostalgia de las robustas piernas de su madre, cuando se agarraba a ellas de pequeño mientras ella hacía las camas, remetiéndolo las sábanas con pulcritud, y una visita furtiva al cementerio donde descansaban. Recordaba haber vagado entre tumbas y aparatosos panteones, estatuas de esqueletos armados con guadañas, clepsidras de piedra, mujeres de mármol vestidas con túnicas mojadas...

Decidió que su acomodo sería en Cáceres, y había alquilado una modesta casa en Arroyo de la Luz, un pueblo cerca de Malpartida. Los primeros días habían transcurrido entre la holganza, la lectura y los paseos. Había contratado a una señora para que limpiase y le diese de comer, y en un par de visitas a Cáceres para solucionar papeleos había comprado una biblioteca a precio de remate. Asimismo se había dedicado a leer sistemáticamente todos los periódicos que había podido conseguir, a fin de intentar descifrar entre las tergiversaciones, retóricas, falacias, mixtificaciones, eufemismos y dobles sentidos lo que pudiese ayudarlo a conformar una realidad más allá de las cosméticas al servicio del poder. Entre lo que le habían contado en los pasillos oficiales, lo que chachareaba con los vecinos y lo que sacó en limpio de la prensa, llegó a la conclusión de que la realidad estaba jodida.

Aparte de la calórica dieta que le guisaba la criada, siguió otra a base de novelas, autores unos excesivos, que le hacían ver el mundo a su manera, cercanos otros, que le hablaban de tú a tú acerca de sus debilidades, de sus contradicciones. Y todo complementado con largas caminatas a la vera del río. Había una felicidad especial en un río en verano, y si le había fallado la religión, que era la búsqueda de la felicidad en el más allá, y la política también se le había venido abajo en su búsqueda en el más acá, la naturaleza no le estaba defraudando a la hora de esquivar toda la ceniza que le rodeaba. Extraía la fuerza de la tierra, de los árboles de denso follaje, de las cigüeñas anidadas en los tejados de las casas, de la corteza de los olivos, de los melones que maduraban bajo el sol, de la gente con la que charlaba esporádicamente, moldeada por la dureza de la vida como las piedras por la corriente. Gente que no albergaba la menor duda sobre las cosas importantes. Mientras ocupaba así sus días, no hacía daño a nadie —ni siquiera a sí mismo—, y no se preocupaba de conceptos insondables; el amor, la justicia, la guerra, el mal..., todo aquello que casi lo había llevado a la aniquilación.

En ese tiempo, Arturo adquirió otra afición: la pesca. Paseaba por la orilla, un hilo de

tierra entre el follaje, espantando de vez en cuando mosquitos ligeros como ceniza cuando encontró a un tipo junto a una caña. Callado, hosco en un principio, logró entablar una conversación con él. Le reveló que el secreto de la pesca era saber elegir el lugar, y por supuesto contar con la suerte. No era una afición para gente agresiva o nerviosa; se escogía cuidadosamente el sedal, los anzuelos, el cebo..., y se tiraba uno horas en silencio. A veces podías quedarte dormido, y al despertar ver el cielo azulísimo. Cuando llegaba el momento de tirar de la caña y sacar al pez que se retorció en el anzuelo, lo desenganchaba y lo arrojaba sobre la hierba, contemplando sus convulsiones. Otras veces lo quebraba con un desagradable chasquido para evitar la agonía. No era una actividad inocente, pero limitaba los daños.

Algunas tardes, a pesar del calor tórrido, el crepúsculo soplaba un frescor desde el río.

El agua brillaba.

El horizonte adoptaba un tono rojizo.

Las nubes de verano cambiaban de color sin cesar.

Una de las mañanas, se miró al espejo y se peinó. Le habían salido un montón de canas, pero no le importó. Se notaba más gordo. Tenía proyectos, incluso alguna esperanza. Deseos de seguir viviendo. Todo indicaba que aquel iba a ser un exilio perfecto. Hasta que empezaron a llegar los fantasmas.

El primero fue el de su madre. Apareció en sueños, en un jardín gris y seco. La muerte la había convertido de nuevo en una chica joven. Caminaba y él la seguía. Solo podía verle la espalda. La llamó por su nombre pero ella no reaccionó, empezó a correr pero no la alcanzaba. Hasta que ella se detuvo y se volvió; su cara era la de un ángel muerto, de una palidez espectral. No tenía labios. Y sus manos se posaban sobre los ojos. Cuando las retiró, él no quiso mirar. Despertó.

En las siguientes noches hubo un desfile de espectros. Se sentaban en el borde de la cama, paseaban por la habitación, se le quedaban mirando durante horas, sin decir nada. Soldados muertos hacía mucho tiempo, amigos, enemigos que iban y venían, una cabalgata sin sentido. Amanecía con los ojos quemados por el insomnio, flotando en una mezcla de agotamiento, melancolía y asco. Semana tras semana, noche tras noche, el carrusel giraba y los días se llenaban de dolores de espalda, de irritabilidad, de confusión, de temblores.

Una tarde se sorprendió mirando fijamente su pistola. Fue entonces cuando decidió ir al médico. En una consulta de Cáceres, el doctor despachó la cuestión con una verborrea acerca de la necesidad de «mantenerse enhiesto ante las circunstancias adversas» y unas recetas de inyecciones de éter y sedantes. Nada más salir de la consulta, Arturo rompió las fórmulas y se metió en una tasca para tomarse un *brandy*. Acto seguido cogió el coche de línea, volvió al pueblo, pasó por la bodega, compró alcohol suficiente para un regimiento y se encerró en casa. Bebió. Bebió. Bebió.

Arturo yacía en la cama, fétido, amarillento, sudoroso, con costras de saliva seca en las comisuras de la boca. Cuando despertaba a oscuras, desnudo, no sabía si era de noche o de día; terribles pulsaciones martilleaban su cabeza. Las botellas se acumulaban en la habitación, rodando de acá para allá al tropezar con ellas. Cuando volvía el recuerdo, regresaban el terror y el dolor. Cuando dormía, empalmaba una pesadilla con otra.

Al principio, la criada le dejaba hecha una comida grasienta con la que combatir las duras resacas, pero acabó por cumplir solo el encargo de mantener constante la reserva de alcohol, en un insensato y lento proceso de desnutrición. Las pocas veces que se levantaba, le dolía la espalda de dormir tanto tiempo en la misma postura; eludía mirar el espejo, pero este sí le miraba a él, y le veía con el pelo grasiento, intolerablemente flaco, bilioso, sin afeitar. Cuando meaba sentía arcadas por el regusto del pésimo *brandy*; la casa misma olía a vómito, a orina, a desesperación. En medio de todos aquellos espejismos, un día pensó que había llegado al *delirium tremens*. No había otra explicación para que, con los ojos inflamados, desenfocados por el alcohol, estuviera viendo el feo rostro de Francisco Ramírez, alias Manolete, allí, al lado de su cama. O eso, o ya estaba muerto, porque la última vez que le había visto había sido en Berlín, mientras escapaba a toda pastilla con un tanque ruso pegado al culo.

—Mi teniente, está usted hecho una mierda —le soltó.

La voz apenada de Manolete le confirmó que era el de siempre, pero, cuando este intentó sacarle de la cama, Arturo se revolvió como un animal al que agarrasen contra su voluntad. Incluso intentó coger la pistola que tenía en la mesita, pero su amigo se le adelantó. Arturo tuvo la vaga esperanza de que apretase el gatillo.

En circunstancias normales habría podido resistirse sin dificultad a los sesenta kilos escasos de Manolete, pero en aquellas condiciones se vio arrastrado fuera de la cama y cargado hasta la tina del baño. Se quedó sentado dentro, amodorrado, hasta que el chorro de agua helada le hizo gritar, maldecir y patalear. Manolete prosiguió impertérrito. Aquello no era extraño para él; de hecho, su antiguo oficial era uno más de los espíritus averiados por la guerra que había visto, hombres que se quedaban ciegos o sordos sin mediar enfermedad, hombres que lloraban de terror en cualquier esquina o se sentían obsesivamente perseguidos o permanecían apáticos, sin afeitar, sin ducharse, sin comer, mirando durante horas cualquier objeto. Les decían cobardes, histéricos, débiles, antipatriotas, desafectos, pero Manolete sabía que no tenía nada que ver con eso. Arturo pasó de las invectivas y una ira irrefrenable al silencio y a una mirada mendicante. En los días siguientes, Manolete tuvo a la criada bien ocupada cocinando, sacudiendo alfombras, fregando baldosas... Todo ese tiempo, Arturo permaneció en silencio. Manolete tuvo paciencia; sabía que, cuando se bebía, cada jornada era solo una más sin hacerlo. Era la hora de almorzar cuando Arturo decidió por fin hablar.

—¿Para qué cojones has venido?

Manolete le miró sin acusar el golpe. Carraspeó.

—Para eso están los amigos, mi teniente.

—Lárgate.

—No.

—Es una orden.

—Una orden no es una razón.

—Que te den por el culo.

Manolete se limitó a levantarse, coger el puchero y llenar dos platos.

—Mire, un cocido con todos sus sacramentos. Hemos tirado de contactos.

La mirada de Arturo se volvió negra. Se levantó con brusquedad y de un manotazo tiró lo que había en la mesa; cogió una cartuchera colgada de la pared, sacó la pistola y pegó el cañón a uno de los ojos de Manolete.

—No te quiero aquí. Que no tenga que repetirlo.

Manolete comenzó a sudar.

—De sobra sé que no le faltan huevos para pasaportarme, mi teniente, pero a mí tampoco para irme. ¿De verdad cree que es el único que está jodido?

Arturo flaqueó.

—Después de lo de Berlín estuve medio muerto en un hospital de campaña. Con el tiro que me pegaron los ruskis ya no puedo mover igual un brazo, y a la vuelta a Madrid ya sabe usted lo que había. Empecé con la botella, y al poco tuve una diarrea que me tuvo cagando tanto que pensé que dejaba el hálito en la taza...

A medida que el otro hablaba, Arturo había dejado caer el brazo. Se derrumbó sobre una silla y tiró el arma en la mesa. Su mirada era de profunda orfandad.

—... un día me di cuenta de que como no saliese del agujero, allí se iba a acabar Francisco Ramírez. Y mire, me jodía que lo que no habían conseguido los rojos iba a hacerlo yo mismo. Así que me bañé, me compré una camisa y me puse a vender cupones. De momento, aguanto el tirón. No hay mucho más.

Arturo apretó los puños.

—¿Y qué puedo hacer, Manolete?

—La pena no es una manera de vivir.

—Ya lo he intentado de todas las maneras.

—Si salimos de Berlín, cómo no vamos a salir de esta, mi teniente.

—Berlín era distinto.

—Los ruskis eran más chungos —le reprochó.

—Y tú ¿cómo lo has hecho?

—Hay que tirar de instinteces.

Los dos hombres se miraron desolados.

—Cada día eres más feo, Manolete —dijo Arturo intentando iniciar una sonrisa.

—Y usted más cabrón, mi teniente.

—Ahora soy capitán.

—Lo que usted diga, mi teniente.

Una sonrisa se dibujaba en el rostro de Arturo cuando recordaba aquel encuentro. Un bienestar limado por una de las frases con que más adelante Manolete había aderezado una de sus conversaciones: «Si nosotros estamos así, imagínese los que han perdido». Manolete se había quedado un par de días más, hasta que estuvo seguro de que el orden que iba a dejar atrás no se desmoronaría. Había venido en un coche que le habían prestado, y se marchó como acostumbraba a hacerlo durante la guerra: conduciendo a lo loco, aterrorizando a hombres, animales y cosas. A la semana siguiente le llegaron con el cuento de que había aparecido el cuerpo de una niña.

El rumor se extendió a tal velocidad que Arturo ya se había enterado antes del desayuno, por la criada. Si, como decía a su manera Manolete, debían luchar contra la certeza del absurdo, no había mejor manera que mantenerse ocupado. Se incorporó de oficio al trabajo. En Madrid le habían destinado a operaciones internas, lo que implicaba la neutralización de elementos subversivos de todo tipo, y aunque aquella era una investigación de la policía, él necesitaba engrasarse. Consideró que la muerte de una cría podría crear alarma social, en una época en que el Gobierno daba por sentado que los crímenes de aquel cariz solo podían darse en un periodo «degenerado y amoral», como oficialmente había sido el republicano. Un pretexto que esgrimió desde el teléfono del ayuntamiento, sacando a relucir los miles de desafectos que albergaba el país, y reforzándolo con la amenaza de la guerrilla que operaba en la sierra extremeña. La patente de corso que le expidieron era válida tanto para la policía como para la Guardia Civil, no digamos ya para los ciudadanos. Asimismo, hizo una demanda concreta para un tal Francisco Ramírez. El funcionario que le había facilitado el teléfono le ayudó a personarse en el lugar de los hechos, Pueblo Adentro, y en el cuartelillo de la Guardia Civil se hizo cargo de la investigación.

Desde aquella escena habían pasado un par de días, y Arturo traqueteaba en la misma carraca que le había llevado la primera vez a Pueblo Adentro. Una zona de baches que se dibujaba en el balanceo del Dodge, provocando sus juramentos; el funcionario que mantenía la misma cara de palo; el aire tórrido y reseco; las hileras de postes blanqueados por el sol, con los puntos negros de los pájaros posados en el tendido. Entretanto, había hecho una visita a Cáceres.

—Soy el coronel Alonso Ardila —le recibió el forense militar bajo la luz lívida de la morgue.

La muerte. La muerte no era solo un cuerpo sin vida, sino un lenguaje con su propio alfabeto, y para eso se encontraban allí, para descifrarlo, para escuchar lo que ella tenía que susurrarles.

—¿Va usted bien, capitán? —le preguntó el conductor.

—Ahí vamos —respondió Arturo.

Iba todo lo bien que no había ido cuando el coronel recorrió con él un *via crucis* de cardenales, escoriaciones, mordiscos, arañazos... Le explicó la brutalidad a la que había sido sometida, que imprevisiblemente no incluía la violación, y le desveló cuánto tiempo llevaba muerta.

—Alrededor de seis horas —le confirmó el coronel.

Para a continuación desgranar sus intuiciones acerca de los pinchazos en los dedos.

—Si quiere agua, ahí detrás tiene una cantimplora —le ofreció el conductor.

—No, muchas gracias.

—Con este calor hay que andarse con cuidado.

Claro, respondió Arturo, claro que había que ir con cuidado, especialmente cuando el forense extendió su concienzudo trabajo a las partículas lechosas enganchadas en el cabello de la niña. Las colocó en una platina, las estudió a través de un microscopio y para mayor seguridad mandó llamar a un ayudante que efectuó unas pruebas y anotó algo que pasó a su jefe. Este lo leyó e hizo un remolino en el aire con el dedo índice, como indicando que todo cuadraba. En el instante en que Arturo posaba su vista en un pueblo que parecía nacer directamente del suelo, el coronel Alonso Ardila le desveló lo que ya sospechaba.

—Qué desgracia hemos tenido —se conmovió el conductor—. Como si no tuviéramos ya bastante.

—Las desgracias nunca vienen solas —respondió Arturo como fórmula de compromiso.

No, la desgracia tiende a expandirse, igual que la gota de tinta que cayó de la pluma del jefe de la brigada criminal de Cáceres, Gustavo Leyva, sobre su mesa de trabajo mientras Arturo le explicaba las conclusiones a las que había llegado con el coronel Ardila.

—Ya veo —contestó el policía.

Como también Arturo veía la desgracia que se iba a expandir por toda la ciudad, a lo largo de la provincia. Una desdicha que enviaría a los heraldos del orden a recorrer negocios, domicilios y tabernas; para buscar al enemigo, para inventarlo si fuese necesario, porque esa era su primera labor, lo que justificaba su existencia, lo que incrementaba su poder. En ese enrarecido universo de sospecha, en esa desconfianza generalizada, la policía, el servicio secreto, Arturo Andrade tenían su razón de ser: porque el régimen era fuerte, temible, pero también tenía los pies de barro, y bastaba el fortalecimiento de la confianza entre los seres humanos para acabar con él. Solo eso.

—¿Y qué hacemos con los periódicos? —le preguntó el jefe de policía retóricamente.

—Ahora mismo no nos interesa que haya publicidad; puede que no nos interese nunca.

—Alguno pondrá pegas.

Arturo no lo dudó.

—Darle de vez en cuando una paliza a un periodista ayuda a tener una prensa razonable.

«No queda mucho, capitán», le avisó el conductor mientras Arturo dejaba atrás la placa metálica con el yugo y las flechas y el nombre del pueblo. No, más bien no había quedado nada. Enterraron a la cría al borde del alba; no había más que cuatro personas en el camposanto, y una de ellas ponía flores en otra tumba. Cuando bajaron el ataúd, no se difundió el aroma de rosas y miel que cuentan que desprenden los mártires, sino el olor primario de la tierra, vital y decadente. Hablaron con ese peculiar tono de voz que los muertos imponen a los vivos, apiñándose alrededor de la fosa mientras el cura musitaba sus preces con un libro en la mano. Sobre la tapa del féretro no había nombre ni fechas, solo una P escrita con tiza a la que Arturo no hallaba sentido. Sin embargo, en su mente había una certeza: que no iba a permitir que con la niña yaciese también la verdad; la parte que pudiese arrancarle a alguien, porque era evidente que habría que arrancársela, no la darían fácilmente, ni siquiera pacíficamente. Aquel era el segundo cementerio que visitaba en poco tiempo. Y dicen que no hay dos sin tres.

Cuando el vehículo se detuvo, Arturo se colgó el morral y le dio las gracias al conductor. Le había dejado en medio de la plaza, y su silueta se estiró tras él empujada por el resplandor blanco del cielo. Era la hora de la siesta; los postigos estaban cerrados, las calles, desiertas. Una fuente ocupaba el centro, con su caño de plomo derramando un escuálido chorro de agua sobre la pileta, cuya superficie destellaba. Olía a estiércol, a cal tostada por el sol. Arturo sudaba a mares; se quitó un goterón del labio, se ajustó el sombrero y empezó a caminar. En su dirección venía un hombre vestido de negro, con un paraguas cerrado en la mano, a buen paso. Se cruzaron y se saludaron.

El cuartelillo era una pequeña casa de piedra, con una bandera en la entrada y ventanas estrechas para guardar el calor en invierno y no dejar pasar el calor en estío. El tamaño del pueblo no justificaba un puesto, pero, según le habían contado, allí vivían las familias de algunos de los que se habían echado al monte, y bien sabían dónde acababa siempre el salmón. Cuando entró, agradeció la inmediata frescura del interior. El salón principal hacía de oficina, y entre los escasos medios de que disponía destacaba una máquina de escribir con dos vástagos carriados. El número que le recibió, de nombre Nicolás, era el que había echado el alma por la boca; le confirmó que el cabo estaba en un tris de llegar y le ofreció asiento y algo de beber.

—Un vaso de agua me vendría bien.

Nicolás le llenó uno con un botijo, le echó un terrón de azúcar, revolvió y se lo entregó aún con un torbellino de partículas giratorias. Cuando volvió a sus

quehaceres, Arturo se sentó, se quitó el sombrero, cruzó las piernas y permaneció saboreando el refresco mientras contemplaba la plaza por una ventana. La luz hacía que un sello de resplandor se fuese desplazando por la habitación, y el polvo suspendido ardía. Salvador no tardó en entrar con aquella seriedad casi devota que gastaba.

—Buenas tardes, cabo —saludó Arturo.

—Buenas tardes, mi capitán —respondió Salvador.

—Hoy nos echaron en la sartén.

—Y que lo diga.

—Siéntese, por favor.

Salvador colgó el máuser, cogió una silla y puso cara de atender. Una mosca aterrizó deslavazadamente sobre la mesa.

—¿Y cómo anda todo por aquí? —comenzó Arturo.

—Tirando.

—Cuénteme algo más.

—¿Sobre qué?

—Sobre todo.

Salvador cruzó una mirada con su compañero.

—No llueve desde ni se sabe, y la tierra no da.

—¿Y la gente?

—A todo se acostumbra uno, menos a no comer.

Arturo se mordió el labio inferior y desvió los ojos.

—¿Y cómo están las cunetas? —se interesó.

—Si se refiere a las sacas, de eso ya casi no hay.

Aquel «casi» alteró un tanto a Arturo.

—Ahora todas las ejecuciones deben llevar la firma de su excelencia.

—Eso es para los hombres —intervino Nicolás—, no para los conejos.

Salvador le atravesó con la mirada.

—Los huidos nos están dando hule —se medio excusó.

Tras aquellas palabras, Arturo intuyó familias que no se acostaban durante las batidas, la angustia, las tiriteras en invierno y el sudor en la canícula, el sueldo de mierda por el que se jugaban la vida; las emboscadas, los funerales, los huérfanos, las viudas. La guerra, que allí no se había acabado. Observó cómo la mosca se desplazaba con un baile nervioso.

—Cuénteme los chismes, las habladurías...

—Si hiciéramos caso a todas, habría que encarcelar a la mitad del pueblo.

Arturo sonrió. Salieron a relucir los prosaicos matutes, las delaciones y denuncias por lindes, ganado o sencillamente inquina personal. En una época en que la deslealtad estaba justificada, el placer de delatar se unía a la autoridad moral, al patriotismo que te mantenía puro. Y Pueblo Adentro era un lugar donde todos tenían a alguien huido, muerto, encerrado o en el exilio. Cuando el cabo dio por concluida

su exposición, Arturo recordó su encuentro con el forense.

—¿Y entonces? —le preguntó al coronel Ardila.

—Entonces, según mi entender, no llevaba más de seis horas muerta, y si la encontraron hacia las siete de la mañana, eche la cuenta.

Arturo la echó y explicó a Salvador que si el médico había llegado dos horas y pico después, había un margen temporal de tres horas, entre las cuatro y las siete de la mañana, más o menos. Uno que también era espacial.

—Pues con estas carreteras no da para ir muy lejos —se adelantó el cabo.

«No, no da para moverse mucho si dice usted que la trasladaron en algún vehículo», le había confirmado el coronel cuando Arturo dijo la misma frase que Salvador.

—Entonces el lugar donde la mataron tendría que estar en la provincia. ¿Y qué hay de esos pinchazos en los dedos?

—Seguramente cosía —desveló el forense—. Puede haber trabajado en un taller de costura.

En la mente de Arturo transcurrió entonces ese intervalo en que el coronel escrutó las partículas blancas en su microscopio, y a continuación su ayudante las volvió a examinar; un tiempo en que la mosca recorrió epilépticamente el espacio entre el vaso de agua y la mano de Salvador, hasta que el asistente regresó con algo anotado, el coronel Ardila lo leyó, hizo de nuevo su remolino en el aire con el dedo índice y mostró el trozo de papel a Arturo.

—Lo que sospechaba: no es yeso.

Arturo leyó unas fórmulas.

—No entiendo.

—No es yeso —repitió como si fuese algo evidentiísimo—, es escayola.

—Creía que era lo mismo.

El coronel negó con la cabeza.

—La escayola es yeso industrial, procesado, con una pureza de mineral de un noventa por ciento. Se utiliza para trabajos de acabado en construcción, es más fino.

—Sí, sobre todo en estucados, falsos techos, molduras... —le explicó Arturo a los guardias civiles.

—Pero aquí en el pueblo no hay nada de eso, ni en Arroyo de la Luz, ni en Malpartida —dijo Salvador—. Hay que ir a la capital.

—Eso iba a preguntarle.

—Pues eso le digo.

Arturo apuntó mentalmente el dato.

—En Cáceres, el jefe de policía también me dijo que no había denuncias por la desaparición de ninguna cría.

—Nosotros hemos dado parte, ya le comenté, hay alguna denuncia, pero no de la cría. Igual más adelante.

—Es extraño, ¿no?

—¿El qué?

—Que nadie haya denunciado.

Salvador se encogió de hombros. Arturo vigiló el acercamiento de la mosca a la mano que tenía apoyada en la mesa.

—¿Habló con el mecánico?

—Eso, Nicolás.

Arturo se giró hacia él. Este no pareció entender la pregunta.

—Que qué dice Fulgencio —le ayudó Salvador.

—Ah, sí, que dice que va calzado con Dunlop.

—¿Solo dijo eso?

—Sí... —se palmeó la frente—. No, se me olvidaba. También dijo que iba con un pinchazo.

—Pinchazo...

—Sí, por las marcas del dibujo, dice que lo habían arreglado.

—¿Y eso cómo lo sabe? —dijo Arturo.

Nicolás se encogió de hombros.

—¿Y es todo?

—Sí.

Vigiló de nuevo la mosca, que ejecutaba su baile al lado de su dedo anular. Bastaría un rápido movimiento para aplastar aquel incordio. Intentó que sus siguientes palabras sonasen fortuitas.

—¿Y se sabe algo del señor duque? —inquirió.

—Está de viaje, pero a Faustino, el porquero, podemos reclamarlo cuando quiera.

—No, prefiero hablar con él donde pueda pillarlo.

—Suele andar con la piara por Los Frailes.

—No, ahora la lleva a la finca de Los Bolsillos —intervino Nicolás.

—Pues ahí podrá encontrarlo. Y le tenemos un regalo.

—¿Para quién? —preguntó un desorientado Arturo.

—Para usted.

Salvador abrió un cajón, sacó algo envuelto en una hoja de periódico e hizo gesto de que le siguiese. Recorrieron el pasillo —Arturo le reprochó a la mosca su fortuna — y al fondo, a la izquierda, se detuvieron ante una puerta. Salvador sacó una llave y la abrió. El cuarto parecía una antigua alacena acondicionada como calabozo, iluminada por un estrecho tragaluz. En un jergón había un hombre echado, en penumbra.

—El condumio —dijo Salvador.

El hombre se enderezó trabajosamente, con ademán de fastidio, y se quedó apoyado contra la pared. Tenía el brazo izquierdo amputado y la manga de la camisa doblada, con el puño fijado al codo con un imperdible. Arturo pensó que su cara parecía sacada directamente de un cuadro de Grünewald. Un olor agrio, desagradable, saturaba el aire. El cabo desenvolvió el paquete y le entregó una lata de sardinas

abierta y pan negro; el hombre empezó a comer con un hambre intensa, profunda, incluso dolorosa.

—¿Es un rojo? —se interesó Arturo.

Salvador negó con la cabeza, y no se molestó en bajar la voz.

—Es un borracho, y de los nuestros. Se llama Diego Peinado, no es la primera vez que acaba aquí. Antes era maestro, ahora es un caso perdido. Tenía mujer e hijas, pero le abandonaron y se fueron del pueblo.

Arturo observó cómo el mendigo se bebía hasta la última gota de aceite, que le corría por las comisuras de la boca. Luego se limpió la mano en la camisa.

—Vamos a tener una charla —decidió.

Salvador instó al mendigo a ponerse en pie y le encaminó hacia la sala. Iba dejando tal hedor que Nicolás se tapó la nariz con un gesto de asco. Salvador cogió una silla y se la puso detrás, Diego se sentó. Arturo bisbisó al oído del cabo, obtuvo un gesto afirmativo y se apoyó en una mesa.

—Me llamo Arturo Andrade —se presentó—. Con este calor se caen los pájaros... ¿Le apetece algo de beber?

Los ojos del maestro se iluminaron. Arturo le hizo un gesto al cabo, que se acercó a un armario y sacó una botella de aguardiente mediada y un vasito. En cuanto se lo sirvió, Diego lo bebió con ansiedad.

—Al menos darás las gracias —le recriminó Salvador.

Arturo levantó la mano en su dirección.

—No hace falta, cabo, estamos entre amigos. Deje la botella.

Salvador pareció no entender su petición, pero cumplió. Arturo la colocó a su vera.

—Así que era usted maestro.

—Sí.

—Y ya no lo es.

—Pues no.

—Bueno.

Arturo observó los vasos sanguíneos rotos que coloreaban sus mejillas.

—Ya sabe que han matado a una cría.

—Algo he oído.

—Pues si algo ha oído, también sabrá que se busca al malhechor, y soy yo quien lo busca. Diego —recurrió a su nombre para fijar su atención—, usted anda de acá para allá, y hay gente que puede tener la tentación de encontrar chivos expiatorios. Pero también para eso estoy yo aquí, porque, como usted bien sabrá, no todos somos iguales ante la ley...

Arturo aguardó su reacción, pero el hombre ni parpadeó. Optó por rellenarle el vaso, que inmediatamente vació Diego, para luego mirarle sumisamente, como uno de esos niños heridos que esperan que los mayores les quiten el dolor.

—Diego, ¿ha visto algo raro últimamente? Me refiero a gente nueva, extraña.

El maestro no cambió el rictus. Nada parecía afectarle.

—¿Eres tonto o qué? —le increpó Salvador—. Te han hecho una pregunta.

—No, no he visto nada.

—¿Y recuerda por dónde andaba usted ayer entre, pongamos, las diez de la noche y las siete de la mañana?

—Seguramente durmiendo la mona en algún lugar, no tengo mucha memoria.

Arturo hizo una mueca de disgusto. La mosca apareció de nuevo, ejecutando una arriesgada pirueta entre ellos hasta posarse en la mesa. Salvador y Arturo siguieron sus inquietos movimientos, pero Diego no. De repente, no le quitaba ojo a Arturo; su fijeza era inoportuna, molesta, incluso peligrosa. En su cara se dibujó media sonrisa.

—¿Acaba de recordar algo? —preguntó Arturo.

—Sí.

—Pues no se lo guarde.

—Yo a usted le conozco.

—En buena hora.

—Sí, claro que le conozco... de antes de la guerra.

Arturo sufrió una sacudida nerviosa.

—Por aquí somos cuatro y un tambor —disimuló—, no sería raro.

—Usted estuvo en lo de Badajoz —afirmó desafiante.

Arturo, cada vez más alterado, miró a Salvador como si hubiera sido testigo.

—Nací allí.

Diego rechazó su respuesta con un gesto.

—No, usted estaba con ellos... Tú eras un rojo.

El puño de Arturo salió disparado y Diego se derrumbó con la silla.

—Menuda hostia —silbó Nicolás.

Salvador puso en pie la silla y volvió a sentar sin miramientos a Diego, que sangraba por un extremo de la frente. Arturo permaneció callado; apenas podía respirar, pero no era la ira, sino una forma de pánico.

—¿Quiere que lo calentemos un poco, mi capitán? —propuso el cabo.

—No.

Cogió la botella, la vació sobre el vagabundo y, agarrándola por el cuello, la rompió contra una pared. A continuación sacó su arma y utilizó la culata para moler el cristal en trozos más pequeños. Cuando tuvo un montón, lo arrastró con el pie hasta el centro de la habitación y lo distribuyó en forma ovalada. Se colocó en uno de los extremos y apuntó con su arma a Diego.

—Quítate los zapatos y los calcetines.

Diego lo miró con dureza; era su reacción para proteger los últimos reductos de su orgullo, pero su voz sonó sin aplomo.

—Estaba con los milicianos, yo lo vi.

Esta vez la bofetada le cayó de Salvador.

—A callarse, coño. Mi capitán, yo creo que con unos palos va que arde. Es un

borracho, no sabe lo que dice.

—¿Desde cuándo tiene esos escrúpulos de monja? —preguntó Arturo—. Tú —meneó la pistola—, haz lo que te digo.

Salvador no escondió su malestar, pero tampoco impidió que un reticente Diego cumpliera las órdenes.

—Ahora te vas a levantar y vas a venir hacia mí, que tengo que decirte una cosa.

El miedo —más que la voluntad— puso en pie al maestro, que avanzó hasta los primeros vidrios. Sigue, le ordenó Arturo con una expresión atravesada, y no corras. Diego miró a Salvador, pero este se mantuvo impertérrito; el primer paso hizo crujir el cristal y grabó en su cara un dolor abrumador. Dio dos pasos más y fue incapaz de continuar; los vidrios estaban empapados de sangre. Mi capitán, intercedió Salvador, pero Arturo se limitó a cargar la pistola. Diego pegó la barbilla al pecho, apretó los dientes y avanzó hasta salir del óvalo de vidrio, pero todavía le separaban unos metros de Arturo. Hasta aquí, le conminó este, inclemente. Prosiguió su suplicio debido a los cristales clavados en la carne y se plantó frente a Arturo. Este guardó el arma y se acercó al rostro desencajado y sudoroso de Diego. Su voz estaba desfigurada por la rabia.

—Vas a estar una temporada sin poder moverte. Así que no cuentes mentiras sobre mí, y yo no las contaré sobre ti.

El maestro asintió en silencio, Arturo ordenó que lo devolvieran a su celda y que llamasen a alguien para hacerle una cura. Los guardias cogieron a Diego por los sobacos y lo llevaron en volandas. Nicolás se fue a buscar al practicante, y Arturo y el cabo se quedaron a solas.

—Si no encontramos culpables, tenemos uno en la recámara —bromeó Arturo.

Salvador sonrió, pero no celebró la chanza. Arturo entrevió que no aprobaba su acto, y no era cabal indisponerse con uno de los sostenes de su investigación. No podía compartir el incendio de vergüenza que tenía dentro, ni la rabia, ni la tristeza, ni el miedo, pero sí impostar una sombra.

—He perdido los nervios —se descargó—, me acordé de todos los camaradas que cayeron...

Salvador se vio irremediablemente involucrado; por su cabeza pasaron nombres, vinos compartidos, noches de guardia sin certidumbre.

—Hemos pasado mucha calamidad —repuso mirando los vidrios—. Espere, que voy a limpiar un poco.

Se fue a buscar una escoba mientras Arturo se sentaba en la misma silla que había ocupado el maestro. Contempló cómo el cabo barría los cristales y luego doblaba una hoja de periódico para usarla como recogedor. Salvador se quedó de pie, esperando alguna indicación de Arturo.

—¿Y usted qué piensa de este crimen? —le preguntó de sopetón.

Salvador se rascó la nuca.

—Yo llevo siendo guardia civil toda la vida, y antes que yo, mi padre, y antes de

mi padre, mi abuelo. Y por lo que me contaban, lo bueno de este país es que a los delincuentes no hacía falta perseguirlos a tiros, se les detenía en el casino, en la taberna o en la casa de putas. Ahora, no sé...

—No sabe.

—A lo mejor a alguien se le ha ido la mano.

Arturo no respondió; permaneció mirando por la ventana. El día seguía crujiendo. En una casa se abrió repentinamente una puerta. Una mujer vestida de negro salió al umbral, cruzó los brazos y se quedó mirando en su dirección, quieta como una estatua. Solo miraba. Y en sus ojos podía haber amor, odio, rencor, dolor, reproche, desesperación, fe, venganza. No había manera de saberlo.

*Desde el principio, madre me dijo que no debía tener miedo. Que la guerra ahora estaba cuesta arriba, pero que acabaríamos ganando. Me dijo que padre se ocuparía de ello, pero ahora estaría más segura fuera de la ciudad, que estaría en una colonia con más niños, y que haría muchos amigos y podría seguir con mis estudios y comería caliente. Que comería bien, me dijo sobre todo. Y esa fue la última vez que la vi, diciéndome todas esas cosas mientras el camión se iba alejando, haciéndola tan pequeña como yo.*

### 3

## Pintadas

Faustino estaba sentado sobre un tocón, con una garrota llena de nudos apoyada al lado, mientras observaba la piara de cerdos hozar a su alrededor. Su mirada era práctica, para ella el bosque era considerado por su madera, el aire, bueno para la trilla, el agua, para el ganado y el riego; donde para unos la naturaleza era evocación, para él era porcentaje, calidad. Por eso, cuando a lo lejos vio a un hombre que se acercaba, aplicó el mismo criterio y, considerando la hora de la mañana, la indumentaria y los comadreos que había escuchado, concluyó que a partir de ese momento los pies, emplomados, y la navaja, bien afilada. De hecho, se sacó una del bolsillo, gruesa y pesada, y abrió el medio arco de su hoja.

A medida que Arturo se acercaba al guarrero, sentado en una zona alomada, pudo distinguir a un hombrecillo con cara de gárgola que iba disponiendo algo sobre un tocón. En abanico, grupos dispersos de marranos se alimentaban en silencio, salvo algún chillido ocasional. A esas horas de la mañana, el cielo, aún no saturado de luz, se hallaba salpicado de pájaros, y corría una ligera brisa que pronto quedaría ahogada. El día anterior había rechazado una oferta de Salvador para dormir en su casa durante su estancia en el pueblo, en la certeza de que un invitado estrangularía tanto el espacio como el presupuesto familiar, ya de por sí forzosamente mezquino. Además, buenas vallas hacen siempre buenos vecinos. Lo que sí aceptó fue una invitación a cenar cualquier noche —aparte de otra de Celestino, el alcalde, que apenas se demoró en cuanto supo de su llegada—, y una habitación en el mismo cuartelillo. A la mañana se había vestido sin la chaqueta, calado el sombrero, protegido tras las gafas ahumadas, cambiado sus zapatos por unas recias botas militares y llenado el morral con una cantimplora y algo de comer. Se encaminó hacia la finca de Los Bolsillos. Cuando llegó hasta Faustino, estaba empapado de sudor y tenía la boca seca, que rebalsaba una asquerosa pasta blanca. Observó cómo este iba depositando sobre un papel de estraza los trozos de queso que iba cortando, chorreantes de grasa.

—Buenos días —saludó sorprendido por los ojos como esmeraldas de aquel duende.

—Buenos y bonitos, ¿eh?

—Cierto. ¿Es usted Faustino?

—Así lo quiso mi madre. Aunque la mayoría me conoce por el motete.

—¿Cuál?

—Manita en la Polla. Faustino «Manita en la Polla». Desde que era así —colocó la navaja a poca distancia del suelo.

Arturo sonrió, se miró las medias lunas de sudor en las axilas, vigiló la piara.

—¿Y eso por qué?

—Porque la gente es muy mala, de párvulo me pillaron haciéndome una paja en clase de doña Enedina, que digo que qué otra cosa podía hacer, porque lo que es yo no entendía nada, y es hoy que leo poco, mal y nada, y ya ve, solo por eso me quedé Manita en la Polla. Y mira que es hermoso el nombre con que me bautizaron, Faustino, como el mártir, pero es que un mote bien puesto no te lo quita ni Dios — Faustino escupió a través de una mella que tenía entre los dientes delanteros—. ¿Se ha desayunado? —le ofreció queso.

—Sí, pero igual lo voy a probar. Gracias.

Alargó la mano y ambos masticaron pensativos, Arturo ayudándose de un trago de agua.

—Muy rico. Me dijeron que fue usted quien encontró a la cría —continuó Arturo.

—La encontraron los marranos. Y menos mal que llegué pronto, porque si no se la ventilan, que estos comen de todo, incluida su mierda y sus propias camadas. No se paran en mientes, no, señor, los garrapos...

—¿Y sobre qué hora sería?

—Sobre las seis o siete, hacía poco que había amanecido.

—Ajá, eso me dijeron. ¿Y suele ir por aquella zona?

—Mucho pregunta usted.

—Soy el que tengo que preguntar —sacó la documentación y se la mostró.

Faustino se introdujo un pedazo de queso en la boca mientras escrutaba los papeles.

—Como si me enseña el brazo incorrupto de Santa Teresa... Ya le digo: lo mío eran las gayolas.

—Repito, ¿va mucho por aquella zona?

—Eso depende —miró a los cerdos—, son ellos los que guían, saben de sobra dónde están las bellotas. Las que deja la gente, claro, porque ahora se lo comen todo.

—Bichos listos.

—¿Quiénes? ¿La gente o los puercos?

—Los puercos.

—No lo sabe usted bien —asintió y volvió a escupir—. Y aunque la gente no lo crea, muy limpios. No sudan, y cuando se revuelcan en el lodo es para desparasitarse.

—Le gustan sus cerdos.

—Los prefiero a las personas. Llevo rodeado de guarros desde que era un renacuajo y nunca he llegado a entenderlos, son un misterio. Las personas sé lo que pueden tener en la cabeza, pero un cerdo... —abrió mucho los ojos—, nunca sé lo que está pensando.

—A lo mejor no piensa.

Manita en la Polla consideró la posibilidad.

—A lo mejor —coincidió—, pero tampoco hacen tonterías. ¿Quiere más? —le

ofreció queso entre su dedo gordo y la hoja de la navaja.

—No, gracias.

Arturo observó cómo un par de gorrinos se les acercaban con un vaivén de orejas, pero el porquero agarró el cayado y les pegó tales golpes en el lomo que, aunque mostrando los colmillos, salieron de estampida.

—Marranos desobedientes...

—¿Y qué cuenta del día que descubrió el cadáver?

Faustino volvió a abrir desmesuradamente los ojos.

—Menuda pena. Y mire que vi cosas en la guerra, pero, oiga, una cría, así, en el campo, pues mire, que no. Noté que los gorrinos se me estaban sublevando, yo creía que habían descubierto una trufera, pero quia, qué trufa ni trufa, era la niña, allí, la pobre. Me llevé los guarros para el pueblo, porque si los dejo a lo mejor no había niña cuando volviera, y di aviso a la Guardia Civil.

—Entonces no vio nada más.

—¿Y qué tenía que ver?

—Algo que le llamase la atención.

—Suficiente era la cría.

Arturo ladeó la cabeza y fijó sus ojos en el vacío.

—De la que venía he visto pintadas en algún muro. Todas antiespañolas.

—Por aquí hay gente más roja que el culo de un mandril, eso no es ningún secreto.

—¿Y cómo se lleva eso?

—Como se puede.

—Ya sabe lo que se comenta de los rojos.

—¿Qué se comenta?

—Que son unos degenerados.

—Sí, fíese de la Virgen y no corra.

—¿Qué me quiere decir?

—Que entre los azules también hay, ¿no? Tratándose de los bajos...

—Tiene razón.

Pasó otro ángel.

—¿Y la piara? ¿Es suya?

—Nooo..., qué va a ser. Ciento veintiún gorrinos, todos del señor duque. Igual que las fincas —hizo un gesto que abarcó un campo sin horizonte.

—¿Y qué suele hacer usted?

—Pues nos levantamos al amanecer y de encinar en encinar, que, aunque no lo parezca, estos viven también como duqueses, bellota va, bellota viene, siesta de tres horas incluida. Que no juegan, no, con el alimento, y los tengo así hasta que me engordan bien. Durante la montanera llegan hasta las quince arrobas —una sombra cubrió momentáneamente su rostro—. Bueno, todos menos aquel —apuntó con la navaja—, que no coge sebo ni queriendo. Siempre hay alguno que no prospera, a esos

los llamamos Judas.

—Quizás intuya lo que le espera.

—Pues no se me había ocurrido.

—¿Y qué hay del señor duque?

—Huuuy, gente principal, de mucha alcurnia. Dicen que alternaba con el rey. Yo no tengo queja —se apresuró a decir—, cómo voy a tenerla de un señor que me da de comer y un techo y toda esta finca para que haga y deshaga. Que solo me pide cuentas cuando hay que entregar los gorrinos en condiciones, que para eso están, y...

Arturo dejó que el porquero se explayase en su panegírico, sabiendo que allí no había nada que rascar.

—Ya veo que aprecia mucho al señor duque.

—Todo el mundo lo estima.

—¿Incluso los mandriles? —le provocó.

Manita en la Polla sonrió mostrando sus paletas rotas, pero no entró al trapo; cerró la navaja y envolvió el queso que le había sobrado. Luego se reacomodó sobre el tocón, sacó papel de liar, comenzó a echar en él picadura y lo ensalivó con cuidado, y encendió el cigarrillo con un mechero de pedernal que tenía una larga cola de cordel.

—¿Gusta? —le ofreció a Arturo.

Este negó con la cabeza. Alzó un poco el sombrero y miró al cielo, que empezaba a adquirir tonalidades alcalinas; el calor caía ya como una manta.

—Bueno, tengo que seguir camino —decidió Arturo—. Le agradezco la charla.

—Estamos para lo que se tercié... —su inquietud corporal indicó que aún tenía algo en cartera.

—¿Quiere decirme algo? —le animó Arturo.

—Y con la cría... ¿al final hubo algo?

—¿Cómo que si hubo algo?

—Que si... —con un dedo hizo un movimiento de émbolo.

—Eso no es de su incumbencia.

—Ah, ya, perdone —echó una calada e inspeccionó los cerdos—. Pues mire que estos sí que la empinan bien, que cuando se ponen, se ponen, y a veces están hasta media hora con una cara de gusto que ni le cuento, y eso porque las gorrinas no dan tantos problemas como las mujeres, y ni yendo de putas, se lo digo yo, que es solo cogerles el tranquillo y...

Aquí el porquero se contuvo, pero mantuvo la vista fija en un animal lozano, color perla. Arturo se despidió, y cuando se daba la vuelta optó por creer que Faustino no estaba empezando a sufrir una soberana erección.

Los uniformes verde oliva sin abrochar.

El destellante hule negro de los tricornios.

Los pulgares enganchados en las correas de los máuseres.

La pareja de guardias civiles paseaba lentamente por el camino siguiendo la rodera de un carro que dejaba a sus espaldas nubecillas de polvo que permanecían en suspensión e iban descendiendo. Picaba en la nariz y tenía un sabor punzante, bien lo sabían ellos, porque era fiel compañero en su ir y venir, como las largas y feroces horas de sol, igual que la sensación de aplastamiento y degradación, el ensañamiento de los insectos, los pies hinchados, el sueldo magro, el riesgo y la ira, la angustia, el miedo. A la altura de la solitaria chimenea de ladrillo de un taller reducido a cenizas, Salvador iba pensando en la mujer a la que habían interceptado con un cántaro de aluminio lleno de aceite de estraperlo. Era una operación rutinaria, agazapados en las encrucijadas, a la espera de aquellos desgraciados que no hacían más que intentar esquivar el hambre. De hecho, los grandes cosecheros hacían exactamente lo mismo, con la diferencia de que estos se hallaban protegidos. Por su parte, Nicolás no dejaba de darle vueltas a la escena que había presenciado el día anterior. Las palabras del antiguo maestro habían quedado clavadas en su interior como una espada en una piedra. Algo que no habría pasado de ser un disparate de borracho de no mediar la reacción de aquel capitán. También él tenía familia en Badajoz, y a uno de sus hermanos lo habían matado los rojos. Cualquier cosa que le oliera a ellos le ponía en guardia de inmediato, incluso un capitán del servicio secreto.

En ese momento, los guardias se quedaron quietos. Venía hacia ellos una procesión de rogativa encabezada por el párroco y el alcalde, seguida por gente del pueblo. En medio, unos mozos cargaban a hombros unas viejas andas sobre cuya plataforma se erguía la imagen de una santa de madera desconchada y carcomida. Se rogaba su intercesión a fin de que el Creador enviase el agua necesaria para salvar las casi inexistentes cosechas de aquel año. La comitiva avanzaba con fervor, pero también harta por la indiferencia de la santa: era ya la tercera rogativa en breve tiempo. Cuando pasó ante ellos, ambos se santiguaron. El último procesionario era un individuo vestido de negro, con un paraguas cerrado en la mano. Iba arreglando los pliegues del paraguas con la otra.

Cuando Arturo entró en el bar, sus botas hicieron crujir el entarimado, y todo, los corrillos de hombres que jugaban a las cartas, las charlas, los cigarrillos compartidos, se detuvo. Callaron mientras se acercaba a la barra, y siguieron mudos cuando pidió una cerveza y preguntó cuánto se debía. Se miró en el espejo que recorría la pared, se quitó el sombrero —cuya badana sudada le había marcado un círculo en la frente—, bebió un largo trago y se dio la vuelta, apoyándose contra la barra. Olía a vino, a la pez de los pellejos, a tabaco y a serrín; el humo flotaba sobre los parroquianos como una manta lechosa. Sentía la corriente de emociones, inquietud, miedo, desconfianza, curiosidad, pero, sobre todas ellas, desprecio. Levantó la cerveza y deseó un sonoro «buenos días» que cogió desprevenidos a los parroquianos, obligándolos a devolver

el saludo. A continuación pidió una de las sucias barajas que había tras el mostrador de estaño y un platillo de aceitunas, se sentó en una mesa y comenzó a ordenar las cartas por palos y números. Cuando acabó de clasificarlas, cortó, volvió a cortar y barajó. Estuvo así, sin levantar la mirada, hasta que el zumbido de las conversaciones se reanudó en un tono más bajo; algunos se cubrían la boca con la mano, ¿es ese?, quería saber uno, sí, contestaba otro, se llama Arturo Andrade, es un capitán, el murmullo corrió entre ellos haciéndolos cabecear. El mismo rumor se había extendido por todo el pueblo, hablando de aquel Arturo Andrade una y otra vez, tergiversando sus intenciones, alterando su figura, adaptándolo a lo que conviniera según la rabia, perplejidad o tristeza de la lengua. Arturo los estudió con la mirada, casi podía etiquetarlos como si fueran frascos de conservas: semblantes empalidecidos, tensos, amedrentados, orgullosos, algunos tan llenos de odio como de miedo. Todas esas emociones se habían reflejado en los informes de los interrogatorios que había leído, declaraciones contradictorias, paradójicas o directamente incoherentes. No tardó mucho en acercarse uno de los individuos, un tipo de gesto agrio, sin barbilla. Le propuso una partida con voz apagada; Arturo sonrió y le ofreció asiento. Pactaron las apuestas, jugaron en silencio. Arturo no intentó sonsacarle, permitió que le escrutaran a conciencia hasta que los naipes y las monedas fueron animando a más jugadores. Ese era su trabajo, polarizar, acomodar la duda, apuntalar el enrarecido universo de la sospecha. Aquellos hombres acostumbrados al mando y ordeno, a las sacas por la noche, a las palizas y las cunetas, a la traición de los mejores amigos tendrían materia de discusión con que ocupar los siguientes días. Arturo invitó a la mesa a beber, él mismo se tomó un par de cervezas más. Era la excusa que necesitaba para cumplir su auténtico propósito. Al final de una mano preguntó por el retrete. Se levantó y su trayecto fue vigilado sin ningún rubor por los parroquianos. La puerta se hallaba esquinada, y daba a un pequeño patio con una caseta de madera que cubría un agujero hediondo en el suelo de cemento. Entró y encontró lo que buscaba.

Palabras.

Muchas palabras. Las mismas que defendían a aquellos hombres de toda muerte, sufrimiento, dolor y miseria. Las mismas que no lograría sacarles ni bajo martirio. Allí estaban. En las paredes, a diferentes alturas y tamaños, a lápiz o arañadas en el encalado, acompañadas o no de dibujos, demostrando que la esperanza es lo único más fuerte que el miedo. Arturo leyó cuidadosamente los insultos, los deseos, las frustraciones, las súplicas, las maldiciones... Se detuvo en una porción que alguien había rascado recientemente, dejando una isla rectangular en medio de todo el galimatías. Aquello podía tener que ver con los acontecimientos, o no. Sin embargo, en la cabeza de Arturo la superficie limada remitía a algo tan soberanamente real que ningún malabarismo especulativo podía hacerlo desaparecer: el cadáver de una niña. Siguió revisando las tablas y apuntó un par de nombres que se repetían para contrastarlos con Salvador. Salió de aquella letrina; la atmósfera cargada de sudor y

tabaco de la taberna se le antojó un perfume. Se sentó a la mesa y se reenganchó al juego; no estaba concentrado y perdió varios envites, lo que le proporcionó el pretexto para, con una sonrisa aviesa, abandonar la partida. Se levantó con lentitud, se despidió cortésmente y se encaminó a la salida. Le recibió un calor concentrado, la luz hizo que cerrase un ojo; permaneció en el borde del entarimado. Una ligerísima corriente de aire hizo chirriar un letrero, un trozo de cristal semienterrado en la plaza centelleó. Cuando consideró que había transcurrido un tiempo suficiente, se dio la vuelta y entró con brusquedad. Los parroquianos se quedaron helados ante su figura recortada contra la luz. Aguardó unos segundos y, sin una palabra, caminó hasta la mesa; observó a los jugadores, uno a uno, luego los rodeó hasta su silla vacía, se agachó para coger su sombrero y volvió sobre sus pasos. Cuando salió, se lo colocó ajustándolo arriba y abajo por la punta. Bajó del entarimado y comenzó a caminar por el centro de la calle. La sonrisa no se borraba de su rostro.

Madrid era una ciudad fea, pero su cielo era hermoso. Hasta el mismo Manolete, un murciano de casta, reconocía eso. Se hallaba en medio del tumulto de gente que pululaba por la red de San Luis, buscando esconderse de la verticalidad del sol. Siempre recordaba aquel dicho de que a la puta y al torero a la vejez los espero, al que ahora habría que añadir a los antiguos divisionarios. Eran los restos de una generación que se había debatido entre fuerzas mucho más grandes y a las que habían sido incapaces de afectar, convirtiéndose, si no en una amenaza, en algo vergonzoso, incómodo. Por eso le había mentido al teniente. Lo había intentado todo para lograr un trabajo honesto, de friegaplatos, recogiendo colillas en bares y parques para revender el tabaco, pidiendo las chapas a la salida de los cines... Pero el orgullo terminó por saltarle los plomos y empezó a hacer lo que se disponía a perpetrar en ese momento. Aquellos gorriones eran fáciles de reconocer entre la turbamulta: ricos de provincias, comerciantes en gira de suministros, estraperlistas de visita en despachos oficiales, caciques de vario pelaje... Gente sin escrúpulos que aprovechaba la visita a la capital para echar una canita al aire, y a fin de defalcas sus bien servidas carteras Manolete se había asociado con una fulana joven que engatusase al pimpollo. No debía parecer una perdida, sino fingir la suficiente frescura como para que el tipo creyese que seducía a una muchacha necesitada pero decente. Luego esta los llevaba empitonados a un rincón del Retiro y allí, mientras se dejaba manosear, Manolete se encargaba de limpiarles con una navaja tan empalmada como las víctimas y la lacónica advertencia de que si se iban de la lengua, sus familias recibirían un recadito. La chica ya había tomado contacto con una buena pieza. Durante la conversación incidental, se desenvolvía con una mezcla de desparpajo y candidez que embalaba irremediabilmente al primo. No había tardado mucho, ya empezaban a caminar en dirección al Retiro. Manolete se disponía a dirigirse al lugar acordado cuando se dio de bruces con dos individuos de gabardina y sombrero.

—Buenas tardes, ¿es usted Francisco Ramírez Ortuño? —le preguntó el más corpulento.

Ya la hemos jodido, pensó Manolete.

## 4

### **El rey nunca se inclina para matar**

*Había una guerra, pero en aquella casa no se notaba. Íbamos a clase, trabajábamos en labores, ayudábamos a limpiar. Y el tiempo pasó, y un día la maestra nos dijo que debíamos preparar nuestras cosas porque la guerra había acabado y nos iban a devolver con nuestras familias. Me puse contenta, pero también triste; me gustaba aquel sitio, los amigos que tenía. Nos metieron en otro camión y nos llevaron a un gran colegio, donde se juntaron muchos, muchos más como yo, de todos los lugares. Cuando ya no cabían más, nos volvieron a trasladar, esta vez a la capital, a otro hogar donde dijeron que nos iban a clasificar, los niños con los niños, las niñas con las niñas, y también por edades... Después nos sacaban muchas fotos, antes y después de cortarnos el pelo a trasquilones, pero también nos dieron de comer, aunque era una comida mala malísima. Y allí seguimos estudiando mientras venían los padres a recoger a muchos, hasta que dejaron de llegar niños y dejaron de llegar padres y al final solo quedamos yo y algunos pocos como yo.*

En el cielo solo había dos nubes irregulares, unidas entre sí por una membrana. El sol había comenzado a resbalar por la ladera de aquel altozano como si fuese miel. Los dos hombres, a pesar del calor, no se habían quitado las gruesas chaquetas y ascendían a paso lento pero decidido, con sendas escopetas dobladas. Llevaban recorriendo la sierra desde la primera luz, e iban acompañados de un sabueso nervioso que zascandileaba a su alrededor, deteniéndose cuando enganchaba un rastro. Los envolvía un olor a retama, a grasa de armas, a brezo, a cuero de ropa de caza. Cuando culminaron la subida, otearon con calma; uno de ellos descubrió algo que le separó unos metros de su compañero, en dirección a un afloramiento rocoso. Era un águila perdicera muerta, con las plumas agitadas por una ligera corriente. Se inclinó, le levantó un ala y la dejó caer. Volvió junto a su compañero y continuaron la marcha; atravesaron un oscuro pasillo de árboles cubiertos de verrugas, cruzando bolsas de sol y sombra, y volvieron a salir a una zona de matorral. Uno de los cazadores parecía más inquieto que el otro, llevaban demasiado tiempo sin avistar una pieza. Fue en ese momento cuando lo vieron: acababa de salir por una de las esquinas de la arboleda, su parte más frondosa. Los hombres se quedaron petrificados; era un animal magnífico que no los había visto y que tampoco los olía debido a un manso viento en contra. Pero intuía el peligro, un sentido milagroso que aguijoneaba sus nervios. El venado se mantuvo tenso, irguió su violenta testa, giró el

cuello con una elegancia ensayada durante miles de años. Y el hombre experimentó un temblor ancestral, la atracción por matar. Extrajo un cartucho pegajoso de grasa de la canana y lo cargó en la escopeta. A continuación levantó el arma, la apoyó contra su hombro, acarició con el dedo la curva del gatillo y apuntó. Transcurrieron los segundos, hasta que algo provocó que el animal diera un salto; fue un arrebató de energía, y en un vigoroso semicírculo volvió a desaparecer entre la hojarasca. El cazador dejó de sentir la excitación; bajó el arma y la dobló. Se frotó la palma de la mano húmeda en la pernera del pantalón. Su compañero le dijo unas palabras para aplacar la rabia que había encendido su rostro, y su perfil desdeñoso fue diluyéndose en otro de alivio indefinido. El compañero aún esperaba una respuesta, pero el hombre no dijo nada, llamó al perro y empezó a caminar. Sierra abajo, en silencio, pasaron junto a un dolmen rodeado de piedras en un patrón regular, hasta llegar a una zona adhesionada. Su automóvil había quedado aparcado junto al río, bajo la sombra de unos alisos; a medida que se acercaban comprobaron que había otro vehículo con un individuo sentado al volante y otro apoyado en el motor.

Cuando Arturo descubrió a los cazadores se envaró. Ahí están, le dijo al conductor. En apariencia sus ropas no servían para establecer el escalafón, pero bastaba con ver el aplomo con que avanzaba el de la derecha para adivinar quién era el señor y quién, su montero. El primero en llegar fue el sabueso, un ejemplar negro y bronce que le husmeó a conciencia mientras Arturo le masajeaba el cráneo y el lomo. A continuación adoptó una pose oficial y esperó a los cazadores.

—Buenos días, señor duque —saludó.

—Buenos días —respondió con voz grave quien suponía.

Manuel Alfonso Pío Judas Ramón Cabrera y Flores de Lizaur, de una edad ya respetable, era calvo como una bola de billar y tenía un rostro reseco y una barba color estaño. Su actitud era la de alguien que no malgasta su esfuerzo en asuntos triviales.

—¿Cómo se ha dado la caza?

—Mal.

—Lo lamento. Soy el capitán Arturo Andrade y siento tener que molestarle, pero estoy aquí por el asesinato de la niña, estoy seguro de que se halla al tanto —sacó la documentación, pero un mohín displicente de su interlocutor le conminó a guardarla—. Su cadáver fue encontrado en una finca de su propiedad, y me veo obligado a hacerle unas preguntas.

—¿Tiene que ser ahora? —preguntó, desabrido.

—No necesariamente, pero sí a la mayor brevedad posible.

—Concierte una cita con mi secretario, él resolverá sus dudas.

—Sería más conveniente hablar con usted.

—Hable con mi secretario.

—Yo no trato con los payasos, sino con el dueño del circo —dijo secamente Arturo—, señor —añadió.

Manuel Alfonso le miró molesto, casi ofendido. Luego pareció considerar algo, y su observación fue respetuosa, no exenta de cierta incredulidad.

—Venga a cenar esta noche. Se exigirá etiqueta, así que esta vez sí que tendrá que hablar con mi secretario.

Se dirigió a su vehículo, seguido por el montero, que agarró con rudeza al perro, dedicándole un fiero vistazo. Cuando Arturo miró a su chófer habitual, su rostro estaba tan pálido como si se hubiera quedado sin sangre.

Después de los trámites con el mentado secretario, un Lincoln de reluciente carrocería se detuvo frente al cuartelillo. Arturo se despidió de los atónitos guardias y, sentándose en el asiento trasero, dio su venia para continuar. El vehículo arrancó en medio de un intenso olor a gasolina, seguido por las miradas de los aldeanos, y tomó la carretera hacia Cáceres. Pasaron de nuevo por la zona de gibas y socavones que casi habían reventado el Dodge en que habitualmente se desplazaba, pero en esa ocasión, además de las maldiciones, su cabeza se llenó de algunas ideas interesantes. El cielo se había cubierto con arrecifes de nubes rojas y rosas, el paisaje corría tras la ventanilla; lienzos de muros derruidos, alguna ingeniería de gestión del agua, hileras de negros árboles se recortaban contra el oro del ocaso. Arturo se sintió extrañamente conmovido.

A la media hora, el Lincoln llegó a la altura de un muro mediano y lo siguió en paralelo hasta unas verjas de hierro abiertas, donde embocó un camino ascendente rodeado de una vegetación feraz. Fue brotando del suelo un perfil almenado, hasta que se hizo visible una gran casa de aspecto medieval, con torres y blasones de repertorio variado. El vehículo ingresó en un patio y rodeó la estatua de un antílope con las patas arracimadas en la punta de una peña, y aparcó frente a la entrada principal. Le recibió un sirviente con estricta librea y una voz untuosa, y le guio por diferentes salones tapizados en seda de colores que ya empezaba a rasgarse, iluminados por enormes arañas colgantes. Subieron una escalera decorada con cornamentas y cabezas de animales, y el criado le mostró una habitación donde Arturo podía asearse y cambiarse; a tal fin, habían dejado un esmoquin completo sobre la cama. A través de la ventana distinguía el río Salor; la tierra se enfriaba despidiendo el calor del día. La biografía del duque estaba estrechamente ligada a aquel paisaje; sus antepasados habían acompañado a Hernán Cortés en su epopeya mexicana; desde entonces, su familia había estado entreverada en los asuntos del país. Él mismo había sido ministro en un par de ocasiones con los liberales, y más tarde senador, siempre con la monarquía como referencia última. De hecho, había acompañado a Alfonso XIII durante su exilio y asumido luego su defensa en España.

Arturo se vistió con tiento, era la primera vez en su vida que se ponía esmoquin. A la hora acordada, el mayordomo fue para guiarle hasta un salón con las paredes forradas de libros; en una de ellas, entre sillares, abría las fauces una enorme

chimenea. Le ofrecieron una copa y se quedó solo. En aquel lugar todo parecía tener un valor en sí mismo; los oscuros y macizos muebles, las lámparas de bronce y cristal con lágrimas, las grandes e inútiles llaves de hierro que adornaban las estanterías... Arturo husmeó entre los libros; llevaba explorados varios paneles cuando llegó a una fila de bustos de bronce y alabastro con muecas grotescas, reían, lloraban, cerraban los ojos, abrían la boca como enloquecidos, y ante cada uno iba copiando el gesto. En esas estaba cuando, en una de las esquinas de la sala, se abrió una puerta y entró su anfitrión. Manuel Alfonso aparecía espléndido con esmoquin, al contrario que Arturo, que se removía inquieto dentro del suyo. Se congratuló de que hubiese aceptado su invitación, y aunque su tono seguía siendo inhibitorio, se había tornado más afable. Cogió uno de los tomos que Arturo había dejado sobre la balda.

—Veo que ha estado usted consultando a Diderot.

—Entre otros, sí.

—Denis Diderot, promotor y sostenedor de la Enciclopedia... Mientras otros solo aceptaron escribir sobre temas capitales de la filosofía, él redactó artículos sobre cómo se construye un tonel, se forja una hoz o se confecciona una peluca. Nada humano le era ajeno, porque todo era esencial para el fluir del progreso.

—Extraordinario.

—No menos extraordinario que el que un policía se haya pasado los días entre periódicos y libros.

—Está bien informado.

—Son mis tierras —aseveró.

Se acercó a una mesita, tomó una campanilla y la hizo sonar. El mayordomo apareció con otra copa de licor sobre una bandeja. El duque invitó a Arturo a sentarse.

—Cenaremos en breve.

—Me han comentado que ha llegado hace poco de viaje.

Manuel Alfonso asintió.

—Estuve en Portugal.

—¿Por trabajo o por placer?

—Eso no es de su incumbencia.

—Me temo que sí.

El duque apretó la mandíbula. Fue lo único que denotó su disgusto.

—Estuve con el rey.

—¿Y cómo está su majestad?

—Jodido, ¿cómo va a estar? —a Arturo le sorprendió el exabrupto—. ¿Cómo estaría usted si un oportunista le hubiese negado sus legítimos derechos?

—¿Se refiere al Caudillo?

—¿No se acuerda de que está de prestado? Se le concedió el poder provisionalmente, y ahora resulta que no lo suelta.

—La Ley de Sucesión acaba de ser votada por la mayoría.

—La mayoría de burros, como siempre. La mayoría siempre hace burradas. Este país necesita un rey.

—La Restauración no acabó de funcionar.

—¿Y la República sí? Esos jacobinos se pasaron la mayor parte del tiempo en estado de excepción, promulgando leyes para no desaparecer. Las mismas que allanaron el camino a los comunistas.

—He leído que con esos «jacobinos» andan ustedes en tratos a espaldas nuestras.

—Son ustedes quienes nos obligan.

—Ahora tenemos al Caudillo, dejémosle tiempo.

—Tiempo para qué, tiempo para qué —se enervó.

—Son momentos complejos para la patria —perseveró Arturo.

—Pero no por lo que usted cree.

—¿A qué se refiere?

—Al conocimiento. Todo se refiere a ello.

—Casi todo —añadió un titubeante Arturo.

El duque dio un sorbo a su copa y optó por relajarse.

—Dígame cómo ve usted España. Con sinceridad.

—La realidad no es como nos la cuentan.

El duque sonrió.

—Entonces debería prestar menos atención a la realidad y leer más periódicos — Arturo le devolvió la sonrisa—. Pero eso no va con usted, ¿verdad?

—No demasiado.

—Por eso está usted aquí: no termina de adherirse a nuestras mentiras ni a las del enemigo. Entonces, ¿qué conclusiones ha sacado?

Arturo tentó su copa y se tomó su tiempo.

—Bien, el país se encuentra aislado, y aquí la ayuda de los Aliados no va a llegar. Lo único que nos salva es que los rusos inquietan más que el Caudillo, si no a lo mejor ya tendríamos la Cibeles envuelta en la Union Jack. La agricultura no pita, ni ningún sector en particular, salvo, quizás, la metalurgia y el carbón, porque es la prioridad del Ejército. Aunque también parece que hay menos cortes de luz...

—Prosiga.

—La reconciliación nacional es una quimera: tenemos los montes llenos de guerrilleros y los pueblos repletos de colaboracionistas. El sufrimiento, el acoso, las palizas, las redadas, los chivatazos, las presiones a las familias, las sacas, los tiros por la espalda, perdón, la Ley de Fugas... Todo eso es el pan de cada día. De hecho, el único pan que hay...

—Prosiga.

—Y respecto a Extremadura... —Arturo sopesó el riesgo de sus siguientes palabras, pero resolvió llegar hasta el final—. La gente no tiene trabajo porque los dueños de la tierra —aquí carraspeó— dejan la mejor para el ganado, y los que pueden arrendar lo hacen por sueldos miserables y trabajan en condiciones

paupérrimas.

Guardó silencio. Durante un segundo, las facciones de Manuel Alfonso se colmaron de cólera. Luego, una línea vertical cruzó su entrecejo, se puso la mano en la barba y distrajo la mirada.

—¿Ve lo que le digo? De nuevo el problema del conocimiento.

Posó la copa y luego rectificó su posición, como si su exacta colocación fuese extremadamente importante.

—Respecto al aislamiento..., todo es una ilusión... El comercio prosigue con el Reino Unido, con Argentina, con empresas americanas. Estos últimos ya han hecho declaraciones favorables para el país, quizás no de inmediato, pero sí a la larga. Las inversiones ya han comenzado en todas las áreas. Y resulta obvio que el país aún debe depurarse, unificarse... Esos bandoleros que comenta y sus cómplices no son más que los restos.

Los huidos, los bandoleros... Ni una sola vez se hablaba de maquis o guerrilla, consideró Arturo. El control de la realidad empezaba por el control del lenguaje.

—Eso no es lo que afirma la Guardia Civil.

—¿Con quién ha hablado?

—Con los de a pie.

—Como usted dice, hay que hablar con el dueño del circo. Desgraciadamente, debido a las particulares circunstancias políticas e internacionales, los destacados éxitos del cuerpo han de ser silenciados.

—Hace poco volaron la línea Badajoz-Madrid.

—Y estuvo interrumpida solo unas horas... Esa es la gran victoria de esos asesinos. La única verdad es que cada vez tienen posiciones más cercanas a la raya de Portugal para pasar al otro lado si se ven cercados, y eso no lo hace quien va ganando. Además, su intención última es levantar al pueblo, pero la clase obrera ya no es la del 36, esos cuadros combativos, forjados en la ideología, ya no existen. Murieron o fueron encarcelados o se exiliaron.

—Siempre pueden probar con los sindicatos verticales.

Manuel Alfonso apreció su sentido del humor, cogió su copa y observó el medio plano inclinado de su licor.

—Y respecto a Extremadura... —repitió la frase de Arturo—, era necesario abolir los desatinos de la República para controlar la conciencia de clase. Trabajando de sol a sol no se puede luchar. Les vendrá bien durante unos años.

Arturo confirmó que el duque nunca había dedicado mucha atención a los campesinos, ni los despreciaba ni tenía piedad, simpatía o cualquier otro sentimiento; sencillamente estaban ahí y los aceptaba como se puede aceptar el mal tiempo o una jaqueca, aunque siempre a su servicio. Ese era el orden natural de las cosas. Había llegado el momento de plantear sus asuntos.

—En cuanto a lo que me ha traído aquí...

El mayordomo les anunció que la cena estaba dispuesta, y el duque apuró su

copa. Después de cenar, dijo sin más. Se levantó y le invitó a seguirle; salieron de la biblioteca por una pequeña puerta y recorrieron pasillos cuyas paredes estaban cubiertas de antiguos retratos. En una de las hileras había un hueco delimitado por líneas grises que indicaba la retirada reciente de uno de ellos. Entraron en una sala de menor tamaño; la maciza mesa estaba dispuesta, iluminada por unos candelabros cuyas llamas se agitaron a su entrada hasta que acabaron por estilizarse. Al otro lado de las ventanas, la noche era oscura, casi violácea. Antes de sentarse, Manuel Alfonso le explicó las peculiaridades de algunas de las antiguas armas que adornaban las paredes, deteniéndose ante una espada enorme.

—Es una espada para decapitar de un verdugo alemán del siglo XVII. No tiene punta, y bien manejada lograba un momentum enérgico que podía decapitar a dos personas a la vez. Según la tradición, estas espadas se enterraban cuando habían segado una cantidad determinada de vidas y se las consideraba ahítas de sangre. Aún siguen encontrándolas en Europa, y resplandecen con el aura oscura del dolor.

Ambos se hallaban magnetizados por el abismo histórico que contenía. Tomaron asiento, cada uno al extremo de la mesa cubierta con un mantel blanco, separados por un bosque de copas de cristal tallado y plata reluciente. A partir de ese momento, el mayordomo dirigió la coreografía de criados que entraban y salían; mientras el duque manejaba los cubiertos con naturalidad, Arturo sufría un desconcierto con alguna de las viandas, que obvió a base de sorbos del vino tinto que servían. En la conversación no había tabúes: hablaron con intensidad de política, de literatura, de historia... Manuel Alfonso sufría arrebatos pedagógicos que organizaba en monólogos, ideas, recuerdos, como si constantemente se preparase para un discurso. Cuando terminaron, el duque le dirigió a un saloncito iluminado por velas, con unos cómodos Chesterfield color burdeos rodeados por más óleos de amos antiguos. Se sentaron; ninguno quiso café, y un criado les acercó una mesita con cigarros y copas de aguardiente. Manuel Alfonso eligió un cigarro, comprobó su textura y aspiró su aroma con satisfacción. Lo encendió con un lento ritual, envolviéndose en humo. Arturo se acomodó en el borde del sillón y, metiendo la mano en un bolsillo interior de la chaqueta, sacó una foto, la contempló unos segundos y la colocó sobre la mesita. El duque fingió no prestar atención, concentrado en las gruesas volutas. Arturo aguardó hasta terminar su copa, que fue rellenada por un criado.

—A la niña la encontraron en sus tierras.

No añadió más. Manuel Alfonso siguió fumando hasta que consideró que debía estudiar la fotografía.

—No debía de tener más de diez años —prosiguió Arturo—, y no sabemos quién es. Ni siquiera hay denuncias.

A continuación le explicó los pormenores de lo que le habían hecho. El duque se mantuvo en un sombrío y alcohólico trance.

—¿Cómo va la investigación?

—Seguimos recogiendo información. ¿Tiene usted algo que decir al respecto?

—No se me ocurre gran cosa.

—He estado pensando que quizás abandonasen a la niña en su finca como una forma de inculparle. ¿Considera que alguien pudiese tenerle ese tipo de inquina?

—Probablemente la mitad del país.

—Podríamos reducirlo a un radio de tres horas en coche.

Manuel Alfonso bizqueó a causa del humo.

—Seguiría habiendo demasiadas posibilidades —concluyó.

—Es un asunto muy feo. Y un insulto que se haya cometido en sus tierras.

En las pupilas del duque brilló un chispazo de histeria mientras efectuaba un semicírculo con el cigarro, indicando los cuadros.

—A mis antepasados esa observación les parecería encomiable. En efecto, solo nosotros teníamos ese derecho. Incluso a abrirle a usted la tripa y mirar lo que hay dentro.

—Soy consciente. Por eso quería hablar con usted. Aquí no manda la Guardia Civil, ni el gobernador, ni siquiera Franco. Aquí manda usted. Y por eso vengo a pedirle justicia.

—Justicia... Pero ¿cuál? La justicia no es más que una convención que varía según la circunstancia y el momento histórico. Hace nada, yo mismo podría haberla matado y sería irreprochable.

—Todas las elecciones son malas, pero debemos distinguir entre un mal necesario y un mal conveniente. Ahí reside la justicia, que no es absoluta, solo una mínima dosis.

—Continúa siendo usted un presuntuoso, pero pongamos que esa hipotética justicia existiera. ¿Se da cuenta de que usted traslada su responsabilidad a una administración? Quien hace eso es porque tiene miedo de afrontar las cosas por sí solo. ¿Cómo podríamos fiarnos de alguien así?

—Porque mi pecado es el orgullo.

El duque se tocó el lóbulo de la oreja.

—¿Y ese hombre comprende que para llegar a ciertos lugares no existen las sendas rectas?

—Solo los burócratas se desintegran cuando aparece una contradicción.

Manuel Alfonso paladeó el licor y luego dio una profunda chupada al tabaco, simulando extraviar su atención para que el otro supiera lo que era perder audiencia.

—El sexo —dijo de repente; Arturo le miró con incredulidad—. El sexo es un terreno de libertad y recreo, pero también uno en el que desaparecen los frenos y las convenciones. En el sexo volvemos a ser animales, capitán Andrade, pero de una especie muy original, animales con una capacidad portentosa para la fantasía. Y en esa exploración, las tibia convulsiones en la oscuridad no son más que el primer paso...

Arturo apreció cómo su interlocutor se tomaba un tiempo.

—... en esa tierra extraña y arrebatadora, todo se enreda, se confunde: las

frustraciones, los deseos, las depravaciones..., y en ciertos bordes oscuros —ambos miraron las esquinas donde danzaban las sombras—, el sexo puede volverse ingrato. Doloroso. Incluso terrible.

Manuel Alfonso elevó una mano, al momento un criado se acercó y se inclinó hasta los labios del duque. Este le bisbisó algo y el doméstico, con una sonrisa cortesana de preocupación y duda, abandonó la habitación.

—Alguna gente tiene ideas muy raras sobre lo que es divertirse —apuntó Arturo para recuperar el hilo.

—¿Sabe que esa niña no es la primera que encuentran?

El tono fue seco, casi desafiante. A Arturo le dio un vuelco el corazón. Se acercó tanto como para observar una larga y fina vena azul que recorría la sien del duque, y el débil latido de la sangre que corría por ella.

—¿Qué me cuenta?

—Hace un año hallaron a otra niña.

—Nadie me ha dicho nada.

—La encontraron vagando por la sierra. También estaba hecha un cristo.

—Deberían habérmelo dicho —se frotó el rostro con las manos para disimular su ira.

—Quizás no tenga que ver con lo suyo.

—Eso lo decidiré yo —se arrepintió de su agresiva réplica—. ¿Y dice que estaba viva? —la inflexión fue de subordinación.

—Cuando la encontraron sí.

—No sabe más.

—No.

—Deberían habérmelo dicho —masculló.

Arturo bebió su aguardiente de un trago. Aquello era como una confusa ráfaga de luz en la noche, la misma que habría lanzado el vehículo que había transportado a la víctima. Clavó sus ojos en el exterior y tuvo la sensación de ver más allá, de traspasar la oscuridad densa e irrevocable.

—Querido capitán, déjeme contarle algo —dijo su anfitrión—. En la Edad Media se celebraba lo que llamaban la fiesta de los locos. Era una especie de carnaval durante el cual el pueblo se reía de lo sagrado. Los mismos curas se burlaban de Dios y blasfemaban, las prostitutas eran invitadas a los lugares de honor, los criados escupían a la cara de sus amos. Era lo que yo llamaría la extraordinaria certidumbre de un poder: uno que es tan firme que se niega a castigar. En el pasado, ciertos valores se percibían como algo tan seguro e inalcanzable que permitían la burla y la profanación, porque esa era precisamente la prueba de lo poco que les importaban los desafíos de aquellos enanos. Sin embargo, hoy todo es diferente; vivimos una marea histórica desfavorable, nada está a salvo ni nada está lo suficientemente seguro de su solidez, ninguna autoridad, ningún orden. Por eso hay que construir presas, diques, capitán, por eso ha de manejar todo esto con cuidado de no desactivar los matices,

porque si no destruiría la fe política, la ilusión que mantiene a raya la deforme idea de la patria que muchos tienen. Ahora bien, si usted continúa con su caza, debo dejarle patente una cosa, y es que si algo he aprendido en todos estos años en la sierra, es una cosa muy simple: para entender al animal, hay que examinar sus excrementos...

Diego Peinado se rascó una de las picaduras con un dolor placentero: a esas alturas era el único alivio al que podía aspirar. Sentía el cuerpo reseco; lo que ansiaba, lo que él necesitaba era alcohol, de cualquier tipo, que le recorriese las venas y le sostuviese como un arbotante. Anhelaba cerrarle la puerta a la realidad, sumirse en una cómoda oscuridad en la que pudiera tenderse sin pensar.

Y su única mano.

Temblando como un viejo atacado por algún mal inherente a la longevidad.

No había beneficio en aquel dolor.

No había purificación.

No enseñaba nada.

Solo embrutecía.

Permaneció tumbado en el jergón, respirando entrecortadamente; el aire no parecía transportar oxígeno en aquella caldera. El hediondo cubo rebosante de excrementos tampoco ayudaba. Pero sus ojos ya no veían lo que tenía delante, sino que se posaban en un mundo lejano, escenas en las que conocía a su mujer en un baile, más tarde se acariciaban en un pequeño bosque, entre perfumes resinosos, pelvis contra pelvis, los besos en el cuello, las caricias bajo la blusa, sus clavículas, sus senos; el nacimiento de la primera de sus hijas, el bautismo, el susto que les dio aquella tarde en que desapareció de la cuna y apareció en otra habitación, agarrándose un pie con la mano, sonriente. Sonó el tanteo de una llave en la cerradura y la puerta se abrió. Arturo avanzó hasta que su rostro quedó iluminado por el resplandor de una luna baja, con cráteres. Los dos hombres se vigilaron. Arturo fue testigo de la lucha del maestro; no obstante, aquel combate era solo el síntoma de algo más recóndito. Siempre en silencio, Arturo se puso en cuclillas y colocó un vaso lleno de aguardiente en el suelo. Diego se precipitó a agarrarlo, pero su mano se convulsionó y derramó la mitad, obligándole a posar el vaso. Arturo lo cogió y, sujetándole la nuca, le dio de beber con cuidado de no verter ni una gota. Cuando lo apuró, salió y cerró la puerta. Dejó el vaso en la mesa y se quedó de pie, frente a la ventana.

Un perro se puso a ladrar y el resto lo acompañó en coro.

Una gran piedra destrozó la ventana con un estrépito de cristales.

## Palabras que apagan incendios

*Nadie acudió a recogerme. Ni madre. Ni padre. Y cuando pregunté me dijeron que no vendrían, que me habían abandonado, que no debía pensar más en ellos. Pero yo no les creí, cómo había de hacerlo, con todo lo que me querían. Siempre con su cantinela, la que me repetían, hemos comido, hemos bebido y hemos gastado y tu peseta no la hemos tocado. Y volvieron a trasladarnos, a todos los niños a por quienes nadie había venido, y nos instalaron en otro hogar, en el norte. Era una casa muy grande, de dos plantas, con una verja de hierro que la circundaba. Estaba frente al mar. En la entrada había un escudo pintado en negro de un monstruo con la boca abierta al que un puño le clavaba una flecha. A partir de ahí, siempre que pasaba por enfrente me preguntaba si al final sería la serpiente la que se tragaría la mano y la flecha o por el contrario sería la mano la que daría muerte a la bestia. Había niños formados en fila con guardapolvos azulados, cantando todos a la vez y mirando una bandera que colgaba de un balcón. La comida seguía siendo mala malísima, una sopa con un olor dulzón, persistente, que se pegaba a todo durante días. Yo me quejaba y preguntaba mucho por mi madre, decía que quedaban siempre tantos días para que me visitase mi madre, los contaba con crucecitas, y cuando tachaba la última y mi madre no venía, volvía a empezar. Hasta que llegó una señora y con gesto serio me dijo: ahora la Iglesia será tu madre. Pero yo me rebelaba ante la idea de tener una madre distinta, cómo podía ser. Me rebelaba, me rebelaba. Y fue entonces cuando todo empezó a cambiar.*

—Está visto que no puedo dejarlo solo, mi teniente.

La figura de alambre de Manolete fue visible a través de la ventana rota, aureolada por la luz ya intensa de las primeras horas. Los números que recogían los cristales se quedaron de piedra al contemplar a aquel tipo con un rostro que solo una madre podría querer, que les sonreía con una fila de dientes negros y una ironía inquebrantable en los ojos.

—Que ya soy capitán, Manolete —le recordó; Arturo tranquilizó a los guardias—. Es de la casa.

Manolete entró en el cuartelillo y Arturo hizo las presentaciones; los guardias le miraron entonces con una incredulidad amistosa, sobre todo cuando anunció que aquel tipo sería su ayudante, «lo que él diga irá a misa». A continuación le explicó cómo la noche anterior habían roto la ventana con la gran piedra que descansaba

sobre la mesa, y cómo había salido a la calle con el arma en la mano sin lograr descubrir a nadie. Manolete observó el proyectil rascándose la nuca.

—¿Cómo lo ves? —le preguntó Arturo.

—Pues por un lado no sé, y por otro qué quiere que le diga.

—¿Por lo menos has hecho lo que te dije?

—Vine campo a través, mi teniente... mi capitán —enderezó—, no me ha visto nadie. He aparcado lejos.

—Así sea —Arturo se dirigió a los guardias—. Este señor no está aquí, ¿me comprenden?

—A la orden —contestaron ambos—. ¿Qué hacemos respecto a esto? —Salvador señaló la piedra.

Arturo le echó un vistazo y acto seguido vigiló el pueblo. No recordaba un silencio semejante desde que había llegado. Las puertas y las ventanas permanecían cerradas; todo estaba desierto, como si supieran que el pedrusco colocado sobre la mesa podía desencadenar fuerzas atroces e irracionales.

—Nada.

—¿Cómo que nada? Esto es una provocación.

—Ya lo ha oído. Esto lo ha podido hacer cualquiera. Que pongan otro cristal y, como mucho, arresten a alguien, pero no me remuevan el avispero. Ahora mismo no nos conviene.

Salvador concedió, no sin reparos, mientras Nicolás ni siquiera ocultaba su exasperación. Manolete se cuadró para refrescar la jerarquía.

—¿Y a mí qué me toca, mi capitán?

—Tú conmigo.

—¿Adónde?

—Nos vamos de pesca.

El sedal se puso súbitamente tenso y comenzó a dibujar violentos bucles en la superficie del agua. Arturo cogió la caña y sintió un tirón tan feroz que estuvo en un tris de perderla. Se ancló con firmeza y contestó al empujón; el pez salió disparado, trazando una parábola en el aire hasta hundirse de nuevo en el agua. Mientras duró la lucha, en el río se formó un colérico remolino de espuma. «Qué cabrón», dijo Manolete. En aquella expresión se contenía toda la admiración de ambos por el coraje de aquel animal. Un gancho de acero clavado en la mandíbula, un sufrimiento terrible que cedería solo con aflojar, y aun así continuaba tirando a costa de un dolor enloquecedor. Una y otra vez, Arturo respondió a la ira del pez, sudando y jurando, hasta que por fin este se rindió y él logró extraerlo entre convulsiones. Un magnífico ejemplar de lomo moteado y brillante quedó tendido en la hierba, revolviéndose con furibundos coletazos.

—A este el peso de los cojones no le dejaba flotar bien —comentó Manolete con

pasmo.

—Qué, ¿nos lo comemos?

—No como pescado.

—¿Por qué?

—Se hacen pis en el agua y nadan entre pis.

—Las personas también se hacen pis en el agua.

—Tampoco como personas.

Arturo no encontró réplica a su argumento y, desenganchando el anzuelo, devolvió al río el pez, que al contacto con el agua se movió con toda su vitalidad intacta. Volvió a colocar la caña en posición, y se sentó bajo una techumbre verde y fresca; Manolete le imitó. La luz dibujaba medallones incandescentes sobre la hierba; se escuchaba el tenaz chirrido de las cigarras. Ambos se habían quitado la camisa, contemplaron los árboles inclinados sobre el agua.

—Mi capitán... —comenzó Manolete—, no le he dado las gracias por lo de Madrid. Ya no se me empinaba del hambre, solo le digo eso.

—Para eso están los amigos.

—Sí. Y mira que hemos pasado.

—La guerra fue dura.

—A bayoneta calá.

Arturo asintió. Recordaron Berlín y Leningrado; el frío, el hambre, la crueldad, los piojos, pero también la salvaguarda de una amistad que no entendía de traiciones, la fraternidad masculina de los tacos y las obscenidades y el hoy por ti, mañana por mí. Sí, demasiados amigos muertos. Manolete contó algunos de sus infames chistes para no afligirse, y recordó lo que le había dicho su madre antes de que se marchara a Rusia: «Hijo, abrígate y no te metas en líos». Risas, y el bienestar de haber sobrevivido al terror y poder estar allí, compartiendo un pequeño lugar del mundo bajo un cielo azul.

—... la vida tenía más sabor, ¿verdad? —dijo Arturo.

Manolete se rascó un costado. Se sumió en cavilaciones.

—Todo se queda en los adentros, pero ¿sabe que a veces lo echo de menos?

—A Noé le vas a hablar de la lluvia... —Arturo optó por cambiar de tercio—. Me dijiste que estabas con alguien. ¿Eso también era mentira?

—No, eso no.

—¿Y qué tal?

—Se llama Maribel. Estuvo buena, pero ahora ya tiene las carnes decepcionadas.

—Pero qué burro eres. Me refiero a si te va bien.

—Necesidad no se pasa, pero no va a durar.

—Ya.

Arturo echó un vistazo a la caña. Un mosquito se le posó en el hombro, y él esperó a que llenase su panza para hacerlo estallar de un palmetazo. Era su propia sangre la que quedó estampada en la piel. Empezó a desgranar los hechos

implacables del caso; a partir de cierto momento, dejó de centrarse en lo que había sucedido y acentuó lo que no sucedería jamás. El cielo comenzó a acelerarse en torno a ellos, las hojas cambiaban de color y caían de los árboles, los charcos se helaban y se fundían y volvían a helarse, las cosechas crecían y las guadañas las segaban, los hombres caían muertos y las mujeres daban a luz; miles de hombres como ellos se sentarían a la ribera de aquel río para pescar, y en ese ciclo aquella chiquilla habría crecido, y habría descubierto que se llega a la vida para ser feliz, pero habría tenido su primer hijo, y su segundo hijo, y habría sufrido decepciones, una desilusión tras otra, pero aun así habría persistido, porque eso formaba parte del proceso de madurar. Al final, Manolete lo resumió con una expresión de pena: «Es como si esa cría no hubiera existido nunca».

—¿Y qué podemos hacer, Manolete?

Este echó la cara hacia atrás en gesto de desafío.

—Coño, lo que haya que hacer.

—Estoy perdido.

Manolete le miró con sorpresa al dar con una posibilidad que no había considerado. Cruzó los brazos con aire grave.

—Vamos a ver, mi teniente —Arturo renunció ya a corregirle—, según mis alcances, yo no me he pateado un kilómetro por capricho.

—Te lo has pateado porque no quiero enseñar todas las cartas.

—Y entonces, ¿qué pinto yo en este belén?

—Quiero que te quedes en la casa de Arroyo y que luego vayas a Cáceres. Si sigue viva, encuentra a la otra cría.

Manolete se quedó callado.

—¿Podrás? —insistió Arturo.

—Cortando cojones se aprende a capar, mi teniente. Pero ya sabe que a mí los burocratismos...

—Hazlo como te dé la gana.

—Entonces delo por hecho.

—Y ocúpate de que la policía haga una ronda por los garajes y pregunte si han visto algo extraño, sobre todo si el cliente tenía una rueda pinchada.

Manolete asintió y se quedó mirando el río.

—Otra cosa, mi teniente.

—Dime.

—Tenga cuidado con el número.

—¿Nicolás?

—Me da que tartufea.

—¿Cómo es eso?

—Hoy le miró mal.

—No le gustó lo que mandé.

—Lo que yo le diga —pellizcó su medalla y le dio un sonoro beso—, por estas.

Ándese con cuidado.

Se puso en pie, desperezándose con una mano en la parte baja de la espalda.

—Puto calor —resopló.

—No te preocupes, ya han sacado a la santa en andas. No tardará en llover —sonrió.

—A la santa hay que meterle la cabeza debajo de un grifo, para que se inspire —Manolete miró el río, pensativo—. ¿Usted cree que a los peces les gustará la lluvia?

—La pregunta correcta es si cambiará en algo sus vidas.

—Hum..., ¿sabe lo que le digo?

—¿Qué?

—Que me voy a remojar un poco.

Se acabó de desnudar en un santiamén, y cuando Arturo contempló su trasero pálido y peludo pensó que tenía un aspecto desplumado. Echó una carrera hasta el agua y empezó a dar gritos cuando entró en contacto.

Mientras Nicolás deambulaba por las calles de Badajoz, en su mente iba mascullando un monólogo de escenas reales o imaginadas. Un veneno que circulaba provocando chispazos, imágenes sin conexión proyectadas en el interior de sus ojos. Al tiempo que en Cáceres él se había sumado al alzamiento, los asesinatos de los tribunales populares asolaban Badajoz. Detenciones, saqueos, matanzas que se trenzaban en un peligroso ciclo de represalias y contrarrepresalias. El runruneo de los Savoia, los Junkers, los Caproni, los Breguet. Los quemados vivos en Almendralejo. La enfermedad contagiosa del terror. Nicolás se había unido a una columna que había marchado desde Cáceres para unirse a las fuerzas rebeldes en el asedio. Badajoz cercada, sin luz, llena de voluntarios y refugiados armados. Irreductibles debido a los rumores de las carnicerías sin prisioneros. Y en medio de ellos, su hermano. Se detuvo para cerciorarse de que estaba en la calle que buscaba y contó los números. Las imágenes volvieron a dispararse en su cabeza, la rebelión abortada de la Guardia Civil en el interior de la ciudad. La resistencia en la Trinidad y el Pilar. El sol abrasador. Las murallas derruidas. El asalto final de las tanquetas y los legionarios. El fuego artillero. A su alrededor volvieron a combatir encarnizadamente los milicianos, cuerpo a cuerpo, hasta bien avanzada la noche. Entró en el recinto árabe, la última defensa. La Plaza Alta, la Alcazaba, la Torre de Espantaperros, la catedral. Encontró el cuerpo de su hermano en la calle del Obispo, mientras alrededor se sucedía una orgía de sangre. Hileras de prisioneros conducidos a la plaza de toros. Finalmente, Nicolás dio con el portal que buscaba. Entró.

Almendras medievales repletas de palacios, arcos, torres, plazuelas; paredes de sillería timbrada por escudos, balcones de esquina; iglesias alzadas sobre antiguas

mezquitas erigidas sobre sillares romanos... Sordo ante el impacto de la historia, lo primero que hizo Manolete cuando llegó a Cáceres fue preguntar por un restaurante donde pudiera ventilarse un buen plato de codillo y huevos fritos, acompañados por abundante pan candeal con el que poder mojar a gusto. Después se homenajeó con copa larga y puro reposado, y acto seguido puso proa a La Bombonera, la casa de mala nota más cara de la ciudad. Las prostitutas se le antojaban deprimentes, pero le servían de paliativo, aunque no calmasen el prurito del cariño. Siempre terminaba hablando con ellas, pero sin cometer el error de compadecerse, porque compadecerse significaba pensar que él era mejor y, lo que era aún más grave, que de verdad le preocupaban. Ambas cosas absolutamente falsas. Aliviada su rijosidad, se metió en la primera iglesia que encontró y, entre la homilía y el credo, rezó su particular plegaria: «Si algún enemigo a mí me viene, si tiene ojos, que no me vea, si tiene pies, que no me alcance, si tiene lengua, que no me pronuncie...». Con el *ite missa est*, Manolete dio por concluidas sus obligaciones civiles y religiosas y se empleó en el mandado. Se llegó hasta la comisaría y entregó el oficio de Arturo a uno de los policías, que no tardó en guiarle al despacho del jefe. La habitación se hallaba extrañamente vacía, ni fotografías ni certificados ni trofeos, solo las fotos oficiales y los símbolos de siempre. Un ventilador funcionaba monótonamente. El comisario Gustavo Leyva estaba revisando unos papeles y los guardó en un cartapacio. Era un tipo pequeño, con aspecto de martinete y ojos saltones. Cuando acabó de leer el oficio, le dio cuerda a su reloj con rápidos giros de muñeca, lo acercó un momento a su oreja y observó con detenimiento a Manolete.

—¿Tiene usted idea de la cantidad de gente que desaparece en un año? —inquirió.

—No, señor comisario.

—Cientos. Sobre todo niños. Vagan por las carreteras de todo el país, mueren como moscas por el hambre, en accidentes, por todo tipo de enfermedades.

—Nosotros solo necesitamos saber de una cría a la que encontraron en la sierra de San Pedro, señor comisario.

—Y esto ¿qué tiene que ver con el caso?

—Mi jefe cree que hay que varear todas las olivas.

—Recuerdo el incidente, pero la cría estaba viva, no veo la relación.

—Yo hago lo que me mandan.

En los rasgos del comisario hubo un revoltijo de tensión y recriminación.

—¿Cree usted que su capitán es el único que ha relacionado los dos casos? Hasta mi hijo de dos años podría hacerlo.

—Solo queremos tantear todas las posibilidades.

—Pues yo opino que esta no tiene nada que ver —estrelló la palma de la mano contra la mesa—. Con todo el trabajo que hay, coño. ¡Camilo! —gritó—. ¡Que venga Camilo!

Abrió uno de los cajones y rebuscó algo. Sacó una carpeta, la lanzó sobre la mesa.

—Para tu jefe.

—¿Qué es?

—Lo de la escayola. Los informes que pidió.

—Muchas gracias, señor comisario.

—¿Tenéis algo ya?

Manolete le resumió los pocos avances, y luego pareció descubrir algo en la punta del zapato. Entró un hombre con una reja de pelo largo cubriéndole la calva.

—Camilo, por fin —exclamó el comisario—. Tú te encargas de estas cosas, ¿qué fue de aquella chiquilla que encontraron en la sierra?

—¿La que estaba tan mal?

—Sí.

—La recogieron en el hogar María Sarasua.

—¿Supisteis algo más?

—No, señor comisario.

Gustavo Leyva extendió las manos en ofrenda hacia Manolete.

—Pues ahí tiene. ¿Qué más? Y que no se diga que no colaboramos —dijo con mala leche.

Manolete le habló del pinchazo de la rueda y le rogó información sobre los garajes de la zona. Gustavo Leyva resolló y recitó una letanía de agravios típicos de la provincia. Sonó el teléfono. Cuando el comisario levantó el auricular, empezó una de esas discusiones sobre quién tenía la culpa en relación a alguna metedura de pata.

El cielo blanco como la sal.

La dehesa secándose bajo el sol.

Las cigarras chirriantes.

La postración universal de los seres vivos.

Otro día hambriento e interminable.

Un camión pasó por la carretera y levantó una nube de polvo que fue desenrollándose como un ser animado. Arturo tosió y tuvo que palmearse todo el traje para limpiarlo. Se colocó las gafas, maldijo por haberse olvidado el sombrero. Manolete le había dejado en el borde de la carretera que llevaba al encinar donde habían encontrado a la niña; todavía veía su rostro perplejo tras ordenarle que le dejase en medio de aquella nada.

Encinares y alcornoques.

Un lejano y solitario cortijo.

La cinta infinita de la carretera.

Arturo se quitó la chaqueta, se desabotonó la camisa, se remangó y comenzó a andar. Iba con la vista fija en la carretera maltratada. El firme de cascajo suelto

dibujaba grietas y se hundía en agujeros. Anduvo cerca de veinte minutos hasta que, a partir de un tramo, el firme parecía haber sido reparado. El parcheo se prolongó cerca de medio kilómetro y volvió a la tónica inicial. Arturo descubrió en la distancia una casilla de peón caminero y anduvo hasta ella. La pobre construcción de piedra se levantaba en un promontorio que atalayaba toda la dehesa. Parecía deshabitada; no obstante, Arturo golpeó la puerta y luego la rodeó. Todas las contraventanas estaban cerradas. Un letrero con fondo azul y letra blanca indicaba la distancia al pueblo. Descansó a la sombra de una de las paredes, sobre una pila de leña llena de telarañas. Tenía sed, una sequedad que se extendía por todo su cuerpo y provocaba que su lógica no estuviese engrasada. Contempló el panorama; se sintió empequeñecido por la magnitud. Volvió a experimentar una tristeza indefinible, aquella angustia que le invadía de manera intermitente. El cansancio de la gente, de los libros, de la música, de desear que las cosas tuviesen algún sentido. De aquella maldita costumbre de seguir vivo. Incluso de la cría muerta.

Porque muy pronto habría otra.

Y otra.

Y otra.

Sabía que nunca acabaría. Aunque lograrse enviar a los culpables a la cárcel. Aunque cumplieran cadenas perpetuas o los ejecutaran. Él seguiría cansado de todos los motivos estúpidos o perversos por los que cometían sus fechorías. Cansado de no resolver nada, de que las víctimas siguieran estando muertas o violadas o torturadas.

Arturo supo que tenía que cortar aquella deriva mental.

Porque ya sabía adónde conducía.

Lo inmediato era qué hacer con aquel cabrón que tenía encerrado. Porque le desafiaba, porque le atemorizaba. Y resolver lo de la chiquilla. Porque aquello no era un mero accidente geológico, sino que entraba dentro de la responsabilidad humana. Le escocían los ojos, tenía la frente empapada de sudor. Sacó un pañuelo y se lo pasó por la cara. Decidió regresar al pueblo. Bajó hasta la carretera y empezó a andar con la esperanza de que pasara algún vehículo que pudiese llevarle. En el transcurso, el sol parecía haberse acercado más y más a la tierra.

Anduvo.

Anduvo.

A lo lejos, desdibujadas por el polvo blanquecino y las ondulaciones térmicas, aparecieron unas figuras.

Venían en su dirección.

El aire le trajo sonidos extraños, inverosímiles.

Un crujido de hierros que acompañaba el avance lento pero firme de aquella hilera.

Hombres de armadura y morrión, macizos, de barba espesa y ojos colmados de oro y firme voluntad, que en unos casos también era locura, y en otros, desesperación.

Caminaban apoyándose en lanzas y espadas de acero.

Arturo se detuvo y desfilaron ante él. Con un paso pesado, constante. Sin mirarle. Sin detenerse.

Hierro.

Más hierro.

Más hierro.

Más hierro.

Arturo tuvo un regusto a bilis. El corazón se le aceleró. Sintió un vahído. Perdió el conocimiento.

«Hay que ver, a quién se le ocurre salir sin sombrero», le reconvino la voz, acompañada de un pañuelo empapado que recorría su rostro. Arturo fue recobrando la conciencia. Se hallaba a la sombra de un alcornoque, tumbado en el suelo. Sobre él gravitaba un rostro de mujer de mediana edad, enrojecido, cuyos rasgos estaban mal puestos por milímetros. Se apoyó contra el tronco, con gestos pidió algo de beber. La mujer le acercó una cantimplora y Arturo bebió a tragos cortos; la devolvió y buscó unas palabras en vano. No lograba articularlas. De repente se le hincharon los carrillos y se ladeó para vomitar.

—Así, échelo todo, aún está desbaratado. No hay prisa.

Arturo se limpió los hilos de bilis y agradeció el cuidado, pero sufrió la impotencia de verse encadenado a su cuerpo, sudoroso, maloliente. Respiró con profundidad y observó a aquella mujer de huesos grandes, con el pelo muy corto, vestida en tonos ocres. Tenía un cardenal morado, negro y amarillo en el cuello, y la mano derecha en cabestrillo. No había nadie más, así que concluyó que había sido lo suficientemente fuerte como para moverle. A pesar del auxilio, su mirada no intentaba transmitirle solidaridad, por lo que supo que ella estaba al tanto de quién era.

—Muchas gracias —logró decir—. Si no llega a ser por usted...

—No hay que darlas.

—En los tiempos que corren, sí.

La mujer guardó silencio.

—¿Cómo se llama?

—Mencía.

—Mencía —paladeó Arturo—. Bonito nombre.

Se puso en pie con cuidado. Ella le ayudó.

—¿Ha visto mis gafas?

—Se las he metido en la chaqueta —se agachó para recogerla y se la entregó.

—Muy agradecido. Espero llegar esta vez al pueblo. ¿Hacia dónde va?

—En esa dirección no.

Arturo sorprendió una fugaz mirada de la mujer hacia unos matorrales, su cuerpo

en manifiesta tensión. Posiblemente ocultaba algo de recova o estraperlo.

—Muy bien, gracias de nuevo. Espero poder devolverle el favor.

—Ya le he dicho que no tiene por qué.

Esta vez el tono había sido áspero. Mencía esperaba a que Arturo comenzase a alejarse, pero este permaneció quieto, con la vista fija en sus pechos. Ella se figuró que era una más de las licencias que las mujeres debían soportar con estoicismo, pero la expresión de Arturo no indicaba nada impúdico, sino sorpresa y cierta confusión. Mencía pegó la barbilla al cuello y vio el cerco húmedo que se abría en su pezón izquierdo. Comenzó a ruborizarse.

Las luces débiles y parpadeantes de una dinamo susurraban que una bicicleta venía en su dirección. El ciclista le saludó con la mano; Arturo le respondió con un movimiento de muleta y prosiguió su camino por una calle bautizada como Virgen de la Soledad. La puesta de sol era un alambre de luz; las aves se cruzaban en el cielo violeta y amarillo pálido como en un *ballet* negro. Pasó ante unos ancianos sentados a la puerta de su casa; el pueblo de al lado era el límite geográfico de su imaginación, y ya no eran capaces de un solo gesto de asombro. Saludó. Le devolvieron el saludo. Continuó su paseo hacia la casa del alcalde; no había podido escaquearse del convite, suponía que esa noche se encontraría con todas las fuerzas vivas del pueblo. La vivienda era una de las más grandes; al lado del portalón encontró rondando a Nicolás.

—Buenas noches —le saludó Arturo.

Nicolás se llevó la mano a la sien en un gesto fatigado. Tenía unas ojeras oscuras.

—Buenas noches, mi capitán.

—¿Cómo ha ido la jornada?

—Vamos tirando.

—¿Ya ha llegado gente?

—Están esperándole, mi capitán. También ha venido el cabo.

Arturo sostuvo la mirada del número.

—¿Y cómo está nuestro maestro?

Nicolás apretó con más fuerza la correa de su fusil y retiró la mirada.

—Ahí sigue.

Arturo sonrió, pero hubo algo en su sonrisa que hizo retroceder al guardia.

—Pues vamos a la manducatoria.

Se despidió y picó en la puerta. Le abrió el mismo Celedonio, gordo y sanguíneo, ya medio borracho. Cuando le vio, disparó la mano en firme ademán. Arturo le observó con curiosidad.

—¿Tiene algún problema en el brazo?

El alcalde se descolocó.

—No, camarada, solo saludo.

—¿No sabe que el saludo falangista ya no es aconsejable?

—Sí..., camarada..., esto..., yo solo...

—Y no soy su camarada, soy capitán del Ejército.

—Por supuesto, mi capitán —farfulló.

—Entonces cuádrese como Dios manda.

Celedonio se cuadró y permaneció ridículamente tieso.

—Descanse.

Arturo se quitó el sombrero y agradeció la invitación. El salón estaba empedrado con cantos de río; el centro se hallaba ocupado por una gran mesa pulida, pegados a las paredes había arcones de clavos plateados y, al fondo, una chimenea chamuscada custodiada por antiguos cacharros de cobre y hierro. Bajo una atmósfera neblinosa, encontró un batiburrillo de oligarquía terrateniente, caciquillos locales, falangistas, funcionarios, sacerdotes y militares de rigor. Celedonio hizo las presentaciones y le colocó en la mano una copa de cazalla, «para ir calentando motores», recalcó con sonrisa zalamera. Arturo saludó al cabo y, al ser la novedad en los corrillos, permitió que le sometieran a sus averiguaciones. En realidad no buscaban información, sino exponerle sus puntos de vista, patentizar su adhesión. No tardó en llegarle el delicioso aroma de los cabritos asados que habían preparado las mujeres de la casa, y se sentaron a la mesa. Durante la pitanza, los temas perpetuos salieron a relucir, la estancia de la Legión Cóndor en la provincia, Franco, el estraperlo, los guerrilleros, el liberalismo disolvente, Stalin, los Aliados, la guerra civil griega, el Ausente, lo buena que estaba Evita. Arturo se dedicó a entresacar de las conversaciones la urdimbre de corruptelas, complicidades, enchufismo y especulaciones sobre las que se apoyaba el régimen. Nada ajeno, todo aquello le era inherente. Sin embargo, comenzaban a asumirse los logros que entre tanta calamidad se iban alumbrando, los rumores acerca del fin del racionamiento de la gasolina, el término de la restricción eléctrica, la venta libre de penicilina... En un momento, un sacerdote obeso y con manos como palas, con esa vanidad de los autorizados a administrar los sacramentos, posó su copa de vino y le amonestó.

—No le he visto mucho por misa, capitán Andrade.

Arturo arqueó las cejas.

—Padre, no sé si se ha dado cuenta de que han matado a una chiquilla.

—Sí, y malhadado quien lo haya hecho, pero eso no excusa para no cumplir con el Señor. Persignarse le ayudará a combatir el mal. ¿No le ha servido el ejemplo de los alemanes?

—¿Qué pasa con los alemanes? —Arturo no salía de su asombro.

—¿Por qué han perdido la guerra los alemanes?

—¿Por qué?

—Porque se persignaron poco.

—Y entonces ¿los comunistas se persignaban más?

El sacerdote quedó atrapado en su silogismo, pero alguien vino en su ayuda.

—Los comunistas tenían más tanques.

La voz provenía de la esquina más alejada de la mesa; Arturo localizó a su dueño, un tipo intenso, con una resolución sin objeto preciso.

—Disculpe, ¿usted era...?

—Mauricio Retuerta, terrateniente y jefe del somatén.

—Muy bien, don Mauricio, entonces parece que Dios repartirá justicia solo si antes yo me la gano.

—Los designios del Señor son inescrutables —se cubrió las espaldas.

—Inescrutables pero previsibles.

El sacerdote musitó algo en latín, como si el español no fuese suficiente para contener tamaña blasfemia. Mauricio sonrió y, cogiendo una botella, la puso bocabajo sobre su copa para aprovechar hasta la última gota. Luego adoptó una expresión bufonesca que se tornó de inmediato en gesto brusco.

—No es usted muy pío, capitán.

—Ser pío no es mi trabajo, don Mauricio, sino encontrar al hijo de puta que ha hecho esto.

—¿Y cree que lo conseguirá?

—No será fácil: los hijos de puta se disfrazan tan bien que no le sé decir con seguridad el número de ellos con los que me he topado.

Mauricio Retuerta no estuvo seguro de si le incluían en el lote. El alcalde propuso un brindis: «Por la fe en Dios y en nuestro Caudillo, encarnación de la patria, de inteligencia preclara y ánimo indomable, cuyo poder viene directamente de la Providencia». Las copas se alzaron —incluida la de Arturo—, seguidas de los vivos y arribas obligados. Un invitado cuya coronilla empezaba a clarear, de esos que cuando cuentan chistes uno se queda serio y cuando hablan en serio uno se muere de risa, empezó a hilar una ristra de ellos. Otro de cara larga y amarilla ya estaba lo bastante borracho como para encender el cigarrillo por el lado contrario. Otro con nariz de cimitarra explicaba con una certeza de cátedra que los dinosaurios se extinguieron porque cuando llegó el diluvio no pudieron salvarse debido al tamaño de la puerta del arca. A medida que corría el vino, Arturo fue encontrándose razonablemente cómodo; por lo general se sentía como un pájaro pintado, uno de aquellos cuyas plumas los aldeanos —siguiendo la bárbara costumbre— teñían de brillantes colores y a los que otros pájaros, sin reconocerlos, atacaban y picoteaban hasta matarlos cuando regresaban a la bandada. Pero aquella noche comía, bebía, se reía, escuchaba, observaba a aquellos hombres, y solo podía ver una mezcla de ignorancia, oportunidad, necesidad, miedo, cinismo, indiferencia, debilidad y absurdo. Las generalidades, las grandes palabras, las verdades innegociables se arrojaban sobre cada signo de duda o vacilación, y el estado de cosas se construía no sobre la sutilidad, la prueba o la razón, sino sobre aquellos patriotas imperfectos y virtuosos que en los momentos de crisis o grandes cambios se situaban en primera fila encauzando las cosas de la peor manera. Eso los dotaba de mucho poder, pero sobre

todo de excusas para abusar de él.

Y qué decía de Arturo que se sintiera bien entre ellos. Nada esperanzador, pero tampoco le cogía por sorpresa. Él también formaba parte de aquella ignominia; como otros muchos miles, contribuía con sus mezquinas e insignificantes acciones o desidias a perpetuar un paisaje en el que lo bueno y provechoso quedaba desterrado. Solo eran hombres, ni más ni menos, y como bien sabía, la verdadera tragedia era que los rojos no hubieran sido mejores. En esa coyuntura salió a colación la piedra lanzada contra el cuartelillo, lo que provocó que los ánimos se encresparan. Brotaron los discursos iracundos e irreconciliables en que la presión de las emociones demolía la fina capa de racionalidad. Un tipo con los labios morados por el vino situado junto a Mauricio Retuerta empezó a contar cómo habían amedrentado a una de las mujeres de los rojos. Su relato asqueó a Arturo; no comprendía qué beneficio había no solo en quitarle a una pobre chica la recova con la que sobrevivía, sino sobre todo en maltratarla. Sin embargo, se mantuvo como un convidado de piedra, bebiendo duro, y no intervino hasta que, ante la chanza general, aquel tipo contó cómo le había roto un dedo.

—Y usted se llamaba...

—Álvaro.

—Y, Álvaro, ¿lo hizo usted solo o necesitó ayuda?

—¿Cómo dice?

—Que si la roja opuso mucha resistencia.

Álvaro, al contrario que Mauricio, no percibió la burla.

—Se revolvía la muy tipa. Créame, esa Mencía es más mala que los judíos del Casar.

Arturo sintió como si un cartucho de dinamita hubiese reventado en su interior.

—¿Se llama Mencía?

—Sí, y la vamos a joder mucho más, ya la tuvimos calva una temporada. Tiene que presentarse todas las semanas en el cuartelillo. Esa culebra es la mujer del Califa...

De nuevo los eufemismos, pensó Arturo, los de la sierra, los huidos, los asesinos, los bandoleros...

—¿Y quién es ese Califa?

—Se llama Ventura Rodríguez, es uno de los cabecillas de la agrupación Extremadura —intervino Salvador—, la que lleva Cristino el Extintor. Es anarquista, del sindicato de artes blancas... Sección confitería —añadió con una mueca—. Lo tuvieron preso en Castuera, pero se fugó y se echó al monte.

—Y por su culpa han muerto muchos inocentes —apuntó Mauricio.

—Ah —se sorprendió Arturo—, pero ¿quedaban?

Hubo un silencio incómodo que Arturo conjuró sonriendo y haciendo un brindis, lo que provocó una carcajada general.

—Cuéntenme un poco más de ese Califa.

—En realidad, esa es la causa principal de que estemos en Pueblo Adentro —dijo Salvador—, aunque aquí no hay nadie limpio.

—Y a ver cuándo le dais pasaporte, que llevamos así ni se sabe —le reprochó un joven que se peinaba con raya a la izquierda.

Salvador le miró con una sonrisa que parecía pinchada en su rostro.

—Ya me dirás qué podemos hacer dos para toda la sierra. Y los del somatén tampoco es que os matéis mucho.

—De todas formas —medió Celedonio—, esos ya no se atreven a bajar.

—Pero ellas sí se atreven a subir —escupió Álvaro con una expresión artera—. Van a quitarse el calentón, pero eso se lo podemos quitar nosotros cualquier noche.

—A esa no la toco yo ni con una pértiga.

Hubo risas de connivencia. Mauricio hizo un gesto pidiendo discreción. Arturo volvió a llenar su copa y empujó la mejilla con la lengua. El resto de la cena permaneció en silencio, su oscuro cinismo al acecho, burlándose de ellos y de sí mismo, mientras vaciaba copa tras copa. Las voces se volvían gradualmente estropajosas, y se escuchaban conversaciones donde la palabra que más se repetía era follar; se contaban chistes sobre alemanes e italianos, y las faenas taurinas siempre remitían a otra cosa. Ya de madrugada, Arturo se despidió dando bandazos, ebrio hasta la indefensión. Salió a la noche con paso errático; las estrellas como frágiles esquiras luminosas. En vez de dirigirse al cuartelillo, puso rumbo a la linde del pueblo; cuando superó la última casa, siguió caminando por un campo arado, tropezando cada pocos surcos, cayendo al suelo en ocasiones. Entonces agarraba la tierra a puñados y la observaba, la misma que no se podía ya remover, porque amigos y enemigos estaban tan enraizados en ella que cuando se desenterraban los huesos de un adversario siempre iba detrás un camarada. Sintió náuseas y un hilo cálido le subió por la garganta, pero logró contenerlo. Siguió avanzando hasta que algo le paralizó. Se quedó quieto, en medio de la oscuridad, con los ojos fijos en el horizonte, dos, tres, cinco puntos anaranjados. La sierra ardía, y poco a poco los diversos fuegos iban uniéndose hasta formar una sola muralla que iba descendiendo. Arturo quedó fascinado por la inercia formidable de las llamas, las sombras ensanchándose, transformándose. Comenzó a susurrar unas palabras olvidadas hacía mucho.

## 6

### Un puñado de cipreses

*Al amanecer, la llanura blanca y amarilla y verde bajo el cielo azul recibía los primeros rayos de sol que ascendían tras la sierra, y que luego iban deslizándose por el paisaje hasta que las casas adquirían un suave tinte dorado mientras las negras sombras de sus contornos se adelgazaban. La luz se reflejaba en el hilo de agua que caía helada desde el musgo de una roca, recibía la adoración quieta de una salamandra, hacía resplandecer las estelas de polvo a la deriva; despertaba a los pájaros en sus nidos de arcilla, hacía revirarse a los toros en los campos, iluminaba corrales, huertos, viñedos, cercas, almazaras, cortijos. Un gallo se hinchó como una prima donna y soltó un chillido jubiloso para celebrar la luz. Cuando esta alcanzó los trechos quemados de la sierra, las palabras no tuvieron la riqueza suficiente para describir las infinitas gradaciones con que el fuego había trabajado las formas y los materiales. Aún quedaban brasas, matices de rojo que se bifurcaban entre las cenizas, carbones encendidos que se rajaban y rompían. Y en medio, una isla de cipreses, cerrados como una legión romana, incólumes en el paisaje repleto de árboles incinerados.*

El calor empezaba a convertirse en un suplicio. Pueblo Adentro se despertaba al ritmo de un martilleo de metal, lejano y constante. Los primeros carros rodaban bajo palios de polvo. Los lugareños miraban el cielo como miembros de una tribu prehistórica, intentando imaginar qué significaba todo aquello. La luz se filtraba en las casas, en sus recovecos, rincones, alacenas, despensas, y acompañaba a los campesinos que empezaban a recoger el heno.

A las madres que llenaban los tazones de leche migada a sus hijos.

Al alcalde, que se sentaba en la cama y hacía crujir los dedos de las dos manos, con fervor y dentera.

Calentaba la piel cruda de los gorrinos que vigilaba Faustino.

Extraía destellos a los cabellos rubios de la esposa de Nicolás, que le observaba ya a punto de despertarse, tras una noche de sueño angustioso y espasmódico.

Encendía las hostias que el sacerdote iba depositando una a una en el copón donde se guardaban; limpiaba de sombras las figuras de los santos de yeso, con sus ojos llenos de tragedia.

Sacaba de su apatía y fatalismo a Diego Peinado, que poco a poco se erguía sobre el jergón.

Destellaba en el agua de la jofaina en la que se estaba lavando Salvador.

Sorprendía a los cazadores furtivos en las tierras del duque.

Iluminaba la tierra árida donde había aparecido la niña, entre cuyos terrones seguían moviéndose laboriosamente las hormigas mientras transportaban algo rosa de un tamaño muy superior al suyo.

Desnudo de cintura para arriba, Arturo estaba apoyado sobre una palangana, la cara pegada al espejo, con una barba blanca de espuma. Tenía los ojos turbios e inflamados, la nariz despellejada y unas profundas ojeras. Se irguió, cogió una navaja de afeitar —con tres muñecos grabados en la hoja, como si bailaran en círculo—, repasó su filo vaciado por la cinta de la badana, la sumergió en el agua y comenzó a deslizarla suavemente por la mejilla. Sonaban los pelos duros al ser arrastrados en oleadas de espuma blanca. Tras cada pasada, la hundía en el agua jabonosa y volvía a salir limpia y brillante. Ya solo quedaba el cuello; Arturo levantó la barbilla, pegó el filo justo encima de la nuez y lo mantuvo ahí. Quieto. La piel se hundió bajo una ligera presión. Descubrió un aleteo de miedo en su mirada. Sonó el teléfono con urgencia histérica. Arturo posó la navaja y cruzó la sala hasta el negro caparazón.

—Diga.

—Mi teniente: la he encontrado.

Era la voz rotunda de Manolete. Arturo apretó los dientes y cerró el puño.

—Bien, no te muevas de ahí. Cojo la tartana y me planto en Cáceres —buscó con premura papel y lápiz—. Dime la dirección.

Fue anotando con letra tensa, minúscula.

—Y..., Manolete —dijo cuando trazó la última letra.

—Sí, mi teniente.

—Si alguien se acerca a la cría o pregunta por ella...

—¿Qué hago?

—Le pegas tal hostia que le sacas la cara por el culo.

—Descuide.

Manolete se disponía a añadir algo cuando Arturo colgó. Terminó de afeitarse y se vistió con ceremonia. Extrañamente, no tenía prisa. Miró por la ventana y le dolieron las pupilas; refugió los ojos en la penumbra del pasillo. Fue hasta la celda, la abrió, se enfrentó a la mirada del maestro. Arturo le tenía miedo, y eso le desagradaba.

—Buenos días. ¿Cómo van esos pies?

—Me han hecho una cura.

—Me confirmaron que no tiene dañado ningún tendón, pronto podrá andar.

—¿Hacia dónde?

La pregunta flotó como una emoción.

—¿Necesita algo? —se interesó Arturo.

—De beber.

—Hoy no toca.

—Me estoy muriendo.

Su expresión fue un emblema de la necesidad. Arturo pensó que siempre había algo patético en un hombre que sucumbía de tal forma ante la vida. Estudió su dolor, amadrigado dentro de él; ya se había hecho un nido y permanecería allí, devorando cualquier cosa cálida que tuviese cerca. Pero, al contrario que a Arturo, nadie acudiría a rescatarle. Volvió a la sala y abrió el armario en el que se guardaba el aguardiente; cogió la botella, pero se arrepintió y la puso de nuevo en su lugar. Regresó a la celda.

—Diego, usted sabe que esto tendría solución.

—No estoy dispuesto a recordar lo que usted quiere.

—¿Por qué?

El maestro guardó silencio. El hilo de su vida se tensaba cada vez más. Qué sabía aquel maldito capitán de la naturaleza de sus heridas, pensó, de la inmensa vacuidad que sentía dentro de sí. Y en última instancia nunca lo sabría, porque no podía explicarse. Arturo cerró la puerta, abrumado por la aflicción.

El vetusto coche de línea, propulsado por alguna fuerza sobrenatural, se había llenado en cada parada de viejas, cestas con huevos dentro, alforjas, barrilitos de vino, maletas, paquetes, conejos, gallinas, mujeres preñadas, bebés, niños, hombres, y para cuando llegaron a Cáceres, entre el calor, los baches, el polvo, los apretones, el tufo y una mujer que se había mareado y había echado las tripas sobre los pies de Arturo, este ya había agotado mentalmente la lista de maldiciones. Manolete, con un gesto mohíno, le estaba esperando en un punto donde se mezclaba el flujo de viajeros. Arturo pudo bajar de la tartana haciendo diversas contorsiones.

—Buenos días, mi teniente. Esto de madrugar es una putada, ¿eh?

Arturo se puso las manos en la base de la espalda, estirándose. Luego se colocó las gafas ahumadas.

—Buenos días, Manolete. Sí que lo es. Además, vengo roto. ¿Adónde tenemos que ir?

—Antes he de decirle una cosa, no me dio tiempo por teléfono.

—A ver.

—Encontré a la cría, está en el hogar María Sarasua. Pero no creo que nos sirva de mucho.

—¿Por qué?

Manolete apretó los labios. Hizo giros con el índice junto a una de sus sienes.

—Como no te expliques mejor...

—No ha dicho una palabra desde que la recogieron. Y tampoco creo que nos vea, siempre está con la mirada perdida. No creen que tenga arreglo.

—Ya. ¿Dónde está el hogar ese?

—Donde los pájaros vuelan del revés, pero tengo el coche aquí al lado.

Arturo consideró lo que tenían que hacer, pero su lógica parecía velada como una

placa. Rezumaba sudor, sacó su pañuelo. Vio un puesto donde vendían de todo y buscó unas monedas.

—Quiero ese —le dijo al dueño.

Señaló un molinillo de celuloide de brillantes colores montado sobre una frágil varilla. Cuando se lo entregaron, Arturo sopló sobre las aspas, que empezaron a girar en una espiral cromática. Miró a Manolete. Manolete no supo dónde mirar.

*Empecé a sentirme sola. Muy sola. Como si todo lo vivido hubiera sido un sueño. Como si algo se hubiese roto. El entorno era desconocido, las reglas. Lloraba lagrimones por dentro, por fuera no, por fuera permanecía igual. Nos decían que teníamos que «reeducarnos», «regenerarnos». Éramos la fruta podrida de una España en la que había habido una guerra para limpiarla de malos españoles y comunistas. Cada día nos levantábamos con el alba, nos duchábamos con agua fría, daba igual si hacía frío o calor, siempre en silencio. Luego misa, rezar, el ángelus, el rosario. Y luego la clase, una sola profesora para tantas como éramos, también con una sola enciclopedia. Pero lo peor era el hambre. Solo podía pensar en cómo llenar el estómago. Todas buscábamos cualquier cosa que fuese comestible, peladura de patatas, cáscaras de melón, las hojas de las plantas hechas bolitas, papel, escarabajitos, hasta la corteza de los árboles nos comíamos. Había quien se metía en la boca incluso las suelas de los zapatos, una cosa dura que masticabas y masticabas durante horas hasta que se volvía como goma de mascar y ayudaba a salivar. Era un hambre insatisfecha, que no se te quitaba nunca, y tenías una necesidad constante de comer que hacía que fueras mirando siempre el suelo a ver qué podías encontrar. Y peor incluso que el hambre era la sed. De hambre no llorabas, pero de sed sí. Entiendes que no haya comida, pero no entiendes que no haya agua, con tantos ríos y mares y estanques. Y la lluvia, tanta lluvia. Nos formaban por la mañana y entonces podíamos beber; luego, durante el resto del día, nadie se podía acercar a un grifo. Teníamos tanta sed que algunas se levantaban por la noche, con lo prohibidísimo que estaba, a ver si habían dejado agua en las bañeras. Por si no las habían vaciado del todo, por si podían sacar aunque solo fuera unas gotas de agua sucia. También trepábamos a los inodoros para beber el agua de las cisternas. Cuando empecé a hacerme pis en la cama, no sabía por qué si apenas bebía. De dónde salía tanto líquido. Y me reñían, y me castigaban, me metían la cabeza en un pilón de agua fría o me obligaban a pasear entre las camas con mi sábana orinada, pero seguía haciéndome pis. Una noche bajé de la cama y dormí en el suelo, sobre una alfombra; cuando orinaba volvía a la cama, para no mojarla. Estaba empezando a aprender.*

La telaraña era grande y espesa, y la niña se entretenía en arrancarles las alas a moscas atrapadas en una cinta-trampa para luego soltarlas sobre la tela. Estas se

enredaban, y las que aún estaban vivas la hacían vibrar. La araña, como un garbanzo negro sostenido en el aire por finísimas patas de alambre, avanzaba con rapidez hasta la desventurada y la arrastraba a su cubil. El macabro pasatiempo duró hasta que Arturo y Manolete la descubrieron; Manolete le dio un pescozón que casi le arranca la cabeza.

—Ándate, gañana, que como fueras tú la mosca ya verías la gracia que te iba a hacer.

Mientras la cría salía corriendo hecha un mar de lágrimas, Arturo consideró la tiranía secreta que se agazapaba siempre tras la inocencia. La pequeña desapareció en el interior del edificio; era una de esas construcciones simples, hermosas y sólidas. Hubiera sido ideal si al lado no hubiera tenido un establo de vacas; en ese momento una estaba atareada soltando un grueso chorro de orina contra los muros blanquísimos. Permanecieron en la linde de ladrillo que marcaba la propiedad, la campana de una iglesia dio los toques de mediodía; la jornada no dejaba dudas acerca de su intención abrasadora. Arturo estudió el emblema de un dragón combatido por una flecha que señalaba aquella casa como uno de los hogares del Auxilio Social.

—Siempre nos aguardan dragones —comentó ensimismado.

Manolete le miró con un gesto especulativo, pero no añadió nada. Se encaminaron hacia la entrada, donde una de las subalternas, que reconoció a Manolete, los guio a una sala de estar y les pidió que esperaran a la directora. En su lugar apareció un individuo pulcramente trajeado que se presentó como Gabino Cabañas, vicesecretario de la delegación provincial —«este se mira más la raya del pantalón que la hora», lo enfiló Manolete—. A Arturo no le pareció buena señal que hubieran notificado el escalafón; si hubiera habido hienas al acecho, ya habrían empezado a olisquear el aire. El vicesecretario tenía la maña de hacer ver que se saltaba las convenciones solo para subrayar más su rango; les dijo que los había estado esperando y les ofreció algo de beber, porque con aquel calor no se podía vivir, y que por supuesto podían tutearle, cómo no, todos somos camaradas en esta empresa común, ¿no? Añadió que le siguieran para presentarles a la directora — Manolete señaló que a él ya se la habían presentado—, y en el recorrido por los pasillos se dedicó a hacer el elogio de la institución, una obra, la nacionalsindicalista de protección de la madre y el niño, que era el ojito derecho del Auxilio y en la que se mezclaba el ímpetu demoledor y revolucionario de Falange con la justicia social que brota de las manos taladradas de Cristo —«don Lapicero es de misa diaria y puta por semana», le susurró Manolete con total certidumbre—. Arturo frunció los labios para reprimir la risa y le indicó que guardara silencio. Dejó de escuchar en algún punto del monótono discurso, entre «nuestro pan es cristiano» y «la ilusión decidida y viril de la institución». Cuando entraron en el despacho de la directora, don Lapicero les presentó a Rita Sainz Rocamora, una mujer opulenta y maciza, con un pico de viuda en la frente.

—Bienvenidos —los recibió con una gran sonrisa—, ya he tenido el placer de

conocer al señor Ramírez.

Arturo solo parpadeó más rápido cuando escuchó el desacostumbrado trato a Manolete. La directora continuó dispensándoles una exquisita recepción y los invitó a seguirla por los luminosos pasillos, llenos de cartelería pronatalista y alientos al donativo. En ese punto se despidió el vicesecretario, alegando múltiples compromisos; Arturo no acertó a distinguir si su presencia había sido meramente institucional o un velado signo de advertencia. Durante el recorrido, Rita Sainz se explayó a su vez acerca de la labor del Auxilio Social; guarderías, hogares, comedores, escuelas, colonias que, dirigidos por la Falange con criterios científicos y modernos, y guiados por el pulso firme de los consejeros eclesiásticos, se esforzaban en paliar el daño que esas viragos rojas habían causado en los cuerpos y espíritus de tantos párvulos. Aquí y allá les presentaba a enfermeras o guardadoras uniformadas. En la mente de Arturo fue desarrollándose un discurso paralelo: «Hemos erradicado la escuela republicana ácrata, amoral y disolvente» se solapaba con «maestros depurados que solo instruían en los principios del Movimiento, el falangismo y el ideario católico»; la labor asistencial no era más que dependencia, la simpatía y la prontitud se convertían en control y disciplina, y la justicia social, en propaganda para lavar la cara del régimen.

—O sea, que pueden comer todos los días, ¿no? —resumió Manolete.

Rita Sainz se quedó algo descolocada, pero asintió.

—Es lo que importa —remachó.

Llegaron a una puerta que daba acceso a un jardín interior. En medio había un pilón redondo lleno de agua del que desbordaban unas plantas hasta el suelo. Unos finos cilindros metálicos, al contacto con las livianas corrientes, producían un sonido misterioso. En un banco de cemento estaban sentadas una chiquilla y una monja con un rosario en las manos. La directora les presentó a la hermana Eladia, una viejecita con la piel llena de manchas color café que, al tener los párpados soldados, parecía no tener ojos. Olía intensamente a leche hervida. Ella era la encargada de los especiales cuidados que requería la niña. Saludaron a la venerable religiosa y Arturo se colocó en cuclillas frente a la cría. Su mirada le traspasaba, como si no fuese más que aire. Arturo le mostró el molinete, pero ella no hizo ningún ademán de cogerlo.

—¿Cómo te llamas?

La niña permaneció sumida en su mutismo, parpadeando lentamente.

—La cristianamos como Catalina, por la santa del día en que la encontraron —la monja respondió como si le hubiesen preguntado.

—¿Nunca ha dicho nada?

—Nunca.

—¿Ni un gesto?

—Ni un gesto.

—¿Y no saben quién es?

—Nadie la ha reclamado. Es un ángel de Dios y tenemos que cuidarla hasta que

Él la llame.

—Y, mientras, Dios permite que abusen de sus ángeles.

—Teniente, por favor... —se le escapó a Manolete.

La religiosa no se dio por aludida.

—Es usted puro, le duele el corazón.

—No, yo no soy puro, madre; la pureza es un atributo divino, así como la confirmación de mi debilidad, de mi miseria, de todo lo que hace de mí un hombre. Porque yo no soy más que eso, un hombre, un pobre hombre.

Arturo dejó el molinete y cogió las manos de la niña; les dio la vuelta para comprobar las yemas de los dedos, al tiempo que Manolete se deshacía en disculpas. No halló marcas de pinchazos, aunque un año era tiempo suficiente para curar según qué heridas.

—Madre, ¿recuerda si vino con las manos llenas de pinchazos?

—No, no recuerdo nada de eso.

Arturo preguntó de nuevo, de distintas maneras, como si tuviese la esperanza de que en alguna ocasión respondería lo que deseaba.

—Usted piensa que yo no soy más que una monjita ignorante —dijo Eladia inesperadamente, con una sonrisa taimada.

—Yo no he dicho eso, madre.

La anciana desenredó una mano sarmentosa de entre las cuentas del rosario y se la mostró.

—¿Quiere ver también mi mano?

—¿Para qué?

—No parece gran cosa, pero con esta mano he hecho más pajas de las que ustedes dos juntos puedan sumar.

Se quedaron estupefactos. Manolete creyó que había oído mal.

—Me ha oído bien: pajas. Manolas, gallardas, pajillas, gayolas, cascársela, darse un meneo...

Manolete se santiguó y se besó la medalla.

—Madre, por favor, no diga esas cosas.

—No me sea blando, Ramírez, la fe es más quemadura que bálsamo, y cuando era joven presté servicio en los cuerpos de pajilleras de Málaga, las Pajilleras de la Caridad, nos llamaban. Y no sabe usted cómo mejoraban los pabellones llenos de heridos, se les quitaban la ansiedad y el mal talante. Eso sí, siempre con las formas y la cara tapada, hay que guardar el pudor, que una cosa es la fe y otra el vicio.

Manolete seguía anonadado. Arturo no acababa de dar con una réplica.

—Lo que le ha sucedido a Catalina no es más que una piedra en su camino hacia Dios —le pasó una mano varicosa por el pelo—. Pero así como Dios las pone en el camino, también nos da fuerzas para soportar lo que no podemos cambiar, y asimismo nos las concede para cambiar las cosas que podemos. Aunque, sobre todo, nos da la sabiduría para comprender la diferencia.

Arturo no alcanzaba a interpretar sus parábolas, pero intuyó que algo estaba sucediendo entre ellos. Se acercó como si fueran a compartir un secreto. Eladia los miró alternativamente.

—Ustedes también andan perdidos.

Respondieron a destiempo, un poco demasiado rápido. La religiosa asintió, y aunque ella parecía saberlo todo, les pidió que le explicasen en qué punto se encontraban.

—Lo que han de ver es que la victoria del demonio procede de la comprensión de nuestra naturaleza.

—Sí, madre —la alentó Arturo.

La religiosa giró el rostro, abarcando todo el jardín, y abrió las manos, dejando que el rosario pendiese de una de ellas.

—Y allí donde Dios construye una catedral, el diablo construye una capilla. Siempre es así.

Algo cambió en la expresión de Arturo. De repente, observó los edificios con otros ojos.

—Madre, ¿por qué no se olvida de que soy un oficial?

—Y, entonces, ¿qué me imagino que es?

—Alguien que quiere cambiar las cosas.

El rostro de Eladia se llenó de dulzura, secretamente divertida por algo, y miró con fijeza a Catalina. Volvió a acariciar el suave cabello de la niña, que mantenía los ojos extraviados.

—¿Has visto, Catalina? Los niños se rompen la cabeza por comprender las cosas difíciles, y los mayores no aciertan a comprender las simples.

Arturo tuvo una inspiración.

—Madre, permita que el Espíritu Santo sople dentro de mí.

—¿Quieres darle una oportunidad a Dios?

—Sí, madre.

El vaivén de los cilindros metálicos lo llenó todo con su música irreal. Eladia envolvió de nuevo sus manos con el rosario.

—Aquí ha habido más gente que quiso cambiar las cosas.

No añadió más. Arturo cruzó su mirada con la de Manolete, que arqueó las cejas sin atreverse a hacer ningún comentario. Todo indicaba que el tiempo de audiencia se había terminado. Se despidieron y se dirigieron hacia la salida del jardín; a medio camino, escucharon la voz de Eladia.

—Arturo.

Ambos se volvieron. Contemplaron la estampa de una anciana en tensión, los labios apretados y los puños apuntando hacia ellos, la crucecita del rosario suspendida en el aire.

Arturo observaba el aula repleta, las niñas que rezaban padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, y mientras iban disciplinando sus cerebros, uniformándolos, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo, Arturo desmenuzaba el hecho de que no había habido denuncias ni reclamaciones, como si aquella chiquilla enterrada no hubiera tenido padres ni hermanos, danos hoy nuestro pan de cada día, perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores, y sentía que la convicción en su capacidad se tambaleaba, no nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal.

Amén.

Cuando terminaron las preces, la maestra comenzó a pasear entre las hileras con un libro en las manos mientras las niñas copiaban al dictado. Arturo aguardó a que estuviesen inmersas en sus deberes y pidió permiso para entrar. Manolete observó cómo mantenía una breve conversación con la docente y esta se marchaba; Arturo se entretuvo con una chiquilla que resolvía con letra menuda y nerviosa un ejercicio de economía doméstica. La profesora regresó con algo en las manos. Arturo le dio las gracias y volvió con Manolete; le mostró un huevo de madera y un pañuelo con una tupida red de pequeñas crucecitas.

—Dice que les encargan muchos ajuares de novia.

—¿Y esto lo hacen las crías?

—A mano. Ojales, festón, vainica, bordado, costura. Requiere mucho trabajo.

—Entonces ¿la monja quiso decirnos lo que hay que buscar dentro de la institución?

—Es una posibilidad.

—Vamos a tener que pisar muchos callos.

—Es lo que hay.

Manolete tuvo un ataque de tos. Ladeó la cabeza.

—Pues al moro y al gorrión, perdigón.

Las fachadas blasonadas, las murallas, los sillares de granito de las iglesias, los palacios de torres desmochadas, las callejuelas, los soportales, las plazas..., toda aquella arquitectura ejemplar fue testigo de sus pesquisas durante esos días. Tras instalarse en una pensión, Arturo ordenó sacarle una foto a Catalina, que colocaron en sus carteras junto a la de la niña asesinada, y se dividieron los hogares, las colonias, los comedores... A pesar del enorme trabajo, procuraron evitar en lo posible el auxilio de la policía, minimizar el riesgo de que las hienas husmeasen sus pasos. Arturo utilizó todas las herramientas de que disponía para sacar información —la vanidad, el interés, el aburrimiento, el miedo— a fin de dar con un mimbre más para aquella cesta. Por su parte, Manolete recibió un mandado imprevisto que le mantuvo

ocupadísimo desenredando la maraña burocrática de las instituciones. En ambos casos tuvieron que arrostrar los mismos problemas de memoria de los interrogados, quizás porque la memoria era una amenaza universal, ya que, de una u otra manera, todo el mundo había cometido un crimen. A última hora de una de esas tardes se encontraban en una placita, frente a una fachada barroca incendiada por la luz rojiza. Arturo esperaba en una terraza, leyendo las gacetillas de un periódico, cuando Manolete se sentó en otra silla. Les sirvió un camarero encorvado.

—¿Quieres echarle un vistazo? —le ofreció Arturo doblando cuidadosamente el diario.

—No leo periódicos.

—¿Por qué?

—No hace falta, de lo gordo siempre te enteras.

—¿Y cómo te ha ido?

—Nada. Ya sabe que con ese tipo al que me mandó localizar no hubo problema, cuando quiera nos lo llevamos. Pero nadie conoce a la chiquilla muerta, nadie la recuerda. Nada.

—¿Estás seguro de que no te has olvidado ningún sitio?

—Teniente, me lo he pateado todo.

Arturo estaba tenso, como si mantuviese un inflexible diálogo interior. Observó cómo un perro asomaba la cabeza tras uno de los soportales y volvía a esconderse.

—Pero tenía los dedos llenos de pinchazos —se empecinó Arturo—, no podía venir de muy lejos.

—Catalina no tenía heridas. Y tampoco la recuerda nadie.

Arturo bajó los ojos. Era algo que sabía pero que parecía querer evitar conscientemente. Sacó el hielo de su bebida y se lo pasó por la frente.

—A lo mejor habría que buscar por el lado de la escayola —propuso Manolete.

—Mira, tampoco tengo ni puta idea de lo que significa la escayola de los cojones.

Manolete no respondió. Conocía perfectamente los estados de ánimo de su amigo, y esperó a que escampara.

—Me duele el estómago —se disculpó Arturo—. Por favor, ¿puedes pedir un poco de bicarbonato?

Manolete hizo un gesto al camarero. Arturo bebió el contenido del vaso y dejó un sedimento blanquecino en el fondo.

—Yo tampoco he sacado mucho —dijo con cordialidad—, pero ya sé a lo que se refería esa monja.

—Coño, eso está muy bien.

—Es una mujer, se llama Regina Enciso. Era jefa de sección en la delegación provincial. La versión oficial es que uno de los jefes emitió unos informes negativos sobre la susodicha porque cohabitaba de manera pública con un hombre casado. El argumento para destituir la fue que, en un trabajo en el que debe prevalecer la moral, el riesgo que implicaba la tal Enciso para los niños era de orden mayor. Un pequeño

escándalo. Pero, por testimonios posteriores, podría no tratarse estrictamente de un conflicto laboral.

—¿Sabemos dónde vive?

—Frente a la casa de los Espadero-Pizarro.

—Pues habrá que acercarse.

—Sí, claro. Por cierto, ¿tú te acuerdas de cómo se llama este cantante de boleros?

—¿Quién?

—Sí, hombre, el que canta «Mi alma y mi vida».

—Pues no sé quién me dice.

—¿Cómo no te vas a acordar? Moreno, con bigotito...

Manolete se inclinó y apoyó la barbilla en una mano. Parecía desazonado. Arturo vigiló una gota de sudor que comenzó a deslizarse por su frente. Finalmente, cayó en el vaso.

Al otro lado de la puerta se escuchaba uno de esos programas de radio sentimentales e interminables que aportaban un poco de magia a la triste uniformidad de los días. Arturo golpeó una pequeña aldaba y esperó junto a Manolete, que se estaba arreglando la camisa. Cuando una voz femenina preguntó algo que no se entendió del todo él replicó con una sola palabra, que tuvo el efecto de abrir uno a uno los cerrojos.

—Buenas tardes —saludó Arturo con una sonrisa.

Una mujer de mediana edad los escrutó con cierto nerviosismo; era alta, tenía sobrepeso, un rostro blanquecino levemente hinchado y unas cejas depiladas sustituidas por trazos de lápiz oscuro. Llevaba una bata de flores y unos lentes que pendían de una cadenita. La sonrisa con que los recibió no excluía una sombra de recelo.

—¿Qué se les ofrece?

—Venimos a hacerle unas preguntas.

—¿Acerca de qué?

—Queremos acabar lo que usted empezó —sentenció Arturo.

El gesto de Regina Enciso no supo qué reflejar. Los invitó a pasar y los guio hasta un pequeño salón donde había una pesada cómoda y unas sillas de paja trenzada. En cuanto lo vio, Manolete no pudo separar la vista de un reloj de cuco en la pared, sus pesas de latón colgadas de cadenas doradas, la péndola que oscilaba de un lado a otro. La mujer les ofreció su hospitalidad, que ellos aceptaron para serenarla; a través del ritual pudo controlar el temblor de sus manos. Ya sentados, permanecieron en silencio, mirándose unos a otros; la radio seguía desgranando su consultorio en alguna habitación.

—Entonces, capitán, ¿cuál es su labor exactamente?

—Chapotear en el fango humano, señora.

Regina mantuvo los labios entreabiertos, a punto de comentar algo.

—Señorita —optó por decir.

—Señorita, por supuesto, disculpe. Verá... —Arturo recapituló los hechos hasta ese momento, provocando una sentida expresión, «que el Señor la tenga en su gloria»—. Por todo esto hemos venido a verla. Me he enterado de su percance laboral; por supuesto, conocemos la versión oficial, pero también he preguntado aquí y allá y parece ser que existen otros puntos de vista.

—Todo se debe a que denuncié a ese sinvergüenza —se limitó a contestar.

—Se refiere a quien la acusó.

—Sí, todo es un montaje, eso de que yo ando liada con...

—Todo eso me resulta indiferente —la interrumpió Arturo—. Cuénteme lo que hacía.

—Es largo de explicar.

—Pruebe a hacerlo corto.

—Mi principal labor era revisar los informes de las visitadoras.

—¿Quiénes son las visitadoras?

—Existe una demanda enorme para adoptar niños, por parte de familias españolas y también extranjeras, sobre todo italianas. Una avalancha de peticiones. Nuestro cometido es procurar que exista un criterio a la hora de prohijar, porque la prioridad es el bienestar del niño, liberarlos de las consecuencias materiales y morales de estos tiempos ásperos. Los receptores han de ser personas dignas, y acomodadas en lo posible.

—Por lo que me han contado, los críos no acaban de librarse de esas consecuencias.

—No le entiendo.

—Me han hablado de duros castigos.

—¿Dónde?

—En los mismos hogares.

Regina le miró, dándole a entender que no compartía en absoluto su visión. Hubo cierta tensión en su respuesta.

—La disciplina es necesaria, capitán Andrade; antes de nuestra obra se morían de desnutrición, paludismo, fiebres... Centenares de ellos. Lo llamaban «debilidad congénita».

—Tenemos que elegir entre la catástrofe y el caos —ironizó Arturo, pero sonrió para no parecer amenazante—. Y, entonces, ¿qué me estaba contando?

—Le decía que repaso los informes de las visitadoras; ellas se encargan de verificar las condiciones de las familias de acogida. Llevaba poco en ese puesto, y comencé a descubrir ciertas irregularidades en las adopciones.

—¿De qué tipo?

—Demasiada manga ancha, rayando en la ilegalidad. Cuando elevé las primeras quejas, parece ser que todo el mundo lo sabía.

—Defina todo el mundo.

—Mis superiores.

—¿Y a qué cree que se debía tal actitud?

Regina se encogió de hombros y se recolocó la falda. Arturo se dio cuenta de que Manolete no estaba atendiendo; parecía embelesado por las esquinas de madera del reloj, llenas de ramitos de flores, y, en su centro, la ventanita del cuco.

—¿A qué puede deberse? —repitió Arturo desviando la mirada a un desconchón que historiaba las paredes.

—Por lo que pude saber, se repartían cantidades de dinero.

—¿Entre quiénes?

—Entre los responsables últimos.

—¿Tiene usted pruebas?

—No.

—¿Y usted por qué no siguió el juego, señorita?

Regina Enciso abrió mucho los ojos.

—Es indigno.

En ese momento, Manolete dijo «ya» y una de las pesas del reloj bajó muy deprisa con un sonido parecido a una caja llena de clavos, la puerta se abrió y salió el pajarito de madera cantando la hora. Arturo estuvo a punto de soltarle una hostia, pero aquello habría alterado todavía más a la mujer.

—Señor Ramírez..., ¿puede ir a comprarme tabaco?

—Teniente, pero si usted no...

—Es una orden —le cortó.

Manolete frunció los labios y abandonó la habitación.

—Sigamos, señorita. Dice que es indigno.

—Sí, capitán.

—Y sigue manteniéndolo aunque la hayan echado.

Aunque aparentara fortaleza, las repentinas ganas de llorar de Regina evidenciaron los socavones que el episodio había producido en su interior. No obstante, eran lágrimas de rabia. Sacó un pañuelo.

—Disculpe.

—Tómese su tiempo.

Arturo observó su expresión trágica y desolada, el fruto de ser uno mismo cuando serlo es lo que más puede perjudicarte. En la radio, el consultorio aconsejaba la mejor manera de hacer feliz al marido. La mujer logró intercalar una frase entre suspiro y suspiro: «Pero lo peor no era eso, capitán». A Arturo se le dilataron los agujeros de la nariz.

—¿Qué puede ser peor, Regina?

—Había otros informes desafortunados.

—¿De qué tipo?

—La mayoría de los niños en adopción irregular eran huérfanos, pero había otros

que no, otros que tenían un padre o una madre con vida, o ambos. En esos casos se elaboraban informes que en ocasiones hacían que los tribunales denegasen la tutela a los progenitores debido a motivos de idoneidad, ya fueran causas morales, estrecheces económicas, motivos políticos... —Arturo percibió en esa argumentación la extraordinaria capacidad de la gente para asumir sus muchas contradicciones—. Ahí fue donde me encontré con esa abominación.

Regina dejó los ojos a la deriva y Arturo la animó a continuar. No podía evitar mirar la aguja del reloj, que se acercaba paulatinamente a la media. La mujer empezó relatándole algunos casos, viudas o esposas de militares o ciudadanos fieles a la República a quienes, detenidas y encarceladas, cuando salían en libertad condicional y reclamaban a sus hijos, aunque tuvieran derecho a ello, se les retiraba la tutela porque estos ya habían sido entregados a familias meritorias. A Arturo se le erizó levemente el vello de la nuca, pero sonrió, parpadeó con fuerza y dijo que quizás todo fueran coincidencias, que se debía confiar en la buena fe de las instituciones.

—Las madres nunca más vuelven a ver a sus hijos, ¿comprende? —insistió la mujer—. Y los informes que pudieran servir de rastro desaparecen, como si los niños no hubieran existido jamás.

Arturo comprendía. Tanto y de manera tan limpia que algo se alborotó en su interior, algo que le sugería que había una interpretación absolutamente distinta para todo lo que veía. «¿Podrá usted hacer algo, capitán?», le preguntó Regina inesperadamente. Y a Arturo le gustó su pregunta, se le antojó una cuestión capital, casi mística, piadosa en todo caso. Que si él podría hacer algo. Claro que no, pensó, no podía introducirse entre los afilados radios de esa máquina perfectamente lubricada, no estaba dispuesto a limpiar las cañerías del «contrato social», atoradas por hediondos excrementos que llevaban décadas endureciéndose. Porque era inútil, pero, sobre todo, porque era un suicidio. Aunque le respondió que por supuesto, que él se ocuparía, que no era amigo de componendas y que dejase las cosas en sus manos. Ya estaba, concluyó, así de fácil era convertirse en un nuevo criado del banquete en el que se servía la carne de los propios hijos.

—Dice que no reconoce a la chiquilla muerta —reconfirmó con un vistazo furtivo al reloj.

Siete segundos para la media.

—No, nunca la había visto.

Seis.

—Y tampoco se sabe quién es Catalina.

—Tampoco.

Cinco.

—Qué raro, ¿no? ¿Cómo se llama ese individuo con el que tuvo el desencuentro?

Cuatro.

—Avelino Canedo.

—No me suena.

—Es el ayudante de Gabino Cabañas, el vicesecretario de la delegación.

Tres.

—Hombre, don Lapicero, a ese sí le conozco.

Dos.

—¿Cómo dice? ¿Don qué?

Uno.

—Nada, cosas mías. Lo dicho, deje esto en mis manos. Muchas gracias por su ayuda.

El cuco salió disparado otra vez y cantó con un solo grito.

Sobre un arco de medio punto, un escudo sostenido por leones y una leyenda, De ore leonis libera me, y más arriba, en la cornisa que coronaba la fachada, tres gárgolas con rasgos humanos y fantásticos. Manolete las observaba fumando un tabaco lleno de estacas, chisporroteante. Cielo violeta en el atardecer, edificios dorados. Arturo le alcanzó y consultó su reloj pegándole dos golpecitos a la esfera.

—Teniente, disculpe lo de antes.

Arturo hizo como si no le hubiera oído y le contó el resto de la entrevista.

—¿Y sabes lo que va a pasar si vamos a interrogar a Gabino Cabañas? Iremos a verle, nos recibirá, nos contará un montón de mentiras, seguiremos haciendo preguntas jerarquía arriba hasta que recibamos una llamada que nos ordenará disculparnos con alguien y nos sugerirá que no sigamos investigando, y aquí no ha pasado nada, y nosotros nos mostraremos agradecidos. Y tener gente agradecida es algo que conviene a todo el mundo.

Manolete se pasó la lengua por los labios. La sensación de Arturo no era tanto de enojo como de debilidad y vergüenza.

—Entonces ¿no le vamos a interrogar?

—Claro que vamos a hacerlo.

La respuesta dejó mucho implícito. Manolete tiró la colilla y apretó el mentón contra el pecho.

—Mi teniente, no sé usted, pero yo tengo hambre.

—Yo también.

—¿Adónde podemos ir?

—A donde nos dejen entrar.

Harto. Estaba harto de los bandoleros, de sus guerreras del Ejército Republicano, del miedo que le daban, de no poder dormir tranquilo, pero, sobre todo, de su puto romanticismo. Salvador hacía la ronda con ideas muy negras en la cabeza. Todo el mundo sabía que también violaban a las mozas bajo presión o amenaza o unos ideales de rebeldía y emancipación que hacían agua. El mito libertario del maquis no se tenía en pie, porque nadie desconocía que también pensaban en las mujeres en términos de decencia y arrinconadas en casa, cuidando de los hijos mientras ellos se dedicaban a hacerse los héroes. Los del monte querían a sus hembras para follar, para que les pasaran el correo y les proporcionaran comida e información. Habían perdido una

guerra, y cuando se perdía una guerra había que resignarse y no seguir tocando los cojones. El ideal no era más que una fuente de desgracias para todos. Pero no, ellos erre que erre, y por su culpa, en vez de intentar vivir, Salvador debía vigilar a los sospechosos, controlar el pan y los huevos que compraban, por si consumían en exceso y podían estar dando de comer a los emboscados, torturar para sacar información y amedrentar a los que los ayudaban. Como si a él le gustase hacer aquellas cosas, como si disfrutase arrancando la piel a vergajazos o rompiendo los dientes a martillazos. En qué cabeza cabía. Salvador se detuvo y se sonó tapándose un lado de la nariz. Husmeó el aire, miró el cielo, las piedras blancas que capturaban la luz. Picaba el sol. Vaya si picaba. Decían que eran las tumbas de la familia lo que hacía que un lugar fuera de uno de verdad, pero Salvador no quería que aquel pueblo miserable perteneciese a su estirpe. Recordaba a sus hijos, la pequeña, en brazos de su madre, tirando de su largo cabello castaño. Su mujer, hablando durante el sueño y llorando, soltando pequeños gemidos. Ya no sentía por aquellos cabrones más que odio, uno puro, sin gradaciones ni mezclas; y si para que le ascendieran y así poder salir de aquel pozo tenía que matarlos a todos, lo haría, vaya si lo haría...

## La retaguardia

*Salía por las noches para chupar los grifos, a buscar lo que podía encontrar para comer, hurgaba en la carbonera, que era donde echaban los desperdicios, sobre todo los troncos de coles. Luego formar y rezar, formar y rezar. En los servicios nos decían que Dios entraba en nosotras, pero yo no sentía ese éxtasis, ni oía voces celestiales. Cada poco castigos, palizas, con el tiempo podías observar mejor las cosas, con nuevos ojos, y aprendías a no hacer preguntas, a cantar muy alto y actuar muy bajo, sin que se enterase nadie, sin que lo notara nadie. A veces me llevaba cuadernos y lápices. Poco a poco, fui construyendo una fantasía. Como no creía lo que nos enseñaban, nada tenía sentido para mí, así que levanté un mundo en el que me sentía a gusto y no existían el pecado ni la violencia, ni siquiera Dios. Había un muro muy largo que nos encerraba, y en él, en lo más apartado, faltaban unos ladrillos. Yo recortaba las hojas de papel y con cuatro palitos y ramitas secas construí un mundo en el hueco. Monstruos, reyes, princesas... Allí hacía representaciones, e incluso alguna vez tuve público, otras niñas que aplaudían y reían. Y entre ellas estaba Josefina.*

Gabino Cabañas había pasado la mañana en una de esas visitas oficiales a un hogar. En ella, a base de soporíferos discursos y fotos de propaganda, con servicio religioso incluido, se les había recordado a los niños que tenían una oportunidad preciosa para volver a ser sanos, puros, virtuosos y obedientes, alejándose de la conducta descarriada de sus progenitores a fin de ser los elegidos de Jesucristo y las autoridades. Pero, sobre todo, se les recordaba que esa bazofia que comían cada día era un regalo que ellos les daban, un favor, una limosna; la legitimación de su poder sobre ellos, la imposición de su fuerza. Cuando entró en su despacho, se encontró a Arturo sentado a su mesa, jugando con el abrecartas. Aquel ayudante que le parecía un poco anormal estaba frente al archivador, pasando legajos y sacando alguno cada poco. La cara de Gabino no reflejó sorpresa, se limitó a dar los buenos días. Arturo le invitó extendiendo su mano.

—Buenos días. Siéntese, por favor.

—Está usted en mi silla.

—Ah, claro. Discúlpeme.

Arturo se levantó con un gesto dramático y Gabino ocupó el asiento acomodándose de lado, con las piernas cruzadas. Mal asunto, pensó Arturo, aquel

tipo no se había asustado. Se colocó al lado de una máquina de escribir y giró el rodillo vacío en los dos sentidos.

—Buena máquina —ponderó.

—Por favor, señor Ramírez, ¿podría usted dejar de jugar con papeles oficiales y cerrar el archivador? —exigió Gabino.

Manolete miró a Arturo y este asintió.

—Y ahora ¿me dirán el motivo por el cual se presentan en mi despacho sin pedir permiso, ocupan mi silla y se divierten con mis archivos?

—Nos han informado de ciertos tejemanejes.

—¿Qué está usted diciéndome? —sus labios formaron una O, en un remedo de escándalo y sorpresa.

—Han denunciado una serie de irregularidades en las adopciones, especialmente en referencia a familias de rojos.

—Acabáramos. Miren, esa mujer tiene unas ideas, digamos, exuberantes. Porque supongo que habrán hablado con Regina Enciso.

—En efecto.

—Una histérica, promiscua y adúltera, una nefasta influencia para los niños.

—No obstante, al margen de sus veleidades, algunas acusaciones son extremadamente graves.

—¿Tiene pruebas?

—Podríamos buscarlas.

—Me tiene a su disposición, capitán —abrió los brazos—. Todos los informes de la delegación están a su disposición. Pero antes debe permitirme hacer una llamada.

Gabino le sostuvo la mirada. Don Lapicero era un hombre cauteloso, y los hombres así introducían variaciones en sus hábitos, en especial después de un toque de atención como el de Regina Enciso. Asimismo, tantas y tantas madres con dificultades para concebir, provistas de un bebé que fuese la luz de sus ojos, esposas de hombres poderosos en todos los niveles de la administración, poderosos pero sobre todo agradecidos, tampoco eran algo baladí. Todo eso parecía decirle con los ojos.

—Felicidad...

Arturo hace un gesto y Manolete se mueve con rapidez.

Se oye el chasquido de una navaja al abrirse.

Los ojos como platos de Gabino al sentir el filo en una oreja.

No te muevas, gorrión, le dice al oído.

Sería un error, confirma Arturo.

Las quejas atropelladas del vicesecretario.

Arturo le agarra una mano con fuerza y le separa un dedo.

Resistencia, forcejeo, insultos.

La navaja que se hunde unos milímetros en la carne.

Un hilillo de sangre, brillante, corriendo por el cuello.

Arturo dobla un dedo hacia atrás, apoyando todo el peso del hombro.  
Dolor agudo, punzante.  
El sonido de un dedo al romperse.  
No es muy fuerte.  
Es un crujido rápido.  
Como un petardo al estallar.

—¿Me requería, don Gabino? —la chica asomó la cabeza por la puerta.

—Sí, Felicidad. ¿Les apetece un café? Creo que tenemos para rato.

—¿Por qué no? —respondió Arturo mientras dejaba diluirse en su imaginación aquella escena, que se había apoderado de él con tal intensidad que apenas pudo creer que todo hubiera sido una ilusión. Luego cortó el gesto de Gabino de descolgar el teléfono.

—Señor vicesecretario —comenzó—, los dos somos gente pragmática, camaradas en esta empresa común, como usted bien dijo. Respeto su trabajo, somos aliados. Y mi prioridad no es andar husmeando en sus legajos, sino encontrar al individuo que ha matado a esa niña y que posiblemente, solo digo posiblemente, tenga relación con lo que le haya sucedido a Catalina. La mera existencia de este sujeto nos plantea un problema tanto a usted como a mí, en todos los órdenes: burocrático, comercial, político... —a medida que Arturo desplegaba su discurso, Manolete no daba crédito a sus oídos—. Es un tipo a quien no le interesa la vida humana, ni tampoco hacer buenos negocios, un individuo que no muestra respeto. Alguien sin moral. En este contexto, si uno está implicado en este malísimo asunto, fingir inocencia o impunidad o cualquier otra cosa es algo que quedará inevitablemente desmentido por las circunstancias.

Arturo hizo una pausa y se acercó a la mesa, apoyando una mano sobre una carpeta de cuero.

—Créame, señor vicesecretario, la cosa se va a poner color hormiga.

Dejó que sus palabras fueran penetrando entre las diversas capas de burocracia, revanchismo, intereses e indecencia. Gabino Cabañas cerró los ojos e hizo un gesto de dolor.

—Yo soy el primero que lamenta estos sucesos, capitán Andrade. Pero ¿qué puedo hacer?

—¿Despidió usted a Regina Enciso?

—Yo solo soy un mandado.

—¿Qué me quiere decir con eso?

—Que recibo órdenes.

—¿Y de quién partió esta?

—¿Y qué ganaría con saber eso? Todo remite a criterios estrictamente profesionales.

—Usted no tiene nada que ocultar.

—Yo no.

—¿Entonces?

—Sencillamente, no es de su incumbencia.

—Podríamos presionarle para que justifique sus actividades durante las últimas semanas.

—Podrían —inclinó la cabeza con un leve matiz de burla.

—Podríamos iniciar una investigación muy molesta sobre las adopciones.

—Sí, eso también podrían hacerlo.

Gabino abrió un cajón y sacó un fajo de billetes; se lamió el pulgar y contó moviendo los labios, formando dos montones desiguales.

—Ahí tiene, para usted y para el señor Ramírez. No lo interprete de ninguna manera, cójalo. Eso y mi palabra de que aquí no hay nada para ustedes; nadie se arriesgaría a tamaña felonía.

Arturo miró el dinero. Al contrario de lo que pudiera pensarse, era ese «donativo» lo que le persuadía de que quizás no le estuviera mintiendo: Gabino Cabañas era un hipócrita, lo que implicaba la conciencia de que algo estaba mal y debía disimularse; un cínico ni siquiera hubiera admitido tal circunstancia.

—Señor vicesecretario, usted debería considerar el riesgo de que al no tener santo, disparen a la peana.

—En ese caso toda la culpa sería mía, ¿no cree?

—Cierto, en el mundo uno puede hacer lo que le dé la gana siempre que sea capaz de cargar con las consecuencias.

—Es usted un filósofo.

—Eso dicen.

—¿No tiene otra de esas frases brillantes para dar por concluido este encuentro?

—Al final siempre vence la estupidez, la propia o la ajena, da igual.

—Lo que yo decía: se ha equivocado de oficio.

Juntó ambos fajos, los cuadró con golpes secos y los guardó en el cajón. La cara de Manolete fue un poema. Felicidad pidió permiso para entrar con una bandeja con humeante café.

—Vaya, justo cuando nos marchábamos —se lamentó Arturo.

Felicidad los miraba alternativamente, sin comprender el juego.

—Don Gabino, se nos ha acabado el azúcar.

—Hay miel de sobra. Mire en aquel armario. Entonces decían que se iban...

—Con gran dolor de corazón. Solo una cosa más.

—Dígame.

—¿No recordará usted cómo se llama ese cantante que cantaba «La noche que te conocí»?

Gabino Cabañas acusó extravío, pero siguió el juego.

—No, no lo recuerdo.

—Y usted, Felicidad, ¿lo recuerda?

—No sabría decirle.

—Vaya —dijo sinceramente apesadumbrado.

Luego se despidió y abandonó el despacho seguido por Manolete. Gabino sonrió a la mujer.

—Muchas gracias, Felicidad. Póngame una taza, por favor.

La mujer le sirvió y, cuando se quedó solo, Gabino aspiró el aroma del café tomándolo a sorbos, con la mirada perdida. Se sentía decaído, confuso. Luego se levantó con resolución, cogió el sombrero y avisó en la oficina de que se ausentaba. Al salir del portal provocó una desbandada de palomas, que se elevaron para volver a posarse. Tenía el coche aparcado cerca; se puso al volante con un portazo y arrancó hacia la carretera de Guadalupe.

Gabino llegó hasta la gran panza de una sierra y detuvo el coche a la sombra de un encinar. A lo lejos se escuchaba el sonido del ganado esparcido por la dehesa. Subió un repecho y tiró por un sendero; en la marcha aplastó un minúsculo cráneo de pájaro, frágil como un huevo, dejó a su izquierda un gran cenagal soleado y caliente; una serpentina de humo, finísima, se elevaba a lo lejos. Llegó hasta una finca cerrada con alambre; con cuidado de no engancharse los pantalones, pasó por encima una pierna, luego la otra. A unos cien metros se veía a un hombre que se movía entre colmenas con un ahumador.

—Qué sorpresa.

—Pensé que estarías aquí.

—Esto me relaja.

—Tenemos que hablar.

—Debe de ser importante.

—Sí.

Gabino se quedó mirando la careta de su interlocutor hasta que este sacó uno de los paneles, lo examinó y volvió a colocarlo en su sitio.

—No te quedes ahí. Acércate.

—Es peligroso.

—Solo si te pones nervioso.

Gabino Cabañas sintió el tono conminatorio. El zumbido salvaje de los panales, el resplandor agresivo del mediodía. Notó una gota de sudor que le brotaba de la sien. Se acercó hasta el apicultor; una abeja se posó sobre él, acentuando su transpiración. Levantó la mano.

—Ni se te ocurra tocarla.

—¿Y qué hago?

—Quieto estás muy guapo. Cualquier cosa que me vengas a contar no es ni la mitad de importante que la vida de esa abeja. Hay muchas especies, pero esta de la

miel es la más extraordinaria. Su cuerpo se carga de electricidad estática, y cuando recolecta el néctar y el polen de las flores los granos se le quedan pegados, lo que permite su transporte de una flor a otra, semilla y fruto, una ecuación sencilla, universal, pero sobre todo vital —señaló uno de los panales—. En cada uno hay sesenta mil abejas, dos tercios salen a buscar alimento, y cada una de las obreras realiza hasta treinta salidas diarias, fertilizando unas cincuenta flores en cada viaje. Una sola colmena podría polinizar setecientas hectáreas, y si las abejas desaparecieran, tú no vivirías mucho. Arroz, trigo, cebada, alfalfa; la fruta, el aceite, el vino, las almendras, la verdura... Todo desaparecería o sería tan precioso como el oro. Casi todo existe gracias a ellas; por eso, si matas a esa abeja, no te estarías haciendo ningún favor.

Gabino Cabañas observó al insecto, le pegó como a una canica y este salió disparado.

—Esos dos han venido hoy a mi despacho.

—¿Y?

—Han hecho preguntas.

—Pues que las hagan.

—Yo también tengo una pregunta.

—Estás recibiendo el dinero, ¿no?

—No es eso.

—Entonces ¿qué es?

—¿Tenemos algo que ver con lo de esas crías?

Hay ciertos recuerdos que cortan como vidrios rotos. Mencía recordaba el principio de la guerra, aquel marzo en que gracias a la federación de trabajadores ocuparon más de tres mil fincas, cumpliendo así un sueño de generaciones. Miles y miles de campesinos pudieron apretar la tierra con sus manos, romper la cadena secular de pobreza y opresión; los discursos habían transformado a las mujeres que solo sabían zurcir, lavar o cocinar en mentes abiertas al sentido del derecho, al afloramiento de la dignidad. Habían aprendido a leer y a escribir, labrado la tierra, conducido camiones, cuidado a los heridos y enterrado a sus propios hijos; habían luchado porque sabían que perder significaba volver a ser sometidas. Todas aquellas palabras que habían sonado entre ovaciones cerradas, contundentes, ahora quemaban los labios.

Era el demonio de la comparación.

Que le susurraba.

Ahora solo les quedaba el acoso, las palizas, el hambre, las purgas con ricino.

Y la certeza de que si no seguían combatiendo, sus convicciones morirían.

Se ajustó la mano en el cabestrillo y observó cómo las raquílicas gallinas picoteaban aquí y allá entre aguas fecales. Detrás de ellas, persiguiéndolas, la pequeña de sus hijas, Eulalia, deliciosa, plena de complicidad afectiva. Vigilándola,

la mayor, Nieves, guapa y seria, con su cuerpo cambiante, que la asustaba, la fascinaba y la dejaba perpleja. Ellas eran parte de Mencía, como aquel dedo roto, como una pierna, como un ojo. Recordaba los detalles de su vida, los llantos infantiles, sus penas, sus buenas y malas obras, las emociones compartidas. Eran las únicas que estaban realmente vivas, y por ello hacían posible que Mencía siguiera estándolo. Un deseo vehemente, tan fuerte y tan esencial que, en ese momento, hacía que en su interior estuviera creciendo más vida. Se puso la mano en el vientre, se sentía omnipotente y orgullosa, a pesar de las náuseas, a pesar de los espasmos y los estremecimientos. Pero también sentía miedo. Aún no se notaba la silueta redondeada del vientre, pero los pechos se le habían empezado a hinchar, a supurar leche. Y estaba segura de que aquel capitán lo había percibido. La incertidumbre se basaba en si él sabía quién era ella, con quién estaba casada. Ventura Rodríguez, el Califa, uno de los guerrilleros más buscados de Cáceres, y el hombre que la follaba con el gozo de un desterrado que volviese a la patria. Aquel era el fruto de sus encuentros furtivos, arriesgadísimos, el eslabón débil que todos andaban buscando. Y los vecinos delataban acuciados por la presión, por la recompensa, por estar hartos de vivir entre dos fuegos, por la tortura, o simplemente por hastío ante los continuos interrogatorios. Cómo protegerle. Cómo protegerse. Corrían rumores infames, terroríficos, sobre recién nacidos que eran reclamados en las cárceles y luego desaparecían, de madres que recorrían todo el país buscándolos, sin ningún rastro. No, podía soportarlo todo, pero eso no, eso no. Y ahora había llegado aquella carta; la sacó de nuevo y la leyó susurrando cada palabra, espaciando el placer y la esperanza.

El tipo era enorme, de nombre Paquín, dos metros de peón caminero; vestía pantalón de pana y camisa de lino con un chaleco azul claro, y se tocaba con una boina con escarapela. Manolete había cumplido el encargo de Arturo y le había encontrado trabajando con otra cuadrilla muy lejos de su sección, en dirección a Salamanca. En ese momento, los tres ascendían el repecho hasta la casilla de piedra. Tenía encargado el mantenimiento de aquel tramo desde hacía un par de años, y vivía allí habitualmente; su familia, en cambio, se había trasladado a Malpartida a fin de que los hijos pudieran ir a la escuela, y se conformaba con visitarlos una vez al mes para dormir con la parienta, mudarse y proveerse de alimentos. Manolete y él caminaban en animada cháchara. Cuando llegaron a la casa, echaron un trago de agua y se mojaron la cara y el cuello. Arturo contempló el paisaje, la cinta de la carretera que culebreaba entre el anfiteatro de los cerros. Aves de presa, enormes, permanecían suspendidas en el aire. Se percibía un olor a madera quemada. No era desagradable.

—Esta tierra se bebería toda el agua del cielo —comentó.

Manolete, con los brazos en jarras, miró en su dirección; el peón, haciendo visera con una mano, se concentró en la sierra negra.

—Todo aquello ardió —dijo.

Arturo recordó la noche punteada por las hogueras.

—¿Estabas aquí?

—No, dormía con el resto de la cuadrilla.

—Pero habitualmente estás aquí.

—Sí.

—¿Cómo es la jornada?

—De sol a sol. Me ocupo de estos cinco kilómetros —señaló la carretera—. Recorro mi trozo un par de veces a la semana, relleno los baches, rozo la cuneta, compruebo la fábrica...

—Como te dije, lo que busco es un coche que pudo haber pinchado.

—Con el macadán pinchan un día sí y otro también.

—El otro día pasé por allí —Arturo extendió el brazo hacia un intervalo— y estaba especialmente mal.

—Sí, estoy trabajándolo.

—Se me ocurrió que, a lo mejor, con tanto bache, pudo reventar por esa zona.

—Pues no recuerdo haber visto ninguno.

—Haz memoria.

—No, no, pero si dice usted que pinchó, lo habrán llevado a algún garaje.

—Estamos comprobándolo.

—Pues entonces no sé.

Paquín se metió una mano en la faja y con la otra se rascó el cuello, denotaba perplejidad y desconsuelo.

—Tiene que ser difícil pasar tanto tiempo solo —Arturo buscó su complicidad.

—Al principio sí, pero a todo te haces. Aunque el mediodía sigue siendo malo.

—El diablo meridiano —dijo Arturo ensimismado—, cuando las ninfas excitan a los caminantes y Pan enseña el arte del onanismo a los jóvenes pastores solitarios.

Paquín y Manolete le observaron. El peón interrogó en silencio a Manolete, que hizo una mueca restándole importancia; cosas del jefe, parecía decir.

—¿Y cómo se lleva con los guerrilleros? —preguntó Arturo.

—Como puedo. Espere, mire lo que me encontré ayer.

Se acercó a la puerta de la casa y la abrió. Salió con un manojito de octavillas, le entregó una a Arturo y otra a Manolete. Era propaganda con consignas e ideales, llamadas a las masas campesinas y obreras, siempre con el objetivo de derribar al Caudillo, reinstaurar la República y repartir la tierra.

—Se cuenta que cada vez están más cerca de la raya de Portugal —dijo Paquín—. A veces mandan camiones llenos de guardias y soldados a hacer descubiertas.

—¿Y aquí se escucha Radio Pirenaica?

El peón le escrutó, sin descifrar si era una pregunta con cepto.

—No tengo radio.

—¿Y tiene miedo?

—Yo no los veo. Ellos no me ven.

Arturo rompió la hoja en trocitos y los tiró.

—Así que dice que no vio ningún coche.

—No.

—Pues bueno. Usted tendrá que trabajar ya.

—Sí, bajaré con ustedes.

Volvió a la casa y regresó con una cesta de esparto y una azada. Descendieron con calma por una vaguada en dirección al coche. Arturo le preguntó al peón si le dejaban en algún lado, pero este prefirió ir a pie; debía comprobar las cunetas. Se despidieron y Manolete arrancó el coche en medio de un fuerte olor a gasolina. No llevaban ni cien metros recorridos cuando escucharon los gritos del peón, por el retrovisor distinguieron su enorme figura que agitaba furiosamente los brazos. Manolete echó el freno, levantando una columna de polvo. Arturo salió y esperó con un pie en el estribo. El peón, después del trote, les comentó con gran despliegue gestual algo que había recordado. Arturo torció la boca, le agradeció la información y cerró la puerta con un golpe seco. Ordenó a Manolete que arrancase y se dedicó a observar por la ventanilla cómo cambiaba la sierra, adquiriendo formas diferentes al compás de la marcha. Cuando llegaron al tramo en mal estado, Arturo mandó parar y le dijo a Manolete que le siguiera con el coche. Caminó con los ojos fijos en el suelo, buscando no sabía qué. Piedra machacada y arena, con continuos agujeros y gibas, esqueletos resecos de sapos aplastados, basura ocasional, zanjas llenas de hierbajos. Pasaron ante una casa en ruinas; se cruzaron con una campesina enlutada a lomos de un burro sobrecargado por su peso y el de unos serones de esparto. Siempre a su espalda, el coche avanzaba resiguiendo lentamente cada uno de los baches. De vez en cuando, Arturo se paraba, se quitaba los lentes ahumados, espiaba la herradura de la serranía. Cuando entraron en el tramo reparado, se subió al coche e indicó que se dirigieran hacia el campo donde había aparecido la niña. No tardaron en llegar a la desviación del encinar y aparcaron el vehículo bajo un árbol. Caminaron hacia la parcela grumosa y reseca.

—La encontramos aquí —indicó Arturo—. La desenterraron los cerdos.

—Los cerdos.

—Sí, una piara de cerdos.

—Una piara.

—Y mira que este es un sitio bonito.

—Lo es.

—¿Te das cuenta? Es la gente la que lo jode todo. La gente la que lo estropea.

Manolete guardó silencio. Se quedó a su lado, únicamente para que sintiese la presencia de un amigo, pero Arturo le pidió que le dejara solo unos minutos.

Los insectos aleteaban amontonados contra la bombilla amarillenta en lo alto de un poste, formando una tupida malla que la atenuaba aún más. Arturo observaba la lucha

feroz por ser exterminados por lo que consideraban el epítome de la belleza. Cuando se cansó de la inmolación, prosiguió hacia el cuartelillo. Tenía hambre y estaba agotado, los pies prácticamente le humeaban; rebuscaría en los armarios, algo encontraría, y recordaba que había una botella de vino negro y agrio en alguna parte. A medida que se acercaba, comprobó con suspicacia que las contraventanas cerradas se hallaban delineadas por ranuras de luz. Algo absurdo y desenfrenado comenzó a sonar en su cabeza, pero reprimió el gesto de apercibir el arma y llamó suavemente. Abrió Nicolás; cuando le dio las buenas noches sin mirarle a los ojos, Arturo confirmó lo que su olfato le había adelantado. Entró en la sala y se encontró con un cuadro que, aunque inesperado, no era sorprendente. De pie, junto a la máquina de escribir, se hallaba Mauricio Retuerta, el jefe del somatén; sentado a la mesa, Álvaro, el mierda que había amedrentado a Mencía, junto a un desconocido de su misma catadura, al que le presentaron como Expósito. Entre ambos ya habían terciado la botella de vino. Nicolás permanecía en medio del salón, con una mirada entre la disculpa y el reproche. Había armas por todos lados.

—Buenas noches —saludó—. Cuánto bueno.

—Buenas noches, capitán —le respondió Mauricio.

—¿A qué debemos el gusto de su visita?

—Hoy tocaba descubierta, hemos estado recorriendo el monte.

—¿Y han cazado algo?

—Nada —escupió Álvaro con gesto agraviado.

—Pues habrá que insistir. Tengo hambre —miró a Nicolás—. ¿Nos queda algo?

—Algo hay.

Parecieron decepcionados por su pregunta, lo cual agradó a Arturo. Rebuscó en unos armarios y sacó pan cubierto con un moho fino como jade y un trozo de salchichón. La piedra continuaba sobre la mesa.

—¿Gustan? —ofreció Arturo.

—No, gracias —dijo Mauricio—. Álvaro, ¿qué haces que no le pones de beber al capitán?

Este, con un gesto de fastidio y condescendencia, buscó un vaso y se lo llenó. Arturo comió con pausa.

—¿Y cómo va la investigación? —se interesó Mauricio.

—Ahí va.

—No cuenta nada.

—Prefiero esperar a tener las cosas más claras.

—A lo mejor podíamos ayudar.

Arturo siguió masticando lentamente.

Expósito le miraba como si colgase del gancho de un carnicero.

Álvaro bebió un sorbo de vino.

Mauricio desplazó el peso de un pie a otro.

Nicolás se frotó las manos con fuerza.

—Esta tarde me han contado una cosa interesante —dijo Arturo.

—¿Y qué es? —se interesó Mauricio.

—Parece ser que había un destacamento de presos trabajando cerca del pueblo. Estaban ayudando a reparar un tramo de carretera. ¿Saben algo?

Ante el mutismo, Nicolás se vio obligado a intervenir.

—Son los del canal, se los trajeron de refuerzo porque no acababan de finiquitar el tramo.

—¿Qué es eso del canal?

—El canal del Bajo Guadalquivir. Para transformar las tierras en regadío y llevar agua a Sevilla.

—¿Y dónde están ahora?

—Los han devuelto.

—¿Por qué le interesan? —abundó Mauricio.

—Quizás hayan visto algo.

—Esos culebros lo único que van a ver es a Satanás cuando los paseen —soltó Álvaro.

—¿No queda más vino? —preguntó Expósito sirviéndose los últimos dedos.

Arturo terminó de cenar. Sin embargo, percibía algo en las muecas de sus caras, como si estuviesen aguardando o difiriendo algo. Sonó una puerta al cerrarse y se escucharon pasos en el pasillo. Arturo no consideró factible que le hubieran dejado abierta la celda a Diego Peinado; todas las miradas confluyeron hacia un punto. Bajo el marco apareció un hombre bajo, de unos sesenta años y unas cejas como alas de murciélago. Tenía un temblor constante en la parte izquierda de la cara. Cuando descubrió a Arturo, su mirada se volvió rígida, inquisitiva.

—Capitán Arturo Andrade —Mauricio enfatizó su nombre—, le presento a Arcadio Iraozi.

—Alias el Rematao —añadió Álvaro.

Se saludaron y Nicolás se apresuró a acercarle una silla. Mauricio observó a Arturo con una expresión resuelta. Arcadio pareció entonces negligente o indeciso, en todo caso aislado. Quizás estuviera preocupado por algo, o sumido en profundos pensamientos. Arturo decidió tomar la iniciativa.

—Nicolás, ¿por qué se hallaba este hombre en la celda del sospechoso?

El número se quedó callado, velado por la sorpresa y la contrariedad.

—¿Sabes el paquete que te puedo meter por esto? —se ensañó.

—Estábamos comprobando una historia, capitán Andrade —intervino Mauricio.

—Sin mi permiso —recalcó.

—Nuestro Generalísimo dice que seguimos en guerra, y en tiempos de guerra hay prioridades.

—¿Como cuáles?

Mauricio se mordió un labio, como si acabase de comprender que su estrategia estaba siendo torpe. Apoyó la mano en el hombro de Arcadio, que observaba a Arturo

como si no le importasen sus palabras, sino solo su cara, sus gestos, sus manos.

—Álvaro, ¿sabes por qué llaman el Rematao a nuestro amigo?

—Los rojos le dieron el paseíllo dos veces. Las dos con balas de fogeo.

—Y eso ¿dónde?

—Durante el asedio. En Badajoz.

La palabra incendió la mente de Arturo. Cadáveres llenando las calles, arrastrados por el río. Mujeres. Niños. Ancianos. Hombres. Castrados. Violados. Con cruces grabadas a cuchillo y oficiales sacándoles fotos.

—Después de aquello quedó de los nervios —añadió Mauricio—. Me han dicho que usted estaba allí durante el cristo, capitán.

—En la cárcel. Me sacaron cuando liberaron la ciudad.

—El borracho afirma que usted estuvo en la defensa. Mira que el alcohol le ha frito bien el cerebro.

Arturo perforó con los ojos a Nicolás, que rehuyó la mirada. Sonrió. Se rascó el brazo.

—¿Qué credibilidad puede tener un sospechoso de asesinato?

Con aquella frase acababa de dejar franca una puerta que hasta ese momento se había resistido a abrir.

—¿Queda vino? —insistió Expósito.

Nicolás aprovechó la interrupción para alejarse de Arturo e ir a por otra botella. Todos guardaron silencio mientras introducía el sacacorchos y tiraba. El corcho se rompió y la mitad quedó incrustada en el cuello. Nicolás se vio forzado a hacer una nueva perforación, pero el trozo se deshizo y cayó en el líquido. Sirvió el vino en medio de un silencio que nadie se atrevía a romper.

—Yo vi torear a Belmonte en la plaza de Badajoz —se decidió Álvaro—, daba unas medias que crujían al toro. No veas cómo lo enroscaba hasta dejarlo de piedra, y luego el tío se iba como si tal cosa, arrastrando el capote.

—En esa plaza torearon más que morlacos, ¿verdad, Arcadio? —preguntó Mauricio.

Hileras de hombres hacia la plaza de toros. Desde la plaza de la República. Desde la plaza de San Juan.

—Sí.

—¿Estuvo usted en lo de la plaza, capitán Andrade?

—Cumplí con mi deber.

—Dicen que fue una escabechina.

Las ametralladoras fijadas en la contrabarrera de toriles. Abriendo fuego. Las víctimas sacadas por la puerta de caballos. Cientos.

—Exageran —dijo Arturo.

—La única victoria que les queda a los rojos es hacer un relato distinto de su derrota.

Quemadas. Sus cenizas enterradas en grandes zanjas en el cementerio.

—Fue lo que se buscaron.

—Y mira que es raro que este Diego se empeñe en decir que anduvo usted pegando tiros con los rojos.

Los labios de Mauricio sonrieron, pero sus ojos no.

El olor a cordita de las ametralladoras.

Álvaro aprieta con fuerza innecesaria el vaso.

La sangre pegajosa ciega los ojos.

Expósito concentrado en su vino.

El horizonte deformado por el calor.

Nicolás mantiene los ojos huidizos, pero con los puños apretados.

Arcadio que no cesaba de escudriñarle.

Arturo sintió una súbita punzada de dolor justo debajo del corazón que le dejó sin aliento: Arcadio había mirado significativamente a Mauricio, que se acercó y colocó su perfil entre él y Arturo. Solo pudo ver cómo murmuraba algo a su oído, descomponiéndole el perfil. En ese momento se fue la luz. A oscuras se escucharon varias maldiciones. Arturo se levantó, buscó una esquina de la habitación y sacó su pistola. Calculó las diversas posiciones, escuchó movimientos. Nadie hablaba, como si no quisieran delatar su presencia. Cuando volvió la luz, todos se habían movido ligeramente menos Arcadio y Mauricio. Cuando este descubrió a Arturo, en sus labios se formó la sonrisa característica e insoportable de los iniciados. Sus ojos no se apartaban de la pistola de Arturo, que este guardó lentamente, sin ningún pretexto.

—¿De qué tiene miedo, capitán? —le interpeló Mauricio.

—De las equivocaciones.

Mauricio mantuvo su sonrisa mientras Arcadio empujaba la silla hacia atrás y se ponía en pie. Los espasmos en su rostro se habían intensificado y se dirigió a la puerta, dando las buenas noches. Álvaro y Expósito dirigieron una mirada nerviosa a Mauricio, a la que este respondió con un gesto imperioso.

—Bueno, Nicolás —dijo Mauricio—, ya hemos abusado demasiado de tu hospitalidad. Debemos irnos.

Sus camaradas pasaron por detrás de él hacia la puerta —Álvaro con los ojos muy abiertos, Expósito apresurándose a vaciar su vaso—, y Mauricio se despidió con un escueto saludo. Arturo no respondió y se quedó a solas con Nicolás.

—Creo que yo también me iré —dijo el guardia.

Arturo estuvo a punto de detenerlo, pero se limitó a dejarle huir. Cuando se cerró la puerta, tomó asiento, cogió la botella y llenó su vaso. Lo vació de un trago y volvió a llenarlo. Su mano se disponía a agarrar de nuevo la botella cuando atajó el gesto. Fue a la celda del maestro, abrió la puerta, encendió la mortecina bombilla y se sentó en el suelo, con la espalda contra la pared. Un tufo agrio anegó su nariz. Diego Peinado se hallaba en la misma posición; había contemplado todos los movimientos de Arturo con una quietud taciturna.

—No está bien hablar de alguien cuando no está presente —le reprochó Arturo

con voz ronca.

—Ya le dije: no pienso recordar lo que usted quiere.

Arturo soltó un bufido.

—Maldita sea, Diego. No sea estúpido. ¿Qué gana con mantener esta farsa?

—Decencia.

—¿Condenándome a mí?

—Todos debemos pagar. Yo ya estoy pagando por lo que hice, es insoportable, pero el alcohol es un buen disolvente. Y usted también debe pagar, es la única manera de que el mundo pueda continuar.

—Al mundo todo le es indiferente, ¿acaso no lo entiende? Debemos aprender a olvidar.

El maestro permaneció en silencio. Su rostro era categórico, de terca resistencia.

—¿Y qué hay de su mujer?, ¿de sus hijas?

—Estarán bien.

—¿Qué le sucedió, Diego? Cuéntemelo.

—No es de su incumbencia.

—Todos hemos sufrido golpes terribles, hemos perdido brazos, amigos, sentimientos..., pero continuamos con la vida, como podemos.

Arturo observó el brazo izquierdo amputado. Diego siguió su mirada.

—Me late —le reveló de repente—, a veces es como si volviera a estar ahí, como si mi cabeza no se resignara a haberlo perdido.

Como un fantasma.

Igual a como se sentía él.

Mirando al resto de la gente.

Su capacidad para ser felices, acumular energía.

Y ahora se encontraba inmóvil.

Aislado.

Cruelmente apartado de gustos y deseos.

Enfermo de añoranza. De celos.

Arturo no pudo leer nada de eso, solo certificar que aquel hombre estaba más allá del pudor, del orgullo, de la culpa, del deseo o la esperanza. Se puso en pie con esfuerzo y se quedó unos segundos más en la celda.

—Esto nunca se lo he confesado a nadie, Diego... —se forzó a continuar—, pero cada vez que mato o ejerzo la violencia, algo muere dentro de mí.

Por toda respuesta, Diego se echó en el jergón y se tapó los ojos con su único brazo.

## 8

### Los juegos bajo la tierra

—¿Y cómo ha dicho que se llama usted?

—Perfecto Arrogante García, mi capitán.

—Entonces había oído bien. Menudo nombre.

—Dígaselo a mi padre, que fue el que se obcecó.

—¿Y por qué no se lo ha cambiado?

—Hay que respetar la voluntad paterna.

Se hallaban sobre un sifón de hormigón armado a medio construir, acompañados por uno de los guardias civiles en centinela. Arturo, deslumbrado por el sol, volvió a ponerse las gafas y pasó de la cara rojiza y los gruesos labios del capataz a las obras de canalización del Bajo Guadalquivir. Hormigoneras, grúas, motobombas...; el bullicio de presos hasta donde alcanzaba la vista, empeñados en sus picos, igualando el cemento con los palustres, empujando con los pies los tajos de las palas, cargando los carros. Muchos llevaban solo un taparrabos mientras abrían el inmenso surco que transformaría las marismas y el secano en tierras feraces. Era una de las colonias penitenciarias —otro eufemismo— que proliferaban por todo el país, consagradas a la profilaxis social a base de esclavizar a sus huéspedes. Un negocio redondo para todo el mundo; el Estado arrendaba los presos a tanto el día a las constructoras, los empresarios pagaban sueldos por debajo del mínimo jornal libre y los propietarios de las tierras aumentaban su producción y revalorizaban sus terrenos. Cualquiera de los marxistas que se rompían el lomo allí lo definiría como «acumulación primitiva de capital». Y tanto, pensó Arturo.

—¿Y cómo va la cosa?

—Va p' adelante, pero quedan muchos kilómetros. Esto tiene que llegar hasta el embalse de Lebrija.

—Pues sí que le queda. Aunque parece que trabajan duro.

—Tienen que arreglar lo que deshicieron.

—¿Y de dónde los traen?

—Hay de todo. Por tener, tenemos hasta curas vascos.

—¿Sacerdotes?

—Curas nacionalistas.

—Ah, ya.

Arturo observó cómo entre dos de los presos se llevaban a un compañero con la nariz ensangrentada y doblada en un ángulo extraño.

—Los accidentes son normales —aclaró el capataz.

—Sí, claro. Me dijeron que era usted quien sabía dónde estaban los que mandaron a Cáceres.

—Ah, los de la brigada de tierra. Los tenemos de itinerantes, andan por aquí cerca. ¿Para qué los quiere?

—Tengo que hacerles unas preguntas.

El capataz lo miró con desagrado.

—Venga conmigo.

—¿Me necesita, mi capitán? —preguntó el guardia.

—No, siga a lo suyo.

Saludó y se fue en la dirección contraria. Arturo siguió al capataz por el borde del canal; en ambos márgenes, las siluetas de los guardias a caballo, con los fusiles terciados, vigilaban el trabajo. Se llegaron hasta un grupo que estaba haciendo palanca con una gruesa barra de hierro; finalmente lograron volcar la roca. Cuando el capataz los conminó a detener la labor, los peones formaron una estampa harapienta. Con la piel pegada a los huesos, chamuscada por el sol; calzando abarcas hechas con cubiertas de automóvil, vestidos con viejos uniformes italianos, los ojos humillados. Sus vidas se deshilachaban como el extremo de una cuerda raída, y lo sabían. Después de que el capataz les presentó a Arturo, este tomó la palabra para explicarles a qué había ido, dejándoles claro que aquello no era un asunto de partes, sino de probidad.

—Lo que quería saber —prosiguió— es si alguno de vosotros vio algo aquella noche. Desde donde se levantó el campamento había buena perspectiva de la carretera.

El único movimiento del grupo fue el de uno situado a la derecha, el más alejado, que escupió de manera teatral.

—No hagáis perder el tiempo al capitán —les apremió el capataz con brutalidad.

—¿Nadie vio nada? —insistió Arturo.

—Y si alguien vio, ¿qué pasaría?

Arturo se ladeó para observar al que había hablado; tenía una curiosa manera de acentuar las palabras. Era un tipo de hombros anchos y piernas cortas; apoyaba una mano en un adolescente que, huesudo y macilento, le miraba con la expresión de un cachorro que quisiera imitar al perro mayor.

—Siempre has sido un chulo, Bejarano, te voy a enseñar a responder en condiciones.

El capataz se dispuso a agarrar al tal Bejarano, pero Arturo le contuvo y le susurró al oído: «Nunca pegue a un hombre delante de su hijo, no le convierta en un héroe, ya tendrá tiempo de ver que es un miserable. Déjeme a mí». Con la expresión contenida, llena de odio, el capataz se dio media vuelta y se largó lanzando denuestos. Arturo se pasó la lengua por los labios.

—Esto es entre ustedes y yo —los miró uno a uno.

—¿Usted es de los de brazo tieso?

—Lo que nos ha reunido aquí no tiene que ver con la política.

—Todo tiene que ver con la política.

Arturo sonrió con amargura y sacó la foto de la chiquilla, entregándola al que tenía más cerca con el ruego de que la pasara. Durante unos minutos solo se escuchó un fondo metálico de picos y palas, entreverado por órdenes y gritos. La foto volvió al primer hombre y este se la entregó a Arturo.

—Esto no cambia nada —dijo Bejarano—. ¿Qué ganamos nosotros?

—Que nadie se ocupe de tus dedos y poder seguir contando hasta cinco.

—Ya nos han trabajado. A todos.

Arturo se quitó los lentes; tenía una mancha roja en el caballete de la nariz. Observó a aquel atravesado: la sempiterna, altiva, maliciosa y terca pobreza española.

—¿Y también hablas por todos?

Se miraron unos a otros en un consejo silencioso. Ninguno opuso nada. Arturo asintió con seriedad.

—Delante de mí.

Hizo un gesto con el brazo, aguardó a que pasase Bejarano y anduvo tras su nuca llena de grietas.

—¿Adónde vamos?

—Tú sigue caminando.

Gabino Cabañas sonrió obsequioso mientras se ofrecía para repartir el gazpacho que les acababa de servir el camarero. Se hallaba en el reservado del restaurante, compartiendo mesa y mantel con Segundo Navarro y su esposa. El empresario era uno de los donantes más generosos de la obra, un hombre reflexivo y elocuente, y doña Concha, una joven dulce y despierta. Había recibido su llamada una semana antes, y ante las elipsis y titubeos en la charla, había preparado minuciosamente la reunión.

—Don Gabino, ¿cree usted que habrá algún remedio? —inquirió la esposa.

Gabino le lanzó una mirada de ánimo mientras le servía con el cucharón.

—Por favor, tutéame, querida Concha, estamos entre amigos. Por supuesto que hay solución, y especialmente si me lo pedís vosotros. ¿Más? —mantuvo el cucharón suspendido.

—Es suficiente, muchas gracias.

—Muy bien —se sirvió a sí mismo—. En realidad, ya me he puesto a trabajar en vuestro caso. En estos momentos es mi prioridad.

—Te lo agradezco, Cabañas —dijo Segundo.

—Siendo sinceros, el favor se lo hacéis al país. Sin vuestra generosidad, todas esas criaturas quedarían condenadas al abandono, o lo que es peor, bajo la influencia de unos padres antiespañoles y por lo tanto expuestos a una educación amoral.

—Le cuidaremos como si fuera nuestro —enfaticó la esposa.

—Ya es tuyo, Concha, ya es tuyo —metió la mano en un bolsillo interior de la chaqueta, sacó un sobre color canela y lo deslizó por encima de la mesa—. Aquí tenéis todo lo necesario.

Segundo Navarro, que en ese momento se punteaba los labios con la servilleta, recogió el sobre. La solapa no estaba pegada, y de él extrajo unos papeles. Los hojeó someramente.

—¿Y no habrá problemas en el futuro?

—Nada de esto pasa por el juez. En el sobre tenéis un certificado con vuestros impecables antecedentes políticos y religiosos, así como de la desahogada posición económica de los adoptantes, es decir, vosotros. La fe de bautismo ratifica que Albertito es hijo natural de doña Concha Rendueles García, y respecto a los padres anteriores, no merece la pena pensar en ellos: cuanto menos sepáis, mejor para todos. No obstante, creedme: estáis salvando a vuestro hijo.

Concha y Segundo se miraron elocuentemente.

—También hay una foto en el sobre —señaló Gabino.

Segundo arqueó las cejas, inclinó la cabeza y puso el sobre bocabajo. Asomó la esquina de una fotografía. La extrajo con delicadeza, la observó unos segundos, sonrió discretamente y se la pasó a su esposa. Ella se tapó la boca entre la risa y el llanto; recordaba la primera vez que le habían mostrado al bebé, cómo la había abrazado y había absorbido toda la alegría, la ternura y el amor como una tierra árida e insaciable.

—Perdón —se disculpó al tiempo que su marido le prestaba su pañuelo.

—Es comprensible, Concha, la emoción... —la excusó Gabino Cabañas.

—Querida, pronto estará en casa —la serenó su marido.

—Lo sé, lo sé —la mujer sacó precipitadamente un espejito de su bolso y se retocó el maquillaje, aunque no quedó satisfecha—. Disculpadme, voy un momento al tocador.

Los dos hombres se pusieron en pie y no se sentaron hasta que la mujer salió de la sala.

—Cabañas, te agradezco lo que estás haciendo —recalcó Segundo estirándose la corbata—. Respecto a lo que habíamos hablado...

—No hay prisa, podemos tratarlo más tarde.

—No, es un placer contribuir a tu trabajo, quería confirmarte que pasarán mañana por tu despacho para entregar la donación. Y, por supuesto, llevarán también lo tuyo y lo de...

Gabino le interrumpió con un gesto.

—Entre caballeros no hay duda. Podéis pasar esta misma tarde a recoger al niño. El personal está sobre aviso.

—Muchas gracias.

La mujer no tardó en regresar con el maquillaje corregido y una sonrisa radiante. Retomaron temas más mundanos mientras disfrutaban de una paella picante con

carne de cerdo y coles sofritas. Gabino rechinaba los dientes para digerir también el resentimiento. Era consciente de que había entregado su vida al omnipresente Estado, y ahora no podía sustraerse de él. Sin embargo, no acababa de encajar el descubrimiento de que en aquella partida de cartas aún no sabía quién era el tonto, lo que implicaba que el tonto podía ser él. Se humedeció los labios y respondió jocosamente a un cotilleo de Segundo, que este subrayaba dibujando un río imaginario sobre la mesa. Las consignas eran claras y tenían autorización para retirar la patria potestad y falsear identidades, pero todo lo que estaba intuyendo iba más allá de la lealtad. Experimentó una extraña aleación de vanidad ninguneada, desprecio por su persona y un eco de repugnancia por los hechos que pudieran estar acaeciendo a sus espaldas. Había planteado cuidadosas preguntas y cotejado las diferentes posibilidades, y, aparte de él, solo había encontrado a una persona que pudiese mantener aquel circuito paralelo a través de la maraña burocrática del Auxilio Social. Gabino recordó a aquel capitán, el destello de locura que durante unos segundos había atisbado en sus ojos.

—¿Te encuentras bien? —se preocupó Concha.

—¿Eh? —se le escapó un gallo—. Sí, Concha, estoy bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Te acabas de poner pálido.

—No es nada, tengo la tensión baja... Muy pero que muy baja...

«Cuenta los huevos», le había ordenado el capitán. Que contara los huevos, maldijo Manolete. Para qué cojones le había mandado vigilar a aquella roja y para qué cojones quería que contase los huevos que le ponían aquellas gallinas esmirriadas. Llevaba dos días en aquel secarral, refugiado en una pequeña mancha de olivos, pegado a unos prismáticos; los monocordes y penetrantes grillos, los saltamontes que brincaban entre la hierba con destellos amarillos. El aire olía a quemado y a corteza. Al parecer, aquella Mencía era la mujer de uno de los bandoleros, pero no veía cómo, si hasta ahora se había librado de la Guardia Civil, iba él a darle cepo. Y aquel puñetero sol... Se pegaba al cuerpo como la sangre, volvía irritables a los hombres. Además, provocaba que le doliese el brazo izquierdo, la línea roja de tejido cicatrizal con que los ruskis le habían obsequiado en Berlín. Ah, donde tenía que estar era metiéndose entre pecho y espalda un buen solomillo de esos que se deshacen en la boca, como requesón. Vislumbró movimiento en la casa; echó un trago de agua tibia de la cantimplora, se ajustó los prismáticos. Mencía había salido al patio con un capazo de sábanas mojadas y se disponía a colgarlas de un cordel. Había sido testigo de escenas similares, y había momentos en que se sentía casi avergonzado. En ocasiones, verla distraída era como verla desnuda. Aquella no era tarea para un soldado, espiar mujeres como un sátiro. Maldijo sus escrúpulos y se empleó en verla aparecer y desaparecer entre las manchas flotantes de luz. Luego llegaron sus hijas y pudo comprobar el lenguaje de entendimiento mutuo, de ritmos y miradas que las

unía. Se reían mucho, eran una familia. Resultaba de una sencillez desarmante; todo resultaba previsible y a la vez extraordinario. Manolete se sintió insignificante, estéril. Hacía mucho, él había deseado formar una, pero el amor era cuestión de oportunidad, no valía encontrar a la persona demasiado pronto ni demasiado tarde. Entraron todas en la casa, las niñas se fueron, Mencía se quedó a solas. Se sentó en una silla, de perfil, e, inesperadamente, su rostro se cubrió con una expresión de angustia. Aspiraba y espiraba con lentitud, y Manolete volvió a sentir vergüenza ante la sensación de estar contemplando algo demasiado íntimo. A continuación se arrodilló en una esquina, levantó una baldosa falsa y sacó un manojito de cartas; eligió una y empezó a leer. En sus labios se dibujó una sonrisa.

El barracón con techo metálico se hallaba junto a un terraplén, y servía para guardar las herramientas. En su interior, una cortina agujereada colaba el sol salpicando con puntos de luz a Bejarano, que era vigilado por Arturo. El pelo corto y canoso del preso, su cara tostada y arrugada, los ojos como ranuras.

—¿No me va a hostiar?

—No.

—Entonces, ¿puedo fumar?

—Adelante.

Bejarano se palmeó las manos para desprenderse de unas lascas de roca y enrolló un cigarrillo. Arturo se secó la frente con un pañuelo.

—¿Cómo acabaste aquí, Bejarano?

—Cuando empezó el tomate estaba destinado en un parque de automóviles de Madrid. Luego anduve por Almería, Linares, Cuenca, y de vuelta a Madrid.

—¿Y?

—Tuvo gracia, cuando se levantó Casado, yo era «negrinista»; ingresé en una prisión llena de fascistas y tenía que cantar el «Cara al sol» y poner de vuelta y media a la Pasionaria.

Ambos sonrieron.

—¿Tienes familia?

—Mi hijo, ese que ha visto, el resto está en Los Merinales.

—Bien, Bejarano, yo puedo ayudarte.

—¿Más? Todo esto ya es en nuestro beneficio moral y material; o sea, que además de putas ponemos la cama.

—Hacemos lo mismo que habríais hecho vosotros si hubierais ganado.

—Ustedes dieron un golpe de Estado.

Arturo negó con un chasquido de la lengua.

—Dimos el que ganó. Recuerda Jaca, y el 31 en el parque de María Luisa, y la huelga de Cádiz, y la Sanjurjada, y el octubre asturiano...

—No olvide a la víbora de Casado.

—No, no lo olvido.

—Aunque esto no se ha acabado.

—¿Tú crees? —preguntó Arturo con ironía.

—En España hay quien sigue trabajando por una insurrección nacional.

—¿Y qué le ofreceríais a España?

—El sueño bolchevique.

—En otras palabras, depuración de centristas, expulsión de reformistas y unificación de disidencias. Pero, hombre, ya os hacemos nosotros el trabajo.

—No; está muy muy equivocado. Es la hegemonía del proletariado. La disciplina revolucionaria que liberará a las minorías oprimidas, defraudadas y acorraladas. Al final nos aguarda la libertad, un mundo sin clases. La emancipación del ser humano.

—El camarada Trotski podría habernos contado otra versión.

Bejarano reaccionó con un punto de asombro e irritación.

—Ese fascista ya tuvo su merecido.

—Yo he leído a ese «fascista».

Bejarano le escrutó con repentina curiosidad.

—No da usted el tipo.

—Todos tenemos un pasado.

—¿Y qué sacó en conclusión?

—Tu «camarada» explica muy bien cómo en los procesos revolucionarios, las primeras oleadas idealistas y concienciadas dan paso a la clase administrativa y el aparato burocrático. Los primeros acaban por ser absorbidos por los segundos; las aspiraciones universales se convierten paulatinamente en labores cotidianas; los nuevos métodos crean nuevos fines, pero, sobre todo, nuevas psicologías. Y lo que en principio iba a ser una etapa de transición se convierte en el término.

—Contra eso está la gente como yo: para mantener ese impulso permanente.

—Ya es demasiado tarde, Bejarano; los obreros han comenzado a ser conquistados por nuestras pequeñas aficiones burguesas, carecen ya de la perspectiva histórica completa y perderán poco a poco el instinto de clase. No podéis luchar contra el seguro de enfermedad, las mutualidades, los subsidios... Girón también quiere abolir las clases...

—No confunda a la Falange con el Partido Comunista: la épica degenerando en farsa, la poesía, en tópico y la mística, en chulería.

Arturo apreció la estocada.

—Hay que reconocer que los comunistas estáis hechos de otra pasta. Menos mal que también os dio por cargaros a vuestros aliados, porque si no, a lo mejor hubierais ganado la guerra.

Observó cómo Bejarano empezaba a fumar. Había mandado, y seguramente mucho; adoptó ese gesto de estar en otro sitio característico de ciertos jefes.

—¿Por qué no me cuentas lo que viste en la carretera? —le orientó Arturo—. Si es que viste algo.

—Me remito a lo que dije antes: ¿qué gano yo?

—¿Ya no te acuerdas de los camaradas?

Bejarano contempló la mano con la que sostenía el cigarrillo, contrajo la boca en una mueca nerviosa. No parecía dispuesto a añadir mucho más.

—Qué tal si me cuentas algo —exclamó Arturo— y luego miramos lo tuyo. Redención de pena, más salario... Te prometo que haré lo que esté en mi mano.

—Luego puede olvidarse.

—Tengo la misma memoria para los favores que para las putadas.

A Bejarano le gustó la respuesta.

—Había salido a mear. Era de madrugada.

—¿Solo o con escolta?

—El caso es que debería haber habido dos soldados, pero ya nos conocían de aquí y había confianza.

—¿Dónde estaban?

—Ni idea, pero si usted preguntase por ahí seguro que los pondrían a picar con nosotros.

Arturo asintió.

—Saqué el pajarito y me puse a la tarea. En esas estaba cuando vi los faros de un coche; tardó en llegar a mi altura más o menos el tiempo que me llevó la meada. Iban a mucha velocidad, demasiada para el firme de esa carretera, especialmente la zona que estábamos rellenando nosotros.

—¿Pudiste distinguir qué vehículo era?

—Era una camioneta, una Chevrolet.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque me harté de verlas durante la guerra.

—¿Cuántos eran?

—Eran dos.

—¿Qué más me puedes decir?

—Iban rápido, botaron un par de veces y a la tercera reventó la rueda. Detuvieron el vehículo, sacaron linternas y la cambiaron.

—¿Qué rueda?

—No le sabría decir.

—¿Tardaron mucho?

—Lo habitual.

—¿Notaste si estaban nerviosos?

—Solo cabreados.

—¿Y no viste más? —Arturo estuvo tentado de ceñir la pregunta, pero decidió no pilotarle.

—No.

—Y ellos ¿cómo eran?

—Pues uno más alto que el otro. A esa distancia...

—Más, necesito más. Recuerda.

Bejarano apuró la colilla y la tiró.

—Durante la tarea, uno de ellos se fue a la caja, la abrió y se metió dentro.

—¿Cuánto tiempo estuvo?

—No sé, a lo mejor un par de minutos.

—¿No te lo estás inventando todo?

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—Para complacerme. Me parece raro que te quedaras a ver todo el cambio de una rueda.

—Cuando a la vuelta le espera una tienda de campaña repleta de compañeros, culo con culo, tirándose pedos, roncando y removiéndose toda la noche, uno procura alargar el tiempo si sale a estirar las piernas.

Arturo mantuvo una mirada pensativa y remota.

—¿Le sirve de algo? —preguntó Bejarano con franqueza.

—De momento tendré que navegar costeando.

—Bueno, entonces ya sabe que no hay nada gratis...

—¿Qué quieres?

—Prefiero decírselo al oído.

—No soy sordo.

—Lo que le voy a pedir querrá oírlo dos veces.

Arturo escrutó al preso, la carne colgante del cuello, los ojos fieros, las venas gruesas; a pesar del calor, no sudaba. Se limitó a sacar la pistola, amartillarla y hacer un gesto a Bejarano. Este se acercó hasta pegarse el cañón al vientre. A medida que hablaba, a Arturo se le fue poniendo la carne de gallina. El preso se separó.

—Esto no ha pasado —quiso confirmar Bejarano.

Arturo hizo un esfuerzo por que sus sentimientos no influyeran en su voz.

—No te imaginas la cantidad de cosas que no han pasado.

Hubo un silencio.

—¿Y ahora? —preguntó Arturo.

—Puede empezar a partirme la cara. No tenga piedad.

*Desde el principio, Josefina y yo nos llevamos bien. Las pocas veces que nos permitían estar juntas sin estudiar, rezar o desfilar, hablábamos mucho. Nos contábamos películas o proponíamos adivinar cosas mediante gestos. También cantábamos canciones; muchas eran en latín y, como no lo entendíamos, les cambiábamos la letra; otras eran en español, pero tampoco las entendíamos y también nos inventábamos todo. Cómo nos reíamos. También compartíamos los lápices y los cuadernos. Dibujábamos mucho, historias de niños perdidos en bosques que dejaban caer piedrecitas blancas para encontrar el camino, o mundos en los que las ranas se sentaban a fumar en hojas de nenúfar, las ratas cosían botones y los enanos sacaban metales preciosos de sus minas. Lo raro era que Josefina no era hija de rojos; sus padres trabajaban en una fábrica pero no tenían con qué mantenerla y*

*preferían que estuviese en un hogar y verla cuando podían. Ella estaba en un grupo que se formaba para el servicio doméstico, también confeccionaban ajuares para la gente rica. Insistió mucho a la guardadora para que me metieran con ella, que si a mí se me daba bien la aguja, que ya había trabajado antes haciendo arreglos. Todo era mentira, pero ella se las compuso para ir enseñándome, porque ella sí sabía. Cuando venían sus padres, esos días eran dolorosos para mí, porque aunque hacía mucho que no veía a los míos, por dentro tenía la esperanza de que en algún momento me dirían que había venido mi madre o mi padre o los dos. Me lo imaginaba siempre, el día menos pensado me llamarían y me dirían que tenía visita, y aparecerían con una gran sonrisa, y me abrazarían llorando, me cogerían de la mano y me explicarían por qué no habían podido venir antes. Incluso empecé a odiarlos por no hacerlo realidad. Pero Josefina dijo que podíamos compartir a los suyos, como compartía el plátano, o la naranja o el pequeño bocadillo de mortadela que le traían.*

Los brillos de las frentes, la barba a brochazos negros sobre sus rostros, las armas colgando. Los hombres avanzaban intentando hacer las rimas más variopintas, hablaban de boxeadores y fútbol, de mujeres y conocidos. Mauricio Retuerta desvió su atención de las conversaciones para concentrarse en bajar aquella parte de la sierra, retorcida y difícil. Todavía se escuchaban a sus espaldas los secos morterazos de las cornamentas de dos machos cabríos que luchaban ferozmente en una de las faldas. Ya iban en retirada, pero aunque los atardeceres se alargaban, la luz podía desaparecer en un instante. Habían visitado un par de fincas, y en una de ellas habían fingido un asalto del maquis, destruyendo y saqueando. Con aquellas tácticas lograban ensuciar su halo romántico y quitarles el apoyo de los lugareños. La presión a que los sometían y la orden especial del Caudillo de no hacer prisioneros iban menguando sus fuerzas y su moral. Aun así, aquellos cabrones se resistían; incluso habían tenido la chulería de dejar una bandera republicana en la plaza de un pueblo cercano. En su mente se mezclaron también unos problemas de suministro en su finca con aquel insólito capitán. Mauricio había sopesado cuidadosamente lo sucedido en el cuartelillo, pero todo resultaba resbaladizo. Aquel Arturo Andrade podía ser tan culpable como Barrabás, así lo seguía creyendo el número, o lo estaban confundiendo con otra persona. Lo único indudable era que se trataba de un hombre infeliz, y ese tipo de individuos manejaban mejor las armas, había que andarse con tiento. No era momento de solventar cualquier pleito que hubiera, y en ocasiones aquel tipo de asuntos se resolvían solos. Entraron en la trocha que iba a parar a la carretera; a la izquierda, en el claro de un encinar, se levantaba uno de los chozos que utilizaban los carboneros. Aquel hacía tiempo que no se usaba debido a que un rayo había fulminado parte de la techumbre. Mauricio no le habría prestado mayor atención si los últimos reflejos del atardecer no hubieran hecho fulgurar algo en la puerta. Se

alejó del grupo; junto a la entrada había una bicicleta sin ruedas con el cuadro corroído por el óxido. Era raro que un lugar abandonado estuviese clausurado con un candado nuevo. Observado por el resto, Mauricio rodeó el chamizo y comprobó la parte de la cubierta que estaba carbonizada. Cuando regresó a la puerta, en vez de gritar una orden hizo un gesto cauteloso. Álvaro y Expósito se colocaron hombro con hombro, y Mauricio les conminó a forzar el candado. Estudiaron su firmeza, y tras unos cuantos golpes que arrancaron chispas del metal, fue Álvaro quien, sentado sobre los talones, aseguró que sería más fácil desmontar la puerta. Hundieron los cuchillos en las jambas medio podridas y fueron arrancando pedazos de madera hasta que fue posible desprenderla. Un olor acre se extendió rápidamente. Mauricio mandó que aguardasen y entró. Permaneció dentro un tiempo indefinido. Cuando volvió a salir, todos pudieron contemplar su expresión desencajada.

La noche se había llenado de grotescas sombras debido a las lámparas y linternas colocadas alrededor del chozo. Los hombres guardaban un silencio lúgubre y fumaban o bebían de una petaca con la mirada perdida. En ese intervalo llegaron el cabo Salvador y Arturo, precedidos por el baile de sus linternas; saludaron al grupo —Nicolás estaba entre ellos— y se encararon con Mauricio Retuerta.

—Buenas noches, don Mauricio —dijo Arturo.

Este asintió, pero no articuló palabra.

—¿Es aquí donde lo han encontrado?

Mauricio volvió a cabecear; Arturo se pasó la lengua por los labios reseco y, al igual que el público inquieto y cautivo, esperó alguna indicación, pero Mauricio se limitó a mirarle con los ojos bajos, como un perro que hubiera sido apaleado con brutalidad. A Arturo le chocó su reacción, pero alzó el mentón y echó un vistazo a la entrada. Ordenó al cabo que le siguiera y la oscuridad los engulló. Alumbraron unas paredes de piedra forradas de madera de encina y quejigo atados con cuerdas de esparto; el orificio del techo permitía contemplar las estrellas frías y blancas. En el centro había un hueco excavado en la tierra para el hogar, y alrededor un par de camastros hechos de madera y diversas capas de plantas, cebada, trigo y lana de oveja. En uno de ellos la sangre había impregnado las guedejas. Una sangre seca y negra. Las linternas seguían horadando la oscuridad: unas aguaderas para los cántaros, perchas para las herramientas, un celemín roto, una banqueta... Rastrearón el suelo, especialmente alrededor del camastro; encontraron partículas de escayola y unas cuerdas con elaborados nudos que probablemente habían servido para atar a la cría. Arturo lo examinó todo utilizando una pequeña navaja, y más tarde murmuró el ritual para que Salvador se encargara de fotos y jueces. Cuando salieron, Mauricio se les unió; uno de los acompañantes, con la cara colorada como una frambuesa, también intentó juntarse, pero Arturo lo prohibió secamente. Nicolás ni siquiera hizo un amago.

—Lo hicieron aquí —dijo a su audiencia.

—Eso pensamos —corroboró Mauricio.

—Esto me lo acordona —ordenó Arturo a Salvador.

Cuando le hicieron más preguntas, Arturo se limitó a confirmar que volverían con luz para seguir reconociendo la zona. Luego bostezó, cansado del viaje, y dijo que se iba a dormir.

## 9

### Niñas muertas

*Nicolás escribía mordiéndose los labios, apretando más o menos el plumín para que la letra tuviese partes de trazo fino y otras de trazo ancho, comprometido totalmente en la labor. Maldecía sus escrúpulos, pero había algo en cómo había reaccionado aquel capitán que le reafirmaba en sus sospechas. No podía razonarlo, se trataba de quién sabe qué enterrado a gran profundidad en su interior, más allá de los hechos o el sentido común. Se detuvo a mitad de una frase, dudando de su sentido; no lograba dar con el tono adecuado y optó por una fórmula más acartonada. Recordaba las charlas que había tenido con Diego Peinado posteriores al intento de desenmascarar al capitán; cuando el cuartelillo estaba vacío entraba en la celda para escucharle. El rostro estragado por la bebida, consumido, los ojos brillantes... Se parecía a uno de esos estilitas retratados en las iglesias. Mientras le contagiaba su fiebre, como un neófito, le planteaba cuestiones nuevas sobre las que nunca se había detenido a reflexionar. Que toda vida era sufrimiento, egoísmo, afán de afirmación de cada ser vivo, una pugna de intereses que convertían el mundo en un infierno. Lo mejor sería no vivir, pero estando condenados a la existencia, había que disminuir el dolor. No se trataba de ir al cielo o al infierno, sino de que las almas sencillas y fuertes tuvieran el valor de la honestidad, de realizar actos decisivos, de tomar decisiones irreparables. Como aquellas líneas que estaba pergeñando. Sonaron unas llaves en la puerta y Nicolás lo guardó todo con precipitación. El cabo entró ruidosamente y colgó el tricornio y el fusil. Tenía unas enormes manchas de humedad en los sobacos. Miró durante unos segundos la piedra sobre la mesa, pero no hizo ningún comentario.*

—Buenos días, mi cabo.

—No he dormido nada.

—Cortesía del capitán Arturo Andrade.

—Es lo que hay. ¿No está?

—Ni siquiera ha dormido aquí.

—Hum... ¿Qué tenemos hoy?

—¿Aparte de que el pueblo anda destemplado con lo del chozo? Un par de asuntos de lindes, estraperlo... Y han comenzado a colgar perros...

—Mierda. ¿Dónde?

—En el pinar de siempre.

—Pero lo habíamos prohibido terminantemente.

—Pues todos los años igual.

Cada vez que el cielo era mezquino con su agua y las rogativas no surtían efecto, era como si raspasen en la superficie del pueblo y dejaran al descubierto profundos estratos paganos. Resucitaban ritos ancestrales, se elevaban plegarias a otros dioses, ofreciéndoles a cambio el sacrificio de animales.

—Y encima no podemos ir, tendremos toda la mañana ocupada con la búsqueda.

—¿Y qué hacemos con el maestro? No podemos tenerlo toda la vida encerrado.

—¿A ti te molesta?

—No —titubeó—, si lo decía porque hay que darle de comer. Y es un gasto.

—Mientras el capitán no diga lo contrario, ahí se queda. A propósito, ¿has tenido alguna disputa con él?

—No —mintió—, ¿por qué?

—Ayer no te dejó entrar, y no parecía tenerte en mucha estima.

—La guerra, que los vuelve majaras.

La mueca en su rostro permanecía burlona, pero algo había cambiado en sus ojos. No sabía si el capitán le había contado algo al cabo, pero prefirió no preguntar, y Salvador, quizás sospechándolo, no abundó en el tema. El cabo se sentó y, mientras fingía revisar unos papeles, pensó en cómo esa noche, cuando regresó a casa, había entrado en la habitación de su hijo. Le había arreglado las mantas y había sentido una ternura que le redimía de la maldad diaria. Él era la causa de que no se derrumbase, la manera de escapar de aquella espantosa realidad. No, pensó, su hijo no tendría que afrontar aquel pueblo, porque él era hermoso, era afectuoso; su hijo no viviría con la capacidad para amar demolida, arrepintiéndose de haber nacido. Quería darle la oportunidad de conocer a personas agradables, una buena educación, lejos de la negra agonía de la pobreza. Lejos de aquel lugar.

—Esta noche no hagas planes —dijo con firmeza.

—¿Por qué?

—Nos vamos de visita.

—¿Donde siempre?

—Donde siempre.

Nicolás sonrió débilmente.

Manolete acelera. Se funde con el rugido del motor. Aspira el olor punzante de la gasolina. Avanzaba a toda velocidad, arrastrando una estela de polvo. Entró en Arroyo de la Luz ante el susto de un escuálido lebrél que fue a refugiarse a la sombra de un portal, cruzó la plaza entre los aullidos de la chiquillería, siguió hasta la casa que el SIAEM había dispuesto para Arturo y efectuó un derrape, subrayando su llegada con toques de claxon. Arturo salió a ver la causa del escándalo, pero aún tuvo que esperar a que el remolino dorado se depositase en el suelo. Manolete salió de

entre la tolvanera con una expresión radiante.

—Coño, cómo tira este cacharro, mi teniente. Igual que en Berlín, ¿recuerda?

Arturo soltó una carcajada.

—Con los ruskis detrás...

Ambos compartieron una mirada de inteligencia, como si supieran algo que los demás nunca acabarían de comprender.

—Teniente, ¿por qué no prueba?

—¿Cómo?

—A conducir. Yo le enseño.

—Tenemos mucho que hacer, Manolete, no puedo andar jugando.

—Que le da canguelo.

—No es eso.

—Pues ya me dirá qué es.

—Han encontrado el lugar donde mataron a la cría.

—Me lo puede contar en el coche. Solo una vuelta.

—No seas cabezón.

—¿Y qué va a pasar el día que tenga usted una urgencia y yo no pueda llevarle?

—Me busco la vida.

—O sea, canguelo. Esto lo saben hasta los avestruces.

—¿Y por qué los avestruces?

—No sé, se me acaba de ocurrir.

Arturo se quedó mirando el coche; abrió la puerta y se sentó en el asiento del conductor.

—Y ahora ¿qué?

Manolete se apresuró a ocupar el asiento contiguo y le dio las primeras instrucciones. Los petardeos del motor y los avances a trompicones precedieron a un círculo lento pero constante, hasta que le insinuó que salieran a la carretera, ante el evidente pánico de Arturo. Manolete mantuvo la presión hasta que enfilaron hacia el pueblo y salieron a campo abierto.

—Muy bien, teniente... Ahora pise.

Arturo no estaba seguro de haberle oído bien.

—¿Cómo?

—Que pise a fondo.

—Pero si no sé...

—Pise de una vez, cojones.

Arturo hundió el pie en el acelerador. Para su sorpresa, la tracción trasera hizo que el coche saltase como un animal salvaje. Arturo levantó instintivamente el pie del acelerador, pero Manolete gritó «¡hasta el fondo!» y el rugido del motor volvió a elevarse mientras el paisaje volaba a sus costados. Manolete comenzó a dar alaridos, contagiando a un Arturo exultante. El hombre vestido de negro, apoyado en su paraguas cerrado, vio pasar el coche con dos locos aullantes en su interior. En medio

de la euforia, Manolete vio que se acercaban a una curva cerrada.

—Jefe, va siendo hora de frenar.

Arturo no le escuchó o no quiso escucharle, concentrado en la nueva emoción.

—Jefe, que se acaba la vía, pise el freno —insistió Manolete.

Arturo fue consciente del peligro y buscó frenéticamente el pedal. Se confundió dos veces y aceleró el vehículo, hasta que dio con la brida. El chirrido de las ruedas coincidió con el final del firme y bajaron dando tumbos por un pequeño talud, hasta quedar detenidos en medio de un pasto. Su fortuita y escandalosa aparición provocó la huida de un rebaño de cabras con un concierto de esquilas y balidos. Cuando se les pasó el susto, comenzaron a reírse a carcajadas, que en Manolete se cortaron por un ataque de hipo.

—Mi teniente —logró articular—, ha estado muy bien. Hubiera sido preferible parar un poco antes, pero ha estado muy bien.

Permanecieron unos minutos sentados en silencio, contemplando la dehesa. Arturo se masajeaba una rodilla golpeada; tras el miedo, se sentía bien.

—He estado toda la noche vigilando a esa Mencía —dijo Manolete.

Arturo notó el tono desolado en sus palabras. A continuación le refirió cómo, efectivamente, había contado los huevos del corral y los que vendía luego y las cantidades variaban según los días.

—Estraperlo —concluyó Manolete.

—O está dando de comer a otra persona.

Manolete chasqueó la lengua, lamentando que no se le hubiera ocurrido. Abrió la puerta, se inclinó, arrancó un tallo de hierba y se dedicó a hacerle nudos mientras evocaba la escena de la carta y cómo, aprovechando la ausencia de Mencía y de las niñas, había entrado en la casa y rebuscado bajo la baldosa. Aquellas letras habían sido enviadas desde La Habana, y remitían a una ciudad repleta de barcos que acogía a hombres miserables y los convertía en prósperos ciudadanos que a su regreso levantaban soberbios palacios y bellísimas casonas. En medio de la escasez y las torturas, en la cabeza de Mencía brillaba una Arcadia tropical donde todos los españoles eran «gallegos» y la luz escandalosa y el bochorno se combatían con vasos de limonada fría a la sombra de los patios de hermosas casas coloniales. La hermana de Mencía, emigrada dos años antes, que ahora cosía para familias ricas, tatuaba todas aquellas impresiones en su cabeza. Arturo colocó la mano sobre el volante y rumió la información.

—¿Sabes que esa mujer está embarazada? —le desveló a Manolete.

—No, no lo sabía.

—En estos mismos instantes está considerando muchas cosas.

—Jefe —dijo bruscamente Manolete—, no me gusta espiar a la gente. Quiero decir, hacerlo así, todas las noches. Nosotros somos soldados.

Arturo arqueó las cejas, le observó.

—No me malinterprete, mi teniente, yo estoy a lo que ordene, pero esto no es lo

nuestro. Además...

Arturo aguardó a oír la conclusión.

—Además, me deprime.

—¿Por qué?

—Porque siento envidia.

Manolete se ruborizó.

—Pues ese es un pecado puñetero —Arturo meneó la cabeza—, el único que no da placer.

—Es que veo a esa mujer todas las noches, y sí, sé que está jodida, pero a su manera es feliz. Come con sus hijas, hacen la colada, a veces juegan, leen, les riñe... Tienen algo que yo no tengo, algo... grande.

—No podemos conseguir todo lo que queremos, Manolete. Y está bien así.

—Pero es algo bueno, mi teniente. ¿Y se da cuenta de que nunca esperamos nada bueno?

La confidencia los sumió en otro largo silencio. Los dos con sus deseos no satisfechos quemándoles el corazón. Luego Arturo le contó el hallazgo del chozo y los siguientes pasos que estaba pergeñando. Se guardó el desconcierto que le produjo Mauricio. Cuando acabaron tuvo que salir para empujar el vehículo cuesta arriba, y a duras penas lograron volver a la carretera. Siguió conduciendo Manolete hasta Arroyo de la Luz, y cuando aparcó frente a la casa, el teléfono había estado sonando a intervalos. Arturo logró ponerse al aparato antes de que colgasen; mantuvo un breve parlamento mientras, con el dedo corazón, dibujaba sobre la mesa espirales de manera compulsiva. Manolete se mantuvo tenso, contagiado por la rigidez de su jefe. El aparato produjo un tintineo seco cuando fue colocado sobre la horquilla.

—Ahora tiramos para el chozo, pero ten preparado el coche por la tarde.

—¿Adónde vamos?

—A ver a un amigo.

Un buen colchón de lana. Eso era lo que deseaba. Un mullido y cálido colchón de buena lana. Eso pediría Ventura Rodríguez, el Califa, si un genio brotase de la taza de latón de la que estaba bebiendo y le ofreciera un deseo. Descansar en un lecho donde aliviar el punzante dolor en las articulaciones; demasiados inviernos en la sierra, demasiados años de aislamiento, demasiado queso y cebolla, demasiadas emboscadas y zozobras. Ventura se reacomodó en la roca cubierta de moho donde se sentaba y observó al resto de compañeros, entre ellos a su líder, Cristino el Extintor, toda una leyenda que sumaba miles de duros de recompensa por su cabeza. Antes de la guerra había trabajado recargando extintores en cines y bancos, y ya metido en harina había sido uno de los miembros más señalados de los Niños de la Noche, la unidad del Ejército Popular especializada en armar todo el estropicio y confusión posibles en la retaguardia de los fascistas. En los buenos tiempos les había enseñado sus técnicas y

habían volado polvorines, instalaciones eléctricas, tendido ferroviario... Incluso habían publicado un periódico de propaganda, La Lucha, con una multicopista, una máquina de escribir y mucho papel; Cristino redactaba artículos y daba arengas en los pueblos. Siempre salía indemne de delaciones y emboscadas, y por él seguían allí; por él continuaban creyendo que eran la vía de agua en las sentinas del capitalismo, por él prolongaban la lucha a la que se unirían los trabajadores, las masas huelguistas; no faltaba mucho, repetía, será el final del régimen, organizaremos la defensa campesina y a la juventud combatiente, en León, en Galicia, en Asturias, en Andalucía, ya hay escuelas guerrilleras en todo el país, mataremos a las contrapartidas, al somatén, a los policías, a los soldados, a los falangistas. Por él, Ventura se había olvidado del exterminio de sus compañeros en Barcelona por los comunistas, de los estropicios de Lister en Aragón, del lúgubre y avieso comisario político que siempre le acompañaba buscando cualquier foco o fermento de indisciplina, y que seguía con ellos a pesar de la escisión del año pasado, renunciando al ideal libertario, porque sabía que eran los únicos capaces de una organización con alguna posibilidad de éxito. Era evidente que la dictadura del proletariado crearía de nuevo clases y privilegios, que los socialistas eran unos demagogos y unos cínicos, expertos en enriquecerse, que los republicanos también los habían perseguido y encarcelado; pero su sueño de abolir el dinero, destruir el Estado y sustituirlo por comunas federales, convivir en igualdad y armonía, ejercer la libertad como fin supremo y fundar un mundo nuevo en el que toda la humanidad estaría solidarizada, era un sueño que aún no estaba maduro. La realidad era que cada vez había más desavenencias, se hallaban más acorralados, ahorcaban a más topes. Existían bastantes partidarios de marchar hacia Francia; secuestrar a algún pez gordo, pedir un par de millones y con ese dinero perderse por la campiña gabacha. Las conversaciones acerca de las familias y el regreso crecían, como si todo hubiera quedado congelado, como si pudieran volver y retomar sus aperos y besar a sus hijos y abrazar a sus mujeres sin que hubiese consecuencias. No hablaban de entregarse abiertamente, pero sí de abandonar de una u otra forma aquella vida que no lo era. Ventura no se decantaba ni por un lado ni por el otro, sino por la nostalgia de Pueblo Adentro, de sus calles con olor a boñiga y leche agria, de un plato de sopa caliente, de su familia. Nostalgia de un futuro en el que no hubiera que luchar cada día. No habían tenido tiempo para pensar en el porvenir desde que los heliógrafos de guerra hicieron llamear de espejitos aquella misma sierra anunciando el triunfo fascista.

Continuó observando al Extintor, aquella figura imponente, fuente de una energía ilimitada. No le gustaban los continuos trasiegos de sus hombres en busca de mujeres, le ponía enfermo el relajamiento de la disciplina. En ocasiones, Ventura dudaba de si sus convicciones eran reales o provenían del embelesamiento por su propio mito, una vocación trágica que buscaba un final a la altura de su leyenda. Uno que, por supuesto, se los llevaría a todos con él. Sin embargo, ni siquiera el Extintor podía obviar que cada día se aborregaban más, pendientes de la supervivencia más que de

los ideales. Tosió broncamente y con un largo trago evocó tiempos mejores, en aquel baile en que había conocido a Mencía. Una chiquilla grande pero proporcionada, alegre, con una cara guapa y unos ojos que echaban chispas. Ese día bailaba el pasodoble con una amiga en el centro de la plaza, llevaba un vestido de lunares, beis claro, y en una esquina estaba él, entre un grupo de chicos apoyados en el bar instalado para la fiesta. No apartaba los ojos de Mencía. Ella, consciente, le echaba más gracia al movimiento de las caderas y los pies, sonriendo y lanzando miradas de reojo. Tras pensárselo un rato, Ventura cruzó la plaza y se interpuso entre las dos amigas.

—Que si bailas conmigo —le dijo.

Accedió y bailaron, ella sin dejarle mover la mano de la cintura, mientras mozos y amigas los observaban entre risas y murmullos. Ventura le susurraba la letra de las canciones que atacaba la orquesta. Se las sabía todas, era la época en que todavía aspiraba a ser cantante profesional. A partir de ese momento ya no dejaron nunca de bailar. Su novia, su amor.

Ventura volvió a observar al Extintor, se levantó y se acercó a él. Quería pedirle algo, pero todavía no sabía cómo planteárselo.

Aquel sol iluminaba algo más que su figura, metía a conciencia sus dedos en la algodonosa oscuridad en la que se refugiaba. Diego Peinado se escondía en ella de las recriminaciones, de las tensiones, de la melancolía. Era una renuncia a la vida. Su vigilante, Nicolás, le había sacado a dar un paseo por la parte de atrás del cuartelillo, proporcionándole una muleta. «Le vendrá bien un poco de aire», le había dicho. Aquel guardia también le había ofrecido agua y jabón, comida, algo de alcohol para detener el temblor de su única mano. Incluso le había brindado la presencia de un sacerdote, alguien que aplacara lo que fuese que le estaba consumiendo. Se lo agradecía. Y le gustaría contarle al cura una hermosa historia de redención, limpia y honrosa, que expulsara de su memoria toda la roña y la inmundicia. Pero nadie les podía librar del mal, para lo suyo no existía la expiación, y lo que ni el guardia ni aquel capitán comprendían, y ni siquiera un sacerdote aceptaría, era que resultaba preciso vivir con los actos cometidos y no expulsarlos ni perdonarlos jamás. Que la culpa y la vergüenza ardiesen eternamente en nuestro interior.

Nicolás seguía los cortos pasos del preso con el fusil terciado, sudando la gota gorda pero de buen humor; incluso silbaba un poco. Las cartas estaban enviadas, el anzuelo, echado. Se había pasado toda la mañana peinando las intermediaciones del chozo, pero no habían logrado nada significativo; también había espiado las reacciones de aquel capitán, pero en ningún momento pareció preocuparse por él. Al fondo vislumbró un grupo apiñado. Se iban acercando hasta que pudo distinguir a gente del pueblo; los conocía a todos, pero detuvo al maestro, alarmado por sus facciones ceñudas. La aglomeración comenzó a proferir insultos y gritos, agitándose

cada vez más. Las amenazas se iban endureciendo, pidiendo a Nicolás que entregase a Diego Peinado. Los rostros individuales se iban transformando en una masa abotargada. Asesino, gritaba la masa, asesino, asesino de niños...

Pasado el Arco de la Estrella, el lugar de la cita no quedaba lejos. Bajo un cielo gris, canela y violeta, Arturo recorrió el itinerario de calles, se plantó ante el número indicado y encontró una puerta con aldaba, sin más índices. Dio un par de golpes secos, no tardó en abrir una figura nudosa, con el mentón puntiagudo, que le invitó a pasar aconsejándole que tuviera cuidado con los escalones. Descendieron a un semisótano mientras tres hombres bien trajeados ascendían entre carcajadas. Todos tuvieron que hacerse a un lado para poder continuar. Pusieron pie en un suelo de cemento, el guía abrió unas puertas batientes y entraron en una sala amplia iluminada por lucernarios a ras de calle. A la izquierda había un mostrador donde se servían cigarros y cerveza, y tras él, un tipo rollizo con una camisa blanca y un delantal de cuero que parecía estar dándole consejos a otro tipo. A la derecha había seis mesas de billar americano, dos de ellas con partidas en marcha. También había una fila de butacas contra la pared, ocupadas por ociosos que contemplaban el juego. Al fondo de la sala, Arturo vio una habitación con la puerta entornada y pudo atisbar la esquina de otra mesa de billar y el sonido de las bolas chocando. Humo de tabaco, admiraciones o blasfemias tras las jugadas, el sonido monótono de los ventiladores. Pidió una cerveza al camarero, buscó a su cita y, al no encontrarla, se limitó a observar. Con la botella mediada escuchó un «don Arturo» y descubrió a Gabino Cabañas apoyado en el marco de la sala privada, con un taco en la mano. Arturo hizo un gesto de reconocimiento, apuró la cerveza y cruzó la sala. Se estrecharon las manos y Gabino cerró la puerta tras él. Le señaló una hilera de tacos.

—¿Una partida?

—¿Por qué no?

El vicesecretario estaba en mangas de camisa, sin corbata, y reagrupó con un triángulo las bolas desperdigadas por la mesa. Aguardó a que Arturo se quitase la chaqueta y sopesase los tacos.

—Puede empezar si quiere.

—Por favor, usted es el anfitrión.

Gabino Cabañas no discutió y, tras dar tiza a la punta, rompió la geometría de las bolas, entronando dos. A partir de ahí siguió golpeando hasta fallar en la penúltima. Arturo entizó y se apoyó sobre la mesa, apreciando el brillante verde del paño y la luz que resaltaba el fulgor de las bolas. Estudió la situación.

—¿Apostamos algo? —propuso Gabino.

—No.

Arturo metió la mitad de las bolas antes de fallar, notando con cada seco chasquido cómo el palo iba convirtiéndose en una extensión de sí mismo. Gabino se

movió con rapidez y terminó la partida en dos golpes.

—¿Otra?

—Por supuesto.

Del triángulo de madera se desprendió una forma pura. Esta vez empezó Arturo.

—¿Y dónde está su amigo? —se interesó Gabino.

—Tiene cosas que hacer. Esta mañana hemos estado muy ocupados, han encontrado el lugar donde asesinaron a la cría.

Flases en la mente de Arturo. La huella ensangrentada de una mano en la pared. Partículas de escayola en equilibrio sobre la punta de una navaja. El lento peinado de la zona por batidas de hombres. Gabino se limitó a admirar un buen golpe de Arturo, y luego consideró si aquel tipo realmente pensaba algo en esa niña o era una cruzada personal contra el mundo. Arturo volvió a apuntar con sumo cuidado, pero aplicó más fuerza de lo debido, metiendo la bola de chiripa en otra tronera. Continuó trenzando una estrategia hasta que la pifió en uno de los tiros. Gabino se encogió de hombros y no desaprovechó su turno. Por mucho que le jodiera a Arturo, era un placer verle evolucionar con movimientos rápidos pero prudentes. La bola negra acabó por entrar con fuerza en la tronera superior izquierda.

—No parece que vaya a tener muchas oportunidades —dijo Arturo.

Gabino volvió a meter las bolas en el triángulo.

—Sé que es usted un hombre discreto —dio tiza al palo y abrió la partida con un golpe casi circense—. He estado interesándome por su asunto, y hay otra cosa que ha de quedar clara: yo no tengo nada que ver, y con lo que le voy a contar me lavo las manos. ¿Estamos?

—Le doy mi palabra.

—Su palabra no vale una mierda —hundió tres bolas seguidas sin misericordia—. Y por mucho que se empeñe, tiro a pichón parado, todo lo que hago es lícito, hay leyes que nos amparan. No solo respecto a los niños recogidos, sino en los prohijados. En las cárceles, las rojas solo pueden tener a sus hijos con ellas hasta los tres años como mucho, luego se los desaloja «legalmente» y entran a formar parte de nuestro sistema asistencial. Esas mujeres pueden saber o no en qué hogar están sus vástagos, pero eso al Estado le es indiferente. Y no solo hay leyes para la separación de madres e hijos, sino también para permitir cambiarles los nombres si los niños no los recuerdan, o sus padres fueran ilocalizables, o han sido repatriados. En el Registro Civil podemos hacer lo que nos dé la gana.

—¿Cuál es el fin último?

—¿Aparte del dinero? ¿Cuál va a ser, capitán?: el poder. Hay un proyecto de reeducación masiva, pero todas estas mojigangas se las explicarán mejor en el Patronato de la Merced, que es donde se ocupan de decidir adónde van los críos.

—Menudo coladero.

—No se puede hacer una idea; miles y miles de criaturas, y demasiados intereses en juego para su pequeña investigación. Ahí tampoco tocará usted bola.

Gabino calzó dos más. Abrió mucho los ojos.

—Lo que sí le puedo asegurar es que no hago encargos raros. Los niños van a casas como Dios manda. Pero lo he pensado mucho... —hizo rebotar el palo en el suelo—. Cuando los críos son separados de sus padres, el protocolo es enviarlos lejos de su lugar de origen, sobre todo si provienen de sitios pequeños. Para ese tipo de cosas nosotros trabajamos directamente con Madrid, no queremos problemas. Si nadie por estos predios ha reconocido las fotos de esas crías, quizás hayan venido de otro lado, pero entonces los canales utilizados han sido paralelos. Y aquí la única persona con los contactos necesarios es Valentín Antuña.

Hubo un silencio que se llenó con los chasquidos y el rumor de las partidas cercanas. A Arturo se le ocurrió una frase ingeniosa, pero la omitió recordando lo rápido que desenfundaba don Lapicero.

—No tengo el gusto —se limitó a decir.

—Ni lo tendrá, aunque le conozca. Las organizaciones del Auxilio Social tienen asignado un asesor del patronato, y Valentín es el nuestro. Digamos que cuida de que no haya desvíos en la «línea ideológica».

—¿Dónde lo puedo encontrar?

—Viaja mucho a Madrid, creo que ahora anda por allí. Es psicólogo, de la cuerda de Vallejo-Nágera, que es el jefe de toda esa secta. Con esto no quiero decir que esté implicado, solo que es el único que se me ocurre que pudiera ser.

—¿Por qué?

—Porque es un cabrón. Y además del Opus.

—Suficiente para sospechar. Aunque usted tiene gente por encima, ¿no?

—Yo respondo solo por mí.

—Entendido.

—En todo caso, tiene que haber una memoria del Patronato de la Merced en Madrid donde figuren todos los niños del país.

—Revisarla sería una labor ingente, y además usted mismo ha dicho que puede hacer desaparecer cualquier pista.

—Bueno, todas no.

Gabino Cabañas se hizo el interesante y acabó su partida en una especie de éxtasis al contemplar las bolas de Arturo quietas sobre el tapete. Arturo devolvió su taco al estante en evidente rendición, pero Gabino, como asaltado por una fiebre, continuó jugando con las bolas del otro al tiempo que hablaba.

—¿Ve lo adictivo que es el billar, capitán? Podría pasarme horas así, es como si soñaras, te sientes apartado de todo, ni siquiera tienes hambre. Aquí todo está conectado, las bolas entre ellas y tú con las bolas. Y comienzas a tirar y a tirar, y el taco es parte de tu brazo, porque las jugadas ya están ahí, suspendidas en el aire, como si llevasen siglos esperando, y te hace sentir realmente bien...

Gabino se detuvo, observando el tapete como si las bolas estuviesen atadas a su estado de ánimo.

—Usted tiene dos niñas, una viva que no le sirve de nada y otra muerta que le sirve de menos. A lo mejor vienen del mismo sitio, o a lo mejor no. Pero así como basta con no inscribirlas en los libros de registro para que jamás hayan existido, y lo que no existe no puede reclamarse, físicamente lo único que dejaría huella serían los testimonios de compañeros u otras reclusas. Y no creo que usted disponga del personal suficiente para iniciar esa búsqueda. Ahora bien, hay un rastro que no se puede borrar.

—Por lo que a mí respecta, a partir de ahora usted será más puro que el coño de la Virgen.

—Cuando se producen traslados, hay un lugar de donde no se puede borrar a la gente: los libros de sanidad. En las cárceles, en los hogares o en cualquier sitio de recepción que tenga enfermería hay que contabilizar las raciones de sobrealimentación, porque son las que aseguran el aumento del presupuesto. Si por algún albur sus niñas se pusieron enfermas, dondequiera que estuvieran, existe una memoria de ello.

—Volvemos a lo mismo de antes, pueden haber estado en cualquier parte.

—En este caso, un porcentaje alto de los traslados a nuestra red asistencial provienen de un único lugar: la cárcel de Ventas.

—Madrid.

Gabino Cabañas volvió a abrir los ojos desmesuradamente e, inclinándose sobre la mesa, disparó con saña. La bola fue expulsada por la tronera y tras rebotar en cuatro bandas quedó congelada en un extremo del paño.

El horizonte se enhebraba en la noche, el reino irracional que todos los niños temían, sobre todo Eulalia; cuando llegaba la hora de acostarse le pedía a su madre un cuento, no quería quedarse sola. Era una manera de retardar lo inevitable. «Quédate un poco más», le rogaba, y Mencía, que comprendía sus temores, empezaba a contarle un cuento. Algunas veces improvisaba, y otras recurría a historias que había escuchado a sus padres. En ellas todo era posible; que los objetos viviesen, que los animales hablasen, que los niños tuviesen poderes y desafiasen a la oscuridad. Juntas podían volar, o volverse invisibles, o conocían palabras que abrían montañas y burlaban a las brujas. A veces, incluso alcanzaban a ver montones de oro que brillaban en la oscuridad. Mencía buscaba un lenitivo para su hija, hacerle ver que la felicidad era posible aunque fuese por unos instantes, proporcionarle un antídoto contra todo el veneno que contenían las palabras, rojas, furcias, pordioseras... Cuando terminaba, le daba un beso y se sentía mejor y peor a la vez. Nieves lo observaba todo con gravedad, se había vuelto muy seria en los últimos tiempos; antes murmuraba cuando la obligaba a llevar a su hermana a lavarse antes de comer, pero ahora realizaba los encargos con una seriedad ritual, crecía segundo a segundo, y sus silencios denotaban ya un mundo interior que Mencía no podía alcanzar. Era el proceso natural, pero no lo

esperaba tan pronto. En medio de esas reflexiones, golpearon la puerta. Las tres se quedaron de piedra. Mencía reaccionó con rapidez y dio órdenes a Nieves mientras calmaba a Eulalia; después salió corriendo hacia el muro del patio trasero. Nieves, haciendo caso omiso de los golpes cada vez más violentos, contó hasta cien antes de abrir.

Tanto Salvador como Nicolás estaban seguros de que la familia se hallaba en contacto con el Califa. Pese a los escarmientos y las sucesivas detenciones, palizas, coacciones, sobornos..., nada parecía hacer mella en la actitud numantina de aquella Mencía. Unos días la sometían a tenaces interrogatorios sobre bombillas encendidas a deshoras, otros, sobre los productos con los que estraperlaba, los más, sencillamente la tenían sentada en una silla mientras la insultaban y la golpeaban. Los guardias conocían a cada uno de los vecinos y sus querellas, dónde podían meter las cuñas —quién se odiaba por peleas de lindes o herencias, quién era ladino, noble o cobarde— pero toda aquella psicología no surtía el efecto esperado en Mencía. No hallaban pruebas de su colaboración, no habían logrado ni una mísera palabra de denuncia. Y eso los estaba sacando de quicio. Por ello, en contadas ocasiones, y aquella noche sería una de ellas, hacían lo que iban a hacer. Llegaron a la casa y dieron unos cuantos puñetazos a la puerta.

Manolete observaba los restos de una manzana que había estado mordisqueando, cubierta ahora por hormigas que la hacían desaparecer trocito a trocito. Aún tenía en la boca el sabor ácido de su carne. Cuando volvió a vigilar con los prismáticos, sufrió un respingo. Los guardias civiles estaban frente a la casa, la puerta tardó en ser abierta. Entraron, a través de la ventana pudo contemplar una escena de cine mudo en la que Salvador y Nicolás rodeaban a Mencía y comenzaban a zarandearla, mientras las niñas observaban aterradas.

Me cago en la puta que los parió. Ventura se había percatado a tiempo de que la señal no estaba y se había puesto a resguardo. Siempre se acercaba a la casa con pies de plomo, pero en aquella ocasión había pecado de impaciente y no se cercioró de que la piedra que Mencía dejaba siempre sobre el muro no estaba allí. Desde el lugar donde se había escondido no tenía visibilidad, pero le llegaban fragmentos que le permitían imaginar la escena. Las voces tensas y pendencieras de los guardias, de las que entendía palabras sueltas, puta, escondido, vamos a matar; los ruegos de Mencía; los chillidos y lloros de las niñas. Ventura atravesó violentas corrientes de amor y odio, aferrándose al subfusil con tal fuerza que sus nudillos se blanquearon.

—¿Dónde está tu marido?

La pregunta de Nicolás había ido precedida por insultos. Mencía respondió con negativas mientras protegía con su cuerpo a sus hijas.

—Lo de esa mano no va a ser nada comparado con lo que te toca hoy —afirmó Nicolás.

—No sé nada, ya os lo dije.

Salvador hizo una señal muda y Nicolás agarró violentamente a Mencía, que se resistió hasta que el número le propinó un violento guantazo. Luego la cogió por el pelo y la hizo desplomarse sobre una mesa, amenazándola con un tiro en la boca si se movía. El cabo agarró a las hijas mientras rogaban por su madre; las miraba sin compasión, porque detrás de ese sentimiento había cierta identificación, y él ya no sentía nada.

Manolete observó con incredulidad cómo el guardia sacaba un vergajo y comenzaba a doblarlo y desdoblarlo, su rostro crispado mientras ladraba silenciosamente al tiempo que comenzaba a descargar secos latigazos en los muslos, en los glúteos, en la espalda, dejando cortes profundos y limpios que sangraban poco pero atravesaban el alma. Mencía estaba atontada, el dolor era atroz, pero eran tantos los latigazos que casi dejó de sentirlo.

Ventura se tapó la boca y lloró. Los vergajazos se sucedían a intervalos, subrayados con las mismas preguntas. ¿Dónde está tu marido? ¿Cuándo le ves? ¿Con qué señal le avisas? ¿Dónde está tu marido? ¿Dónde está tu marido? Mencía repetía que no lo sabía, su torturador no la creía y soltaba otro vergajazo. Lento, metódico, indiferente a los chillidos de la mujer.

¿Dónde está tu marido?

¿Dónde está tu marido?

¿Dónde está tu marido?

No lo sééééééééééé...

¿Y si no lo supiera?, pensó Nicolás mientras se tomaba un descanso para agitar el vergajo y limpiarlo de la sangre que empapaba el cuero. Esa justicia que estaban buscando para el nuevo Estado quedaría malparada, la misma en cuyo nombre había escrito esas cartas. Se dirigió a Salvador.

—Mierda, mi cabo, ¿y si no lo sabe?

—¿Y qué? —Salvador se encogió de hombros—. De todas formas hay que darle una lección.

Nicolás apretó los dientes y continuó. Una lección que no solo quedaba marcada en la espalda de Mencía, en su mente, el dolor se solapaba sobre dolor, la vista se le nublaba por momentos, el sabor agrio de vómito inminente le ascendía por la garganta, sino en los ojos de Eulalia, paralizada por la invasión, confundida por una realidad que había sido tomada por los ogros de los cuentos. Nieves ya no podía

soportarlo más.

Manolete no sabía qué hacer. Algo se había puesto en marcha y ya no se podía detener. Los latigazos se sucedían en oleadas hipnóticas, provocándole una sensación de ajenidad. Por mucho que fuese una guerra, aquello no tenía sentido, pero su voluntad se hallaba paralizada. Solo reaccionó al observar lo que estaba ocurriendo en ese momento.

Nieves se desasíó de Salvador y se interpuso entre el siguiente vergajazo y su madre. Nicolás congeló su brazo en el aire y miró al cabo. Este tuvo una idea y, agarrando a Mencía, la tiró al suelo y puso en su lugar a Nieves. Le ató las manos y los pies y la apoyó como un fardo sobre la mesa; luego tiró de su camisa y dejó su espalda al descubierto. Mencía empezó a gritar, pero fue rápidamente amordazada por Nicolás. Eulalia se abrazó a su madre con desesperación. El cabo agarró el vergajo y soltó un violento latigazo que marcó en rojo toda la espalda de la chica.

El alarido de su hija rompió algo en el corazón de Ventura. La razón le impelía a marcharse de allí, pero la razón no era la sangre, y era la sangre lo que le mantenía con vida. Ventura no podría vivir con la dignidad escarnecida, con la certeza de su propia impotencia. Ya no le importaban los guerrilleros, los ideales, el Extintor o el mismísimo Franco. Su corazón solo latía por aquella chiquilla. Por eso desenganchó una granada y apercibió su arma. Era consciente de su derrota, pero también de la vulnerabilidad del enemigo. Un grito. Un solo grito más de su hija. Uno solo.

El disparo atravesó la ventana de la habitación y se incrustó en una olla de cobre. Las siguientes detonaciones impactaron en diversas partes de la casa. En medio de un coro de gritos y órdenes, Salvador y Nicolás se atrincheraron y comenzaron a devolver un fuego nutrido. La pequeña se agarró a las piernas de su hermana y tiró de ella hasta que se desplomó en el suelo y pudieron refugiarse bajo la mesa, ante la mirada aterrorizada de Mencía. Ventura permanecía quieto, atónito, acechando los fognazos de un arma que localizó a su izquierda, a unos trescientos metros, en la arboleda que coronaba un pequeño altozano.

Manolete dejó escapar un largo y relajado pedo. La tensión siempre le soltaba un poco el vientre. Los estampidos y el silbar de las balas continuaban sobre su cabeza, así que esperó abrazado al fusil a que los guardias se templasen. Cuando las

descargas cesaron, recogió la impedimenta y se retiró, muy encogido los primeros metros, hasta que estuvo bien protegido por los relieves del terreno y la oscuridad.

## Los centinelas de la pureza

*Teníamos muchas maneras de rebelarnos. Nos bañábamos una vez a la semana en pilas de lavar, las monjas las llenaban con agua hirviendo, y las primeras compañeras se quemaban, mientras que las últimas se helaban. Jamás nos dejaban bañarnos desnudas, teníamos que hacerlo con el camisón puesto, pero Josefina aprovechaba que yo estaba vigilando para quitarse el camisón. Cuánto nos reíamos. En ocasiones, por las noches, nos las arreglábamos para juntarnos en mi cama o en la suya. Cuando las luces se apagaban, esperábamos un tiempo hasta estar seguras de que las guardadoras se habían retirado y nos acostábamos juntas. Ella se echaba boca arriba y yo, bocabajo, acurrucada a su lado. Cuchicheábamos, a veces llorábamos juntas. Josefina bostezaba y se dormía muy rápido, pero yo debía velar para que no nos sorprendieran. Recuerdo que una noche, con una luna color miel que iluminaba el dormitorio, yo me quedé observándola mientras ella suspiraba, con los labios entreabiertos. La miraba extasiada, era la simple apreciación de la belleza, que poco a poco fue derivando en un sentimiento inclasificable, una energía que se desviaba del afecto e iba a parar a una zona desconocida. Contemplándola, sentí un tumulto en mis venas que no comprendía; con suavidad retiré la sábana, se perfiló su silueta, apenas punteada por un busto incipiente bajo un camisón que había quedado embrollado en su cintura. Su pecho se levantaba y caía al ritmo de la respiración. Me acerqué más, despacio, pegué mi mejilla a su cálido vientre, y luego lo besé. Justo en ese momento ella se movió un poco y yo me retiré, asustada. Había emergido durante unos segundos a la superficie de su conciencia y vuelto a sumergirse en las profundidades. En los días posteriores yo reflexionaba sobre mis confusos sentimientos. Pero, una noche, también yo me quedé dormida. Por la mañana, el escándalo que se formó cuando nos descubrieron, con gritos y zarandeos, nos despertó al mismo tiempo. Los días siguientes nos trataron como a degeneradas, nos interrogaron, que quién había incitado primero, qué habíamos estado haciendo... Nos raparon el pelo, nos dieron bofetadas, nos insultaron...*

Una mancha de color azul plomo se desplazaba en el aire con quiebro epiléptico. El aleteo fijaba una derrota que sobrevolaba el palacio de Oriente, tabernas y mentideros, dédalos de calles estrechas y retorcidas hasta llegar a la Plaza Mayor. Luego proseguía esquivando un tranvía entre solares e iglesias, palacios y edificios públicos que irradiaban una fuerza y una estabilidad perdidas, desembocaba en la

carrera de San Jerónimo, en dirección al Retiro. Intangible y sofisticada, entraba en el parque por una avenida flanqueada de reyes, y flotaba sobre lagos y laberintos vegetales y quioscos y edificios de recreo y rosaledas. Finalmente, la mariposa llegó a una fuente y se posó sobre una de las carátulas infernales del pilón; Arturo la contempló unos instantes, mientras abría y cerraba las alas. Luego voló pedestal arriba hasta el ángel que desplegaba las suyas, contorsionado en una caída dramática. Su perfil se recortaba contra el azul sutil del cielo. Decían que era la única estatua de su clase en el mundo, pero Arturo sabía que, al menos, había otra en Italia. Susurró:

—Agita en derredor su mirada, reflejándose en ella el dolor más hondo, la consternación más grande, la soberbia más funesta y el odio más obstinado.

—¿Y eso, mi teniente? —preguntó Manolete santiguándose y besando su medalla.

—Cosas.

Se colocó las gafas ahumadas y prosiguieron su paseo por el Buen Retiro, en silencio, con los sombreros ligeramente ladeados. Una estatua ecuestre con los cuatro cascos en el suelo, lo que indicaba que el militar había muerto en su cama. Un quiosco de música tan romántico como estridente. Un individuo que hacía malabares con dos pelotas, abriendo poco a poco el perímetro de su arco, ante el gesto asombrado de unos niños. Arturo iba pensando en las dos cartas anónimas que le habían entregado en el SIAEM cuando se había presentado para reportar, enviadas a distintas instancias e interceptadas en días sucesivos. En ellas se especificaban denuncias contra el capitán Arturo Andrade, y se habían sellado en Cáceres y Badajoz respectivamente. «Esto no ha pasado de aquí —le tranquilizó su superior—. Está claro que alguien le quiere mal, pero esto no puede continuar. Si tiene sospechas acerca del autor, debería tomar las medidas que considere oportunas; si no, quizás la próxima vez lleguen a otras instancias y no se pueda evitar abrir una investigación, y eso a nadie le interesa, capitán». Arturo agradeció el favor, pero, curiosamente, no había reaccionado con cólera, se había limitado a guardar los sobres y reflexionar sobre un pasado que nunca se acababa.

—¿Qué nos toca hoy, mi teniente? —le preguntó Manolete.

—Estamos haciendo tiempo.

—¿Para qué?

—Nos van a recibir en la Delegación Nacional del Auxilio Social.

—El pájaro ese... —Manolete titubeó.

—Valentín Antuña.

—Ese, Valentín, ¿anda por allí?

—Eso espero, está resultando bastante escurridizo. Por cierto, hubo un tiroteo en la casa de Mencía, ¿sabes algo?

Manolete alzó la ceja.

—La primera noticia que tengo —disimuló.

—Pero te tocaba guardia, ¿no?

—Me retiré pronto contando con que teníamos que venir aquí. ¿Sobre qué hora fue?

—Hacia las dos de la madrugada.

—No, ya no estaba, seguro. ¿El maquis?

—Parece que el Tercio fue a hacer una visita a Mencía, y se los toparon de frente.

—Joder —fingió Manolete—. ¿Hubo heridos?

Arturo le escudriñó.

—Cristales rotos —concluyó.

Llegaron a la salida frente al Casón del Buen Retiro, con su frontis rezando que todo lo que no es tradición es plagio. Caminaron hacia la Puerta de Alcalá; en la siguiente salida del parque Arturo reconoció un escudo republicano, que se había salvado no sabía si por desidia, descuido o simple benevolencia ideológica. Ya en la rotonda, al fondo, la diosa Ishtar, más conocida como Cibeles; sus sacerdotes solían castrarse ante sus imágenes, una deidad a la que decididamente le gustaba la sangre, y en esta tierra había podido enpacharse a gusto. Había pocos coches circulando debido a la escasez de gasolina, y las calles estaban tomadas por tranvías y bicicletas. Embocaron Serrano; ante un quiosco Arturo se detuvo para ver las noticias, mientras Manolete compraba unas pipas para entretener el susto. Dejó un rastro de cáscaras hasta General Sanjurjo.

La Delegación Nacional del Auxilio Social de FET y de las JONS se hallaba en un edificio de la calle Lagasca. Manolete se quedó de guardia en un bar cercano, y Arturo traspasó el umbral, dejando que sus credenciales le condujesen hasta el despacho indicado. Lo primero que le llamó la atención fue el enorme crucifijo dorado que presidía la mesa de Eliseo Sánchez, bajo cuyo mando se desplegaban las directrices que regían la actividad de los psicólogos y pedagogos en las delegaciones de la institución. Un recordatorio —como habían dejado claro las tirrias opusinas de Gabino Cabañas— de cómo las corrientes católicas, en su particular choque evolutivo, iban achicando espacios a los falangistas en el nuevo Estado, igual que estos habían hecho antes contra los jonsistas y los monárquicos. El hombre, de piel arcillosa y gordo hasta decir basta, que le apretó firmemente la mano tenía una manera chocante de mirar, no de frente, sino de reojo.

—Un placer, capitán Andrade. Valentín está a punto de llegar, ha ido a buscar una cosa que se le había olvidado. Tome asiento.

—Muchas gracias por recibirme —respondió Arturo quitándose el sombrero—. Qué calor.

—Qué me va a contar, es terrible —cogió una carpeta para abanicarse—. Usted ya sabe el refrán.

Arturo asintió sin tener la menor idea de a qué refrán se refería. Mantuvieron una conversación baladí para hacer tiempo, pero ante el retraso inexcusable de su

subordinado, Eliseo Sánchez se apoyó sobre la mesa y le pidió un anticipo de su entrevista. Arturo recapituló el caso con las debidas precauciones, incluyendo las fotos. Eliseo se mostró desolado, pero apeló a la imposibilidad de que alguien en la institución pudiese estar implicado, poniendo la mano en el fuego por sus colaboradores. A continuación mostró curiosidad profesional.

—¿Y dice usted, capitán, que no fue forzada?

—Esa fue la conclusión del forense.

—Qué interesante, qué interesante —se mordió un labio—. También resulta indicativo ese detalle del camisón.

—Indicativo ¿de qué?

—Si se halla usted en lo cierto, y esa Catalina salió con vida de su primera tentativa, y la segunda muchacha fue asesinada, pero una vez desnudada y muerta fue vestida con un camisón, ese individuo progresa en su perturbación. Sin embargo, aún tiene resquicios de pesar, y cubrirla sería una manifestación de sus remordimientos.

—Yo ahí no veo más que a un cabrón que afina sus métodos.

—Todo parece más complejo. Imagine que no la hubiera querido matar, como a Catalina, y que únicamente fuese un juego de dominación. El agresor esperaba percibir el pánico de la nueva víctima, pero a lo mejor ella se resistió; al no sentirse tan poderoso como la vez anterior, porque el miedo es lo que espera, lo que degusta, lo que le da fuerzas para ejercer su violencia..., lo que le excita... Quiero decir, al recibir rechazo, el agresor pudo perder el control y matarla.

—El resultado es el mismo: sabemos cómo acabará la siguiente.

—El proceso, capitán, el proceso es lo que nos interesa. Las raíces, las dinámicas, los diagnósticos, el remedio. De eso trata el trabajo en esta obra.

—Alguien ya me ha hablado antes de examinar los excrementos, y está muy bien, si no fuera porque quien tiene que recogerlos soy yo.

Eliseo sonrió y se rascó el mentón.

—El animal que habita en nuestro interior es perezoso, capitán Andrade, y probablemente sus gustos son muy primitivos. Ese animal ocupa una trastienda cerebral enorme, y esta está llena de miedos, de irracionalidad, de instintos, mientras que el ser civilizado es cruel y riguroso, exige mucho trabajo, porque solo dispone de un pequeño cuartucho ético y racional. Harían falta millones de años para que la evolución liquidase esa trastienda, y para eso estamos nosotros, para darle un empujoncito —suspiró con vehemencia—. Usted sabe que existe una raza hispánica asediada por enemigos que buscan la descomposición de la patria, la anulación de la religión. A fin de controlar este declive, debemos aislar esos elementos externos que actúan de manera desfavorable.

—¿Sería tan amable de especificarlos?

—El rencor, el resentimiento, la envidia, la venganza, el sentimiento de inferioridad...

—O sea, lo que nos hace humanos.

—Nooo... —Eliseo abrió desmesuradamente los ojos—, esos son los culpables históricos de nuestra decadencia. Porque ha de saber usted que la raza no es biológica, sino un depósito de virtudes amenazadas por lo plebeyo de la burguesía y las clases bajas; la raza, señor mío, no es un territorio, cultura o idea, sino un sentimiento espiritual en continuo peligro. Todo empezó con el fariseísmo, con la avaricia, con la falacia, con la maldad y la inmoralidad de los judíos y los conversos, un trabajo disgregador que difundió la impiedad en España, el racionalismo, el materialismo marxista, y finalmente esa revolución disfrazada de República que desató los nudos vitales de la virtud cristiana, provocando toda clase de desmanes y la ruina de la patria.

Arturo asintió con asombro impostado.

—Quién lo iba a decir...

—Todo está demostrado científicamente; los estudios confirman la insidia propia de la degeneración racial en todos los enemigos que llenan las cárceles. Y nuestra misión es exterminar moralmente a esos tarados biológicos y psíquicos, evitando su reproducción mediante la segregación por sexos y reeducando a sus hijos para extirpar esa semilla maligna...

—Ahora lo voy entendiendo todo.

—¿A qué se refiere?

—A todo.

Hubo un silencio incómodo. Eliseo Sánchez tomó un lápiz de mina roja e hizo algunas anotaciones en una hoja.

—Parece que tarda —señaló Arturo.

Eliseo miró el reloj.

—En efecto, y no sé por qué. Entretanto, le propongo un pequeño juego.

Arturo le observó con escepticismo.

—Usted se halla al tanto de que los sueños están ligados a la vida diaria. En muchos casos, son expresiones de los deseos prohibidos o los traumas. Esos sueños nos avergüenzan, nos asustan o nos hacen sentir culpables. Cada noche soñamos, pero debemos defendernos de la mayoría de esos sueños, los distorsionamos, o simplemente los olvidamos. Si ustedes capturan a ese hipotético asesino, me resultaría muy interesante tener unas sesiones con él. Pero mientras, usted es un sujeto muy atrayente.

Ahora Arturo le observaba con desconcierto.

—¿Con qué sueña usted, capitán?

—Mire, doctor, no creo que venga al caso...

—Es solo un juego, pero uno que también puede serle útil en su investigación. Se sueña con cosas relacionadas con el día a día, son dramatizaciones de nuestras preocupaciones o pensamientos, y en ocasiones se sueña con cosas que no se han registrado conscientemente. Son películas con un guion elaborado, porque el cerebro sigue trabajando la memoria a muchos niveles. A lo mejor en sus sueños podemos

encontrar pistas que usted no ha considerado en vigilia.

—Me está tomando el pelo.

—En absoluto.

Arturo le miró como si estuviese frente a un resucitado; aquello no tenía pies ni cabeza. No obstante, como la mayoría de las cosas de la vida.

—Sueños... Ayer mismo tuve uno.

—Cuéntemelo.

—Estaba de pie, mirando una cabaña.

—¿La que registraron?

—No, no tenía nada que ver, era una cabaña de troncos gruesos, maciza. Todo estaba muy tranquilo, en silencio, había leña apilada en el porche, la chimenea estaba encendida y salía humo, y había un reflejo dorado en las ventanas.

—¿Hacía frío?

—Al contrario, era un día muy caluroso.

—Prosiga.

—Como le digo, todo estaba quieto, pero a mí me faltaba algo.

—¿Qué le faltaba, Arturo?

—Creo que era una chica, faltaba una chica. Imaginé que iba a estar allí, y no estaba, y eso me sorprendió. Quiero decir que parecía tener una cita con ella, y no estaba, y me sentía absolutamente decepcionado. Había entrado, había rodeado la cabaña y ahora estaba fuera, y no había rastro de la muchacha. Y empecé a preguntarme por qué había hecho aquel viaje y por qué estaba solo. Empecé a sentirme muy solo. Y entonces sucedió...

—¿Qué sucedió?

—En ese momento, en la cabaña...

—Buenos días, disculpen el retraso.

Junto al marco de la puerta estaba Valentín Antuña, bien vestido, peinado con raya a la izquierda y con la nuca afeitada. Tenía uno de esos perfiles que podrían figurar en las monedas. Volvió a saludar alternativamente y a disculparse por la demora con los argumentos más peregrinos. Le entregó una bolsa a Eliseo Sánchez con algo cilíndrico y pesado en su interior, «un regalo de Cáceres». Este miró dentro.

—Nuestro amigo sabe lo goloso que soy —sonrió.

En los siguientes minutos, Arturo contempló la escena desapasionadamente: Eliseo se abanicaba con frenesí mientras Valentín encajaba con rotundidad cada pregunta, haciéndola casar con una coartada o una justificación esgrimida con un cinismo que le advertía de la normalidad con que los lacayos se habían convertido en adictos a su propia locura. Todos aquellos niños atrapados en las redes burocráticas no lo estaban por accidente ni por castigo, sino que había sido decretado por una hipotética condición biológica. Aquel alegato de inferioridad y degeneración del disidente amparaba instituciones y acciones, cualquier política ejecutada por una cadena de individuos malvados o perezosos o apáticos, o simplemente estúpidos, que

no se planteaban en ningún momento el desastre moral, el ultraje o el crimen. Aquel hombre que hablaba y hablaba —Arturo podía reducirle únicamente a una boca perorante— tomaba decisiones que arruinaban vidas, pero solo era una raíz necia y ciega que excavaba sin cesar en la injusticia; quien la regaba, quien la guiaba, quien la acreditaba era aquel individuo gordo y pegajoso, y tras él, todos los hijos de puta que habían creado un Estado para defender el interés de un puñado en perjuicio de muchos, muchísimos, demasiados. Aquella cúpula autista, sectaria, chapucera, arbitraria, dispendiosa. Arturo contempló el cielo de Madrid y tuvo la asfixiante certidumbre de que solo se estaba seguro recelando de todo, para siempre, una condena clásica. Cuando se cansó del ronroneo de Valentín, ya no era significativo que tuviese o no que ver con aquella infamia, ninguno de los dos, todo se había reducido a un trámite que había que cumplir. Dio por concluida la entrevista con una afabilidad que daba a entender que él también pondría su granito de arena en toda aquella deshumanización, que podían estar tranquilos.

Salió a la calle y se dirigió al bar donde Manolete le aguardaba tomando un aguardiente. Cuando este le vio el gesto crispado, pidió un par más sobre la marcha. Se limitaron a beber, Arturo con la mirada encastrada en el portal del edificio. Valentín tardó tres cuartos de hora en salir, y a Arturo le bastó un gesto con la barbilla para que Manolete se pusiera en marcha.

El cabo se quitó una legaña y continuó comiendo impertérrito. A través de la ventana del cuartelillo se vislumbraba un remolino de gente vociferante, de facciones contraídas por la rabia. Del gentío se elevaban de vez en cuando aullidos que pedían la muerte de Diego Peinado o justicia para la niña. No era solo gente del pueblo; una multitud de los alrededores se había congregado para exigir su particular concepto de justicia. La mente colectiva que reinventaba y contradecía la realidad había extendido la especie de que en el chozo se había encontrado una prenda perteneciente al preso. Aquello representaba una prueba irrefutable, el juicio se proyectaba sumarísimo. De vez en cuando, los rostros se apretaban contra los cristales o golpeaban la puerta queriendo entrar, y ni el sol africano parecía quitarles un ápice de vigor.

—¿Cree que intentarán algo? —preguntó Nicolás.

—No, no harán nada, solo se están desfogando.

—Pero tendremos que quedarnos esta noche.

—A lo mejor.

—Después de lo de ayer, quizás nos convendría pedir refuerzos. Hasta que todo pase.

—¿Y hacer el ridículo? Ni se te ocurra.

Nicolás miró de nuevo por la ventana. Torció el gesto.

—Cómo gritan esos desgraciados. ¿De dónde habrán venido tantos?

—No me digas que te estás meando.

Nicolás soltó un gruñido.

—¿Qué hacemos si intentan entrar?

—Pues habrá más muertos o más presos, depende de ellos.

—De dónde habrán salido tantos...

Nieves observaba a lo lejos el jaleo frente al cuartelillo e iba narrándole a su madre lo que estaba sucediendo. Mencía no podía abandonar la cama, se hallaba acostada bocabajo, con la espalda cubierta de gasas enrojecidas. Desde los omoplatos hasta la cintura era un continuo de dolor; el doctor le había sacado ciertas partes de la blusa con pinzas, la tenía incrustada en la carne, infiltrada como una segunda piel. Mientras la pequeña le hacía una cura, la mayor contaba cómo la muchedumbre iba encrespándose paulatinamente, hasta que uno de la turba se envalentonó y entró en el cuartelillo, empujado por el resto. La chica se quedó callada, con los ojos muy abiertos, y Mencía, con un gesto lastimado cuando Eulalia levantó la esquina de una gasa, le preguntó por qué no continuaba. Nieves retomó la historia contando cómo el corrillo que se había apelotonado frente a la entrada comenzaba a abrirse. El hombre que había entrado volvía a salir de espaldas, con las manos alzadas; luego apareció Salvador con su máuser apoyado en la cintura, mientras Nicolás le cubría con su naranjero. El cabo comenzó a decirles algo a gritos, congestionado, empujando con el cañón el pecho del exaltado. Las voces y la confusión prosiguieron, y a pesar de las advertencias de Salvador, la turba volvió a empujar hasta que unas manos se atrevieron a agarrar el arma de Nicolás. Salvador no se lo pensó dos veces: incrustó la culata de su fusil en una de las caras y efectuó dos disparos al aire. El gentío empezó a correr, dispersándose. La calle quedó desierta, una hoja de periódico era arrastrada lentamente por un suspiro de aire; por un lado, un anuncio de una marca de loción contra los piojos, por el otro, el tanteador de un partido de baloncesto.

—Puto calor —dijo Oliveira mientras se sentaba al lado de Ventura, enjugándose el sudor con la manga. Este le hizo sitio en la piedra y confirmó la observación. Oliveira era un andorrano de cabeza grande y dientes desaparejados que se había casado con una española y por empatía se había alineado con la República. Siempre estaba agraviado, cosa que disgustaba a Ventura, pero con aquel capote tenían que lidiar. El andorrano se acercó un morral y, hurgando en su interior, sacó unas cebollas, que quiso repartir pero que Ventura rechazó.

—¿Qué está tramando ahora el jefe? —apuntó con la barbilla al Extintor.

—No sé. ¿Tú sabes algo?

—No suelta prenda, pero dicen que tiene querencia por el cortijo de El Lentisco.

Y necesitamos suministros.

—Eso va a tener riesgo, esa zona está muy controlada.

—No me seas jebo, los fascistas no pueden acordonar toda la sierra.

—Acuérdate de La Retama.

—No te veo muy animado hoy.

—Ando estreñado.

Oliveira rezongó algo y guardó silencio, levantando la vista al cielo. Ventura no pudo evitar un amago de desprecio; sabía de qué pie cojeaba, le había escuchado cientos de veces su fatigosa cantinela, los macarroni son todos medio maricones, los alemanes, unos bestias, esta es una guerra de pobres contra la Guardia Civil, los señoritos, los ricos y los caciques, en Rusia los campesinos son valientes y generosos y saben leer y escribir y comen todos los días, y los mexicanos también son buenos, pero cuando Ventura le preguntaba por qué, siempre respondía que no se acordaba. Además, era consciente de que debía controlar cada palabra que pronunciase delante de él, un correveidile que no dudaría en irle con la cantinela al comisario político que llevaban incrustado como una espinilla en el culo. Y a esas alturas era peligroso que alguien considerase que Ventura había iniciado una herejía. Nadie parecía tener redaños para decirle al Extintor que ya no se movían con la rapidez y la audacia de antaño; las últimas operaciones ya no habían dependido de la habitual aleación de estrategia y suerte, sino de un milagro. Notaba la desgracia rondándolos. Observó a Oliveira, que seguía mezclando en la conversación las palabras burros, generales, cabrones, fascistas, maricones y curas. No soportaba aquella incurable falta de criterio en relación al pasado. Tras él, la luz daba a un promontorio la apariencia de una fortaleza levantada en tiempos pretéritos. La misma luz seca que le llenaba los ojos, la cabeza, no era capaz de digerir tal cantidad, una riada de luz que creaba espejismos, alucinaciones. Aquel fantasma que había disparado la noche anterior podía entrar en aquella categoría. ¿Quién era y qué demonios hacía allí? ¿Por qué había intervenido? No tenía respuestas. Quizá el truco para vivir se redujera en ocasiones a ser capaz de hacerlo sin ellas.

Al salir de la última curva, mientras la mayoría de los caballos se apiñaban contra los palos para disputar la recta final, uno de los corredores optó por abrirse al otro lado de la pista en una maniobra suicida. En ese momento, los aficionados rugieron en las gradas, ocupados en el grupo de los palos, con dos en cabeza y, medio cuerpo detrás, el resto. Los primeros se imponían por turnos, apurando los fustazos, mientras lenta, muy lentamente, el caballo que galopaba por el exterior iba ganando metros, hasta que, cerca de la meta, se impuso por media cabeza al paquete. El *jockey* levantó la fusta en señal de victoria, dando comienzo al ritual de espectadores que rompían de mala gana sus boletos perdedores, los que los agitaban felices por encima de sus cabezas y quienes consultaban resignados el programa para intentar cambiar su suerte en la siguiente ronda. Manolete no pertenecía a ninguno de los tres grupos, porque cada vez que veía caballos no podía evitar pensar en todos los que se había comido en

Rusia. Dejó a un lado los malos recuerdos y vigiló desde unas tribunas superiores cómo Valentín rompía sus apuestas con una mezcla de enfado y resignación. Se había pegado a él desde Lagasca, siguiéndole por toda la ciudad, una casa en Tetuán de las Victorias, una cervecería en Santa Ana, un frontón en Chamberí... para terminar cogiendo la carretera hacia el hipódromo de La Zarzuela. En todo momento había tomado taxis. Ahora el gorrión subía por las escaleras; cuando pasó a su lado, Manolete sacó un peine y se peinó escrupulosamente, tomándose su tiempo antes de seguirle. Valentín se hallaba en la cola de las taquillas, y su actitud ansiosa se repartía entre un mechón díscolo que recolocaba con frecuencia, la fila y el anuncio de la próxima carrera. El gentío era numeroso; un ambiente de fiesta, mitad alegría, mitad incertidumbre. Muchos aprovechaban el intervalo para tomarse una copa en el bar. El sol seguía cayendo con fuerza, y la mayoría se refugiaba bajo las cubiertas onduladas. Manolete escuchó un rumor a su izquierda y vio a un adolescente señalar algo en el cielo; quienes le rodeaban siguieron su brazo, que apuntaba a un avión que se acercaba, con su sombra saltando sobre cercas y huertos, plegándose en cada sinuosidad del terreno. Tampoco los aeroplanos le traían buenos recuerdos a Manolete. Esperó a que Valentín hiciera su apuesta y regresó a su lugar en la tribuna; la megafonía anunció la siguiente carrera y los caballos salieron a la pista en dirección a los cajones de salida, montados por sus jinetes policromos. Cuando se pusieron en marcha, un bramido exhaló toda la ansiedad contenida. La hilera fue estirándose a medida que devoraban pista. Los juegos musculares de los animales fibrosos; la excitación recorría la piel del enjambre humano, estimulando su zumbido. Manolete se hallaba al margen de aquel espectáculo, pero no dejó de sentir un conato de agitación. Los caballos siguieron muy agrupados hasta embocar la recta, sin que ninguno lograra destacar, aunque ya se notaba quién iba con las fuerzas justas. Los jinetes apuraban las fustas para el acelerón definitivo y, palmo a palmo, algunos empezaron a descolgarse hasta que solo dos quedaron en liza. Valentín golpeaba el aire con el puño, como marcándole el ritmo a uno de ellos, al tiempo que exhalaba gritos de aliento. En una fracción de segundo, todo cambió. Cuando los animales estaban a punto de cruzar la meta, el que iba pegado a los palos, en un estirón final, ganó por una cabeza, dejando a Valentín congelado. Se quedó allí, cariacontecido, observando cómo el ganador trotaba de regreso hacia la zona donde le esperaban los parabienes y los vítores de su equipo y la gratitud de los que habían apostado por él. Cuando el animal se detuvo en medio de sus admiradores, dio tres golpes impacientes con la pata derecha y defecó con generosidad. Alrededor de Valentín se hizo un vacío; la gente huye instintivamente de la mala suerte, de quien está en llamas, pensó Manolete. Aventuró lo que podría estar pasando en esos momentos por su cabeza, esa sensación de perfecta irreversibilidad de las cosas. Valentín se ajustó el sombrero y se volvió, mirándole directamente; Manolete se llevó un susto al pensar que había sido descubierto, pero era solo una ilusión; los ojos del tipo erraban en el aire, sin propósito concreto. Ascendió las escaleras y Manolete dejó pasar unos segundos

antes de seguirle. Valentín hizo una parada en el bar, se tomó dos copas seguidas y luego salió del edificio. Se disponía a llamar a un taxi cuando dos individuos le rodearon y se lo llevaron a una esquina con una violencia contenida. Manolete se mantuvo aparte, vigilando la trifulca en la que Valentín parecía estar llevándose la peor parte. La aparición fortuita de un policía provocó que dejaran de escabecharlo, lo que el hombre aprovechó para escabullirse de sus acosadores y coger un taxi entre ruegos, promesas y peticiones de «más tiempo». Manolete no se apresuró a seguirle; aquel tipo ya estaba marcado, ahora los pájaros que le interesaban eran aquellos dos.

Madrid. El alma de Madrid pertenecía a su cielo azul y sutil. Era propiedad de algún verso suelto. Se hallaba en los vasos apurados de sus tascas. O en las sombras que proyectaban sus estatuas o mármoles. Quién podría decirlo. Arturo perdía el tiempo en esos asuntos, sentado a la sombra de un plátano en el Botánico. A San Isidro los ángeles le araban la tierra mientras él se dedicaba a cosas más espirituales, pero los de Arturo parían a medias, y él se sentía sofocado y fatigado, así que se había tomado la tarde libre. Tras comer por Bilbao, había vagado por las librerías de viejo de San Bernardo, y ahora hacía tiempo antes de entrar en el Prado. Había estado retrasando la visita, en su interior se hallaban algunos de sus recuerdos más intolerables. La certeza de su incapacidad para conservar a la gente, aunque la quisiera o apreciase, por desgana, por ineptitud, por mala suerte. Volvieron a aparecer una fila de rostros en su memoria, alegrías, payasadas, sufrimientos, mezquindades, heroísmos. Todo desvanecido. ¿Quién eres, Arturo? No más que una suma de recuerdos que has de repasar constantemente para seguir entero, y con cada revisión regresaba el insomnio, la irritabilidad. Tal vez era mejor destino el de aquella niña, dejar de luchar contra la incoherencia. Logró levantarse y salir del Jardín Botánico; enfrente se hallaba la puerta de Murillo. Aquel edificio estaba lleno de preguntas sin más respuesta que su propio eco. Y en alguna de aquellas salas le aguardaba El arte de matar dragones. ¿Qué siento? ¿Qué debería sentir? Arturo pensaba en ello, a veces tenía miedo de no sentir lo que debiera, como si fuera otra persona. Lo único seguro era que entrar allí sería ofrecerle el cuello a la tristeza. Y no, todavía no, no... Se dio la vuelta y caminó.

Arturo pasó la tarde en un café de Hermosilla, entre volutas de escayola, dorados, terciopelo raído y veladores de mármol. Un camarero con peluquín le estuvo sirviendo sin pausa mientras él atendía a las tertulias en marcha; en una de ellas reconoció a Carlos Sáenz de Tejada. Las viejas concepciones chocaban con los nuevos valores, se combinaban, coexistían; los ideales enfrentados a realidades geopolíticas, la estrategia frente a la convicción moral. Siguió escuchando y siguió bebiendo hasta que las palabras fueron atenuándose; antes de levantarse, aún se llevó

una última historia, un rey etrusco que ataba presos a los cadáveres de sus víctimas, cara a cara, y los dejaba así hasta que ambos se pudrían; tal como Arturo estaba atado a su conciencia.

El crepúsculo fue alargándose, y Arturo se unió a la tribu de bebedores inveterados que guardaban silencio y se refugiaban en los rincones más oscuros de los bares. Cuando salía de uno y entraba en otro, la calidad de la luz había cambiado, pero la gente parecía idéntica. Alcohol y más alcohol; no le hacía sentirse mejor, solo le ayudaba a mantenerse vivo. A soportar aquel desvarío de intentar atar los cabos sueltos de una vida, el delirio de dar un sentido a lo que no era más que una sucesión de fragmentos incoherentes. En cada esquina había un pasado permanente e invisible que sucedía de continuo, un recuerdo que se interponía en la valoración clara de las cosas, arrastrando su frustración como la cola de un cometa. La noche le sorprendió en la plaza con una cruz de piedra que embocaba en la Cava Baja. Dédalos de callejas estrechas y retorcidas, un solar con las vallas rotas y ruinas en su interior. Arturo se sentó en el suelo, frente a unos balcones con ropas puestas a secar. En uno de ellos, un individuo salió a la baranda, encendió un pitillo y se quedó disfrutando del humo y la calma de la noche. Antes de quedarse dormido, Arturo se preguntó si aquel hombre sería consciente de la suerte que tenía en aquel momento.

## 11

### Intramuros

—*Cariño, se te va a enfriar el desayuno.*

Ya era la segunda vez que su mujer le avisaba, pero ese día no estaba de humor para nada. José Antonio Ponce se contempló en el espejo que cubría el interior del armario. El azogue le devolvía la imagen de un individuo de piel lechosa, en calzones y camiseta blanca, con bolsas violáceas bajo los ojos, barrigudo. Consideró que no era precisamente una alegoría majestuosa de una Justicia con los ojos vendados o de un Pensador Supremo envuelto en una toga. Cuando le designaron para el tribunal tutelar de menores, lo último que se le ocurrió fue que se le fueran a atragantar los churros. Estaba acostumbrado a distinguir los matices de lo que se le iba presentando en su carrera, el crimen o la violencia descarnada, las trapacerías que se disfrazaban como virtud. Los legajos que se desparramaban diariamente sobre la mesa de su despacho eran los flecos de una guerra, y la prueba de que él tenía una misión excelsa. Eso era lo que les habían enseñado, que el límite es el elemento constitutivo de la libertad, porque en el mundo no existía como tal, solo había azar y necesidad, y la libertad únicamente era posible a través de la ley que acotaba la convivencia de una sociedad. Y era él, el juez José Antonio Ponce, quien la otorgaba. Buscó una camisa limpia y fue abrochando los botones con esmero. Cuando era joven estaba profundamente convencido del valor de su trabajo; sin embargo, hacía tiempo que al derecho le habían sido retirados sus cimientos morales y, para su sorpresa, el edificio continuaba en pie. Los procesos sin pruebas ni defensa, sin bases ni causas, al principio le habían asustado, pero luego acababa uno familiarizándose. Palmo a palmo, su vida se había reducido a echar paladas de escoria al sistema, y el sistema casi lo hacía todo; en cuestión de horas, las cosas volvían a estar en orden. Uno se quedaba en su despacho, guardaba silencio, sobrellevaba la época. A cambio, una toga, títulos rimbombantes, una reputación, un hoy por ti, mañana por mí, sopa en vajilla de Bohemia cuando volvía a casa, una mujer que le cuidaba. Podía haber sido peor, mucho peor. El futuro, los cambios quedaban para la siguiente generación. Pero entonces algo se conjuraba para hacer saltar por los aires la apariencia de moralidad, algo que encogía el corazón. Un prohombre, un patricio, un héroe, que escenificaba esa línea que él defendía, la división clara entre los que se inclinan al desenfreno y los que tienden a la medida, entre quienes son sediciosos y quienes aprecian la paz, entre los indecentes y los decentes. Esa frontera, ese «límite» que él custodiaba, era violado. Estiró el cuello y se anudó la corbata, luego se puso los pantalones. La pregunta de Gabino Cabañas había venido a rubricarlo; por muy chulo que pareciese,

estaba inquieto, su acercamiento sin rodeos ni sobreentendidos lo indicaba, y alguien así siempre resultaba inestable. ¿Cómo explicarle que todo se basaba en la tolerancia? Uno tenía que aceptar a los necios, a sus propios necios, para que el régimen continuase felicitándose a sí mismo. Era algo consustancial a su posición, ir contra la corriente solo les traería desconfianza, inseguridad, caos. Y nadie era tan puro como para estar legitimado para lanzar una bola de demolición contra el sistema. El idealismo no era más que un sentimiento barato, y debían existir aquellos recovecos oscuros donde hombres que habían sido extraordinarios pudiesen dar rienda suelta a sus instintos. Habían tenido que asimilar medio país con sus deudas, su población, con toda su plata y su oro malbaratados a los comunistas. Se veían obligados a reconstruir un predio devastado, a reforestarlo. ¿Qué significaban unas criaturas en comparación con el peligro de que las letrinas se atorasen y la mierda acabase rebosando en los bordes del país? Las cárceles estaban llenas de alimañas, las ciudades y los pueblos, colmados de sediciosos, de colaboracionistas. Darles argumentos contra los justos vencedores rayaba en lo impúdico. ¿Quiénes serían entonces los culpables de que todo volviese a arder? La sociedad no es solo de los vivos, sino que también forman parte de ella los muertos y los que aún no han nacido. En este caso no debían basarse en la ley, un producto humano, sino ver más allá, apoyarlo todo en los juicios divinos, que la mano derecha no supiera lo que hacía la izquierda. Y que todo siguiera yendo y viniendo, mientras él permanecía en el centro, como un fiel que equilibrase el conjunto. La memoria era irrelevante, débil, solo importaban el compromiso y la concesión, la oportunidad que les había sido otorgada de construir una nueva sociedad, de dirigir la historia en una nueva dirección. No se trataba de la felicidad, sino de la satisfacción de un poder utilizado apropiadamente, con dureza, con orgullo, con astucia, con egoísmo incluso y, por qué no decirlo, con algo de hipocresía.

—José Antonio, es la última vez que te aviso, te quedas sin desayunar.

—Ya voy, mujer, ya voy...

Eran juegos de palabras. Se sentaban una frente a otra y debían adivinar lo que solo podían definir con explicaciones indirectas, sin aludir jamás al objeto o fenómeno mismo. Tiene esta forma o acontece en esta época o sirve para esto o lo otro o lo de más allá, retorciéndose léxicamente hasta lo estrambótico antes de que la rival pudiese acertar. Pero ese día, mientras jugaba con su hermana, Nieves tenía la cabeza en otro sitio. Estaba descubriendo cómo su manera de comportarse condicionaba el proceder de los hombres. Ya no le asombraba mirarse en el espejo y ver cómo sus senos se habían abultado y las caderas vuelto más rotundas. La firmeza y la redondez ya no le causaban asombro o azoramiento, sino una sensación de control, especialmente cuando los chicos se turbaban en su presencia. Ella no coqueteaba, pero intuía ya los senderos adultos que la alejaban de aquellos juegos infantiles. Los había sentido contemplando algunas escenas involuntarias, acoplamientos entre perros o caballos, espectáculos tan repugnantes como

fascinantes. Una fiebre que en ocasiones se volvía virulenta y terminaba en un desorden o en una desgracia. Como la de aquella chiquilla enterrada. No había sabido cómo responder a su hermana cuando le preguntó si ellas también acabarían igual, así que había intentado desviar su atención con aquel juego. Mencía las observaba jugar tras la ventana. Eulalia había empezado a tener pesadillas, gritaba cada noche como si alguien la estuviera atacando. La despertaban, pero ella no lograba salir del sueño y seguía gritando y llorando, hasta que por fin conseguían que las reconociera. Cuando empezaba a calmarse, se quedaba mirando un punto indefinido frente a ella, y durante ese tiempo no sabían si continuaba en su sueño. Eulalia todavía estaba en la edad en que su madre podía moldear su ánimo, responder a todas sus preguntas, y si no, inventarse las respuestas; era frente a la adolescencia de Nieves donde se hallaba indefensa, contra la que no podía improvisar el conocimiento. Por ello, debía simular que nada podía herirla, un don desarrollado a lo largo de una vida de esperar lo peor y ver cómo se cumplía, las lágrimas siempre a escondidas. Sintió una intensa hostilidad y luego un escalofrío. No poder compartir sus preocupaciones con Ventura era otra de las deudas que debían pagar sus verdugos. Pero resistirían, por ellas, por aquel nuevo hijo que vendría, porque se habían comprometido a cuidarlos sabiendo que era imposible, por aquellas cartas que llegaban de ultramar, por los vergajazos que laceraban su espalda. Amor y miedo. Amor y miedo.

Intentamos escaparnos juntas. Teníamos un plan, el día, la hora, el lugar. Habíamos pensado el camino que tomaríamos. Nos fuimos un mediodía, después de pasar lista; salimos por la puerta de las cocinas que daba a la costa y continuamos por el borde del mar, hacia el oeste. El aire salino, la sensación de libertad, los pastos esmeralda, con vacas color canela, blancas y negras, las montañas, el mar... Nos deteníamos en la orilla y corríamos hacia delante y hacia atrás con la marea. También recuerdo que perseguimos un cangrejo con grandes pinzas hasta que de repente se dio la vuelta, las levantó y se posicionó como un boxeador, lleno de furia. Todo nos daba una sensación de euforia, de que cualquier cosa podía ocurrir. Llegamos a un pueblo pequeño y saboreamos la libertad, la gente vestida de manera distinta, sentada en los bancos de un parque, los quioscos de música, matices vulgares que a nosotras, enclaustradas en aquella sórdida institución, nos parecían un desfile de maravillas. Para nuestra desgracia, un guardia no tardó en fijarse y nos interceptó antes de que pudiéramos escabullirnos. A las tres horas estábamos de vuelta en el hogar, pero los castigos que nos tenían reservados no pudieron ejecutarse debido a una inesperada visita. Al día siguiente teníamos que formar todas en el patio para recibir a un señor de Madrid que, dijo la directora, venía para asegurarse de que no nos faltara de nada, incluso a nosotras, que éramos unas desagradecidas y que tendríamos que vivir en cuevas, entre animales, en lugar de estar acogidas a su indulgencia, demasiado buenas somos, dijo, demasiado buenas para bestias como vosotras. El cielo era una gasa blanca, y debajo de ella aquel señor nos saludó y nos explicó que estaba allí para continuar la obra que haría de nosotras unas buenas españolas, entregadas al hogar y

a los hijos, como querían Dios y Franco. También repartió algunos dulces, y las monjas nos obligaron a saludar con el brazo en alto y a cantar con él. Durante la comida que siguió, un verdadero festín a cuenta de nuestro protector, no paraban de repetir las monjas, este estuvo charlando con la madre superiora mientras ella señalaba aquí y allá. A Josefina y a mí nos habían puesto separadas, y de tal manera que nos dábamos la espalda, con la advertencia reiterada de que nuestros castigos se endurecerían si intentábamos mirarnos. Pero nos «sentíamos», irremediablemente unidas por momentos hermosos que ellos jamás podrían compartir. Un amor que sonreía a través de todas las desgracias. Lo único raro era que cada vez que miraba a la mesa principal, aquel hombre me devolvía la mirada y se quedaba observándome fijamente, con una expresión en el rostro que yo era incapaz de descifrar.

—Venga, desgraciado, arriba.

Arturo sintió un par de puntapiés en la pierna y despertó con brusquedad.

—Ponte firme y los papeles, que no me das tú buena espina.

El policía volvió a patear a Arturo, que gruñó, metió la mano bajo la chaqueta y sacó la pistola. El agente quedó hipnotizado por el arma.

—Tengo familia —acertó a decir.

—Y yo me hinché de hacer viudas durante la guerra.

Sin dejar de apuntar, Arturo se puso en pie con mucho esfuerzo y buscó su identificación en los bolsillos. Cuando el policía comprobó quién era, se cuadró y se deshizo en disculpas. Arturo le indicó que se largase, guardó la pistola y buscó las gafas. El amanecer hacía que todo fuese más intenso, como cuando se limpiaba un cuadro; los pájaros zigzagueaban a toda velocidad. Sentía unas pulsaciones terribles en la cabeza, un ligero temblor en las manos. Desayunó en un bar, pero seguía sin encontrarse muy flamenco. Su primera tarea fue hacer un par de llamadas al SIAEM y luego una más a la Dirección General de Prisiones, tanto para confirmar la visita del día como para liquidar las deudas que había dejado en el canal del Bajo Guadalquivir. Se topó con algunos obstáculos imprevistos, pero finalmente obtuvo lo solicitado. Luego cogió un taxi que le llevó hasta la cárcel de Ventas y se bajó frente al portalón de la entrada. De las tres cárceles de mujeres que había en Madrid, aquella era la que menos lo parecía, con sus ladrillos rojos, paredes encaladas y grandes ventanales; solo los enrejados indicaban su propósito. Hasta que no sacó los papeles, las funcionarias le miraron con desconfianza. Toda la prisión mostraba una actividad febril en aquellas primeras horas, celdas y pasillos que hormigueaban de mujeres con toallas al brazo. Era sencillo constatar el hacinamiento inverosímil en que vivían; tres plantas divididas por una galería central, sórdidas y nauseabundas, desbordadas de humanidad. Después de los trámites en dirección, pasó la mañana en la enfermería; esa y las siguientes de la semana, intentando descubrir el rastro de una niña enferma. Ni las anotaciones ni los testimonios daban fe de su paso por el establecimiento, pero la falta de evidencias no certificaba nada. Entretanto, sus encuentros con Manolete le iban dibujando una vida, la de Valentín Antuña, acuciada por las deudas; encerrado a

piedra y lodo con su vicio, las apuestas le iban devorando. Cuando Arturo dedujo que los asientos contables no le servirían de banderín de enganche, lo intentó con los testimonios de las presas. Para enfrentarse al problema logístico que representaba mostrar unas fotos a miles de mujeres, limitó la búsqueda a las veteranas. Aun así, la posibilidad de premio, contando con la cantidad de reclusas que habían sido trasladadas en aquellos años, se limitaba a una mera esperanza. De hecho, lo único que logró fue una visión privilegiada de todo el hacinamiento, la miseria, los fusilamientos, las humillaciones, el hambre y la falta de higiene. Un dolor que era inherente a la naturaleza moral del castigo; en cada regla, en cada correctivo, se buscaban el escarmiento y la ejemplaridad. Especialmente duro era el practicado sobre las madres, cuyos hijos, a partir de los tres años, ya no podían permanecer en la cárcel y eran enviados a diversas instituciones del Auxilio, sin posibilidad de contacto hasta que las mujeres cumpliesen sus penas. El único grupo que parecía tener la organización y solidaridad necesarias para enfrentarse a aquel infierno, las comunistas, también era reo de un mismo espíritu rígido y sectario, porque al tiempo que las blindaba las iba deshumanizando. Y el olor a crin putrefacta y retrete infecto, el calor que todo lo envejecía.

Decidió que allí no tenía nada más que hacer, y tras oír hablar de otro lugar cerca del puente de Segovia, la prisión de Madres Lactantes, optó por cambiar de caladero. El día que se despidió de las funcionarias, Luisa, una de las presas más veteranas, vigiló al capitán que la había interrogado días atrás. Aquel Andrade les había venido con el cuento de las niñas, pero ni siquiera la fotografía de la chiquilla muerta la había conmovido. El capitán no había visto los primeros tiempos de aquel lugar, en el que cientos de niños habían sucumbido a la disentería y la tiña, apiñados en salas donde se les dejaba morir sin remedio. Soñaba con aquellas caras famélicas que llegaban a lamer el yeso de las paredes para compensar la falta de calcio. Ahora no podía creer que los asesinos quisieran justicia cuando llevaban años separándolas de sus hijos. Luisa podría haberle dicho que la niña muerta se llamaba Floreal, y que su madre, una pobre analfabeta condenada a veinte años, había sido trasladada a algún penal del sur. Pero ¿qué ganaría ahora con saber que le habían matado a su niña? Un golpe que la sumiría en una agonía indescriptible. Dentro de la pérdida, podría imaginar que había acabado con una familia honrada, donde estaría bien alimentada y vestida. Mejor dejar las cosas como estaban.

Siempre elegían los días que precedían a la luna nueva, los más oscuros, para operar. Uno de los objetivos que llevaban rondando más tiempo era el cortijo del Lentisco. Había noticias de que el dueño tenía dinero e incluso una reserva de armas, pero existía el inconveniente de que la Guardia Civil la visitaba mucho debido a su cercanía a un acuartelamiento. El grupo de Ventura se había aprovisionado e instalado en una zona elevada desde la que se dominaba la propiedad, planificando una guardia de tres días antes del asalto. Se tomó la decisión de atacar esa noche, nueve hombres, cinco frontalmente y cuatro por detrás. El Extintor en persona dirigiría el ataque, y

Ventura encabezaría la sección trasera. Cuando se acercaron en fila india, observaron a un viejo que, en cuanto los vio venir, dio la voz de alarma y se escondió. Ventura persiguió al anciano hasta el interior de un almacén, y cuál no sería su sorpresa cuando se dio de bruces con un guardia civil que le encañonaba con un fusil ametrallador. Durante un segundo fue un blanco perfecto, y él vio cómo el percutor salía disparado sin producir detonación alguna. Para asombro mutuo, el arma se había encasquillado, y el guardia salió corriendo por un pasillo. Ventura se disponía a perseguirlo cuando sonó un fuego nutrido en la parte delantera. En ese momento, las ventanas fueron ocupadas por más guardias civiles que comenzaron a disparar, obligándolos a cubrirse y devolver el fuego. Ante lo que parecía una emboscada, no cupo más que batirse en retirada. El grupo de Ventura no pudo ponerse en contacto con el Extintor e inició una desbandada, perseguido por lo que parecían refuerzos de los cuarteles próximos. Se dividieron en dos grupos para dificultarles el rastro y converger más adelante en un lugar que previamente habían pactado. Emilio el Gaseosa, su compañero, había recibido un disparo en el codo; aunque la bala no había interesado ni vasos sanguíneos ni hueso, no tenía orificio de salida. Hicieron las primeras curas para que pudiera seguir caminando. ¿Qué suerte habría corrido el resto? ¿Y cómo había sido posible la celada, a pesar de sus precauciones? ¿Un topo?, ¿algún enlace de lengua demasiado suelta?, ¿pastores o cazadores furtivos? Notaron que intentaban cercarlos y prosiguieron la marcha hacia un punto fácilmente defendible, sobre una casquería, donde también habían dejado algunos suministros. Llegaron hacia las nueve de la mañana, pero no hallaron a nadie; se detuvieron a descansar y alimentarse, aunque Emilio estaba cada vez más pálido, necesitaba un médico. Decidieron regresar a uno de los campamentos designados y caminaron hasta el atardecer, que encendió la llanura como si fuera un océano de sangre. En el siguiente punto de encuentro tampoco hallaron a nadie, por lo que temieron que hubieran sido capturados o asesinados. Emilio se quedó profundamente dormido mientras Ventura comía y se aseaba un poco en un riachuelo, y luego dormía un par de horas. Su descanso fue interrumpido por unos movimientos extraños entre las jaras. Avistó dos grupos de guardias civiles que pretendían cercarlos; despertó a Emilio y, si no hubiera sabido que creer en la providencia era una forma de desesperación, habría rezado por que no hubieran tenido tiempo de afianzar el cerco y tener así expedito el camino arroyo arriba. Comenzaron a ascender la loma, pero a pesar de sus precauciones fueron descubiertos y empezaron a tirotearles. Las balas silbaban a su alrededor; lograron zafarse de sus perseguidores y llegó la noche. Caminaron entre una vegetación muy densa, arañándose la cara y desgarrando las ropas, por terreno totalmente desconocido, llegando incluso a caer por una ladera escarpada. Al pasar por un claro vieron los costillares de unos cadáveres a la tenue luz de la luna, no estaba claro si eran humanos o no; varios perros estaban ocupados en comer, y solo levantaron la cabeza, enseñando los dientes, cuando intentaron acercarse. La idea de que sus compañeros hubieran sido exterminados les rondaba

obsesivamente. El alba llegó acompañada de alguna ráfaga de benéfico viento. Sentados sobre una roca plana, larga como una canoa, Emilio se encontraba cada vez peor, y su estampa parecía exhausta, llena de infinitos cortes. Ventura tampoco ofrecía una visión mejor. La única posibilidad que tenían era intentar llegar a la base, pero eso implicaba una jornada de viaje, un sinfín de vaguadas y el peligro de que el enemigo fuese de nuevo alertado. Habló de ello con Emilio, pero este no tenía fuerzas y convinieron que se quedaría esperando un rescate. Buscaron una zona donde pudiese refugiarse y Ventura le entregó los pocos alimentos que quedaban, contando con otro depósito a medio día de camino donde guardaban harina y aceite. Se despidieron con un abrazo y él prosiguió la marcha. Laderas, vaguadas, riachuelos, barrancos, bosques. Y aquel maldito calor. Cuando llegó a la reserva, con escalofríos de fatiga y hambre, comprobó que algún animal la había localizado antes. Dio una patada de rabia a un cráneo de caballo, blanco como el papel, soltando los dientes de sus alvéolos. Tras recuperar un puñado de harina y aceite, hizo unas migas escasas, y luego se propuso descansar antes de proseguir hacia el campamento. Esa noche durmió profundamente, y al día siguiente, en medio del alarde cromático del amanecer, alcanzó la base sorprendido de que no hubiese centinelas, alertándolos a voces para no correr el riesgo de ser tiroteado. A Ventura le bastó comprobar cómo le miraban para saber en qué estado llegaba. Les relató el drama que habían sufrido mientras se organizaba una expedición para rescatar a Emilio. Sus compañeros le contaron cómo habían escapado por los pelos de la emboscada, y que no se sabía nada de los camaradas del grupo de Ventura. Este se escandalizó por que no hubiesen trasladado el campamento ante la amenaza de que les hubieran capturado y los estuviesen torturando para conocer la ubicación. Tuvo un enfrentamiento con el mismo Extintor, reacio debido a su agotamiento a dejar un lugar con agua segura, teniendo en cuenta la extrema vigilancia ejercida sobre las fuentes y arroyos de la sierra. Se decidió no trasladar el campamento, pero se montó una guardia doble. Dos días después, uno de los centinelas descubrió a lo lejos a un individuo que parecía armado saltando de piedra en piedra. Optó abandonar el lugar con muchas precauciones, pero en ese intervalo comenzó el ataque con bombas de mano y ráfagas de fusil ametrallador...

El Chrysler procedente de Sevilla pasó junto al apeadero ferroviario y recorrió uno de los costados alambrados del enorme campamento de Los Merinales. La cercanía de un arroyo de aguas residuales de las almazaras y almacenes de aceitunas azufraba la zona con un hedor insoportable. Tras salvar el control de las garitas con soldados, rodó a lo largo de las hileras de barracones con techo de uralita, los economatos, talleres, cuadras, cocinas..., hasta detenerse en el patio central, cerca de una tribuna abierta. Un adusto Bejarano, con el rostro lleno de cortes y cardenales, observó cómo dos hombres descendían del vehículo y se dirigían a las oficinas. Los golpes de aquel capitán habían sido secos, duros, con absoluta conciencia de la necesidad de mortificar la carne. No obstante, en un mundo donde los juramentos no

tenían valor y las promesas se hacían para romperse, aquel fascistón había cumplido. Los hombres se demoraron y cuando volvieron a salir sacaron del brazo a su hijo, que, en un paroxismo de lágrimas y gritos, se resistía a ser embarcado en el coche. «En el momento en que rellenen los impresos de solicitud para el patronato, perderás toda tutoría legal, lo sabes», le había dicho Arturo tras escuchar su petición. «Lo sé», confirmó Bejarano. «¿Y qué opina su madre?» «Si usted mantiene su palabra, nunca sabrá que es cosa mía, y tampoco mi hijo». «¿Por qué haces esto, Bejarano?» «Para que él tenga una educación, una oportunidad. Que no se tapen los ojos esos libelistas extranjeros que calumnian los destacamentos penales, proclamaba la revista Redención, que no se los tapen ante esos blancos cuadros de reclusos que cada mañana se yerguen a pleno sol, en los alegres patios de nuestras penitenciarías, los torsos sanos, firmes, disciplinados y airosos, mientras en grupos clasificados por especialistas y a las órdenes de los profesores diplomados en gimnasia realizan sus ejercicios rítmicos...». En ese momento, su hijo se desasíó de la presa y echó a correr por el patio, pero uno de los soldados acabó atrapándolo y se lo devolvió a los hombres. Arturo guardó su pistola y apretó los labios; se había quedado sin palabras. «Pero no me compadezca —aclaró Bejarano—, porque a mí las desgracias me han transformado, pero no como usted cree, no me he vuelto cínico ni me he desilusionado, al contrario, creo más que nunca en el hombre y en la justicia. En realidad, quien está realmente jodido es usted». «¿Por qué?», dijo Arturo. «Compartan horas con ellos en sus granjas, en sus cines, en sus escuelas, en sus bibliotecas, sus talleres, sus estudios de arte. Aprendan, como ellos, un honrado oficio...» Finalmente lograron introducir al chico en el coche, cerrando con sendos portazos, y arrancaron con violencia. «¿Por qué? —insistió Arturo—, dime por qué». «Admiren los títulos alcanzados desde la prisión con tiempo, libros y enseñanzas generosamente cedidas por el Estado. Convivan con las familias de penados alrededor de los destacamentos de trabajo...» «Dime por qué, dímelo, cabrón», Arturo preguntaba en cada golpe, en cada culatazo, con ferocidad, con ensañamiento. Bejarano no pudo evitar que su rostro fuera arrasado por las lágrimas cuando vio desaparecer el maletero del vehículo. Tuvo la sensación de que su corazón se podía romper.

—Te vas a quedar bizco.

La frase, dicha con una punta de sarcasmo y otra de resignación, provocó que Manolete dejase de mirarle las tetas a una estanquera que organizaba un rimerero de semanarios. Era una mujer de caderas anchas y rubor natural.

—Es que cada vez que te mueves levantas el aire —requebró.

—Anda que no le echas cuento.

—Hembras como tú he visto pocas.

—Esas zalamerías se las dirás a todas.

—Solo cuando la tengo pa partir almendras.

La mujer fingió escandalizarse, pero se le encendieron los ojillos. Manolete

sonrió, aunque sin perder de vista el portal donde se había metido Valentín. Hubiera necesitado los goznes oculares de un camaleón para mantener aquel juego, pero de momento se las ingeniaba para repicar y andar en procesión. Aquel Valentín había resultado ser un pichón de cuidado, atrapado en una espesa telaraña de adicciones, deudas y ansiedad. Su debilidad por las apuestas le hacía vivir enganchado a un anzuelo, y cualquier movimiento le cortaba la carne.

—¿Y qué tienes que hacer esta tarde, jamona?

—Tengo novio.

—A mí no me importa que tengas novio.

—Pero a él sí.

—¿Y a ti?

En la última semana, los desplazamientos del gorrión habían sido frenéticos: ministerios, hogares, cárceles, restaurantes, el hipódromo... Manolete había podido desvelar o intuir la mayoría de los tejemanejes de Valentín Antuña; cuando no era una visita oficial en comedores o colegios, era un chanchullo cerrado en el Villa Rosa, el Molinero o el Chipén. De los pocos lugares que todavía no había despejado era aquel sitio, el Beti Jai, un frontón decimonónico en medio de Chamberí, ya en desuso. Observó los balcones de su fachada neomudéjar; que él tuviera noticia, el edificio había sido comisaría durante la guerra, cárcel improvisada e incluso local de ensayo para las bandas de Falange. Lo que no acababa de cuadrarle era que aquel pájaro hubiera visitado ya un par de veces un edificio aparentemente abandonado. A lo mejor seguían jugándose partidos espectrales y en su fiebre intentaba sacar dinero incluso del más allá.

—Depende —contestó la estanquera.

—¿De qué depende?

—De lo que me quieran.

—Yo te quiero meter de todo menos miedo —soltó con procacidad.

—Mira qué fresco, ¿quién te has creído que soy?

—La gachí más guapa de España.

La mujer se puso colorada y veló una sonrisa con la mano, pero cuando Manolete intentó arrimarse, le soltó un guantazo.

—Cuidado con las manos, que siempre van al pan.

—Qué sosa eres.

—Venga, no te mosquees. Mira, te regalo un diario.

—No leo periódicos.

—¿Por qué?

—Porque solo te puedes fiar de los resultados deportivos y de las esquelas.

Manolete iba a atacar otra vez cuando se abrió una puerta de madera en el edificio y Valentín salió con rapidez. Por un momento dudó si debía o no pegarse a él, pero una intuición relampagueó en su cabeza y le dejó marchar; ya recogería sedal. Continuó mariposeando con la estanquera, y cuando obtuvo lo que parecía una cita se

despidió con ardor. Caminó reposadamente hacia el portalón de entrada, pero no entró de inmediato; dio una vuelta al bloque para calibrar qué tipo de moros había en la costa. Frente al portón, le quitó el seguro a la pistola, aunque la mantuvo enfundada. Empujó la madera y, para su sorpresa, la puerta estaba abierta. Entró en una galería umbrosa; cuando sus pupilas se adaptaron a la penumbra, dio un par de voces y al no obtener respuesta optó por ir hacia la claridad del fondo. Cuando llegó, una súbita explosión luminosa le cegó durante unos segundos. Sus ojos regularon el chorro de luz, y en cuanto pudo ver lo que contenía la gran cancha elíptica del frontón, su mandíbula se descolgó de asombro.

## Una paella en el infierno

*El castigo nunca llegó. Las monjas tenían muchas formas de hacerlo, podían encerrarnos a oscuras, pegarnos, dejarnos sin comer, tenernos de rodillas horas y horas, hacernos limpiar los paños higiénicos sucios de sus menstruaciones... Pero nunca llegó. Por el contrario, el trato mejoró, y día tras día recibía raciones más grandes, me dejaban a mi aire en los recreos, incluso me dieron lápices de colores y cuadernos para que dibujase. No encontraba explicación a su conducta, era como si estuviese recomendada, aunque aquello no incluyese volver a ver a Josefina. Nos mantenían alejadas, sin contacto posible; intenté hacerle llegar notas, pero nadie se atrevía a ayudarme. Sin ella, yo sentía una especie de vértigo, las horas avanzaban más despacio. Además, notaba algo raro alrededor, como si me hubiesen metido en una burbuja; a veces sorprendía las miradas de la directora, aquellas miradas largas, escrutadoras, que me seguían en el patio o en las aulas. Ya que no podía acercarme a Josefina, regresé al muro, a la zona más sombría, el hueco donde estaba mi teatro privado, en el que las representaciones se hacían ya sin público ni decorados. Utilicé las hojas del cuaderno para crear las figuras de solo dos personajes, dos niñas que podían estar juntas en aquel mundo de ficción, recobrando la dulzura de su amistad. Aprendían que había que amar las cosas para que se volvieran amables, para despertar las voces dormidas que todos albergábamos, y también que entre las trampas y los engaños siempre había una esperanza. Al final moldeé un unicornio, porque sabía que los unicornios eran fuertes, corrían como el viento y algunos incluso podían volar. Nos montaríamos en su lomo y huiríamos de allí para nunca más regresar. Una mañana, la directora me citó en su despacho. Allí me anunció que abandonaría el hogar ese mismo día, y que todo sería para bien. Al fin habían encontrado una buena familia cristiana que se ocuparía de mí y, aunque no mereciese la suerte que tenía, debía rezar con dedicación para ser digna de aquel regalo divino. Cada una de sus palabras era como un corte en el corazón. Pregunté por Josefina, pero su mención provocó un seco manotazo de la hermana y la advertencia de que nunca debía hablar de ella, porque éramos seguidoras de Belcebú, infames a los ojos de Dios, y que debía tener la conciencia ennegrecida por los remordimientos. Yo sabía ya cuándo callar y permanecí en silencio. Esa misma tarde me entregaron un vestido y unos zapatos nuevos, y una de las monjas me guio hasta una camioneta que esperaba en el camino. Me ordenaron que subiera a la parte de atrás, me dieron unos bocadillos y una cantimplora y recalcaron que no intentase hablar con el conductor bajo ninguna circunstancia. Dentro había un*

*orinal para que pudiera hacer mis necesidades. Luego cerraron la puerta y me quedé en la oscuridad; solo unas estrías de luz entraban por las juntas del metal. Noté cómo arrancaban y comenzó un viaje muy largo; sentía miedo, incertidumbre, ya no tenía certezas a las que enganchar mi angustia. Pasé la mayor parte del tiempo durmiendo, y cuando no podía dormir recordaba los buenos momentos pasados en el hogar. La camioneta se detuvo definitivamente, abrieron la puerta; fuera estaba oscuro, me sacaron y casi no podía caminar, tenía las piernas dormidas. El hombre que me cogió en brazos llevaba puesta una máscara blanca, era un rostro hermoso, el más hermoso que yo había visto jamás, y cuando le pregunté dónde estábamos y adónde me llevaba no respondió. Avanzamos por una galería, todo seguía oscuro, hasta que salimos a un gran patio. La luna lo bañaba con un resplandor nacarado, y al principio creí que había una multitud de personas. Pasamos entre ellas, pero permanecían inmóviles, figuras en posturas extrañas, como si posasen para una fotografía o anhelasen algo que la vida no acababa de concederles. Algunas estaban mutiladas, les faltaban los brazos o la cabeza. Estatuas, incontables. Rodeándonos.*

El camión del Ejército, cubierto por una lona impermeabilizada oscura, se detuvo en la plaza del pueblo seguido de otro vehículo ocupado por guardias civiles. Sofocados por el aire caliente, lo primero que hicieron fue refrescarse en la fuente, que vertía su hilo de agua sobre el bebedero. Luego abrieron la caja, y entre dos sacaron un cadáver y lo soltaron como un fardo en la plaza. El cuerpo, que cayó bocabajo, presentaba numerosos impactos de bala. Los guardias se dirigieron al cuartelillo y no tardaron en volver con Salvador y Nicolás. Conversaron con ellos y estos se adentraron en el pueblo. Entretanto, fue reuniéndose un corro de curiosos. Cuando regresaron traían a rastras a Mencía, a quien colocaron frente a los despojos. Salvador ordenó que le dieran la vuelta al muerto; el rostro se hallaba encostrado de sangre.

—¿Es tu marido?

—Con toda esa sangre...

Salvador miró interrogativamente a uno de los guardias, y este ordenó a los soldados que le enjuagaran con agua. Mencía había sentido una punzada en el corazón cuando aquellos malnacidos la habían ido a buscar, y le explicaron el cerco a un grupo de la sierra y el descalabro que les habían infligido. Mientras se dirigían a la plaza, la anonadó la conciencia de que toda su felicidad, la que había conocido, no había sido más que un mero accidente. Cuando terminaron de limpiar la cara del muerto, ella estudió demoradamente sus rasgos.

—¿Qué me dices ahora? ¿Reconoces a tu marido?

Mencía permaneció en silencio.

—¿Es o no es el Califa? —la apremió Salvador.

La mujer se giró hacia él. Sus ojos. A pesar de que denotaban los golpes recibidos, sus ojos eran fieros.

—No, no es mi marido. Y no lo será nunca.

La piedra continuaba encima de la mesa. Nadie se decidía a retirarla, ni siquiera a deshacerse de ella. Parecía que aquella roca hubiese echado raíces, que remitiese a otro significado más profundo y en cierto modo inviolable. El aire estaba saturado por el bordoneo de un mosquito, ráfagas de aire caliente entraban por la ventana rota. ¿Cuándo cojones van a arreglarla?, dijo Salvador sentado tras su mesa. Se sentía ajeno a su propia pregunta; aquel guerrillero muerto había tenido el efecto de desviar la atención de Diego Peinado, no sabían durante cuánto tiempo, pero aquella situación ignoraba cualquier criterio de seguridad. En la celda se hallaba aquel hombre sin ningún alivio posible. A su alrededor ya estaba naciendo una leyenda brutal, asistida en su parto por la ignorancia y el miedo de la gente; un mito que se alteraría en cada conversación, en cada reprimenda, alteraría los hechos, acrecentándolos para que el antiguo maestro se presentara a los niños por las noches, en sus pesadillas, bajo proporciones gigantescas. ¿Por qué no dejar que las cosas siguieran su curso? Ya no había vuelta de hoja, su familia le había repudiado, el pueblo deseaba un chivo expiatorio, las autoridades se desentendían, el capitán se la tenía jurada, y para ellos no era más que un incordio. Si el mismo Diego Peinado se había desahuciado, ¿qué les motivaría para interponerse de nuevo entre la turba y él? Cada nuevo acto de violencia, cada gesto de odio, cada atisbo de locura, desintegraba un arbotante de su voluntad, y Salvador volvía a casa menos entero que antes. En el pequeño patio, se sentaba en una silla y empezaba a beber cerveza, como esperando que pasara algo. Cuando su mujer le veía en ese estado, a veces se sentaba a su lado, otras le sonreía, las más se quedaba cerca, y aunque no podía verla sabía que estaba con él. Tomaba otro trago de cerveza, y luego otro más. Fumaba, cerraba los ojos, se los masajeaba con el pulgar y el corazón. ¿Cómo sería una vida sin sobresaltos? Una en la que el cumplimiento del deber proporcionara una existencia cotidiana, sencilla, en la que solo tuvieran que apechugar con lo convencional, lejos de aquel paisaje que le producía irritación, de aquel sutil desaliento. Nicolás le hizo una pregunta y él le respondió con dureza, aunque el número vio algo en sus ojos que le aconsejó no tenerlo en cuenta. Sin embargo, ni remotamente se le ocurrió que su cabo pudiese estar rumiando tal cantidad de expectativas truncadas, obsesiones, dudas y remordimientos. Buscó algo de comida y se dirigió a la celda del maestro. Abrió la puerta, no le recibió la habitual vaharada pestilente porque habían encargado a una mujer limpiar la antigua alacena. Peinado se hallaba apoyado en la pared, un filo luminoso entraba por el tragaluz y hacía que las motas de polvo bailasen frente a su rostro. Su mirada era franca, limpia, como la de esos santos en épocas extraviadas y oscuras a quienes el dolor los ayudaba a acercarse a Dios. Nicolás posó el plato en el suelo.

—Tiene que comer, Diego.

El maestro le dedicó una sonrisa inexpresiva.

—Gracias, no tengo mucha hambre.

Nicolás no insistió.

—¿Seguro que no recuerda lo que hizo las horas antes de que apareciera la niña?

—¿Para qué?

—Ya le he contado. Las cosas se están complicando. Incluso dicen que es usted el responsable de que no haya lluvia, que debe recibir justicia para que el Altísimo nos perdone.

—No son más que unos necios.

—No es solo por el pueblo, también es por el capitán. Se le puede ocurrir usarle para eludir su responsabilidad.

Diego Peinado crispó una mejilla, indicando su desprecio. Nicolás hizo un gesto entre el remordimiento y la indulgencia.

—Sigo escribiendo las cartas.

—Eso está bien. ¿Me puedes traer alcohol?

—Está el cabo.

El maestro hizo una mueca de dolor y, de repente, tuvo un acceso de tos seca.

—Eso pinta mal —apuntó Nicolás.

—Me he resfriado.

—Con este calor...

—No tengo suerte.

El cabo dio una voz desde la oficina y Nicolás tuvo que despedirse.

—¿Se puede saber por qué hablas tanto con ese desgraciado? —le reprochó Salvador.

—Parece enfermo.

—Pues que se joda. Coge esos informes y pásalos a máquina. Tienen que estar para esta tarde.

Nicolás cumplió la orden y se sentó frente a la máquina, introduciendo una hoja en el rodillo. Tabuló los márgenes y comenzó a teclear. Los vástagos golpeaban con seguridad, haciendo sonar un timbre cada vez que llegaba al borde. Recogía el carro y volvía a empezar. Debido al hierro gastado, siempre quedaban desvaídas dos consonantes. Línea tras línea, Nicolás no dejaba de buscar remedios a la situación del maestro. En el décimo folio creyó dar con una respuesta. Poco después sonó el teléfono. Lo cogió, y la súbita reacción marcial puso en guardia a Salvador. El número respondió con una fórmula castrense y levantó el auricular.

—¿Quién es? —preguntó Salvador.

—De la comandancia. El teniente coronel.

Era la primera vez en toda su vida que le llamaba el jefe del Tercio en Cáceres.

—¿Cómo que encargaste una?

Arturo seguía sin dar crédito a lo que le contaba Manolete.

—Coño, mi teniente, ¿y qué iba a hacer?

—¿A quién se le ocurre encargar una puta estatua?

—Es que aquel tipo me pilló de sorpresa, y no me salió otra cosa. ¿Qué iba a decirle si no? ¿Que era un poli y que estaba allí para ver si tenían alguna cría

escondida?

Estaban en una tasca de la calle Almirante, frente a dos vermús; en algún lugar sonaron unas campanas ceremoniosas e indolentes. Arturo se miró los zapatos, unos minutos antes había pisado una mierda de perro. Consideró que se encontraban en una situación delicada. Si aquello fuese un pecio, solo alcanzaban a ver una décima parte del barco; las nueve restantes permanecían sumergidas y solo se dejaban adivinar en contadas ocasiones. Aquella era una, y cualquier paso que diesen se toparía con la extrema dificultad para señalar culpables y deslindar responsabilidades.

Tras su entrada en la pequeña fábrica de escayola, Manolete se había quedado rondando el frontón hasta la madrugada. En esas horas había aparecido una camioneta conducida por un tipo pequeño que había aparcado cerca de la entrada. Pasó cerca de una hora en el interior del edificio y luego se marchó con el vehículo. Manolete comprobó que era una Chevrolet; ninguno de los neumáticos tenía trazas de haber sufrido un reventón, pero eran Dunlop, y la rueda trasera izquierda parecía haber sido cambiada recientemente. El negocio pertenecía a un tal Rubén Iniesta, alias René, un individuo al que pasarían por el tamiz del SIAEM para ver con qué espécimen tendrían que lidiar. En cuanto a Valentín Antuña, esa misma mañana había abandonado Madrid, y una llamada a Gabino Cabañas había confirmado que estaba de vuelta en Cáceres. Ahora, lo más importante era mantener la apariencia de calma, que los diferentes sujetos que conformaban aquella sórdida red no tuvieran motivos para iniciar una huida hacia delante, con las consiguientes eliminaciones de información o de los mismos individuos. Había un capitán que estaba importunando, pero contaban con que si metía la nariz en demasiados sitios, corría el riesgo de perderla. Todo era cuestión de esperar a que disminuyese el interés. ¿Cuántos recursos más podría destinar el sistema a una búsqueda que no entrañaba recompensas a corto plazo, que no reforzaba la propaganda del régimen y, lo más importante, que impedía hacer buenos negocios? Bejarano había atestiguado que aquella noche conducían dos hombres, uno más alto que el otro; por su parte, Arturo no había encontrado rastros en la prisión de Madres Lactantes; sí otras cosas, inesperadas e ingratas, que debía pensar cómo aprovechar, pero ninguna línea sólida. Tampoco se olvidaba de aquella extraña y huidiza mirada de Mauricio Retuerta, menos era nada. Lo que debían hacer era seguir a aquella camioneta cada metro que estuviese en movimiento, comprobar cada encargo, vigilar cada puñetera respiración de aquel conductor.

—¿Y qué dirección les diste? —terminó por rendirse Arturo.

—La de un camarada, por Ciudad Lineal, tiene jardín. Ya he hablado con él, no hay inconveniente. La enviarán en un par de días. Y... —titubeó—, mi teniente...

—¿Qué te guardas, Manolete?

—Pues que adelanté unas pesetas para la dichosa estatua y que hay que pagar otro tanto a la entrega...

—Acabáramos. Te lo reintegra el servicio.

—Menos mal.

—¿Y se puede saber qué has elegido?

—Una Venus. De Arlés, me dijeron.

—Cómo no...

Arturo pasó de la ironía a un abatimiento tangible. Fue muy rápido; su mirada se perdió en un segundo plano, mucho más allá del escenario que los rodeaba. La sangre asperjada, los golpes, el silencio obstinado de Bejarano. Por qué, dime por qué, por qué estoy jodido, dímelo, cabrón. Arturo inyectaba toda su rabia en la necesaria paliza, y cuando no pudo más, la víctima permaneció en el suelo, con un hilillo sanguinolento que le caía de los labios, el rostro hecho pulpa, tosiendo dolorosamente pero intercalando una risa muy baja. Está jodido, capitán, muy jodido, mucho más de lo que usted cree, tosió con fuerza, escupió sangre, porque ya no cree en las ideas, y lo que es peor, sus prejuicios ya no le dejan creer en los hombres. Arturo apretó los dientes, fijó su atención en un camarero que llenaba vasos de cerveza con movimientos diestros, sin pausa; como buen maestro, hacía que la espuma blanca subiese a la misma altura, y aquello le consoló absurdamente.

—Jefe, le ha estado dando al frasco, ¿no?

Arturo se colocó una sonrisa postiza.

—Puede.

—¿Por qué?

—A veces encuentro motivos para no hacerlo, y otras no.

—Recuerde la última vez.

—Las cosas pasan, muchas veces es algo que no tenías pensado, pero suceden, sin más. No hay que darle vueltas.

Manolete se pidió otro vermú y un platillo de gambas. Peló una.

—¿Por qué no se echa novia, teniente?

Arturo acusó sorpresa. Terminó su vermú y pidió otro.

—Suelo confundir la ansiedad con el amor.

—No le entiendo.

—Ni falta que hace.

—Una familia le vendría bien, tener límites es bueno. No pensar siempre en uno mismo.

—La gente, cuando da consejos, normalmente está pensando en sí misma.

—Pues sí, porque yo la busco.

—Yo ya no.

—¿Por qué?

—Mira que eres pesado.

Se sostuvieron la mirada. Arturo cedió.

—Porque yo distingo entre el fracaso y el error. El fracaso es una consecuencia natural de hacer cosas nuevas, uno aprende; el error es repetir algo que ya se ha hecho antes y de lo que no se ha aprendido. En el amor solo tengo errores, y estoy cansado.

—Pero está solo.

—No me importa estar solo.

—Eso es mentira, teniente.

—Sabes lo que me conviene, sabes lo que pienso...

—Intento decirle la verdad.

—Y yo te lo agradezco, Manolete, yo te lo agradezco...

Arturo guardó silencio mientras a su alrededor Madrid giraba; fragmentos de conversaciones casi a gritos, los vendedores en las esquinas, los timbres de los tranvías rebosantes, la luz que quería incendiarlo todo... ¿Quién había definido el infierno como el confinamiento en cierto hecho agudo, la ausencia de renovación en el yo, el tiempo detenido en uno mismo que se niega a fluir?

—¿Sabes lo que podemos hacer cuando todo esto acabe? —le preguntó a Manolete.

—No.

—Irnos a pescar.

—Hecho. Para entonces ya habrá aprendido a conducir.

—Eso está por ver.

—Aunque pienso que igual nos viene bien un poco de cachondeo.

—No estamos para bailar chotis.

—Hay un tío en el Viso que va a montar una fiesta, anda en negocios chungos, pero estuvo con la División, y me cuentan que los guripas siempre son bienvenidos.

—¿Cómo se llama?

—No sé, pero le dicen el Coronel.

—¿En medio de un pantano nos vamos de fiesta?

—No hacemos más que currar, teniente. Agotándonos no vamos a solucionar nada.

Arturo buscó segundas intenciones en la solicitud de Manolete, pero nunca las había. Ni otorgó ni rehusó; algo llamó la atención de Manolete, y Arturo se sorprendió al verle coger el periódico del día. Estuvo un rato leyendo totalmente abstraído, bisbisando al tiempo.

—Pero ¿no decías que no leías periódicos? —dijo Arturo con sorna.

Manolete le entregó el diario con cara de circunstancias. Arturo lo enderezó de un golpe. La gacetilla hablaba de Diego Peinado y de su detención en Pueblo Adentro; lo hacía aboliendo los matices y dejando abierta la posibilidad de su culpa. Acababan de abrir la veda a los instintos, a la irracionalidad, y la memoria colectiva siempre era más eficaz recordando lo morboso, lo tendencioso o lo sugerente que la impersonal realidad de un pobre alcohólico encerrado por un trágico malentendido.

Nicolás se detuvo en el portal. Tras las calles abrasadas por el sol agradeció su frescura, aunque enseguida le asaltaron los olores propios de una corrala; verdura en ebullición, hedores, ropa secando en los cordeles tendidos... También los gritos de las vecinas, que cruzaban réplicas acaloradamente o comadreaban, los chillidos y los

llores de niños y bebés, ladridos, cacareos... El interminable zumbido de la colmena. Cuando entró en el patio, como si hubiese una alarma silenciosa, bustos curiosos se apoyaron en las ventanas y las puertas se llenaron de figuras. Iba de paisano, y no tenía intención de descubrirse hasta no estar ante la persona a la que había ido a buscar. La portera salió de su cuchitril y le preguntó si le podía ayudar. Nicolás se interesó por doña Palmira, y la mujer hizo bocina con las manos y gritó, dominando todas las voces. Nicolás se arrepintió al instante, pero el coro ya se había multiplicado con una urgencia creciente: ¡Palmira, sal, que preguntan por ti! Se abrió una de las ventanas del tercer piso y se asomó una mujer delgada y de cabello alborotado; le hizo un gesto con la mano para que subiese. Nicolás agradeció la ayuda y ascendió por las crujientes y gastadas escaleras de madera; en cada piso era escrutado impertinentemente desde las hileras de ventanas. Cuando llegó al pasillo del tercero, la mujer le esperaba en la puerta con una actitud entre asustadiza y curiosa. Nicolás se presentó, y solo cuando le desveló el motivo de su visita, la expresión de la mujer pasó al estoicismo y a cierto abatimiento.

—¿Puedo pasar?

Palmira le condujo a una pequeña salita y cerró rápidamente el resto de puertas para ocultar esa miseria secreta que no se deja ver por vergüenza. La casa era modesta, con una habitación y una cocina estrecha que daban a un patio de luces, pero limpia y ordenada; le ofreció asiento y cebada tostada, porque el café, como todo el mundo sabía... Nicolás le aceptó la bebida por tacto; había varias fotos enmarcadas, pero Diego Peinado no aparecía en ninguna. En el intervalo en que la mujer estuvo en la cocina, aprovechó para acicalarse. Aunque ajada, y con una bata de andar por casa que cubría sus pechos caídos, debía de haber sido guapa, pensó Nicolás, con aquel óvalo fino y el pelo ya quebradizo teñido de rubio.

—Usted dirá —le animó Palmira.

—Mire, señora, prefiero ir directo al asunto que me ha traído. ¿Qué sabe usted de su marido, Diego Peinado?

—Nada —respondió con solemnidad.

—¿Nadie la ha avisado?

—No.

Nicolás le explicó todo lo que había sucedido, y añadió la llamada que había recibido el cabo.

—No sabemos cómo se enteraron —completó—, pero ha llegado orden de trasladarle a la cárcel de Cáceres. Eso significa que ahora es el principal sospechoso de la muerte de esa niña; hoy mismo hablan de él en los periódicos. Habrá un juicio, y le aseguro que una vez dentro de ese lugar, no hay salvación.

—Lo lamento —dijo Palmira con gesto seco—, pero eso ya no me incumbe.

—Sigue siendo su marido.

—Querría aclararle una cosa antes de continuar.

—Por supuesto.

La mujer no replicó de inmediato; miró las baldosas mal encastradas en el cemento, para luego enfrentarle enérgicamente.

—Antes de marcharme con las niñas, antes de... abandonarle, le rogué, le supliqué como nunca le había suplicado a nadie en mi vida. Intenté entenderle, comprender el motivo por el que vivía abrazado a aquella pena; comprender la guerra, la pérdida de su brazo, créame, me esforcé en sacar conclusiones acerca de por qué todo aquello era más importante que su propia familia. Al fin y al cabo no fue el único, hubo muchos, miles que pasaron por lo mismo, que fueron a la guerra, que sufrieron, aunque volvieron a casa y reanudaron sus vidas. Pero Diego se quedó paralizado, y continuó así los años siguientes, bebiendo, despotricando sobre cosas... desquiciadas, abatido por la autocompasión. Y llegó un momento en que no supe qué hacer, ni qué decir, ni de qué modo ayudarle. He rezado por él, le llevé a ver a un sacerdote... —Palmira mantenía su intensidad sin desfallecer, casi arisca—. Nada era suficiente, nada le aliviaba. Y usted tiene que saber —apretó las mandíbulas— que nadie debería poseer nada que no sea capaz de cuidar. Ni una cosa, ni un animal, y mucho menos una persona. Una mañana cogí lo que me pertenecía, vestí a mis hijas y nos fuimos. No quería que ellas creciesen en ese ambiente envenenado, tienen toda la vida por delante, y derecho a ser felices. Encontré trabajo sirviendo en una casa, y ellas están en Plasencia, y así malvivimos, pero al menos no estamos enterradas.

Palmira sonrió con ánimo apagado. Nicolás respiró profundamente, tardó un poco en rehacerse.

—¿Y no fue a buscarla?

—No.

Hubo cierta amargura en su negativa.

—¿Y qué le pasó?

—No le entiendo.

—Sí, ¿por qué acabó así? ¿Qué vio, qué hizo que le trastornó?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe?

—No, no lo sé.

—Algo tuvo que contarle.

—Nunca; se encerró en sí mismo, no compartió nada.

Nicolás no encajó bien aquella revelación, como si le inquietase la existencia de realidades que no se pudiesen colonizar con palabras. Aunque lo extraño era que tampoco él se había atrevido a preguntarle en la celda, como si le diese miedo saber qué era lo que podía absorber la sustancia de una persona hasta el punto de vaciarla, de convertirla en la clase de individuo que antes le hubiera dado lástima.

—¿Para qué ha venido? —le preguntó Palmira.

Nicolás dejó de estar absorto, se hallaban tan cerca que podía ver una pestaña suelta en su mejilla.

—Quiero que venga conmigo.

—¿Para qué?

—Diego necesita ayuda.

La mujer fue grave y tajante:

—No.

—Si no viene conmigo, Diego morirá.

Ella hizo un gesto desairado.

—Hubo una época en que me culpé por lo que le ocurría. Y todas las noches me preguntaba qué había hecho yo mal, qué fallo había cometido. Rezaba y rezaba, aquella desgracia tenía que deberse a algún pecado, alguna falta, algo que no era capaz de identificar. Hasta que me di cuenta de que aquello no tenía nada que ver conmigo, y menos con mis hijas.

—Sigue siendo su marido.

Ojalá, pensó Palmira, ojalá pudiera odiarle tanto como para que eso no le importase. Ojalá pudiese decir que le despreciaba, que le repudiaba, que le rechazaba para siempre jamás.

—No, no iré, y no me puede obligar, no, señor...

—¿Y estás absolutamente seguro de que no te han seguido?

Se hallaban en el aljibe del Palacio de las Veletas, el agua centelleaba en figuras helicoidales sobre los arcos de herradura. El juez José Antonio Ponce sondeaba a Valentín aparentando un ánimo apacible e inalterable; aquel chico no era estúpido, pero enseguida había percibido sus límites. Su seguridad en sí mismo nacía de no replantearse las cosas que le proporcionaban certidumbres; había conocido a mucha gente así. Para su pequeño negocio, no poner excusas ni hacer preguntas innecesarias resultaba espléndido, pero cuando surgían las contrariedades estaba por ver su solidez.

—Seguro, don José Antonio. Solo me he dedicado a lo mío, nada de líos ni chanchullos. Y menos los mandados especiales —puso cara de aburrido—. Además, ese capitán le digo yo que no encuentra ni arena en la playa; ya me las tuve con él en Madrid y no me asustó.

—Tenemos que esperar a que las cosas amainen, ese Arturo Andrade tiene un historial que no ayuda a despreocuparse. Ya has leído los periódicos, hemos movido ficha para que salga a la luz ese maestro al que tienen encarcelado en Pueblo Adentro. Si permitimos que siga rodando, será cuestión de tiempo que dejen de husmear, y durante ese periodo todo ha de estar quieto.

Valentín asintió y miró el agua resplandeciente. A él no le importaba un comino aquel capitán, sino los prestamistas que le andaban pisando los talones. Pero era incapaz de liberarse de aquel deseo violento y fatal, la certidumbre de que la siguiente apuesta sería la ganadora; aquel baile de cifras y posibilidades le intoxicaba hasta el punto de que sus deseos no iban más allá de una carrera, un solo éxito hacía olvidar cientos de fracasos. Aquella dependencia exigía emociones cada vez más fuertes, ir más lejos, forzar la experiencia, como si fuera la válvula de escape de una

insatisfacción infinita.

—¿Y cuánto tendremos que esperar?

La avidez de Valentín molestó al juez.

—Hasta que yo te lo diga —respondió categórico—. Y ni se te ocurra hacer nada por tu cuenta.

—Pero estamos perdiendo mucho dinero.

—Dinero que no tenías y que yo te he proporcionado.

Valentín bufó y clavó la mirada en las columnas que se hundían en la lámina de agua.

—¿Y qué dice de esto quien usted ya sabe? Decir no dijo ni pío sobre lo que iba a hacer con esas crías, deberíamos pedirle más dinero por los riesgos añadidos.

José Antonio Ponce le dedicó una mirada fruto de innumerables horas de ser testigo de la necesidad, insignificancia y crueldad humanas.

—¿En qué cojones te gastas el dinero?

Valentín guardó silencio. Estar sin blanca y no tener ni la imaginación ni la energía para obtener dinero le hacía pensar en las formas más desquiciadas de ganarlo. Además, ¿qué valor tenían los hijos de los rojos? Aquellas crías no eran más que proyectos de fulanas, ya las había visto en el Pidoux o el Negresco, jovencísimas, con tacones sobre los que apenas se mantenían en pie y fumando. Los hogares estaban llenos, esperando a que él las recogiera y les diera una oportunidad para cambiar sus miserables vidas. Todos ganaban. Incluso aquel desgraciado juez, por muy digno que se pusiera.

A Manolete no le hubiera gustado en absoluto estar al otro lado del teléfono. Cuando el teniente le leía la cartilla a alguien era intransigente y pendenciero. Por las interlocuciones conjeturaba cómo un atribulado Salvador se estaría estirando el cuello del uniforme mientras hacía frente al estallido de recriminaciones. Pero nadie podía controlar aquella mezcla de beneficio y poder a la que se enfrentaban, y aunque el teniente hubiese llenado de saliva el auricular, también era consciente. El concierto de llamadas había implicado a oficiales del SIAEM y la comisaría de Cáceres, pero las órdenes provenían directamente de las alturas, y no había nada que hacer. Alguien quería trazar una línea firme bajo toda aquella nebulosa y colgarse la medalla, y tal como estaban transcurriendo las cosas, con los problemas añadidos que había creado Diego Peinado, Manolete no despreciaría una salida airosa, pero, sobre todo, a tiempo. Más si tenían en cuenta que, finalmente, la pista de los garajes no había ofrecido ningún resultado.

—Nos están haciendo la cama —gruñó Arturo cuando colgó.

—Ya contábamos con ello.

Arturo permaneció con la mirada perdida. Si fuera listo, lo dejaría correr y se libraría de varios embolados. Al maestro le cargarían el mochuelo, aquel tocacojones de Nicolás se quedaría en el aire, además de que su fuerza como jefe saldría reforzada al abandonar un objetivo cuando este había perdido sentido. Sin embargo, había una

verdad que acabaría por aplastarle, no ahora, sino muchos años después, cuando llegara un momento en el recuerdo en que evocaría más las renunciadas que los fracasos. La evidencia de su propia debilidad.

—Como sigamos, a lo mejor nos ponen a vigilar procesiones, mi teniente — pinchó Manolete.

Inesperadamente, Arturo sonrió.

—A ti siempre te ha gustado vestir santos.

—Y a usted quemarlos, huele a hereje que tira p' atrás — besó su medalla dorada.

Arturo se olió la sisa de la chaqueta.

—A lo que apestamos es a sudor. Anda, vamos a darnos un baño. ¿No querías ir al Viso?

—No contaba con que le diera por ahí.

—Acabamos de comprometernos con algo, esas cosas hay que celebrarlas.

El Viso era una colonia de chalecitos ubicada muy cerca de la antigua Residencia de Estudiantes. Manolete y Arturo se habían cambiado de ropa, y entraron por Castellón de la Plana hasta el cogollo del barrio. El atardecer teñía las casas de ribetes violeta, aliviando el bochorno. Al llegar a una enorme puerta de madera y metal, coincidieron con otros invitados que daban la sensación de sentirse desamparados, como si aquella fiesta les quedase grande. Entraron en un jardín con árboles frutales en el que ya había gente en las diferentes barras atendidas por camareros; al fondo, el chalé, de dos plantas, enorme. Manolete localizó a sus camaradas; uno de ellos acababa de contar un chiste y otro reía tanto que mostraba sus encías rosadas. Se hicieron las presentaciones, se estrecharon las manos, y fueron a buscar algo de comer y unas cervezas. El amasijo social era chocante; diferentes capas que habitualmente se superponían allí se disolvían unas en otras con una ilusión de estrato bien cimentado. Se respiraba una alegría extraña. Volvieron con el grupo; abogados, casposos buscavidas, oficiales, propietarios de ultramarinos, chulos de putas, ingenieros, oficinistas, carniceros... Todos compartían un pasado divisionario, todos sentían la misma turbación, la soledad en medio de gente a la que despreciabas o no comprendías, la extrañeza al recibir la amonestación de un guardia a la que normalmente hubieras respondido con un disparo, o el absurdo de ponerse un traje o aguantar un trabajo de oficina. Todos tenían la misma mirada que se posaba en el estado actual de las cosas con un velo que la remitía permanentemente a un mundo periclitado, un universo en el que la violencia no era más que la afirmación de uno mismo. Durante la conversación, uno a quien apodaban Pamparacuatro recordó sus lágrimas de frío en un pozo de tirador; otro con perfil de relieve asirio trajo a la memoria las hermosas muchachas que aparecían durante las guardias en los palacios de Pushkin, envueltas en seda, que bailaban y le lanzaban besos y desaparecían en medio de remolinos blancos; otro, rollizo, con un fuerte acento catalán, los hizo reír cuando les contó el partido de fútbol que habían disputado sobre un camposanto; uno de pelo rizado, tuerto, les narró dónde comprendió que la guerra estaba perdida, en

una autopista a Moscú en la que aquella columna de vehículos africanos de un amarillo incongruente, con sus escudos de abanicos de palmeras, se había mezclado con tantos camiones y tanques grises. Recuerdos, posos, cáscaras de los años vividos. La repentina receta de una paella cocinada en medio de aquel infierno, con las cavidades torácicas retumbando por los cañonazos, los hechizó a todos.

—Aún la puedo oler, una gran cazuela llena hasta el borde de arroz amarillo de azafrán, con pimientos rojos y cangrejos de río incrustados entre los granos.

Hubo un silencio nostálgico; aquella paella encerraba un sentido de comunidad mucho más profundo que un templo o un ayuntamiento. No tardó en ser atropellado por otra colección de recuerdos y experiencias. Seguían llegando invitados. Arturo le dijo a Manolete que se iba a dar una vuelta; se movió entre los grupos eligiendo cuidadosamente los temas de conversación, consciente de lo que podía provocar una palabra inadecuada. No le apetecía emborracharse, sino observar aquí y allá; apenas conocía a nadie, pero descubría rostros familiares, en ocasiones prominentes. La mayoría interpretaba un papel, incluso ante sí mismos. También había mujeres, pero no acertaba a adivinar cuál era su función allí. El rumor de la charla por doquier, los intereses y apetitos entrelazados, el encanto de una reunión lejos del cotidiano lastre de las penurias exteriores. Se encendieron unos hachones para iluminar el jardín. Arturo respiró hondo; aunque se sintiera excluido, era consolador que existiera un lugar donde a nadie le inquietaba realmente el mañana, un decorado sereno, pródigo. ¿Cómo sería la certidumbre de saberse hecho para eso, merecedor de una educación que le permitiese a uno moverse con soltura, sin desentonar? Su mente se llenó de recuerdos que no eran suyos, desplegados en la facilidad excesiva, lindando casi con el hastío. El paso siguiente era el que encendía toda revolución, imaginarse como fiera que invade el territorio, matar a los propietarios, dominar a sus hembras... A un camarero se le cayeron las bebidas con estrépito y se rompió el hechizo. El azar como catástrofe volvía a reclamar su sitio en el reino. A Arturo le entraron ganas de mear, se dirigió a la casa, preguntó a un camarero, que le indicó una de las entradas. Se sorprendió ante las patas finísimas de algunos muebles; cuadros incomprensibles, un dédalo de pasillos, cabezas de ciervos de un tamaño irreal. Las cuentas de vidrio que tenían por ojos daban la impresión de que veían en todas direcciones y le seguían como si aún tuvieran conciencia. En el recorrido dio con una puerta entornada, la gente entraba y salía, algunos con los ojos excesivamente brillantes. Al otro lado se oyó una carcajada profunda, incontrolable. Arturo entró pensando en un baño, pero se encontró en una habitación donde algunos invitados cortaban cocaína, que se servía con generosidad. Uno de ellos le sonrió, ofreciéndole un canuto plateado; nada mejor para mantenerse sobrio, lo pinzó entre los dedos, se inclinó un par de veces sobre una gruesa línea, devolvió el tubito. Volvió a aspirar con fuerza, con los ojos humedecidos por el escozor, se limpió los restos de la nariz, agradeció el convite, y con un regusto a orín y una agradable anestesia en la garganta, continuó buscando un excusado. Logró encontrarlo en la segunda planta; se bajó la cremallera, orinó

largamente y se abrochó. Volvió sobre sus pasos, pero lo hizo por un corredor distinto que le llevó hasta una pequeña terraza. Desde allí tenía una perspectiva completa de la velada. La excitación y la tristeza subsiguiente de la cocaína le sumió en un estado melancólico; ya solo quedaba luz en el extremo de la tierra. Desde el frenético parloteo se elevaban hasta él fragmentos de conversaciones, «siempre lo he sabido, antes de que me lo dijera...», «yo he crecido aquí, y las cosas funcionan como funcionan...», «y además pensó que se iba a morir...», este último seguido de grandes carcajadas. Arturo sintió una presencia a sus espaldas, pero no se dio por aludido. Un sesentón pequeño y pulcro, vestido con traje cruzado, salió a la terraza.

—Usted también se ha equivocado de pasillo —dijo con un cerrado acento italiano, los ojos agrandados por unas gafas de gruesa montura.

—Eso me temo.

Arturo articuló una sonrisa que le fue devuelta. Raffaele Bonami, se presentó el otro ofreciéndole la mano, una mano sorprendentemente helada que Arturo estrechó.

—¿Conoce usted al Coronel? —se interesó Raffaele.

—No, me invitaron amigos comunes.

—Ah, bien. El Coronel es un buen tipo, le gusta que haya gente en su casa.

—¿Son amigos?

—Se podría decir.

—¿A qué se dedica usted?

—Oh, a esto y a lo otro. Llegué aquí durante la guerra, vi oportunidades y me quedé. ¿Y usted?

—Pues ya sabe, también a esto y a lo otro.

Raffaele sonrió con una calma patricia. Durante unos segundos, su mente pareció estar a kilómetros de distancia. Señaló el jardín.

—Ahora ya somos todo aquello contra lo que luchamos.

Arturo le dedicó una mirada acuosa, confundida. Raffaele se obsesionó con un hilo en la chaqueta de Arturo y lo retiró con atención.

—¿Duerme usted bien? —preguntó seguidamente.

—Solo a veces.

—Yo apenas duermo. Es lo que tiene hacerse mayor, la realidad envejece contigo, tus ideas sobre el mundo... Te conviertes en un espectador. Y duermes mal.

—Pero ¿los problemas de sueño son debidos a la ansiedad o a los años?

Raffaele le miró sin parpadear.

—Interesante planteamiento... ¿Y cómo ha encontrado el país a su vuelta?

La pregunta hizo saltar las alarmas de Arturo.

—¿Por qué sabe que he estado fuera?

—Antes le he visto con aquel grupo —apuntó a los divisionarios, con los que continuaba Manolete.

—Es evidente que el país lucha por sobrevivir.

—Tiene razón, pero, créame, llegará un día en que tendrá que hacerlo contra el

tedio de existir.

La noche ya había tomado plenamente el chalé, una oscuridad tibia semejante a la negrura donde permanecía suspendido un feto, creciendo, alimentándose de su calor. Mencía, desnuda en su habitación, observaba sus pechos y sus pezones, acariciando su barriga con unas manos tan ásperas que en ocasiones rompían las medias; lo sentía, le hablaba, reforzaba su misteriosa unión, que duplicaba su miedo y su fuerza. A veces se preguntaba si valía la pena que naciese, que se adentrara en todo aquel dolor, pero sería el dolor lo que le convertiría en alguien feroz y sensible. La misma oscuridad en que la niña se había refugiado en aquella camioneta, flotando, también en una posición encogida, un oscuro y elástico paraíso, sustituyendo los baches y petardeos del motor por el ritmo de los latidos del corazón y la sangre que fluye. Cuando Arturo llevó a Manolete a ver el campo donde había aparecido el cuerpo, tras pedirle que le dejase solo, se puso de rodillas y palpó la tierra, cuajada, sedienta, como buscando el sitio exacto donde había yacido la niña. Se echó de costado encogiéndose sobre sí mismo, frente con frente, como si pudieran echarse el aliento, intercambiar material onírico. Conversaron en aquel espacio alucinado, y supo de su soledad, de su miedo. Ya está anocheciendo, le dijo la monja a una Catalina con la mirada suspendida mientras le acariciaba el pelo, sentadas en el jardín, ya está anocheciendo. Segundo Navarro y su esposa Concha se apoyaron sobre la cuna de su bebé, su hijo, que sonreía bañado de inmortalidad, mientras él pasaba un brazo sobre los hombros de ella. Una noche que iba ocultando un lagarto destripado en la sierra de Guadalupe y cubría el palacio del Marqués de Santa Cruz, cerca del Conde Duque, y ni los fanales en su interior arrebatados al turco en Lepanto podían oponérsele. Manuel Alfonso Pío Judas Ramón Cabrera y Flores de Lizaur se recortaba la barba ante un espejo, fijándose cada poco en la red de venitas reventadas de su nariz. Regina Enciso se había metido en la cama e iba quedándose dormida poco a poco. Tengo que irme, ha sido un placer, oyó Arturo, que siga disfrutando de la fiesta, Raffaele desapareció dejándole con el recuerdo de la soledad de aquellas mujeres en Ventas, que ahora se apretaban contra los barrotes, dignas y desconsoladas. En la Ciudad Universitaria, los búnkeres se llenaban de tinieblas mientras los casquillos alrededor de los nidos de ametralladoras se oxidaban morosamente. Uno de los divisionarios, de pelo color maíz, recordó cómo, al quitarse los calcetines, se le había desprendido otro calcetín de piel muerta, blanquecina. Otro invitado hizo movimientos mecánicos que recordaban la autoridad que una vez tuvo, pero sin su fuerza. Salvador metió la mano bajo la falda de su mujer, a lo largo de los muslos, perseverando hasta penetrarla con los dedos, cálida y húmeda. El crepúsculo avanzaba lamiendo los corazones, encogiéndolos al recordarles otras noches de hombres antiguos, rodeados de sombras mortíferas, armados solo con palos y oraciones. Un río viejo y pesado atravesaba la noche, empujado por el peso implacable de la costumbre. En una plaza sonaba una copla, dramática y erótica, para conjurar el desasosiego. En algunas casas apenas había electricidad suficiente para

teñir de color naranja el filamento de las bombillas. Mauricio Retuerta jugueteaba con un cigarrillo, con gesto preocupado y el pelo revuelto por una ráfaga de viento. Eliseo Sánchez, con una boa de plumas turquesa enroscada al cuello, era enculado en medio de un orgasmo rugidor por un chapero de Ballesta. Bejarano se hacía pequeños cortes con una navaja en el interior del antebrazo para que hubiera algo que le doliera más que lo que le quemaba por dentro. Gabino Cabañas permanecía con los ojos abiertos, acostado, mirando al techo. Bandas de niños desnudos y hambrientos recorrían las calles de todo el país. El juez José Antonio Ponce contemplaba la caída del sol, que teñía de rojo bermellón toda la geometría de sus panales. Valentín, perdido en las múltiples formas de la ansiedad, sin ningún punto al que dirigirse salvo aquel donde no le esperasen sombras con deudas de sangre. Todos se hallaban atrapados en el flujo de la historia, viejos y nuevos paradigmas se complementaban o entrechocaban, se sedimentaban o sucumbían, potencias inflexibles que los arrastraban en medio de una batahola de propaganda, hambre, rencores e infamia. Y Nicolás. Y Palmira. Y Diego Peinado. La mano de Mencía continuaba acariciando su barriga, las venas azules, como trazos de tinta. Ella imponía al mundo la soberanía de su cuerpo para proteger a su hijo. Con todo el amor con que había criado a Nieves y a Eulalia, abrazándolas, besándolas, hasta el día en que ya no pudiese hacerlo y ellas entregasen todo ese amor gastado a otra persona a manos llenas. De repente, golpearon en una ventana. Mencía se sobresaltó y se puso una bata con rapidez. Había sido en la parte de atrás. Entró en el comedor y creyó ver una sombra en la ventana que daba al patio. Volvieron a llamar.

—Mencía, soy yo. Ventura.

## 13

### Dos sin tres

*Se desnudaron a la vez. Ella se quitó la blusa botón a botón mientras se besaban con violencia, él se arrancó la camisa directamente por encima de la cabeza; ella tiró de su cinturón y le bajó los pantalones, él le desabrochó el sujetador. Al cabo de unos segundos estaban en la cama; ella se puso a chupársela con entusiasmo, y era tan bueno, tan agradable, que a él le rechinaron los dientes de placer. Luego él bajó hasta sus caderas y ella gritó volviendo su cabeza a un lado y otro de la almohada, mordiéndose los labios. Él se encajó en ella y la penetró, forcejearon un buen rato, sudando y jadeando, susurrándose obscenidades. Tuvieron orgasmos y volvieron a follar; a intervalos se detenían en solícitos y tiernos besos, para ensartarse de nuevo con brutalidad. Toda la habitación se llenó del olor fuerte del sexo. Cuando ella estaba a punto de correrse otra vez, la puerta se abrió silenciosamente.*

—Hola, gorrioncete.

Manolete sonrió, cerró tras de sí.

Arturo no sonreía en absoluto.

El individuo reaccionó con rapidez, ya debía de haberse visto en esa situación antes. Manolete también, y cortó su trayectoria hacia el revoltijo de ropa en medio de la habitación colocándole la punta de la navaja en un ojo. La mujer estaba tan asustada que no tenía valor para gritar, ni siquiera para cubrirse. Fue Arturo quien cogió la sábana y se la acercó a los pechos.

—Esto no va con usted.

Manolete sacó una pequeña pistola de entre el amasijo de ropa y le ordenó al hombre que se vistiera, que iban de paseo. El hombre dijo que no había hecho nada, se mostró enojado, sorprendido, aterrorizado, aseguró que se estaban confundiendo, rogó por su vida, y no exactamente en ese orden. Arturo advirtió a la mujer que no se le ocurriese acudir a las autoridades —básicamente porque la autoridad eran ellos— si quería volver a echar un polvo con aquel tipo. Salieron al pasillo con el individuo en medio, y Arturo se metió con él en el asiento trasero del coche mientras Manolete se agarraba al volante. Casi nadie se dio cuenta de los empujones con que dos hombres introducían a otro en un vehículo, y quien se apercibió simuló que no; aquello era el pan de cada día. Recorrieron lentamente las estrechas calles de Cáceres hasta salir a campo abierto. El último intento de pedir explicaciones por parte del hombre se zanjó con una hostia y la oferta segura de una segunda ronda. Tras un buen rato de carretera se desviaron en una arboleda, siguiendo un camino bajo un entrelazado de ramas. Se detuvieron en un claro; el calor lo aplastaba todo, los

árboles hablaban con un murmullo de edades remotas, las cortezas exhalaban olores succulentos.

El chirrido universal de las cigarras.

Salieron del coche y Manolete mandó al hombre que se desnudase. Este se quedó en calzones, y cuando se le ordenó que se los quitara también, hubo un momento de odio y resistencia orgullosa en sus ojos. Manolete miró elocuentemente a Arturo, y este observó un cielo rutilante y una nube de puntos oscuros que ejecutaban coreografías perfectas sin colisionar entre ellos, uniéndose, separándose, estirándose, encogiéndose.

—Te llamas Isidro Sebastián.

—Sí.

—¿Tú has escrito el artículo sobre Diego Peinado? —dijo Arturo mirándole.

—Sí.

Arturo observó la ranura que tenía entre los dientes, la nariz huesuda, el flequillo de medio lado.

—¿Por qué?

—Era una noticia.

—Te vuelvo a preguntar: ¿por qué?

—Fue un encargo del director.

—Ahora vamos recto. Y el director ¿por qué decidió publicarlo?

—A mí no me dan explicaciones. Yo solo cuento los hechos.

—No, tú cuentas que Alcibíades le ha cortado la cola a su perro preferido para que los atenienses se entretengan poniéndole a caldo, mientras él se dedica a sus negocios.

Isidro inclinó la cabeza a la izquierda; se sentía ajeno a lo que le decían, a la situación en su conjunto.

—En una redacción se sabe todo —perseveró Arturo—. ¿Por qué?

—El director no tiene que darnos razones.

Arturo fue a la vera del camino y se agachó a coger algo.

—Te voy a meter esto por el culo —le mostró una gruesa rama.

—Recibió una llamada.

—¿Cómo dices?

—Le llamaron de arriba.

—¿A qué altura?

—El gobernador.

Arturo miró a Manolete. Tenían un enemigo informe, elusivo, pero, sobre todo, bien relacionado. Habían llegado al borde, aunque más precipitadamente de lo esperado. Avanzar más allá significaría una voz al otro lado de un teléfono que no le ordenaría nada, pero sugeriría que no le gustaba nada lo que estaba haciendo, y Arturo se revolvería y la voz adoptaría un tono más severo, sin llegar todavía a la irritación, y le preguntaría si tenía que repetirle lo que le acababa de decir, y Arturo

convendría finalmente y la voz se volvería razonable, incluso satisfecha, y le recordaría su vocación de servicio al país y que no esperaban menos de él, quien, no cabía duda, tendría una larga, entusiasta y provechosa carrera. Todavía. Arturo tiró el palo, puso las palmas de las manos boca arriba, miró al cielo.

—No tiene pinta de llover. Por cierto, ¿tú sabrás cómo se llama el cantante de «A este lado del mar»? Ya sabes, bigotito, moreno...

Isidro le miró como si hubiera perdido el juicio. Arturo chasqueó la lengua y se introdujo en el coche, esperó a que un boquiabierto Manolete se convenciera de que realmente habían terminado. Mientras este daba marcha atrás, Arturo se despidió del periodista con un balanceo de la mano.

Salvador tenía poco tiempo para preparar el traslado de Diego Peinado a Cáceres. Esa sería la última noche que dormiría en el calabozo. En ocasiones no valía la pena sobrevivir a la desilusión, y aquel hombre era alguien desmantelado. Para resistir, uno debía mirarse al espejo y perdonarse por ser un superviviente, y aquella no era su naturaleza. Además, el maestro había quedado atrapado en la inercia de la gente, que aborrecía derribar lo que le daba calma, aunque fuese una mentira; las costumbres que se perpetuaban, la indolencia, el convencimiento de que con aquella detención extirparían por arte de magia todas las amenazas que les robaban el sueño. Las personas eran así, necesitaban hallar a alguien más culpable que ellas; Salvador era testigo de esto cada día, en cada ronda, en cada interrogatorio, en cada apresamiento, todos sospechaban de todos, horadados por el gusano de la desconfianza, que cambiaba la luz en torno a cada palabra, convirtiéndolo todo en una trampa. Y nada aliviaba la soledad con que aquel veneno se cerraba a su alrededor. Lo más trágico era que Diego Peinado estaba convencido de ser un mártir, cuando no era más que un espíritu averiado, una cabeza de turco. Pero Salvador todavía podía aguantar un asalto más en pie; ordenó a unos aldeanos que colocasen las escaleras y descolgasen los perros. Ya era la segunda vez que tenían que acudir a aquel lugar para limpiar la mierda, mientras el cura andaba asperjando aquí y allá entre presurosos latines. Salvador observó el bosque tupido; los pinos como mástiles, la tierra oscura y esponjosa, cubierta de agujas. Reinaba un silencio solo roto por débiles corrientes de aire: a los pájaros no les gustaban los pinos. El sacerdote se quejaba de aquellas costumbres atávicas, tradiciones anteriores al dominio de Cristo que seguían practicándose, muchas veces en secreto. Tampoco a Salvador le gustaban aquellos tejemanejes, pero podía entender su poder de persuasión, especialmente en aquel lugar telúrico. Recordaba las noches en que se acomodaba en círculo junto a otros niños y les contaban historias de fantasmas, de pueblos desaparecidos que realizaban rituales ignominiosos y rendían culto a deidades del bosque. En lugares así ahora se aparece el demonio, les decían, y los niños abrían desmesuradamente los ojos y en ellos se reflejaba el miedo. Fuera por sugestión o porque en realidad el lugar lo

poseyera, era fácil sentir su campo de fuerza, un sentido de llegada a un sitio que era «diferente». La tarea les llevó una hora larga; cuando descolgaron el último animal, Salvador y Nicolás se prendieron mutuamente los pitillos.

—Esto va a tener cuerda para rato —dijo Nicolás.

—Se entiende, hay problemas para regar, el ganado tiene sed... —observó el mentón de su subordinado—. Necesitas afeitarte.

Nicolás se acarició la mejilla.

—Sí, mi cabo, perdone.

—Por muchos problemas que tengamos, el servicio sigue siendo el servicio.

—Por supuesto, mi cabo.

Salvador reparó en cómo los hombres cogían el perro por las patas traseras y la cabeza, lo balanceaban y lo soltaban encima de la pila que se había formado en el carro.

—Ya sabes que el capitán está en Cáceres. Volverá hoy o mañana.

—Me lo había dicho. ¿Y qué piensa de lo del maestro?

—Estaba cabreado, pero no ha comentado nada.

—¿Cuándo se lo llevan?

—Pensaba que vendrían hoy, pero me acaban de avisar de que será mañana a primera hora. Tendrá que ir preparándose.

—Yo me ocupo.

—Mucho te ocupas tú —el tono de Salvador fue suspicaz.

—Me da pena.

—Más pena te debíamos dar nosotros.

Nicolás no respondió, asumió que no le quedaba mucho tiempo. El cabo dio orden de marcharse y caminaron en procesión tras el carro, cuyas ruedas emitían un sonido chirriante. Cada uno iba concentrado en sus pensamientos, mascando el polvo que levantaban sus botas, con los puños apretados en la correa del mosquetón, las frentes brillantes. En el trayecto, se encontraron con dos personas que venían en dirección contraria. A medida que se aproximaban, pudieron identificarlas. Nieves y Eulalia se quedaron de piedra al descubrir a la pareja de la Guardia Civil. Se mantuvieron a la vera del camino, con los rostros serios, tensos, esperando a que pasaran de largo. Al llegar a su altura, Salvador se detuvo. Se las quedó mirando con una expresión hermética. Cuando Nicolás le preguntó, Salvador se limitó a responder:

—Seguid adelante, yo me quedo.

Era una posición segura. Aun así, habían tenido que vigilar durante dos días la zona y todos sus accesos por si los hubieran localizado de nuevo. Los camaradas que sabían detectar cualquier huella describieron círculos concéntricos hasta la colina, donde pudieron instalar los camastros y acondicionar la franja abarrancada para las cocinas. Allí debían esperar a que se diluyese la movilización de las fuerzas represivas.

Ventura podía aguantar el tiempo que hiciera falta, estaba pertrechado de lo más importante: un capital de cariño. Tras la huida, había optado por refugiarse en el último lugar en el que le buscarían, su casa. Contempló el pánico de Mencía al verle, pero también fue testigo de su alegría, de su ansiedad por tocarle y besarle. Él tuvo cuidado con su mano rota y su espalda herida, pero le apetecía estrujarla entre los brazos. También había hablado con sus hijas, las había besado, crecían mucho entre visita y visita. Luego se había librado del sudor y la roña de semanas, se había alimentado, habían hecho el amor en silencio. Cuando se quedaron abrazados regresaron los presagios ominosos, los susurros acongojados, la vida que apenas dejaba espacio para decidir. Ante sus dudas, Mencía tampoco sabía quién había podido ser el autor de los disparos que las habían salvado, aunque sí resolvieron de quién era el cadáver que arrojaron a la plaza. En cambio, le mostró la carta de su hermana y le habló de las hermosas casas coloniales, de lluvias tropicales, de un malecón infinito desde el que contemplar un mar luminoso; de las parejas que podían besarse en los parques, de las orquestas que tocaban chachachá y congas, de las calles donde corrían el ron, el dinero y el tabaco. Hizo que se sintiera observado por otro Ventura, por una vida distinta lejos de estrecheces, del hambre, del acoso, de los sermones, de las murmuraciones. Hablaron de la posibilidad de marcharse como si de verdad creyeran en ella. Ventura no le reveló sus vacilaciones y recelos, la línea de falla que había comenzado a abrirse paso en sus convicciones. Por el contrario, siguió defendiendo aquella utopía con todo lo que tenía de ingenuo, confuso, timorato y excesivo. El mundo cambia, amor mío, le decía ella, y hay que saber cambiar con él, eres un prisionero del pasado. Pero él prefería hablar de lealtad, de fidelidad. El pasado se acabó, vida mía, insistía ella. El pasado nunca se acaba, cortó él. Su conciencia regresó al campamento. En la partida se habían formado capillas, la moral estaba baja, se habían reducido las actividades colectivas, la gente escondía comida, munición. El Trapicheos, el Hojarasca, Eulogio el Tractor... con la boca pequeña acusaban al Extintor de negligencia en la planificación del ataque, y se planteaba con más firmeza la opción de secuestrar a un pez gordo y pasarse a Francia. Por su parte, el Extintor les reprochaba las insidias y las murmuraciones, la renuncia a algo más elevado que sobrevolase sus prejuicios y temores. Ventura consideraba cada vez más descabellada aquella estrategia; ni su tono ni su actitud lo dejaban ver, pero las directrices no ocultaban que la violencia se había impuesto cotidianamente, un modo de vida que parecía no querer abandonar los asaltos, las ejecuciones injustificadas, la búsqueda incansable de enemigos... Los enlaces y quienes los apoyaban les pedían que no volviesen por sus casas debido a las detenciones masivas, la presión sobre las familias... Nadie quería pronunciar la palabra derrota, pero lo cierto era que la ansiedad provocada por la negativa a encarar los hechos era sustituida por el caos, la indignidad, un instinto primario por subsistir en un medio cada vez más hostil. A Ventura le había bastado con vigilar la cara de uno de los chicos más jóvenes, el último incorporado a la partida, para confirmar sus temores. Su asombro inicial se

había tornado paulatinamente en aprensión al comprobar lo poco y mal armados que estaban, contra la leyenda que los agigantaba atribuyéndoles un arsenal y una organización sin par. Seguro que en su imaginación incluso habían sido todos altos y guapos. Ventura sonrió. Qué remedio. Aun así, él se resistía a traicionar aquella idea, cuando te marcabas una meta se hacía difícil no seguir hasta alcanzarla, aunque fuese algo impropio y ni siquiera ya deseable. Contempló el paisaje, cegado por el sol. A pesar de todo, el Extintor aún les había mostrado una última zanahoria para evitar el derrumbe, les habló de una próxima reunión con otras partidas para reorganizarse y tomar una decisión común. Sería pronto, muy pronto, y con gente especialmente venida de Francia, la gente que enviaba la dirección del partido para hacerles ver que no todo estaba perdido. Ventura optó por comer un poco de trigo cocido y el último trozo de carne que le quedaba. La música empezó a sonar en una esquina del campamento. Uno de los camaradas había comenzado a tocar una guitarra, lo hacía natural, casi con descuido, solo buscaba complacerse a sí mismo, pero casi de inmediato la gente empezó a acercarse. Se hizo un silencio reverente, cada uno sumido en sus pensamientos, en sus recuerdos. Ventura pensó que aquello era lo único que los había unido desde hacía mucho, demasiado.

Tenían poco tiempo. Cuando Nicolás llegó al pueblo, se fue directamente a casa para avisar a su invitada. Tras un imprevisto cambio de opinión, Palmira había llegado la noche anterior y acordaron que aguardaría allí hasta que tuviera la posibilidad de verse a solas con su marido. Salieron con rapidez y se dirigieron al cuartelillo; en caso de que el cabo los sorprendiera, se habían conchabado para ofrecer una coartada aceptable. En el camino se cruzaron con un extraño individuo vestido de negro, con un paraguas al hombro, que se quedó mirando fijamente a Palmira. En el cuartelillo, Nicolás la guio hasta el calabozo.

—Tiene visita, Diego —anunció mientras trasteaba en la cerradura.

Abrió la puerta, pero no dio paso a Palmira; sugirió al maestro que se arreglase un poco. Ante su indiferencia, el número pronunció unas palabras mágicas: «Ha venido su esposa». El rostro de Diego Peinado experimentó una brusca alteración. Se puso de pie con esfuerzo, intentando aplastar el pelo alborotado y abotonándose la camisa.

—¿Cómo mi esposa?

—Está fuera, esperando.

—¿Por qué la ha llamado?

—Ella quiso venir —mintió Nicolás.

El maestro estuvo a punto de contradecirle, pero guardó silencio. Hacía por lo menos un lustro que no veía a su mujer, y aunque aquel guardia le hubiera dicho una mentira piadosa, no acababa de entender por qué ella había accedido a su demanda. Sintió un picotazo de vergüenza por el lugar donde iban a encontrarse.

—Quiero pedirte un favor.

—Dígame.

—¿Podemos vernos fuera de aquí?

—No puede salir sin permiso del cabo.

—Por favor.

Nicolás echó un vistazo al jergón desvencijado, el cubo mediado de orina, los restos secos de comida en el suelo.

—Tiene cinco minutos.

Se volvió hacia la mujer y, cogiéndola del codo, le rogó que la acompañase a la sala. Le ofreció una silla y luego se apoyó contra la pared, guardando cierta distancia. La piedra seguía sobre la mesa, pero Palmira no hizo ningún comentario. Cuando vio a su marido, no pudo evitar abrir la boca. No esperaba aquel grado de devastación. Apenas tenía cincuenta años, pero ya parecía un moribundo, la piel gris, sin apenas resuello, un cuerpo que se vengaba del veneno que le habían administrado durante todos aquellos años.

—Hola, Diego.

—Hola..., Palmira.

Durante unos segundos no supieron qué decir. Era un silencio lleno de todo lo que no se habían dicho, de lo que jamás se dirían. De lo que querían decirse pero no sabían expresar. No había hostilidad, solo impotencia, falta de convicción.

—Te veo bien.

—Es mentira, pero gracias. Tú sí estás bien.

Diego recordó la aflicción, el amor, los celos mientras vagaba por la casa cuando ella se marchó con las niñas. El desconsuelo al ver los armarios vacíos, su olor. Las noches esperando su vuelta, sus ruegos íntimos entreverados con la incapacidad para ir a buscarlas.

—¿Cómo están las niñas?

—Bien, estamos bien.

Palmira le contó lo que había sido de ellas durante todo ese tiempo. En segundo plano, ella volvió a sufrir la soledad de los días posteriores. Intentó ordenar los recuerdos en una secuencia integral, perfecta, pero los fogonazos se confundían en su mente.

—¿Por qué has venido? —le preguntó Diego a bocajarro.

—Tienes que hacer algo.

—¿Y qué quieres que haga?

—Diles que no estabas aquí, que no tienes nada que ver.

—No tengo nada que ver.

—Tienes que darles pruebas.

—No me acuerdo de lo que hice ese día.

—Invéntate algo, encontraremos la forma de ayudarte.

—No me importa lo que piensen.

—Diego, te van a matar.

Nicolás aguardó a la reacción del maestro, pero no hubo nada, como si los pensamientos se extinguiesen unos a otros. Hubo un deje de melancolía en su respuesta.

—Será lo que tenga que ser.

Los rasgos de Palmira se contrajeron en una mueca de desprecio.

—No eres más que un egoísta. Siempre lo has sido. Nunca has querido a nadie; a mí no, desde luego, solo deseabas que te librase de tus miedos, de tu soledad. Eres débil, Diego, no sé por qué tardé tanto en darme cuenta. Débil y egoísta. Ni siquiera te importan tus hijas. Has vivido demasiado, si fueras un perro, alguien te habría sacado ya a la calle y habría acabado con tu agonía —Palmira se levantó, miró a Nicolás; habló con voz cortante, aburrida—. No sé qué hacemos aquí.

El número comprendió que algo se había detenido. Para siempre. Y dio gracias por que él podía volver a su casa, donde su mujer le tendría la cena guardada. Después se metería en la cama, se acurrucaría junto a ella y se dormiría. Gracias, pensó, gracias.

—Tiene que volver a la celda, Diego —dijo.

—Espera.

Nicolás se quedó a medio camino cuando el maestro se puso de rodillas, con los ojos humedecidos. Empezó a llorar, no era capaz de hablar, pero lloraba por todo lo que había pasado, por los años perdidos, por las veces que había maltratado a la gente. Le dolía el cuerpo, le dolía como si le hubieran tenido crucificado, y solo pudo articular un «lo siento», una y otra vez, lo siento, lo siento. No encontraba otras palabras, e incluso aquellas no bastaban para expresar lo que sentía. Porque las palabras no pueden abarcar los sentimientos más intensos, esos que no se pueden compartir, esos que debemos sentir solos. Palmira se arregló el pelo; respiraba agitadamente, pero en sus ojos ya no se podía leer nada.

—Le espero fuera —le dijo a Nicolás dándole la espalda.

Las vacas mugían de cuando en cuando, haciendo sonar sus cencerros. Le tranquilizaba ver rumiar al ganado. Desde que recordaba, Mauricio Retuerta había estado rodeado de él. Le había dado de comer, lo había ordeñado, había corrido detrás, incluso lo había ayudado a parir. Fumaba apoyado en una de las empalizadas que cerraban su finca, inhalaba con fuerza el tabaco. Le venía bien un poco de calma, especialmente en aquellos últimos días en que se sentía extraño. Antes creía saber cómo debían ser las cosas, pero ahora no estaba tan seguro. Últimamente no dormía bien; la cruda y áspera realidad de estar vivo seguía gustándole, pero desde que había entrado en el chozo no había dejado de pensar en aquellas paredes de piedra, en la luz fría de las estrellas punteando el hueco donde el techo se había desplomado. En su interior habían brotado de nuevo errores del pasado. No albergaba odios, resentimientos ni enemistades tan intensos como para llevárselos a la tumba.

Arrepentimientos sí, claro, solo los imbéciles no tenían nada que lamentar, alguna vergüenza, alguna culpa. Sin embargo, Mauricio había tratado de soslayar las suyas haciendo lo que creía que debía hacer, y haciéndolo de la mejor manera posible. Era un hecho que la paz surgía de la lucha, no de la razón; para instaurar su revolución habían sido necesarios la sangre y el fuego, así había sido desde siempre. Y su revolución traería la justicia y la libertad, una revolución ganada con la espada y no con la moderación. Ahora creía que había sitio para cierta ecuanimidad, se habían ganado el derecho a decidir el mundo que querían, fabricarse un futuro a medida, y mientras la mesa del banquete estaba puesta para ellos, los otros, los que habían perdido, tendrían que conformarse con las sobras. Así lo había querido Dios. Pero aquel camastro impregnado de sangre le había remitido a una realidad, también divina, en la que los hombres eran libres para elegir la salvación o la condena. Era su indelegable responsabilidad, una libertad que permitía que el mal anduviese suelto por el mundo. Y cuando vio «aquello», un detalle sobre el que había guardado un obstinado silencio, se encendió en su interior una duda que ardía y ardía: ¿también somos libres para sacrificar inocentes?

—¡Jefe!

Mauricio miró a su izquierda; a unos cincuenta metros, Expósito le avisaba para que mirase hacia el este. Caminando en su dirección pudo distinguir a un hombre con sombrero, camisa y gafas ahumadas. Cuando le reconoció tensó la espalda, pero no se sorprendió en absoluto; en su fuero interno no hacía más que esperarle. Aquel capitán había leído en sus ojos todas las tensiones que le oprimían; no sabía hasta qué punto le había calado, pero lo había hecho sin ningún género de duda. Se arrepintió de haber hecho caso a Nicolás y haberse enfrentado a él.

—Buenos días, don Mauricio.

—Buenos días, capitán.

Mauricio sonrió, tenía un diente montado sobre otro; Arturo pensó que era uno de esos tipos en cuya forma de sonreír siempre había un desafío o una amenaza. En todo caso era un tipo autosuficiente; los informes que le habían remitido hablaban de un individuo hecho a las bayonetas de los legionarios y las gomas de los cabileños, sobre todo en Navalmoral de la Mata y Guadalupe, que al terminar la guerra había vuelto a gestionar su hacienda, con un entorno familiar estable y buenos contactos.

—¿Tendrá algo de beber? —se quitó las gafas y entrecerró los ojos para mirar el sol clavado en el cielo—. Se lo agradecería.

—Hoy no le negaría un trago ni al mismísimo Satanás.

Se inclinó junto a la base de la cerca y de un macuto sacó una cantimplora. Arturo bebió con avidez.

—Qué buena.

—Nada mejor que el agua cuando hay sed.

—Cierto. ¿Son suyas? —Arturo señaló el ganado con la barbilla.

—Sí.

—Hermosas. Me han dicho que todo esto también le pertenece.

—Un pedazo —señaló de un punto a otro.

—Buenas tierras.

—Lo son.

—Con esta sequía, tiene usted suerte de que el río pase cerca —Mauricio se limitó a cabecear—. Ahí es donde tenía que estar yo, pescando tranquilamente.

—Pero tiene usted trabajo. ¿Cómo va la investigación?

—Sigo buscando más... —se rascó la cabeza— perspectiva. Quizás usted me pueda ayudar.

—Ya me parecía que no venía a admirar mis reses —sonrió.

—Sus animales son espléndidos, podría pasarme horas mirándolos. Por desgracia, hay una obligación que nos afecta a todos. Me han contado que también a usted le impresionó mucho lo del chozo.

—¿Quién se lo ha contado?

—La gente habla. Y cuando le vi parecía afectado.

—No sería cristiano permanecer indiferente ante esa fechoría.

—Pero usted ya ha visto de todo.

—Si se refiere a nuestra cruzada, sí, igual que usted.

—Yo también he visto cosas, por eso un poco de sangre ya no nos asusta. O a lo mejor es que vio usted algo que a mí se me escapó.

—No sé qué podría ser.

—Usted fue el primero que entró, y estuvo un buen rato. A lo mejor vio algo que luego, durante el registro, pudo haberse... desvirtuado.

—Si está insinuando a que me quedé con algo, o lo oculté, no veo por qué habría de hacerlo.

Arturo cuidó el énfasis.

—No me malinterprete, no creo que tenga que ver con esa muerte. Pero le he dado muchas vueltas a este asunto. Don Mauricio, usted se parece mucho a mí, los dos hemos visto y hecho cosas, y no todas irreprochables; sin comerlo ni beberlo, te ves inmerso en un mar de errores, carencias, mala voluntad y disparates. Pero Dios nos ha hecho imperfectos, y no hay nada de malo en ello. ¿Y cómo contarle esto al resto, a quienes no lo han vivido? Las palabras son meras convenciones, es imposible compartirlo. ¿Por qué está usted en el somatén?

—¿Cómo? —la pregunta pilló por sorpresa a Mauricio.

—Podría usted vivir tranquilamente, cuidar su hacienda, dedicarse a disfrutar de su familia.

—Es mi obligación como español.

—¿Alguien se la ha exigido?

—No, pero...

—Pero tiene la sensación de que la vida ya no tiene la misma intensidad, y por eso busca emociones. También a mí me sucede, créame, tengo la impresión de que

nunca más volveré a sentir lo mismo, o que serán sensaciones más pequeñas, mínimas. A veces, incluso despreciables. Y he pensado... que lo que nos sucede a nosotros le pasa a más gente, personas a las que conocemos o que intuimos que podrían buscar esa intensidad a la que se acostumbraron.

—Le entiendo. Podría ser que tuviera nombres en la cabeza, pero existe una cosa...

—¿Sí?

—La lealtad.

—Qué idiota soy, la lealtad... Es valiosa, por eso es tan importante no convertirla en un vicio... Le voy a contar una cosa...

Mauricio escuchó las teorías de aquel capitán sobre la venta de niños; acerca de una araña que se movía de punta a punta del país, tejiendo sus hilos transparentes; sobre viejos lobos que perdían el pelo, pero no el instinto. Aquel era un papel imprevisto y difícil para él, bajo la superficie sintió una corriente emocional, su mente comenzó a llenarse del humo de una época tan despiadada como exaltada; el miedo, el odio, silbidos metálicos, sombras recortadas contra el resplandor de las llamas, gritos y gemidos, un torbellino de angustia y poder, el sentimiento de la fuerza propia unida a la de los compañeros, la alegría, inexplicable, misteriosa. Mauricio volvió a escuchar a aquel capitán que ahora le recordaba que sí, que podía ser que alguien cambiara su naturaleza, pero incluso la Biblia reconocía que los cambios de este tipo suelen tener un carácter milagroso. Sin embargo, también aquel Arturo Andrade entendía lo que significaba avanzar solo, en la oscuridad, sentir la debilidad, el pánico, hasta que alguien te tocaba en el hombro y te ayudaba a vencer el miedo, experimentar de nuevo la fuerza del grupo, la suma de unos breves acontecimientos que se asemejaban a una vida entera. Todas las sensaciones se alteraban, y se crea una deuda, un vínculo que se estrecha en la lúgubre uniformidad de los meses y días posteriores, en las horas que se dilatan y en los segundos que te aplastan. Un vínculo que se resiste a deshacerse incluso ante la visión de aquellos nudos. Aquellas cuerdas cortadas en el suelo, y aquellos nudos, característicos, que solo había visto hacer a una persona, un hombre siempre en el límite, mucho más allá que él o que ninguna otra persona a la que hubiera conocido. Nudos que habían servido para inmovilizar una época en que lo atroz se había vuelto familiar, prosaico. Algo que no se podía compartir con madres, hermanos, esposas o hijos, secretos del alma que no se podían desvelar, aunque se deseara fervientemente.

—Un huevo cocido.

La inesperada frase de Mauricio hizo callar a Arturo.

—Capitán, un solo huevo cocido puede cambiar tu vida. Si estás muriéndote de hambre, y tienes fiebre, y no hay suministros, y todo el mundo cree que estás desahuciado. Alguien puede coger su propio huevo, uno que ha guardado, que ha mantenido entero contra viento y marea. Y lo hierva, le quita la cáscara, lo pela y te lo da trocito a trocito. Esa generosidad, ese profundo acto de generosidad del cual

quizás esa persona no se acuerde nunca más. Eso puede cambiar tu vida. Capitán.

Arturo abrió la boca, pero de sus labios no salió sonido alguno. Le dio la mano a Mauricio.

—Cuídese.

Se dio la vuelta y se alejó sin prisa.

Valentín estaba agarrado al teléfono. Hablaba con su apostador, quien le iba narrando cómo habían ido las carreras, los porcentajes, los nombres de los caballos. Mediante sus palabras convocaba las enormes tribunas, las colas en las apuestas, los marcadores, la alharaca de pitidos y quejas y exclamaciones, los jinetes apoyados sobre los cortísimos estribos, el oro, el azul, el verde, los animales que se resistían a entrar en los cajones, la muchedumbre que contaba los minutos para la siguiente carrera, angustiados, inspirados, sonrientes... Valentín estaba tenso, llevaba perdido mucho dinero, demasiado incluso para las cantidades a las que estaba acostumbrado. Pero no cejaba en su empeño por recuperarse; siempre quedaba la última apuesta de ese día, la que le haría aliviar aquel malestar, desactivar la angustia, la que le permitiría unas horas de calma. Sonó un timbre característico y los músculos soberbios de los animales comenzaron a trabajar rítmicamente, las cabezas ladeadas bajo la presión de las riendas, los anteojos siguiéndolos, la muchedumbre aullante, el clamor creciendo con la incertidumbre.

Cuando el día anterior Manolete recibió la estatua en el chalé de su amigo, en Ciudad Lineal, pudo estudiar detenidamente al conductor. Lo hizo con discreción, tras unos visillos. Lauro era un individuo pequeño, simpático y locuaz, que no dejó de hacer bromas mientras descargaba las líneas clásicas de una Venus, lo que no ocultaba una mirada escrutadora que no dejaba de curiosear. Manolete se quedó con la copla. En ese instante vigilaba desde su vehículo la camioneta, aparcada en la esquina del frontón. En los últimos días se había convertido en un experto en estatuas antiguas: discóbolos, aurigas, Dionisos, Afroditas, sátiros, victorias aladas, Apolos... Con cada entrega, lo único que le quedaba claro era que aquellos griegos eran todos unos cachondos, siempre en bolas, buscando la manera de metérsela unos a otros. Claro que era normal que estuviesen emborricados, viendo todo el tiempo tetas, pollas y culos. De lo más normal. Incluso a él se le ponía como el cemento con algunas maniqués, ¿cómo no iban a calentarse los griegos aquellos? Quien no tenía tanta gracia era Rubén Iniesta, alias René, el propietario de la Chevrolet, un buscavidas hijo de un guarda forestal enchironado por actividades sindicales, que había comenzado de chatarrero y ahora andaba con traje de rayas y leontina de oro, mezclado en todos los negocios, sucios y legales, que podía amañar. Contratas, cemento, hierro, penicilina, cartillas de racionamiento... Aquel individuo había

pateado suficientes despachos como para saber de sobra que estaba recomendado, pero a lo mejor se le había ido la mano con su empresa de «transporte infantil». Niños, pensó Manolete, no entendía por qué hacían tanta gracia los niños; comían, cagaban, se meaban, lloraban, había que jugar con ellos... No, no acababa de comprender por qué la gente quería tenerlos, pero si se decidía uno, había que apechugar con ello. Eso de que se murieran de hambre o utilizarlos como si fueran muñecos no tenía perdón de Dios. Se sacó la medalla de la Virgen y la besó con devoción. Luego se dedicó a imaginar cómo sería el coño de la estanquera.

Pasó el tropel de caballos, cuartos traseros que se contraían y se estiraban, y un vasto murmullo se extendió por el hipódromo, roto esporádicamente por las exclamaciones de júbilo de los que habían acertado. Fogonazos de las cámaras, dividendos, jinetes vestidos de seda de colores, caballos que dejaban caer bostas verdes y humeantes, resoplidos, cabezadas, miradas admirativas, envidiosas. Valentín se derrumbó en una silla, temblando, congestionado; el teléfono quedó balanceándose del cordón. Mientras le narraban la carrera era como si las palabras fueran por un lado y su significado por otro. ¿Por qué? ¿Por qué había apostado por aquel y no por aquel otro? Lo había decidido en un último arranque de nefasta inspiración tras comparar meticulosamente recortes de periódico, tiempos, distancias, pesos. Aquel caballo no podía perder, ¡pero había perdido! Aquella había sido su última oportunidad de enjugar las deudas y librarse de los prestamistas. Notó un vacío en el estómago, se sintió desdoblado, como si aquello estuviera sucediéndole a otra persona; la angustia era de tal intensidad que no dejaba sitio para ningún pensamiento coherente. A partir de ese momento no había más crédito ni gracia, sus acreedores no tendrían piedad y su cuerpo aparecería en cualquier descampado, con signos de un sufrimiento inimaginable. A la mierda el juez, pensó, a la mierda el juez y sus amigos degenerados y sus advertencias y aquel capitán de los cojones. Había una salida, un encargo al margen de sus tejemanejes con el viejo, montones de pesetas, solo tenía que hablar con Iniesta, él era cabal, un hombre de negocios, y este le daría beneficio, plata sin riesgo que compraría también su silencio. En uno de sus vaivenes cogió el auricular, se puso en pie, buscó en su cartera los números de teléfono e hizo un par de llamadas.

Qué lento pasaba el tiempo, consideró Manolete. Siguió vigilando la camioneta hasta que, súbitamente, se acordó de Virgilio. Hacía mucho que no pensaba en él. ¿Qué sería de su estampa? Había sido un buen camarada en Rusia, pero nadie le dio noticias de él en Madrid. Y pensar en él le llevaba inevitablemente a pensar en Berlanga. Aquella historia se la había contado al teniente, que le había escuchado con pasmo y curiosidad. Virgilio estaba destinado en el gabinete de censura de la estafeta,

revisaba cientos de cartas, hasta que un día leyó la del guripa Berlanga. Era la típica carta a la novia, Marilú se llamaba, pero bien garabateada.

—Vamos, que no es de esos que te ponen por ti cruzaré los mares y subiré a la montaña más alta y al final te coloca que mañana estaré bajo tu ventana si no llueve... —le dijo Virgilio.

Manolete sonrió.

—Claro que la gachí también debe de valer la pena —añadió Virgilio—, una de esas morenazas a lo Romero de Torres.

Con el tiempo fueron enterándose de su vida y le cogieron ley. El asunto se alargaba y llegó a ser como uno de esos folletones por entregas que te enganchaban y cuyo próximo capítulo esperabas como agua de mayo. El tipo estaba enamoradoísimo, la Marilú aquella incluso tenía unos poderes para casarse que le había dejado Berlanga antes de partir al frente, para ejecutarlos si le herían o la cosa se ponía fea. Vivía en una nube pensando en su regreso, pero resultó que la nube era muy negra; en las últimas letras empezaron a notar que algo había cambiado. Las de ella eran cada vez más frías, más distantes; se les puso la mosca detrás de la oreja, claro que Berlanga no se olía nada.

—Él sigue como un bendito, que si los hijos que van a tener, que si la casa en que van a vivir, que lo felices que van a ser...

Hasta que un día pasó lo que tenía que pasar. Llegó una carta, en un papel color azul como el que utilizaba ella. Y le contaba que se sentía muy sola, y que había conocido a otro, y que le quería pero que tenía que mirar por su futuro, y esto y lo otro y lo de más allá. Más antiguo que el fuego. Pero ahí entró Virgilio, dijo que no podían darle aquella carta, no en aquellos momentos, ya que le iban a destinar a una posición jorobada y, conociéndole, aquello sería buscarle la ruina. Estaba seguro de que sería capaz de desertar o mismamente de pegarse un tiro.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Manolete.

—Lo único que podemos hacer es...

El conductor salió del frontón y cortó abruptamente sus ensoñaciones. Arrancó la camioneta y Manolete se pegó a ella. En un principio parecía un encargo más, incluso cuando tomaron la carretera del Pardo y salieron de Madrid. Pero al dejar atrás Segovia y continuar avanzando, Manolete tuvo la sospecha de que en aquella ocasión sería algo diferente.

Mencía había pasado todo el día inquieta. A medida que el crepúsculo iba borrando contornos y contrastes, el agobio se iba intensificando. Había enviado a sus hijas a recoger unos kilos de harina que había podido mercadear en un molino, pero ya tendrían que haber estado de vuelta. Por muy despacio que caminasen, por muchas distracciones que hubieran encontrado, ya deberían estar en casa. Era el mismo estremecimiento que había experimentado años atrás, cuando la mayor se extravió en

una feria y Mencía, durante las horas que estuvo perdida, sintió como si le hubieran arrancado una pierna. Recordaba la angustia, la incredulidad, la sensación de injusticia. Cuando la encontraron sentada en un puesto de dulces, rompiendo un enorme caramelo con los dientes, al cuidado de dos mujeres, la apretó contra ella con una sensación de alivio físico que jamás había pensado que pudiera existir. Todas las contingencias le hervían en la cabeza, y los razonamientos en contra no la aliviaban. El cansancio iba deshaciendo su rostro. La oscuridad fue cayendo hasta que ya fue infranqueable para los ojos.

## Llegan cuando las luces se apagan

*Nunca sabía si era de noche o de día. Y siempre estaba cansada, con sueño. Me tuvieron encerrada en aquella habitación, y en ningún momento me dejaron salir. Tampoco se oían voces ni ruidos. La comida me la dejaba un hombre con una máscara. Cuando le preguntaba dónde estaba y por qué no podía ver a nadie, se limitaba a mirarme con sus ojos inexpresivos y a señalarme el plato. Para entretener el tiempo recordaba a Josefina, el día que pintamos de colores la cáscara de un caracol, el miedo que se nos enroscó en el estómago cuando subimos a un árbol, más intenso a medida que ascendíamos por el enramado vertiginoso, el paisaje que se vislumbraba desde la copa. También tenía sueños, pero cuando me despertaba se habían disuelto en mi memoria, solo quedaban trazos, vestigios indescifrables. Quizás porque había visto más cosas de las que quería recordar, algo de lo que me quería esconder, sobre todo un retumbar, un bramido al fondo que me hacía despertar siempre. Empecé a desarrollar ciertos ritos, a pensar que si ponía los objetos en cierta posición, o si repetía palabras en determinados órdenes, lograría conectar el mundo real y el mundo que deseaba. Eran actos de fe que lograrían devolverme a Josefina, hechizos que bastarían para abrir aquella puerta y permitirme escapar. La idea de nosotras dos bajo el mismo techo, compartiendo a sus padres, con sus rutinas normales y unidos todos por lazos de afecto, provocaba en mí ráfagas de placer. Porque todavía albergaba esperanza.*

La pareja de policías llegó temprano. Arturo había pernoctado en Arroyo de la Luz, quería mantener una distancia prudencial respecto a los hechos y lugares para reflexionar sobre su lista de certezas, si es que había alguna. No obstante, se las arregló para estar presente cuando sacaron a Diego Peinado de la celda. Las esposas resaltaban a aquel hombre sin atributos; ¿cuál había sido la causa de sus equivocaciones?, ¿dónde había perdido la capacidad para enfrentarse a la vida, el honor? Ahora solo era el animal más débil, de quien todos se alimentaban. Cuando lo introducían en el coche, el maestro dio un traspié, seguido por las miradas de Salvador y Nicolás. Aquello beneficiaba a casi todos. Mientras el cabo ultimaba las gestiones, Arturo observó a Nicolás, que ya no era capaz de devolverle las miradas con insolencia. Se acercó a él deliberadamente tranquilo y le entregó una de las cartas que había escrito.

—Esto se ha acabado —afirmó categórico.

Nicolás no levantó los ojos. Sabía que los molinos del sistema habían empezado a funcionar, y pocos se mostrarían dispuestos a detenerlos o a involucrarse más a fondo. A partir de aquel momento, las luces y las sombras legales y morales se alternaban, y por su bien debía mantenerse lejos de enredos, alicientes o expectativas. Salvador vio cómo el coche se alejaba levantando una cortina de polvo; cuando descubrió a Arturo y Nicolás tan cerca, este ya había escondido la carta, pero quedaba un aura, un rastro de lo que había estado y ya no se encontraba allí. Estuvo seguro de que compartían algo que le era vedado; consideró la posibilidad de no conocer a su subalterno, de verle sin comprenderle, creándole una personalidad seguramente falsa, fruto de su imaginación. Se acercó a la mesa donde estaba la piedra, la cogió y la lanzó fuera del cuartelillo.

—Ya estaba harto. Bien, capitán, parece que le han ahorrado trabajo.

—Yo no veo que haya nada firme.

—La cárcel de Cáceres lo es, se lo aseguro.

—Aún me quedaré un tiempo por aquí.

—Como usted quiera. Nosotros hemos de hacer una ronda, ¿nos requiere para algo?

—Quería saber una cosa.

—Usted dirá.

—Respecto a Mauricio, me preguntaba si en algún momento han observado alguna conducta extravagante o pensamiento incoherente en su trato con él.

Ambos guardias se miraron con idéntica perplejidad, coincidiendo en su negativa.

—¿Y qué me dicen de sus amigos? ¿Tiene alguno especialmente cercano? Me refiero a camaradas de guerra.

La reacción fue también indecisa.

—Está bien, gracias. Pueden ir a lo suyo.

Arturo bebió un vaso de agua y vio cómo se guarnecían para salir. Se despidieron, se sentó en una silla, permaneció con la vista fija en la calle. Neurosis. Cinismo. Desencanto. Olvido. En mayor o menor medida, todos se hallaban afectados; en cierta manera era una garantía de que la vida proseguía, pero ahí fuera había alguien que era una isla. Un lugar radical donde solo contaban sus propias expectativas, miedos y obsesiones, sin llegar nunca a ser alcanzado por el resto de hombres. Una locura hermética e invisible, agazapada bajo los ropajes del decoro y la virtud patrióticas. Ya quedaba menos para romper la baraja. Menos para entrar en el frontón, para tener unas palabras con el tal Iniesta, para acorralar a Valentín Antuña. Y empezar a apretar el tiempo que les dejasen; y conseguir lo que pudieran, lo que estuviera a su alcance. Posteriormente deberían reconciliarse consigo mismos, y engañarse para creer que fuera cual fuera el resultado, era todo lo que podían haber logrado. Se levantó. Recorrería otra vez las sierras, los barrancos, las cañadas, los bosques, las vaguadas... en torno al chozo. Para intentar amortiguar un cierto malestar, un resto de vergüenza. Algo que podría llamarse conciencia.

A Lauro le dolían las almorranas de conducir tantas horas, pero la paga no era para pensárselo. Cada vez que tenía uno de aquellos mandados ganaba más que todo el mes repartiendo bustos griegos, trapicheos incluidos. Ya no era joven, y no estaban los tiempos para andarse con melindres. Preguntas, las justas; con el señor Iniesta ya se sabía cómo eran las cosas, cumplir y cobrar. Ya había hecho seis «encargos especiales», como los llamaban, y no se planteaba el destino que les aguardaba a aquellas niñas; claro que le daban pena, sobre todo verlas tiradas en la caja, deslavazadas, pero era lo que había. Antes de subirlas ya les habían dado un bebedizo para que fueran cabeceando, y a la media hora paraba y se cercioraba de que se habían quedado roques. Si por cualquier cosa debía exponerse, tenía un pasamontañas para cubrirse el rostro. Estaba terminantemente prohibido tocarlas salvo en caso de extrema necesidad, eso se lo había reiterado el señor Iniesta, pero qué pensaban que iba a hacerles, él era un hombre decente, nada que reprocharle. En caso de registro, también lo tenían organizado. En una ocasión le habían parado en un control e hizo lo que había mandado el jefe, mostrar un salvoconducto que ponía firmes a todo el que lo leía. Miró el aceite, andaba justo pero ya estaba cerca de su destino. Haría noche y al día siguiente recogería el paquete; únicamente sabía dónde se lo daban y dónde debía entregarlo, todo de manera anónima, y a poder ser sin contratiempos. Echó un vistazo por el retrovisor; aquel coche parecía seguirle desde Madrid, no era probable que estuviese relacionado con el encargo, pero le habían repetido que paso corto y mirada larga, no fuera a ser, así que en el puerto pararía en algún sitio para asegurarse de no tener a nadie en la cola. Aprovecharía también para untarse unguento en las almorranas, hacía ya dos horas que se había detenido por última vez y ya habían empezado a cantar por soleares.

Manolete ya le había cogido el tranquilo. Mantener la distancia, soltar y recoger cuerda, dejar creer al conejo que campaba a sus anchas. Se había llevado una mezcla de Chocolate Doping, el brebaje de chocolate con vodka y anfetaminas que utilizaban durante la guerra para mantenerse despiertos. La euforia y la energía que le proporcionaba eran suficientes para elevar un cohete; los únicos problemas eran la espalda, que crujía por la postura, y entretener el tiempo para que no se le fuera la olla. La última media hora se la había pasado considerando las posibilidades que tenía con la estanquera, pero por esos extraños pasadizos que existen entre las cosas, Virgilio había regresado para seguir contándole la historia del guripa Berlanga y su novia Marilú, mientras el teniente le escuchaba atentamente.

—No, Manolete, te digo que no podemos darle la carta a Berlanga. No ahora, lo van a destinar a una posición jorobada. Conociéndole, eso sería buscarle la ruina, sería capaz de desertar o mismamente de pegarse un tiro.

—No será tan grave —arguyó Manolete.

—Sí, sí lo es, tú no leíste las cartas. Para Berlanga esa mujer lo era todo, era... — aquí Manolete se enredó mirando al teniente.

—El futuro —le ayudó Arturo.

—Y más —completó Virgilio—. Tú no lo entiendes, Manolete...

Yo sí lo entiendo, pensó Arturo, una mujer que te otorga un aquí y un ahora, una patria, una razón; un hombre que se agarra a la escritura en un intento de salvación personal, que vive por delegación.

Amor.

Nostalgia.

Incertidumbre.

Ilusión.

Y la cruel e innecesaria alianza del tiempo y la distancia, innecesaria porque cualquiera de ellos basta para romper una relación.

—Pues a lo mejor no lo entiendo —concedió Manolete—, pero el follón lo tenemos igual. ¿Y qué podemos hacer?

—Sí, ¿qué hicisteis? —preguntó Arturo con precipitación.

—Pues al final Virgilio decidió hacerse pasar por Marilú.

—¿Cómo?

—Sí, Virgilio guardaba sus cartas y escribía otras nuevas —lo dijo como quien confiesa una culpa más que una virtud.

—Pero ¿y la letra? Es imposible que Berlanga no notase la diferencia. ¿Y qué me dices del papel?

—A Virgilio se le daba muy bien falsifi... esto, imitar la escritura de la gente —remedió—, y consiguió unos pliegos iguales por valija. Luego abría los sobres, copiaba la carta de la gachí haciendo los cambios que hubiera que hacer, y después la sellaba otra vez con una de las bandas de cierre de la censura. Y mientras dura, vida y dulzura.

—Pero esa era una solución de patas muy cortas.

—Ya. Por eso no sé si Virgilio ameritaba la Laureada o una tunda.

—Y ese Virgilio, ¿hasta cuándo pensaba estar así?

—Hasta que mataran a Berlanga.

—¿Y si no la palmaba?

Manolete se encogió de hombros. No sabía qué contestar. Con el fregado que tuvieron después les perdió la pista a Virgilio, a Berlanga y casi pierde el pellejo con los ruskis. De repente, se dio cuenta de que había perdido también la camioneta. Tardó sus buenos y angustiosos minutos en tenerla de nuevo a tiro.

Algo tenía que haberles sucedido. Mencía había pasado una noche toledana picando en puertas, por si las niñas se habían quedado a dormir en casa de alguien. Los riesgos y peligros se habían acumulado en su cabeza, anulándose unos a otros en un

crescendo insoportable. Nunca habían dormido fuera de casa, y si de Eulalia, por su edad, podía esperarse cualquier peripecia, de Nieves era inconcebible tal grado de irresponsabilidad. La única explicación era que hubiera ocurrido una desgracia, la sangre no podía desmentirse. Pero resultaba aterrador pensarlo, un dolor que Mencía no podría soportar, lo sabía. En el molino le habían confirmado que no habían llegado a presentarse, y desde allí su sufrimiento se había esparcido por todos los lugares donde podrían hallarse. ¿Dónde estaban? ¿Qué hacían? ¿Tendrían hambre, sed...? Mencía quería estar a su lado, necesitaba darles de comer, lavarlas, consolarlas; se quedaba sin aire solo de pensar que pudieran estar heridas. Los recuerdos la anegaban, sus voces infantiles, los llantos, las sonrisas, las aflicciones; memorias concretas, tangibles, que brotaban tras cada visita fallida y cada negativa. En un momento tuvo que detenerse; la cabeza le daba vueltas, se le nubló la vista y por un instante creyó perder el conocimiento. Entrecerró los ojos, y cuando los volvió a abrir el mundo que su sufrimiento había resucitado había desaparecido. Solo quedaba aquel paisaje cegado por una luz dorada, lenta como la miel. Y una certeza que la había dejado estupefacta: si ellas le faltaban, su sufrimiento no tendría fin. Permaneció quieta, estaba segura de que sus niñas necesitaban un vaso de leche y un trozo de pan; un dolor constante pulsaba en sus sienes, le oprimía el corazón. Todo le resultaba indiferente salvo sus hijas, ni siquiera el recuerdo de Ventura poseía aquella intolerable necesidad. Aquellos años de lucha, la universalidad del bien social, la sangre derramada, los grandes corazones en llamas, el grito libertario..., todo quedaba reducido a cenizas ante la ansiedad de no volver a verlas. No podría perdonarse si les pasara algo, no habría lugar en el mundo que la protegiera de sí misma. Siguió picando en puertas, preguntando en los campos; uno de los que habían estado descolgando perros le confirmó que la última vez que las había visto estaban en compañía de la Guardia Civil. Mencía empalideció.

La sala estaba medio vacía. Desde la galería del público José Antonio Ponce observaba al acusado, Diego Peinado, que mantenía un gesto inexpresivo, la palma de su única mano apoyada sobre la mesa. A pesar de su desastrada apariencia, su actitud era la de quien se había distanciado lo más posible del juicio, se trataba casi de desdén. Ponce había usado todos sus contactos para acelerar los trámites, y en cuanto el maestro ingresó en prisión, esa misma tarde, se dispuso que comenzaran las vistas. La atmósfera era sofocante, el asiento del juez, el estrado de los testigos, la galería del público, las banderas, los crucifijos, todo parecía sudar, un olor a moho lo inundaba todo. El juez Ponce se aflojó la corbata. Si repites mucho la verdad, acabas dudando, recordó, y si repites mucho las mentiras, acabas creyéndolas; para eso estaba allí aquel periodista, para pintar a un individuo turbulento y brutal, y convertir una realidad mediocre en una criatura de leyenda. La condena no la dictarían los magistrados, sino una historia bien contada que le desproveería de su condición

humana como paso previo a su aniquilación. Conocía bien a aquel ejemplar de plumilla, indolente, hastiado, inmune al altruismo, una pieza bien engrasada del mecanismo de legitimación del poder y la dominación. Ellos, el pueblo, lo agradecían; apreciaban un relato en el que refugiarse, un consenso que les permitiese continuar con sus chanchullos, sobornos, enchufes, prebendas. Comenzaba el desfile de testigos, el segundo era un individuo delgado, huraño, nervioso, no parecía cómodo allí sentado, al contrario del día que recibió un fajo para apuntalar una versión espuria. El abogado defensor tomó la palabra, era un sesentón muy cascado, hablaba, se detenía, se miraba las puntas de los zapatos; efectuó una batería de preguntas más pendiente de su próstata que de intentar franquear el sólido muro que había levantado la acusación. Esa mañana, su médico le había diagnosticado que su próstata había aumentado considerablemente de tamaño y que deberían intervenir. Lo que más le costó reconocer, lo que le avergonzaba, era que ya no era capaz de mantener una erección y, tras la constatación de que pronto le extirparían la próstata, vendría el completo final de su vida como amante. Mientras desgranaba las posibles incertidumbres que podrían clavarse como cuñas en la declaración del testigo, sufría por la certeza de hallarse en un cuerpo en deterioro, una vida en que las cosas que antes se daban por sentadas ya no serían posibles. Esperaba afrontarlo sin amargura, con la paciencia con que se dirimen los problemas irresolubles de la existencia. El juez titular intervino para detener una de las estocadas del abogado; se le veía agobiado por su trabajo, lacónico. Estafas, robos, asesinatos, trifulcas... El monótono acontecer de su oficio, por el que estaba claro que hacía tiempo que había perdido la pasión o el interés. Sus palabras, el protocolo, las recapitulaciones se cumplían de una forma cansada. El único que parecía activo era el fiscal de la acusación, un tipo que semejaba compartir genuinamente la indignación del pueblo. Había sido espléndido en la exposición, exudaba confianza, arrogancia, un relato que describía a un monstruo, un degenerado demolido por el alcohol que no había dudado en dar rienda suelta a sus instintos para satisfacer su depravación. El fiscal, estilizado como una cigüeña, meticoloso, escuchaba atentamente a la defensa mientras simulaba consultar unos papeles. Aquel caso era una excelente oportunidad de promoción. Sabía que era poseedor de una voz grave, rotunda, y la chusma habitual con la que tenía que lidiar no merecía ni un minuto de su esfuerzo. Pero aquello era distinto, una rareza; se exhibiría en toda su gloria, recorrería arriba y abajo el tribunal con el codo apoyado en una mano y la otra sosteniendo la barbilla, escenificando lo espinoso y significativo de su labor. Miraría a los ojos del acusado, sonreiría solo para subrayar su estulticia, tomaría siempre notas; acentuaría el acoso cuando hubiera plumillas en la sala, no dejaría escapar ni un síntoma de debilidad, exteriorizaría los enfados ante el menor descuido de la defensa... El derecho no era más que ilusionismo, sacar partido de las limitaciones visuales del espectador. Cuando le llegó el turno de interrogar, estaba preparado para desplegar sus trucos definitivos. En cuanto a Diego Peinado, se mantenía impávido, resignado a que siempre hubiera un montón de

leñadores esperando para hacer astillas del árbol derribado. Después de las atrocidades que había visto, todo aquello le parecía una necedad, igual que gran parte de las cosas que sucedían en la vida cotidiana. Al cinismo del superviviente se le añadía el cinismo de quien se hace mayor, y mientras escuchaba el runrún del proceso, se le ocurrió qué sucedería si se quitaba la chaqueta y luego la camisa y les mostraba el tejido cicatrizado del muñón. En su rostro se perfiló una sonrisa que sorprendió al juez Ponce, quien parpadeó con intensidad. En ese momento, entró en la sala un personaje «tan» inesperado. Gabino Cabañas permaneció unos instantes contemplando los bancos, hasta que, con desconcierto, identificó al juez José Antonio Ponce. En cuanto este se apercibió de su presencia, se sostuvieron la mirada un segundo más de lo prudente para luego fingir indiferencia. ¿Qué pintaba Ponce allí?, pensó Gabino. Morbo, curiosidad, el prurito de cerciorarse de que todos los cabos estaban atados... ¿Quién sabía lo que pasaba por la mente del juez? Llevaban tratándose un par de años y todavía no alcanzaba a vislumbrar qué pilares sustentaban su comportamiento. Sin embargo, su presencia en aquella sala no le tranquilizaba en absoluto. Aquel maestro parecía un desequilibrado, enfrentaba aquel juicio como una exaltación, algo vinculado a un sacrificio, en vez de afrontarlo como lo que era, un crimen, un accidente o un error. Y esas circunstancias no aliviaban las noches insomnes que estaba sufriendo; no alcanzaba la serenidad habitual cuando trabajaba, y le era difícil concentrarse en sus negocios cuando cabía la posibilidad de que aquellas crías estuvieran siendo inmoladas. No le hacía sentirse mejor que él no tuviera nada que ver. Últimamente cometía errores, incluso se mostraba desabrido, y lo que era peor, no acababa de importarle, era una nadería ante lo que parecía erguirse ante él. Recordaba en todo momento a aquel niño que en uno de los hogares se le había acercado y le había dado una moneda, la única que poseía, y a cambio le había pedido... un beso. Su única riqueza a cambio de saciar su hambre de cariño. En el estrado proseguían los ritos de la coerción estatal, mientras que al auténtico monstruo, sospechaba Gabino, no lo podían ver. Era algo absolutamente desemejante a ellos, una visión exterior, en el límite, lo posible enfrentado a lo razonable. ¿Cómo habían llegado a aquel punto? Imaginó por un momento que todos los allí presentes pudieran rebobinar su vida, suprimir los errores, los peores vicios, las equivocaciones, esas frases que una vez dichas no se podían borrar y permanecían semanas y meses repitiéndose en la cabeza. Y pensó que de nuevo se darían otros nuevos desatinos, errores y palabras que se encadenarían para depositarlos de nuevo en aquella misma sala. El juez dio un seco y sonoro golpe con el mallet.

Los ronquidos eran largos, sonoros, interrumpidos a intervalos por apneas y ruidos sordos. Rubén Iniesta, alias René, sentado en un ángulo de la biblioteca de la Gran Peña, encuñada entre Gran Vía y Marqués de Valdeiglesias, observaba la cabezada de aquel socio. Aquella era seguramente la secuela de un copioso cocido y media botella

de vino. La penumbra y el silencio de la sala invitaban a la siesta; los lomos de piel de los libros, el olor a tiempo y madera, las letanías en árabe que adornaban los azulejos, las lámparas de latón con pantallas verdes, los muebles trabajados con profusión de estilos. Iniesta no alcanzaba a leer el título del libro que el tipo había colocado en el atril a modo de coartada, probablemente ni siquiera su aletargado lector se había fijado. Cogió el vaso de agua y dio un sorbo. Cualquiera que entrase en la biblioteca descubriría a un individuo fibroso y duro como la teca, de unos cuarenta y pico años, pulcramente vestido, con una barba cortada al estilo «chuletas de cordero» y el gesto de quien ha perdido hace mucho la fe en cualquier cosa pero a veces la echa de menos. Al final de la guerra se había encontrado en una buhardilla, con una madre enferma, un padre en la cárcel, un hermano muerto en Belchite y el estómago sacudido por retortijones de hambre. Comenzó a trabajar en una chatarrería propiedad de un antiguo delincuente liberado por los nacionales; cobraba poco pero había mucho hierro, plomo y cobre que recuperar en los campos de batalla y edificios derrumbados. En todo caso, las pesetas suficientes para sobrevivir con su madre enferma. De ahí había pasado, gracias a los contactos que le proporcionó el metal, a tener negocios con el Ejército, comprando todo tipo de excedentes para reutilizarlos, y más tarde amplió el negocio al estraperlo de productos racionados. El único problema real, pensaba Iniesta, era no conocerse a uno mismo. Si de algo estaba seguro era de que no quería experimentar de nuevo la compasión de la gente, que no era más que una versión educada del desprecio. A esa misma gente que era débil, vanidosa, viciosa, con los años aprendías a calarla, a clasificarla. Aprendías, sí, aunque no tanto como para saber quién te iba a joder y quién no, para tener seguridad y poder relajarte en una melancolía autocomplaciente. Las personas no se acercaban si no era para conseguir un favor, las sonrisas solo servían para aflojar tus defensas, las palabras, para intentar aprovecharse. Y aunque al final la paranoia era su línea de conducta, le había servido para llegar hasta aquel sillón y disfrutar del concierto de una digestión bien cumplida. Dio otro trago al vaso de agua. El vacío era el motor de todo; quien era capaz de llenar ese vacío era quien pasaba a la siguiente etapa. Esa era su especialidad, proveer, abastecer, suministrar cualquier cosa que pudiera solicitar quien fuese lo suficientemente solvente. En ese sentido le había resultado muy lucrativo aquel Valentín Antuña. No solo por los encargos de toda índole, también porque a través de él tenía acceso a los despachos ministeriales, donde, a base de «comisiones», se podían conseguir prebendas y ampliar cupos. Las remesas se enviaban utilizando la tapadera de sus diversos negocios, entre ellos una fábrica de estatuas en Chamberí que le estaba siendo de especial utilidad para aquel chanchullo de las crías. Iniesta no quería saber más de lo necesario, y aunque lo intuía, eso no era ninguna prueba; él era únicamente un mediador, y la mercancía, ya fuera pasta para sopa, aceite, conservas, garbanzos o seres humanos, le era indiferente. La cadena se estratificaba de tal manera que solo se conocía al contacto inmediato, lo que imposibilitaba aprehender la totalidad de su extensión ni la profundidad de sus raíces.

Los empleados conocían a Iniesta, Iniesta, a Valentín, Valentín, a quien fuese, así hasta el receptor final, cuyos planes o intenciones les resultaban inaprensibles. De hecho, esa misma tarde estaba esperando una llamada de Lauro, uno de sus hombres en nómina, para confirmar que el encargo que tenía entre manos marchaba según lo acordado. Ya llevaban media docena, y las ganancias eran sorprendentemente altas a pesar de los riesgos. Valía la pena aunque aquel Valentín fuese un individuo movedizo. A Iniesta no le gustaba ni un pelo todo aquel juego que se traía en el hipódromo, en especial porque él rara vez sucumbía a cualquiera de los vicios que alimentaba en sus clientes. Aristócratas, pintores, empresarios, políticos... Era un sismógrafo de sus deseos y necesidades, los atraía, los adulaba, les proveía, los despreciaba. Porque eran ellos los que permitían que todo siguiese en su sitio, su madre, ya curada, en misa con un velo de encaje de Flandes y un rosario de plata en las manos, su casa en Claudio Coello, una querida en un coqueto apartamentito en Moncloa, y un cóctel esa misma noche para cerrar un par de negocios y cortejar a una chiquita no muy guapa pero bien relacionada en sociedad. A pesar de tener un flamante automóvil, de vez en cuando cogía el metro para recordarse de dónde venía y adónde podía volver si cometía más errores de los tolerables. Con un último y retumbante ronquido, el bendito se despertó de su sueño de cien años.

—Vaya, parece que me he traspuesto...

Manolete llevaba una botella de gaseosa vacía para mear sobre la marcha y no tener que detenerse en ningún momento. También había procurado beber poco, pero finalmente tuvo que desabrocharse la bragueta y, con una mano al volante y otra haciendo malabares, logró enchufar la chorra en el cuello de cristal. El alivio fue cálido e instantáneo; a veces se podía ser feliz con poca cosa. Estaba llegando al puerto de Pajares, hacía unos instantes que no tenía a tiro al conductor; alcanzó la cima y enfiló el desnivel con más lentitud. La grandeza del paisaje: cordilleras solemnes que se elevaban para unir la costa a la meseta, terribles hondonadas, pequeños valles, gargantas, alguna choza que punteaba el profundo verde y el gris macizo. El azul del cielo era más pálido que en Madrid, y las nubes se estancaban en los picachos; Manolete se sintió suspendido por las vistas. Fue la carretera, tan serpenteante como incómoda, la que le obligó a centrar su atención en los primeros kilómetros de Asturias pisados en su vida. Aparte de un par de camiones que ascendían trabajosamente en el otro sentido, no vislumbró ningún otro vehículo; a medida que iba perdiendo altura, la descompresión le causó una desagradable sensación en los oídos. Curva tras curva, la sospecha de que su presa le había dado esquinazo cogía cada vez más cuerpo. No podía haberse distanciado tanto como para no descubrirlo en cualquiera de las revueltas escalonadas, así que sopesó detenerse donde fuera posible. En un giro de la carretera dio con una trocha que ascendía hayal arriba; ralentizó el coche, cuyo motor se había recalentado, y lo encajó en las roderas

hasta quedar oculto por la broza. Salió del coche, vació la orina de la botella y descendió por la senda para vigilar el tramo de carretera. No se sentó, necesitaba estirar las piernas; las drogas potenciaban la percepción de lo que le rodeaba, la intensidad del verde, los castaños rojizos, la línea pétreo de la cordillera festoneada por pequeños bosques, el filo de los picos calizos, las extrañas hendiduras, la caída en los abismos, la plata de los riachuelos que seguían las tajadas, el azul limpio del cielo, de un matiz tan vívido, el olor ácido del bosque, el susurro del viento entre la fronda... La incredulidad de Manolete ante aquella visión casi sobrenatural, su respiración entrecortada. Tuvo una repentina taquicardia e intentó recuperar el aliento, estabilizando el ritmo. Después oyó el ruido de un motor y vio pasar mansamente la Chevrolet. Con un juramento se apresuró hacia el coche, lo arrancó y volvió a entrar en la carretera marcha atrás. A los pocos minutos ligó de nuevo a su presa, aunque manteniendo una distancia mayor. Tras cruzar Puente de los Fierros fueron aterrizando paulatinamente en tierras rasas, y los pueblos y villas, algunos de ecos insurrectos en sus oídos, se sucedían entre perspectivas boscosas, crestas atalayadas, oscuras marcas en la tierra y fábricas cenicientas. En algunas zonas el olor ácido era potentísimo. La llegada a Oviedo le produjo la misma impresión que un historiado bloque gris depositado en medio de un jardín. Los movimientos de su presa eran decididos, con el aval de anteriores visitas, y enfilaron calles bautizadas con el nombre de políticos asesinados y próceres ennoblecidos, dejando a su izquierda la gran mancha verde de un parque.

La calle Uría, señorial y animadísima, dio paso a calles más estrechas hasta que Lauro aparcó su camioneta cerca de Porlier. Entró en un hostel, pagó una habitación y a continuación pidió línea para hacer unas llamadas. Confirmó que había llegado a la ciudad y que a continuación seguiría al pie de la letra lo acordado. Con la segunda llamada se tomó más tiempo, habló con su contacto y estableció la agenda para el día siguiente. Con la tercera, tranquilizó a su esposa diciéndole que había llegado bien y le hizo unas carantoñas. Lauro estaba reventado, pero antes de encamarse necesitaba cenar; cerca de allí había una casa de comidas barata y que servía raciones abundantes. Manolete le vio salir y le siguió con discreción hasta el establecimiento. El conductor cenó maquinalmente, y no tardó en regresar al hostel, desnudarse y quedarse frito. Manolete no tenía hambre debido a las anfetaminas, pero sabía que tenía que alimentarse. Una tortilla, algunos embutidos y media botella de vino después estaba en la calle, con toda la noche por delante y los ojos como platos. Intentó ponerse en contacto con Arturo; al no ser posible, llamó a los números del SIAEM que tenía asignados, ellos le darían recado. Después, nervioso e insomne, empezó a andar por la ciudad. Pasó por calles, pasadizos, travesías; largos bulevares, ante fachadas ennegrecidas y decoradas con escudos. Una extraña iglesia con formas ortodoxas, donde decían que se había casado el Caudillo. Una plaza con una enorme cubierta en forma de paraguas. Un jardín lleno de estatuas de antiguos reyes. Las farolas se encendieron justo cuando estaba frente a las caballerizas del palacio del

Marqués de San Feliz, obsesionado con las tallas de dragones y las efigies de caballos. No sabía cómo se las arreglaba, reflexionó, pero siempre se hallaba lejos de casa. En Rusia, en Berlín, en Madrid, pero también en Murcia. Recordó su regreso a Murcia para ver a sus padres, a su hermano, a sus viejos amigos, los que quedaban. Había intentado mantener la normalidad en las conversaciones, regresar a los lugares comunes, pero las frases ya no poseían la fuerza que una vez tuvieron, la ciudad misma parecía vacía de contenido. En su momento se había apuntado al escuadrismo falangista creyendo que tendría otro hogar; había sido hermoso escuchar a José Antonio aquello de que a las naciones solo las movían los poetas. Ellos, los verdaderos revolucionarios contra los liberales y capitalistas, los rojos, los fascistas...; ellos, los que armonizarían la dignidad humana con la propiedad, base de toda libertad digna de llamarse con tal nombre. Un universo supremo, próspero, equitativo. La revolución pendiente. Ahora, muchos de los antiguos camaradas incluso se habían alegrado del fracaso, porque en el Estado de Franco podían llegar mucho más lejos. Tras quedarse todo en agua de borrajas, los que habían tomado una idea por hogar se habían convertido en nómadas. Y la gente los reconocía, les asustaba su dolor, porque creían que podían contaminar sus vidas y las de sus seres queridos, los querían lejos u ocultos a sus miradas. Sin embargo, siempre le quedaba el cielo para ser feliz, pero, claro, para irse allá arriba primero había que morir, y ¿quién estaba por la labor? Además, allí seguramente habría un montón de indeseables. Regresó al coche jugando a un pasatiempo infantil, cuidando cada uno de sus pasos, «quien pisa raya pisa medalla, quien pisa cruz pisa a Jesús». Entró en el coche, se aseguró de situarlo en un ángulo en el que Lauro no pudiese salir sin ser visto, se acomodó en el duro asiento, echó un trago de su pócima mágica y se dispuso a pasar la noche en vela. Tuvo la esperanza de que hubiese extras en el salario por aquella alborada.

Mencía le estaba esperando en la puerta del cuartelillo. Arturo llegaba cansado después de patearse los alrededores del chozo, pero disimuló sus pocas ganas de hablar y saludó.

—En buena hora, Mencía. ¿Cómo va todo?

—Mis hijas han desaparecido.

Su dureza descolocó a Arturo.

—No se preocupe, mujer, seguro que están por ahí, jugando.

—No sé nada desde ayer, he preguntado en todas partes. Les ha pasado algo.

—¿Y qué quiere que haga?

—Usted está aquí con un trabajo.

—Vamos a esperar al cabo...

—Me han dicho que la última vez que las vieron estaban con él.

—¿Y eso dónde fue?

—Cerca del pinar del Soto, donde cuelgan los perros.

—Será una casualidad.

—¿Me ayudará?

Arturo siempre procuraba devolver las deudas.

—Entre. ¿Ha cenado?

—No tengo hambre.

—Yo sí. Entre conmigo, por favor.

Arturo le ofreció una silla, y mientras él se quitaba la chaqueta y se lavaba las manos, Mencía escudriñó lo que para ella no era más que un lugar maldito. A pesar de su entereza, sintió la congoja de todos aquellos años de vicisitudes. Arturo notó su inseguridad, y cuando se sentó a la mesa con una lata le sonrió.

—¿Seguro que no quiere comer?

—No, gracias.

Arturo pinchó las grasientas anchoas y las colocó entre dos pedazos de pan oscuro, aplastándolas bien. Tras un par de bocados, una mosca gruesa y negra aterrizó sobre la mesa, junto a unas gotas de aceite; en esta ocasión Arturo no le dio opción y la fulminó con un rápido movimiento.

—Son muy pesadas —se excusó—. ¿Cómo va la mano? —indicó el cabestrillo.

—Va curando.

—¿Y el bebé?

Mencía sostuvo su mirada, pero ya no tenía sentido mentir. Bajó los ojos.

—Todavía falta.

—No se le nota nada.

—Usted lo notó.

Arturo sonrió, se encogió de hombros, terminó el bocadillo. En el cielo algunas nubes altas iban cambiando de color en el atardecer, del azul al rojo al gris al azabache, un proceso que nunca hería la retina, siempre inédito y sorprendente. Se levantó para encender la luz.

—Me dijeron que hubo un tiroteo en su casa.

—Los guardias vinieron a hacer preguntas. Había alguien emboscado fuera.

—¿Su marido?

—No lo sé.

—¿Por qué dispararían estando ustedes dentro?

—Tampoco lo sé.

—¿Y los guardias van a menudo a hacer «preguntas»? —miró el cabestrillo.

—Cuando les apetece.

Arturo asintió.

—¿Por qué no lo deja?

Mencía le miró desconcertada.

—¿Dejar qué?

—¿Por qué su marido no se entrega y acaban con esto? Le prometo que les

dejarán tranquilos.

Mencía no pudo ocultar un titubeo. Se rehízo.

—Hace años que no veo a mi marido. Y aunque pudiese hablar con él, no renunciaría a su lucha.

—Tu marido se parece a nosotros más de lo que él querría. No deja de ser un conservador, un rojo conservador. No se plantea nada más allá, por eso es un intransigente, y alguien muy poco original, busca la seguridad de lo conocido, una sola dimensión. ¿Por qué no probar otra clase de vida? Tu marido ya se ha ganado el derecho a traicionar, y si bajase de la sierra, yo os aseguro una existencia tranquila, en otro lugar. Puedo hacerlo, Mencía, y tengo palabra. Las mujeres sois más prácticas que nosotros, más lúcidas, sabéis lo que es importante de verdad.

Arturo observó el vientre de la mujer. Mencía guardó silencio.

—¿Cómo se llamará? Si es niño, quiero decir.

—Tomás.

—¿Y si es niña?

—Alba.

—Me gusta.

Sonaron unas llaves en la puerta y entró la pareja de guardias. Mencía se puso inmediatamente en pie, muy rígida; Salvador, al verlos juntos, no supo a qué atenerse. Nicolás se mantuvo en segundo plano.

—Buenas noches, Salvador —los recibió Arturo—. ¿Cómo ha ido la ronda?

—Buenas noches, capitán. Bien, ha ido bien.

—Hay aquí una ciudadana que requiere sus servicios.

Por unos segundos, nadie tuvo claro cuál era el guion. Se hizo un silencio violento. Arturo decidió cortar por lo sano.

—¿Dónde están las niñas, cabo?

Salvador consideró muchas respuestas, pero el aplomo de Arturo le decidió a abrir la mano.

—Acompañenme. Luego le explico.

La voz de Nieves seguía desgranando el cuento para que su hermana no volviese a llorar. Llevaban encerradas en la oscuridad desde el día anterior, sin agua ni comida. El cabo las había amedrentado para que confesaran cuándo veían a su padre. Eulalia guardó un silencio aterrado, y Nieves la abrazaba para que no se derrumbase; ante su terquedad, Salvador se había exasperado cada vez más, hasta terminar gritándoles «¡ahora veréis, ahora veréis!» con el rostro enrojecido por la ira. Las obligó a caminar delante de él hasta un cobertizo abandonado; el interior se hallaba saturado por un hedor agrio, mareante, mezcla de hierba, ganado y estiércol. Aquí os vais a quedar hasta que habléis, dijo, aquí os vais a quedar. Eulalia temblaba, su miedo era evidente y poderoso, cada poco preguntaba si podrían beber, se quejaba del hambre. Nieves la

abrazaba y procuraba que siguiera flotando en un mar de amor, arrullándola con palabras que la animaban a acercarse a su propio corazón y atreverse a mirar en su interior, sus deseos, esperanzas, temores. Su voz prolongaba la de su madre, era un lugar donde guarecerse, desde allí le decía que podían enfrentarse juntas a las adversidades, al mero acto de crecer. No te voy a abandonar, escuchaba Eulalia entre líneas, siempre estaré aquí para ayudarte, nuestra madre vendrá a buscarnos cuando menos lo esperes. De repente, sonó un forcejeo metálico en la puerta y esta se abrió. Al principio el brillo de las linternas las deslumbró, descubriendo a dos criaturas abrazadas junto a uno de los pesebres, mirando asustadas. Entre la luz sonó un grito de ansiedad que también fue de desahogo. Mencía surgió de la luz casi en estampida y se abrazó a sus hijas entre risas y lloros. Arturo desvió las linternas para que iluminaran la escena indirectamente, y pensó en toda la poesía contenida en aquel acto.

## La carretera de la costa

*La discusión se hallaba en su punto más tenso. Los jefes de las diezmadas guerrillas de la agrupación tenían diferencias, unos abogaban por seguir la lucha en la sierra, otros, por dejarla y dar la batalla a los falangistas dentro de sus propias organizaciones sindicales, otros, por secuestrar a algún terrateniente y conseguir el dinero necesario para marchar hacia la raya de Francia, los consejeros llegados de Francia venían cargados de razones y paquetes de manifiestos para perseverar contra los fascistas, alentando incluso la guerrilla urbana a pesar de su fracaso. En especial, un tipo que no llegaba a los treinta pero que ya lucía una incipiente calvicie, que hablaba un español muy mezclado con palabras francesas que Ventura tenía que descifrar. El gabacho hablaba de «estructuras», aunque no supo si en un sentido de ausencia o de reforzamiento, oyó nombres que no conocía, listas de cosas, una analogía relacionada con buenos y malos tiempos... Ventura estaba cada vez menos interesado en su exposición, y se sorprendió montando diferentes versiones según entendiese los referentes. Aquel individuo le recordó la ceguera de San Antón: quienes la padecían se quedaban ciegos y sin embargo creían fervientemente que veían. Todo se limitaba a contar cuántos estaban contagiados. El Extintor intervino para apoyar al francés, en un gallego cuyo único propósito era mostrar a la dirección que el único jefe firme y leal de la agrupación sería él. Algunos gestos de resentimiento no auguraban nada bueno. Ventura recibió una ráfaga de aire caliente en la cara, un reguero de sudor le caía por la espalda. Se acercó a la cantimplora, sacó un pañuelo, lo mojó y se lo puso entre el cuello y la camisa. Le sorprendía la simplicidad de los acontecimientos, ¿era así como sucedería? Se sintió lejos, como si no acabase de asimilar lo que iba a ocurrir; a punto estuvo de intervenir en la negociación, en su cabeza se multiplicaron las consideraciones de lo que podía pasar o no, cada acto, cada consecuencia. Todo contradictorio. Somos el ariete contra el opresor, la lucha exige actos que repugnan pero que luego la historia justifica, Líster desmantelando Aragón, el olor a jara y tomillo, la invasión de Arán, la República como paso hacia los verdaderos objetivos revolucionarios marxistas, apriscos, majadas, regatos de cristal, desfiladeros, dehesas, crotorantes cigüeñas, alcornoques de piel acolchada, emboscadas, bajas incesantes, nosotros los revolucionarios anarquistas, defensores de la educación del pueblo entero, de la emancipación y del desenvolvimiento más vasto de la vida social, y por consiguiente enemigos del Estado... Ventura consideró si hubo alguna oportunidad de cambiar, registró el pasado, pero no, siempre se trató de sobrevivir, huir a la sierra, alargar la resistencia*

*esperando que los Aliados entrasen en España, pero acabó la guerra y no ocurrió nada, no hubo una nueva etapa, ni legalidad ni redención. También él empezaba a sentir resentimiento. Y pánico.*

Es una joyería inmensa. Manolete recorre las vitrinas de los anillos más caros, tres y cuatro quilates, con hileras de diamantes. Son preciosos, son magníficos, son inalcanzables para su bolsillo. Le gustaría comprar uno, pero sabe que no tiene suficiente. Baja de categoría, los de dos quilates son estupendos aunque impensables, los de un quilate también resultan excesivos, más a tiro pero solo algún día. Vuelve a bajar de categoría, encuentra algo que puede permitirse pero que de ningún modo sería lo que le compraría a ella, lo que piensa que ella merece, lo que está a la altura de sus sentimientos. Hace señas a la dependienta y señala entre unos anillos sencillos uno con un solitario de un cuarto de quilate. La dependienta se lo muestra, sonrío, le dice que es un bonito anillo para una pareja que decide comenzar una vida juntos. Manolete lo observa, le da vueltas, desliza un dedo por la superficie del diamante, se lo introduce en el meñique, vuelve a sonreír. Aunque es mínimo siente orgullo, se dice que es un comienzo hasta el día que pueda conseguir uno grande. Se lo devuelve a la dependienta, que lo introduce en una cajita con una suave almohadilla de raso granate. Espero que disfruten de una larga vida juntos, le dice, ¿y cómo se llama la afortunada? ¿Cómo se llama la afortunada?, repite Manolete, ¿cómo se llama?, no recuerda, no es posible, ¿cómo se llama?, no puede haber olvidado el nombre de su amada, ¿cómo?, ¿cómo se llama?... Manolete despertó. Abruptamente. Notó un sabor podrido en la boca. Un olor a sudor agrio. Irritación. Dolor de espalda. El corazón le retumbaba en el tórax. Todavía no había amanecido. ¿Cómo pudo dormirse a pesar de las drogas? Muy nervioso, comprobó que la camioneta seguía en el mismo lugar. Allí estaba, aparcada, pero no significaba nada. Abrió la puerta, entró en el hostel, se acercó a recepción, mostró la documentación y el conserje se cuadró, hizo una pregunta de la que dependía su dignidad. Cuando el individuo le confirmó que ese cliente no había salido de su habitación, no supo si estallar en carcajadas o llorar. Ya sabe usted, ni una palabra, la seguridad pública está en juego, enfatizó, Luisín Arango, a sus órdenes, aquí estamos para servir, y que conste que yo estuve en la defensa de Oviedo, en Buenavista, no vea la de tiros que pegamos... Pues siga así, le cortó al verlo embalado, buenas noches, buenos días, Luisín le ofreció la mano, una mano artificial, muy blanca. Manolete regresó al coche, no le había gustado exponerse, pero no había otra opción; tras el volante consideró si aquel Lauro le habría pagado al conserje para que le avisara de inquisiciones como aquella, pero si Manolete fuera Lauro tampoco querría despertar sospechas. Ser un cliente habitual era ser un cliente amigable, anodino, predecible. Sin embargo, hasta que no lo vio salir del establecimiento a un bar cercano, no respiró. Amanecía poco a poco, el cielo continuaba azul, soplaba una ligera brisa y había más humedad, se agradecía no estar

en el horno extremeño. Manolete vigiló el desayuno hasta que Lauro entró en la camioneta, arrancó y enfiló hacia la carretera de Gijón. Manolete le tomó la distancia y recorrieron una ondulante cinta entre valles, pequeñas villas, bosques y marismas, hasta un punto en que la costa comenzó a seguirlos, la fina línea donde se tocaban el agua y el cielo. Un aire limpio que olía a sal mezclada con gasolina hizo que Manolete inhalase con fuerza, lentas bocanadas, lo retuviera, exhalase, volviese a inhalar. De repente se abrió una larga playa y condujeron en paralelo a ella, cruzaron un puente, la camioneta se desvió a la izquierda por un pequeño camino de tierra y Manolete prosiguió su marcha por una carretera ascendente hasta detener el coche en una pequeña explanada, cerca de un hórreo del que colgaban pimientos y panochas. Una placa indicaba que se encontraba en Caravia; recorrió el tramo que le separaba del desvío y anduvo por la pista hasta disfrutar de una soberbia perspectiva. La playa era larga, abierta, y a la derecha, al fondo, se levantaba una magnífica casa de indios. Dos alturas en azul y blanco que se elevaban hasta una torre que remataba el lado oeste, con una gran escalera central que conducía a la puerta principal. Se hallaba rodeada por una finca con arbolado del que destacaba una gran palmera cercada por una verja. La camioneta estaba aparcada junto a ella. Manolete descubrió en la fachada el preceptivo emblema del dragón enfrentado por una flecha de la red de hogares del Auxilio Social. Se mantuvo apartado, vigilando la entrada del edificio; vio entrar y salir a algunas monjas, grupos de niñas. Casi una hora después salió el conductor acompañado por una hermana vestida de severo luto que le sacaba la cabeza. La religiosa le acompañó hasta la mitad del patio y se despidieron. Lauro se subió al vehículo, lo puso en marcha y Manolete salió corriendo campo a través para situarse en un ángulo que le permitiese ver qué dirección tomaría. La camioneta traqueteó por el camino de tierra y en la carretera giró a la derecha. Manolete corrió hasta su coche y al salir estuvo a punto de llevarse por delante a otro coche pero presionó el acelerador hasta que tuvo a la vista la camioneta. No tardaron en llegar a Colunga, donde el vehículo se perdió entre las callejuelas de la villa. Manolete aparcó el coche detrás del ayuntamiento y tomó la pendiente por la que había desaparecido la camioneta. La volvió a encontrar aparcada frente a un hostel, Manolete bufó, aquello era el cuento de nunca acabar. Se apoyó contra una esquina.

—Buenos días, usted nun ye de por aquí...

Manolete se sobresaltó por la sorpresiva interpelación. A su lado había aparecido una señora muy mayor, vestida de negro, con las manos surcadas de venas y manchas marrones.

—Buenos días, señora. No, no soy de aquí.

—¿Y de dónde ye?

—Vengo de Madrid.

—Ah, entós ye de la capital.

—Sí.

—Conocerá mucha gente.

—Alguna.

—Yo nun conozco la capital, solo fui a Oviéu alguna vez. Pero entós si conoz gente en Madrí podrá ayudanos.

—¿Cómo, señora?

—Ta cayéndonos el muro la iglesia y nadieipón remediú. Usté podrá decilo a alguien.

—Pero ¿aquí no tienen un alcalde?

—Diz que no tien dinero pero ye mentira, gastalu en fartures y sidres, que selo yo. Y la iglesia cayendo. Venga que se lo enseñe.

—Señora, por favor, tengo obligaciones, no puedo...

La vieja hizo un gesto indicando que se estaban desviando de lo esencial.

—Venga, venga —lo cogió de un brazo con una fuerza inesperada—, no se ponga farrucu, que usté conoz gente en Madrí y si no ponemos remediú va caéi alguna calamidad al pueblu. ¿Qué cree, que estoi haz gracia al Señor?

—No, claro que no.

Manolete no pudo resistirse a la pujanza de la vieja, todo fibra, y se dejó arrastrar. Iba echando vistazos a su espalda por si alcanzaba a ver al conductor.

*Cuando me dijeron que me trasladarían definitivamente con una nueva familia, no recuerdo cuánto tiempo llevaba allí. Podían haber sido dos días, podía haber sido un mes. El hombre de la máscara me cogió de la mano y cruzamos de nuevo el patio; era de atardecida, pero las estatuas relucían en sus gestos congelados, todas parecían observarme. Cuando me metió en la camioneta, cerró la puerta y golpeó dos veces en el metal. Arrancamos y volvimos a rodar un tiempo incontable en el que nos detuvimos dos veces, y ninguna me dejaron salir, aunque lo rogué, incluso lo grité. Cuando nos detuvimos definitivamente, se abrió la puerta y había otro hombre, más pequeño, con el rostro cubierto por un pasamontañas a pesar del calor. Era de noche, estábamos en medio de un mar de olivos, con un firmamento salpicado de estrellas. El hombre me dijo que estuviera tranquila, que pronto me recogerían, yo le pregunté si podría ir a hacer pipí, él me dijo que sí, pero que no fuese lejos, no quería perderme de vista. Busqué un árbol, me agaché y me apoyé en él, estuve mirando la noche, las miles de chispas espolvoreadas, la mayoría fijas y algunas parpadeantes. Y entonces dentro de mí hubo un rumor de fondo, una tristeza que no tenía fuente concreta. Quizás provenía de la forma en que me había mirado aquel hombre, o de que en ningún momento me llamase por mi nombre, o de lo raro que era que mi futura familia me fuese a recoger a un mar de olivos. A lo mejor su finca estaba allí, muy cerca. Se me ocurrió que podía echar a correr, que podía intentar escapar, pero entonces adónde iría. La voz del hombre me urgió a que terminase, y yo volví a erguirme y regresé con él. Me dijo que no tendríamos que esperar mucho, que me sentase o que estuviese de pie, pero sobre todo que me estuviese en silencio.*

*Al poco se vieron los destellos de una linterna, era un hombre alto, también con la cara cubierta, se acercaba a buen paso, como si conociera bien la zona, saludó al conductor, hablaron apartados, en voz baja, el hombre me echaba vistazos cortos. Se acercaron y el conductor me presentó a quien a partir de ese momento se iba a hacer cargo de mí, que le hiciera caso en todo, él me cuidaría. Cómo puedes cuidarme si no te conozco, le pregunté, y el conductor me regañó echándome en cara mi poca vergüenza y que debía estar agradecida porque aquel señor iba a ocuparse de mí cuando la mitad del país se moría de hambre, y así hasta que el hombre le puso una mano en el hombro, se inclinó hacia mí en actitud de respetuosa atención y me dijo, tienes razón, se quitó el embozo y sonrió. Tenía la nariz puntiaguda, voz jovial, continuó diciéndome que le disculpase, pero que había que tomar precauciones, porque quería ser sincero y lo que estaban haciendo no era del todo legal y por supuesto que podía confiar en él. Yo no quería dejar de fingir que todo iba bien, sobre todo porque ya me sentía muy asustada y tenía necesidad de agarrarme a algo. Cómo te llamas, le pregunté, me llamo Javier, me alargó la mano, volvió a sonreír y dijo señalando al conductor, sé educada, despídete de él, me despedí con la mano, y el conductor también hizo un gesto a medio camino entre el saludo y el manotazo. Caminamos entre los olivos; algunos de ellos, ya secos, parecían enormes manos engarfiadas en algo invisible, y cuando comenzamos a subir por la sierra y dimos con una trocha, apagó la linterna y la siguió hasta llegar al claro de un encinar donde había una cabaña. Junto a la entrada se apoyaba una bicicleta sin ruedas, muy oxidada, y Javier dijo que ya habíamos llegado, y al ver mi cara se rio e insistió en que no me preocupara, que aquello era solo un lugar donde dormir hasta la mañana, que entonces podría llevarme con la familia, ahora están todos durmiendo, dijo, no querrás despertarlos, dijo, y yo asentí aunque sabía que estaba mintiendo pero quería creer que no. Sacó una llave y abrió un candado y luego la puerta y con su linterna alumbró un candil, lo prendió con un mechero, y dejó que la suave luz descubriese las paredes de piedra y un orificio en el techo que dejaba ver las estrellas y unos camastros. ¿Tienes hambre?, me preguntó, no, no tengo hambre, ¿y sed?, no, no tengo sed, pídemelo que necesites, me dijo, lo que sea, todavía tendrás que esperar un poco, vendrán a recogerte, tu familia, puedes echarte a dormir, si quieres, esto acabará pronto, me senté en un camastro, así, buena chica. Se despidió y me dejó allí, sola. Me acosté y pude mirar las estrellas a través del boquete del techo, pensé que eran las mismas que en ese momento podría ver Josefina, y eso me consoló. Estuve soñando un buen rato hasta que oí una llave forcejear en el candado, y la puerta se abrió.*

Asturias. A los militares, la palabra Asturias todavía les ponía de mala hostia. Para más inri, dos meses antes se había producido la huelga general de Vizcaya, demasiado cerca como para no temer por unas brasas que nunca se apagaban del

todo. Arturo miró por la ventanilla de aquel tren traqueteante y quebrantahuesos; había sido un viaje de pesadilla, horas y horas en un vagón achicharrado y maloliente, pero en ese momento se estaban adentrando en el verde y plata de Asturias. Las paredes verticales de los peñascos le recordaron un mundo que había pasado por guerras, recesiones, traumas, prosperidad y de nuevo penuria, pero que no había cambiado ni una hoja, ni una piedra ni un sendero de aquella grandiosidad. Al menos existía eso. Esa fe. El resto del tiempo hasta llegar a la Estación del Norte, en Oviedo, lo pasó recapitulando el entramado de tiempo, azar y mensajes telefónicos que le había permitido reconstruir el periplo de Manolete hasta su última comunicación desde un puesto de la Guardia Civil en Colunga. Descendió del vagón con una pequeña maleta, un policía de paisano le estaba esperando en el andén; Amador era un individuo espigado, con el pelo color arena y la nariz aplastada. Le condujo con diligencia hacia un Peugeot, la noche apenas le permitió entrever la ciudad. Arturo ordenó ir directamente a Colunga, y el gesto del policía pudo ser interpretado de igual manera como aquiescencia o incredulidad. En cuanto salieron de la red de alumbrado público, entraron en las carreteras, un par de faros que serpenteaban en la oscuridad y trazaban amplias curvas entre bosques de coníferas. Así se había movido la camioneta la noche de la infamia. Mantuvo una corta charla con Amador a fin de ponerse al día y cogió la prensa que había encargado por teléfono. Lo único que retuvo fueron los resultados de un campeonato de atletismo celebrado recientemente; poco a poco fue sumiéndose en un duermevela que le hizo descansar la barbilla en el pecho y roncar con suavidad. Un par de horas después, el policía le dio unos pequeños empujones, Arturo despertó, emitió un corto gemido y respiró profundamente.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las tres menos cuarto pasadas, capitán.

Se hallaban aparcados en la calle de la pensión que les había señalado Manolete. Unos metros más allá estaba aparcado su hombre.

—Espere aquí.

Arturo se apeó y se acercó al coche con sigilo. Lo mismo hubiera dado llegar a lomos de un elefante, Manolete dormía con la nuca apoyada en el asiento, la boca desmesuradamente abierta y un grueso hilo de saliva arroyaba en las comisuras. Lo miró con curiosidad protectora.

—Manolete, despierta.

Este dio un salto en el asiento y miró aterrorizado a Arturo.

—Teniente, perdone, es que llevamos muchos días...

—Has hecho un buen trabajo —zanjó Arturo—. ¿Sigue ahí?

—Sí.

—¿Por qué no ha recogido a una niña?

—Ni idea, teniente.

—Algo está retrasando la entrega. Ahora tú y yo nos vamos a echar una cabezada,

mañana tenemos que estar frescos.

—¿Y quién va a vigilar?

—Amador, me ha traído desde Oviedo.

—Estoy muerto —reconoció Manolete.

—Venga.

Dejaron el mandado al policía y se dirigieron al puesto de la Guardia Civil. Era un lugar modesto pero no sórdido; les montaron en un almacén unos catres de campaña, que a sus baqueteados huesos casi les parecieron camas con dosel. Cuando se desnudaban, Arturo puso un gesto de sorpresa cuando descubrió que Manolete llevaba ropa interior de mujer. Manolete se dio cuenta de su expresión y se apresuró a justificarlo.

—Calzones de seda, mi teniente. Me acostumbré en Rusia, ya sabe, nos mandaban remesas porque los piojos no agarraban en la seda, y además no rasca.

Arturo sonrió para mostrar comprensión, aunque con cierta reticencia. En cuanto se echaron en los camastros, se quedaron fritos.

La mancha imprecisa fue concretándose en un rostro cenceño tocado por un tricornio. Arturo había sentido la mano que meneaba su hombro y se había despertado. El número le recordó que le había ordenado despertarlos a las cinco horas; Manolete aún dormía profundamente, pero no tardó en estar listo. Se asearon y salieron a la calle. El cielo estaba de nuevo azul, pero la temperatura era agradable. Amador se hallaba fuera del coche, fumándose un cigarrillo.

—Buenos días —saludó Arturo.

—Buenos días, mi capitán. El interfecto no se ha movido —dijo adelantándose a la pregunta.

—Así que le gusta dormir. Eso quiere decir que no tiene prisa. Quédese un poco más, nosotros nos vamos a desayunar, luego podrá irse.

Amador asintió y continuó fumando. A esas horas de la mañana la gente ocupaba ya las calles, haciendo la compra, bebiendo, chachareando. Entraron en un bar cerca de la plaza de abastos y ordenaron café y lo que tuvieran para mojar.

—Andábamos descomidos —dijo Manolete con alivio.

—Pues llena bien el tanque, y de paso vamos a pedir unos bocadillos para llevar, nunca se sabe. Entonces me dijiste que habías terminado en Caravia...

—En una casa del Auxilio Social.

—Es el hogar Ministerio del Amor, lo lleva una congregación rara, las Hermanas del Amor Misericordioso.

—El conductor, Lauro, estuvo dentro un rato largo, pero volvió a salir y vino a Colunga. Según el conserje, hizo un par de llamadas, las dos a Madrid, aquí le tengo los números anotados. Luego se dedicó a hacer tiempo por el pueblo, nada del otro mundo.

—Hay algo que no le permite hacerse cargo del paquete, pero es una cuestión de tiempo, si no ya se habría marchado.

—¿Por qué no acabamos ya con esto, teniente? —se encrespó—. Los enchiqueramos a todos y listo.

Arturo sufrió una abrupta ráfaga de tristeza.

—No podemos, solo tenemos verdades, Manolete.

—¿Y no es suficiente?

—No, porque la verdad está infravalorada. Necesitamos mentiras para diluirla, para disimularla y que nos sea útil.

—En serio, teniente, a veces habla usted que no se le entiende ni papa —miró detrás de la barra—. ¡Niño, pon otra ronda de churros!

Al señor Iniesta no le había gustado su llamada. Lauro le había contado que las madres no habían querido entregar a la niña porque esta se hallaba con unas décimas de fiebre. Él había insistido en que la cuidaría, pero se habían negado en redondo hasta que la chiquilla se hubiera recuperado. Sin embargo, no creía que fuese por una cuestión humanitaria, sino porque probablemente la congregación podía apuntarla como un sobrecoste de la enfermería y no querrían perder el reembolso de aquellas pesetas. Las madres no eran precisamente un dechado de munificencia; a Lauro mismo nunca le habían ofrecido siquiera un vaso de agua. Se terminó de vestir, se aseó un poco, habló con el conserje por si le habían dejado recado en recepción y procuró cortar resueltamente la conversación, no fuera que aquel tipo se pareciese al pesado de Oviedo, que cada vez que había hecho noche le había referido con pelos y señales la defensa de la ciudad. Eran casi las once, había descansado bien, y tenía por delante al menos un día de asueto. Mientras desayunaba en un bar junto a la oficina de Correos le dijeron que por la tarde comenzaban las fiestas de Santiago en Gobiendes, un pueblo cercano, así que podría ir a alguna de las llamadas «verbenas de prao». Entretanto, tenía las playas, buscaría un lugar recogido, se echaría a la sombra con cerveza y algo de comer. Gloria bendita.

No se había producido en el transcurso de alguna hazaña perdurable o debido a una desgracia fortuita, todo presumible en un marco bélico. Había sido, llanamente, estupidez. O pereza. O exceso de confianza. Ya entonces Diego Peinado había dimitido de la realidad, con la barriga dura y el aspecto hinchado de los alcohólicos, empeñado en su mortificación estoica. Cualquier psiquiatra habría sostenido sin atisbo de duda que la carga emocional —fuese la que fuese—, que por lo general se debilitaría con el tiempo, había sido reprimida y empezaba a causar estragos. Al impedir que la verdad fuese extraída y sacada a la superficie, todo el trauma sepultado comenzaba a arrojar sus pesadillas y otros síntomas. En una de sus

melopeas se había hecho un corte muy feo en el antebrazo izquierdo y, sin más, lo había desatendido. Cuando días después lo llevaron al médico entre fiebres y delirios, la naturaleza de la infección solo planteaba la duda de a qué altura cortar para asegurar el flujo arterial. Cuando tiraron su brazo amputado en un caldero, aunque era evidente que quedaría un buen muñón cóncavo, y que el paciente sobreviviría, fue como si la infección física se hubiera transmutado en otra moral, superando los baluartes del corte y extendiéndose por todo el cuerpo. Ese era el recuerdo que tenía Diego cuando miraba su muñón. Tras la sesión del mediodía le habían devuelto a la celda, no tenía barrotes ni ventanas, era un sótano con un catre y poco más. En la puerta había una mirilla, sin una sola rendija más por donde pudiera filtrarse la luz, del techo colgaba una bombilla anémica, y en la pared había un pequeño espejo. Diego estaba sentado en el borde del catre; se levantó y contempló su imagen reflejada en el azogue. Un rostro que todavía le sorprendía ver, de tono ceniza, sin afeitar. Intentó sonreír, pero eso no ocultaba que ese gesto ya no podría abrir, como antaño, puertas ni corazones. Las caras largas en el juicio anunciaban un final para todo aquello; hasta ese momento el mundo le había parecido irreal, había pensado que en aquel juicio bastaría con su actitud erguida y digna para proyectar su vida interior, su verdad. Aunque en su cabeza preparaba largos discursos que luego no pronunciaba, su distanciamiento del mundo explicaría por sí mismo, al juez, a los letrados, al público, quién se estaba sacrificando para librarlos de la montaña de sus pecados, de una magnitud tal que no bastarían tres vidas para purificarlos. Se negaba a reaccionar ante las acusaciones y los testigos; en ocasiones, alguna declaración encendía su cólera, los insultos, las mentiras..., por unos instantes toda su fachada amenazaba con derrumbarse, pero siempre lograba sobreponerse. Necios. No eran más que necios. Malditos. Malditos todos. No les importaba la verdad, a nadie le importaba lo que intentaba hacer, todos iban a lo suyo. Siguió contemplando su rostro en el espejo, aquella expresión únicamente les había transmitido altivez, superioridad, desprecio no solo hacia el tribunal, sino hacia la pena de muerte que podían imponerle. Aquello le había hecho mirar más hacia dentro, le incitó a refugiarse en las vetas más profundas de su obsesión. Pero allí, a medida que traspasó pantallas y disfraces, llegó a un lugar profundo donde vio algo inesperado, una oleada de conciencia que lentamente fue creciendo nítida y progresiva, sin dramatismo, una comprensión acerca de su auténtica naturaleza, una verdad sobre sí mismo que, aun indecible, le descompuso la cara y le hizo temblar.

—Hoy la armamos, teniente.

Manolete se arrancó un padrastro con los dientes con la misma contundencia con la que había soltado su intención.

—Recuerda que estamos trabajando —dijo Arturo mirándole de lado.

El día se deshacía en una fiebre de cobres e índigos, y en la fiesta de prao, en

Gobiendes, una pequeña banda tocaba un pasodoble sobre una plataforma mientras las parejas se movían al compás. Sobre ellos, hileras de banderitas de papel y bombillas blancas, amarillas, rojas y verdes que iluminaban la pradera, que se inclinaba ligeramente. Las barras improvisadas, los puestos de manzanas caramelizadas y avellanas y galletas y churros, los de tiro al blanco, los barquilleros rodeados de críos que querían probar su suerte en la rueda... En una esquina, unos hombres comenzaron a lanzar voladores con un sssssh que terminaba en múltiples descargas. Los perros del pueblo, con la cabeza gacha y la cola entre las piernas, se arrimaban cautelosamente a la gente, unas veces recibían comida y otras un golpe. Mozos reunidos en grupos murmuraban entre ellos, dándose codazos cuando alguna de las chicas les lanzaba una mirada. El aire olía a sidra fresca, a hierba recién segada, a pólvora. Desde aquel punto tenían unas vistas espectaculares tanto de la costa como de la cordillera del Suevo. Manolete echó un ojo a la iglesia de Santiago, se santiguó y comenzó a buscar una moza que estuviera buena. Arturo no perdía de vista a Lauro, que se había apoyado en una de las barras mientras los oriundos se dedicaban a tirar sidra en grandes y gruesos vasos. Durante unas horas, todo el mundo se olvidaba del dolor y la miseria, de preocupaciones y rencores; se dejaban llevar, como si nada malo hubiera sucedido en sus vidas, y se recuperaba algo colectivo que había sido arrancado de cuajo. Arturo indicó a Manolete que le siguiera y cruzaron la romería hasta colocarse no muy lejos del conductor. Este ya había confraternizado con un grupo y bebía y reía mientras los vasos de sidra circulaban de mano en mano. Manolete pidió unas cervezas; Arturo estuvo a punto de negarse, pero no quiso ser aguafiestas y tomó la suya. Brindaron y le dieron un buen trago. Vigilaba cada poco a Lauro, aunque optó por relajarse; estaba claro que aquel tipo no iba a irse a ninguna parte. Por lo menos esa noche. La banda cambió a un tema más lento, los mozos aprovecharon para acercarse a sus parejas, intentando pegarse a las tetas o incluso restregarles el paquete. Ellas, peritas en aquellos lances, los mantenían a distancia empujando con la palma de la mano en sus hombros. Arturo lo observaba todo con ironía cuando, repentinamente, la vio. La chica bailaba con un tipo alto, llevaba un vestido azul plisado por abajo, el pelo recogido con una cinta. Le miraba en cada giro por encima de los hombros de su pareja, y en una de las vueltas le sonrió. Arturo la observó y experimentó una especie de vértigo, hacía mucho que no lo sentía, pero el proceso siempre era el mismo; también se notó desaliñado, y eso solo le sucedía ante mujeres que le atraían. Manolete dio un relincho de satisfacción.

—¿A qué espera, teniente? Mire que la chica es favorable.

Arturo se sintió azorado, pero cuando la música se detuvo salió disparado al centro de la romería y le pidió el siguiente baile. Su compañero gruñó, pero ella extendió las manos abriéndole el camino y él entró en el espacio bañado por su calor. Era mayor de lo que había imaginado, tenía los ojos muy grandes, hombros estrechos, cabello pajizo. La curva de sus pechos pinchaba el vestido; no era muy alta, pero lo parecía. Mirarla le producía una sacudida física, aunque no quería sucumbir todavía;

ella advertía su lucha. La banda repasaba un tema lento, comenzaron a seguir la música, un poco agarrotados primero, más relajados al cabo de un momento. Giraron y giraron, y cuando la música cesó Arturo la invitó a un refresco. Ella titubeó, miró a sus amigos, que permanecían vigilándolos y cuchicheando.

—Solo una gaseosa —contestó.

Caminaron lentamente hacia una de las atestadas barras. En el trayecto buscó a Lauro, que continuaba en el mismo sitio, muy animado.

—Me llamo Arturo. ¿Y tú?

—Sofía.

—¿Eres de Gobiendes?

—De Loroñe, un pueblo de aquí al lado.

—¿Y son todas tan guapas como tú en Loroñe?

Sofía sonrió con discreción.

—¿Y de dónde eres tú?

—Por el momento vivo en Cáceres.

—Nunca he estado en Cáceres.

—Te gustaría.

—En realidad, nunca he salido fuera de Asturias.

—Pues hay bastante que ver.

—¿Has estado en muchos sitios?

—En unos cuantos.

—¿En qué trabajas para conocer tantos lugares?

—Tengo un negocio de escayola.

Pareció un poco defraudada, como si hubiera esperado otra cosa, pero lo disimuló.

—¿Y me hablarías de ellos?

Ella le sostuvo la mirada, no era una mujer que se dejase intimidar. Arturo no supo descifrar su intención, únicamente tuvo claro que Sofía era lista y madura, lo suficiente como para sobrevivir en aquel entorno de instintos y apariencias; una chica que en circunstancias más favorables hubiera dado mucho más de sí. Sin embargo, eso no quitaba para que fuese vulnerable, lo demostraba el movimiento nervioso de un pie, la ansiedad que disimulaba aquel gesto. Era lo mismo que Sofía había visto en él, una dureza que solo sugería la herida que enmascaraba, y quizás fue eso lo que la atrajo.

—Necesitaría más tranquilidad, hay demasiada gente alrededor.

Sofía adoptó un aire de diversión, pero hizo como si no le hubiera oído.

—Es una buena romería —prosiguió Arturo.

—Todas son iguales.

El tono sorprendió a Arturo.

—¿No te gusta?

—Los chicos son aburridos. Y un poco brutos.

—Supongo que es la edad.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y tres.

—Casi eres un viejo.

—Gracias —Arturo abrió mucho los ojos y sonrió.

Ella no se disculpó, pero su risa era contagiosa.

—¿Tienes novia?

—Tuve.

—¿Y por qué ya no?

—Posiblemente no la hacía feliz.

—No me preguntas si tengo novio.

—No cambiaría nada.

—¿Y sabes hacer planes?

—¿Hacer planes?

—Los chicos de aquí solo saben hacer uno.

—¿De qué tipo?

—Uno que no me hace feliz. ¿Tú sabrías hacer uno que me hiciera feliz?

Arturo la cogió al vuelo.

—La única manera de ser felices es volver a jugar, crear un espacio donde ser niños. Un espacio privado.

Sofía bebió un sorbo de su gaseosa. Casi ausente.

—¿Sabes? Me parece que te conozco de toda la vida.

—Es lo que suele pasar.

—¿Cuándo?

—Cuando pasa.

Ella le escrutó unos segundos.

—Creo que ya he soñado contigo. En algún momento.

—¿Y qué soñaste?

—Que llegabas y que te ibas.

—Me iré pronto, pero me alegro de haberte conocido.

—Yo también.

Sofía miró al grupo de sus amigas, totalmente pendientes de ellos.

—Me tengo que ir, si no empezarán a murmurar.

—Y eso no es conveniente.

—No, no lo es.

Dejó su gaseosa y le volvió a mirar con fijeza.

—¿Te gusta la playa?

—No mucho.

—¿Sabes guardar un secreto?

—Nadie sabe guardar un secreto como yo.

—Me gusta pasear por las tardes. ¿Conoces la playa del Barrigón?

—No.

—Está al lado de La Isla. Casi nunca hay gente.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

—Lo has prometido.

—No, no lo he prometido.

Los dos se rieron.

—Gracias por la gaseosa.

Arturo asintió.

—De nada.

—Debes tener paciencia.

—¿Por qué?

Sofía sonrió y se alejó. Arturo la observó; justo antes de llegar con sus amigas, ella se volvió y le sonrió de nuevo, luego se perdieron entre el gentío. La afluencia era cada vez mayor, muchas cabezas entre las que no distinguía a Manolete, y, peor, tampoco encontraba a Lauro. Empezó a sudar. ¿Cómo había sido tan irresponsable? Su polla pensando por él, inexcusable. Tuvo la esperanza de que Manolete no hubiera sido tan estúpido, aunque viendo la cantidad de chicas guapas que había eso era mucho pedir. Los buscó excitado, pero sin llamar la atención. Grupos de adolescentes en un frenesí de sonrisas estúpidas. Parejas que se movían con la música, los hombres maduros agarrados solemnemente a las curvas de sus mujeres, los jóvenes que hacen ruborizarse a las muchachas. Una madre riñe a su hijo por haber pegado a su hermana, mientras el crío arguye que ella había empezado primero. Un tipo dobla una escopeta de perdigones en el puesto de tiro al blanco. Otro improvisa una tonada, mientras el resto va uniéndose escalonadamente. Arturo estaba inquietándose cada vez más, hasta que descubrió una melé de hombres en una esquina de la fiesta. Parecía haber bronca, pero la cantidad de gente arracimada le impedía ver el eje del altercado. Los gritos y los insultos arreciaban, un guirigay que atraía a más y más espectadores, hasta que de su foco salió corriendo un hombre. Tras él, cinco o seis más en su persecución. Cuando el fugitivo miró a su espalda, Arturo reconoció a Manolete.

A Manolete le bastó un vistazo para comprobar que no le iban a dejar escapar. Le ardía la cara de los golpes, tenía el corazón a mil, debía encontrar un lugar donde esconderse. No había sacado la pistola para no significarse, aunque eso le había costado una buena tunda. Siguió corriendo hacia la iglesia, pero cuando la rebasó comprobó que por allí no había salida; más allá de la zona empedrada la avalancha de árboles caía casi en vertical. Se dio la vuelta, aquellos cabrones se acercaban a toda velocidad. Atajó en diagonal y se lanzó cuesta abajo, corría en una trayectoria irregular, casi planeando sobre un suelo muelle de hojas y ramas, maniobrando para esquivar los troncos y arbustos pero siendo arañado inevitablemente. Las amenazas

de muerte le seguían de cerca, aquellos salvajes no habían dudado en ir a tumba abierta. El alcohol, la ira, quizás un poco de desesperación, todo desatado, como si hubieran soltado una jauría de perros tras su rastro, poniendo a prueba su fuerza y su suerte, sosteniéndose unos a otros. Manolete se hizo un corte en la sien, pero no podía detenerse; el bosque se volvía tan tupido en algunos puntos que la luz del sol apenas podía penetrar, pero horneaba la techumbre vegetal, aumentando la temperatura. Se volvió para ver si los había dejado atrás; un cuerpo asomó a pocos metros, otro más a su izquierda. Había perdido la orientación, pero continuaba descendiendo; se golpeó el tobillo con una roca oculta por un helecho, blasfemó, siguió bajando, saltó por encima de un tronco caído, su sudor tenía un perfume tan fuerte que se vio rodeado por una nube de insectos, tropezó en un hoyo, en otra piedra, se llevó por delante una gran tela de araña que le cubrió con su pegajoso lienzo. Luchaba contra el impulso de volver la cabeza, le bastaba con oírlos, cerca, cada vez más. Se desvió a la izquierda, atravesó una pantalla vegetal y el bosque terminó súbitamente. Por delante, un pequeño terreno con manzanos y un campo de patatas, a su izquierda, un viejo molino. Siguió corriendo hasta el cauce de piedra que llevaba el agua hacia los cangilones; más allá se extendía otro prado con árboles a la orilla de un río. Se detuvo e hizo un recuento del estropicio; tenía la camisa desgarrada, varios cortes y magulladuras. Sus perseguidores comenzaban a salir del bosque; Manolete decidió que ya estaba bien de ser la liebre, buscó la pistola, blasfemó, debía de haberla perdido en la carrera, buscó la navaja, aquella sí seguía en su bolsillo. Pulsó el botón y la hoja salió con un chasquido. Eran cinco, le rodearon pausadamente, cogiendo palos y piedras. Había poca luz, pero todavía suficiente para pelear; ahora la liebre iba a rajarse a un par de aquellos valientes. Uno de ellos se quitó la chaqueta, se la enrolló en el antebrazo y también sacó una navaja, fue el que se adelantó; Manolete reconoció que no se lanzasen todos a la vez. Su contendiente dijo una sola frase: «Te voy a captar, castrón». El corazón enloquecido, la boca seca, los sentidos que podían captar detalles multiplicados por cien: una gota de sudor, el reflejo helado de la hoja, el sonido de algo que cayó en el regato de agua, el balanceo de una rama. Se vigilaron, buscaron cada uno la ventaja de la pendiente, el mozo le lanzó un tajo de tanteo, Manolete retrocedió, simuló una finta, avanzó, volvió a retroceder. Se miraron a los ojos, el mozo le atacó de nuevo y esta vez le hizo un corte en el hombro izquierdo, Manolete le devolvió otro en la parte inferior del pecho, pero solo cortó la tela de la camisa. Dieron vueltas, el resto giraba a su vez en torno a ellos en un extraño silencio. Manolete arremetió en dos ocasiones más, pero el mozo le esquivó con cierta gracia, sin dejar de vigilar sus ojos. Manolete se tocó el hombro, la mano se le quedó pegajosa de sangre. No iba a ser tan fácil, pensó, no, no lo iba a ser. El mozo se movió con rapidez, un nuevo corte en el bíceps, más sangre que empapaba la camisa. Manolete empezó a sentir un miedo más profundo, algo que no tenía que ver con la supervivencia sino con la antesala de la muerte. El mozo hizo un movimiento rapidísimo que falló por poco, pero ambos sabían que ya era cuestión de tiempo, el

equilibrio estaba roto, Manolete no era estúpido, rezó mentalmente, lanzó un par de ataques pero siguió rezando, observando la guardia del mozo, no muy alta; saltaron hacia atrás, hacia delante, una finta, dos, la respiración acelerada, el sudor le entró en los ojos, Manolete pensó de nuevo que podría morir, jadeó, aún amaba la vida lo suficiente como para seguir hasta el final, amagó a la derecha, el mozo le entró a fondo y falló por poco, notó su potencia, su rapidez, su confianza, sus ojos inflexibles, un arco de navaja, uno más cerca, sonó un disparo.

Arturo se mantuvo así, con el brazo estirado, bien visible la pistola. También él tenía la pinta desastrada de quien se ha tirado bosque a través.

—Se acabó la fiesta, largo de aquí.

Los mozos le observaron en tensión, reprimiendo las ganas de lanzarse sobre él, pero teniendo muy presente su arma. Todavía dudaron unos momentos, hasta que Arturo los encañonó alternativamente y les aseguró que tenía suficientes balas y poca paciencia. Fueron retirándose entre bufidos e insultos, el de la navaja con los ojos clavados en Manolete. Cuando se perdieron de vista, Arturo guardó la pistola.

—¿Qué ha pasado esta vez?

Manolete se tocó uno de los cortes.

—Ahora nos vamos a ver a un médico. ¿Me puedes decir qué cojones ha pasado? —insistió Arturo.

—No he hecho nada, mi teniente —respondió sin levantar los ojos.

—Joder —se echó las manos a la cabeza—, eso es que lo has hecho todo, Manolete.

—Solo estábamos hablando.

—¿Cómo?

—Estaba hablando con una chavala.

—Que era la novia. O la esposa. ¿Y solo hablando?

—Bueno...

—Mierda, ¿cuántas veces te lo tengo que decir? Pareces nuevo, joder.

—Perdone, jefe.

—Mírate, coño, estás hecho un nazareno.

—Perdone.

—Anda, tira delante de mí, vamos a un dispensario.

—¿Y el conductor?

—No va a ir a ningún lado. Le esperamos en la pensión.

—Se lo agradezco, teniente.

El camino de salida a la carretera pasaba bajo el arco del molino; caminaron juntos, doloridos. La última luz se puso tras las estribaciones montañosas. Manolete susurró buscando su complicidad:

—Teniente, es que la chavala...

—Todavía te va a caer una hostia, Manolete.

## Aguas profundas

*Los hombres temblaban y las mulas movían espasmódicamente las cabezas, latigueando con sus colas la nube de moscas que se posaban sobre ellas. Mientras Nicolás fiscalizaba los papeles de los aldeanos, Salvador examinaba los pellejos de aceite; decidieron que quedarían incautados por sospecha de estraperlo. Los propietarios se marcharon sin protestar; más tarde debían recoger los animales en el cuartelillo, todos se conocían de sobra y sabían que por aquel cargamento no declarado en cuartilla oficial alguna se les permitiría continuar con sus trapicheos. Mientras los aldeanos se alejaban, la mirada de los guardias les pesó en la nuca. Salvador escudriñó el cielo limpio, azul. El aire no se movía, las partículas de polvo les quemaban los ojos. Tenían las suelas de las botas recalentadas por el calor. Les faltaba el aire.*

—Coge los animales —le ordenó a Nicolás—, vamos a ponernos a la sombra.

Se dirigieron a una mancha de chaparros y encinas. Ataron las acémilas, apoyaron los fusiles en un tronco, se sentaron bajo su silueta y se pasaron tabaco y mechero.

—¿Cuánto crees que podemos sacar por la requisa? —preguntó el cabo.

—Un buen pico.

—¿Te encargas de ello?

—Como siempre.

Salvador hizo una mueca y se restregó una mano en el pantalón.

—Hace tiempo que no hablamos con calma.

—Sí.

—¿Cómo está la familia?

—Vamos tirando.

—La semana que viene tendremos otra inspección, nos vendrá bien.

—Siempre viene bien.

—Ya hemos pasado cosas juntos, ¿eh?

—Unas cuantas, sí.

Salvador recordó algunas anécdotas, buenas y malas, y se apresuró a contar otras cuando Nicolás quiso interrumpirle.

—... pero hay una cosa que me pregunto —finalizó el cabo.

—¿Sí?

—Creo que nos conocemos, pero no logro saber por qué has hecho lo que has

hecho.

Nicolás le miró de soslayo, las facciones tensas delataban que estaba considerando cuánto sabía el cabo. Salvador sacudió la ceniza del pitillo.

—Tengo alguna teoría —presionó—, pero a lo mejor te parecería ridícula.

—¿Quién se lo ha contado?

—No soy tonto, Nicolás.

Nicolás se aclaró la garganta. Se avergonzó y se enfureció al mismo tiempo.

—Simplemente había que hacerlo.

—Esa no es razón suficiente.

—Es algo personal.

Salvador no le preguntó más. Era una muestra de cortesía por su parte.

—Pero ya lo has dejado estar.

—Sí.

—Pues mantente al margen y déjalo correr, pasarán más cosas y todo se olvidará, como siempre. El pasado no es de nuestra incumbencia.

Nicolás enrojeció, parecía confundido, pero se relajó. Salvador consideró lo que acababa de decir.

—Déjame comentarte algo con toda franqueza, Nicolás. Tú y yo no somos amigos, porque somos demasiado distintos, pero significamos algo el uno para el otro, y hasta el día en que cada uno vaya por su camino, somos lo único que tenemos para enfrentarnos a toda esta mierda. Todos tenemos una trastienda de errores, de recuerdos que nadie más puede ver. Cosas de las que no hablamos, cosas que queremos olvidar; son como cuartos en los que no entramos nunca, y mientras estemos ocupados no pensamos en ellos y podemos fingir que todo va bien. Ambos tenemos buenas razones para seguir viviendo, cosa que no todo el mundo puede decir, así que lo mejor es que olvidemos los exámenes de conciencia y miremos hacia delante, porque ya no estamos a tiempo de arreglar nada, y además no contará para la suma final. Eso nos evitará emociones más penosas.

Nicolás miró a Salvador, no había reproche en su mirada. Asintió y siguieron fumando.

—¿Ha estado alguna vez en Galicia, mi cabo?

—No.

—A mí me gustaría ir. No sé por qué, siempre he querido ir a Galicia.

—¿Y por qué no vas?

—Algún día.

—Tiene que ser bonito.

—Eso me cuentan —pellizcó la guerrera—, pero el servicio, ya sabe...

—¿Por qué no te das de baja? —bromeó Salvador.

—No tengo imaginación para ser otra cosa.

Salvador pestañeó un poco más rápido. Luego buscó en uno de los bolsos y sacó una hoja de periódico doblada. Se la entregó a Nicolás.

La tinta todavía estaba húmeda y olorosa. El juez Ponce desplegó con pulcritud el periódico y leyó con atención. En las conclusiones del tribunal se había presentado a Diego Peinado como un asesino a sangre fría, que había ejecutado su plan fielmente. Se habían llevado los hechos, los testimonios, las pruebas justo hasta el punto en que la imaginación podía tomar el testigo y continuar con trazos tan nebulosos como espeluznantes, para terminar confirmando la manifiesta verdad de lo ocurrido, y puesto que no había ninguna incertidumbre, los encargados de dictar la sentencia habían cumplido con su deber. Los artículos remataban el veredicto ensalzando al Estado y agradeciendo a la justicia del Caudillo que siguiese ocupándose con firmeza del bienestar de la patria. José Antonio Ponce miró por la ventana de su despacho. Una vez más, el ser humano se había enfrentado al azar, al accidente, a la coincidencia, había confrontado la razón a esa marea interminable de injusticia con que nos arrastra la vida.

Ni una sola de las dudas razonables se había tenido en cuenta, consideró Gabino Cabañas ante el mismo periódico, de nada habían servido la comparación de los puntos de vista, los debates, las argumentaciones. Por doquier se celebraba el desarrollo de la justicia, la conjuración de los temores; era curioso lo rápido que se divulgaban las noticias de este género. El hervidero de conjeturas, expectativas y discusiones se había aplacado y solo quedaba la ansiosa curiosidad por ver si se plasmaba en un final cruento aunque recto y decente. De nuevo, las palabras no eran más que convenciones, y lo que se llamaba verdad tampoco más que un acuerdo, una conformidad. Gabino pasó página. La verdad. Él mismo la tenía en un bolsillo, la suya, y no sabía qué hacer con ella, no sabía cómo comportarse, le producía una gélida apatía. Y sí, había tragedia en la medida en que no se podían mencionar ciertas cosas que se perpetuaban sin nombrarlas, pero qué otra opción cabía. Maldijo sus escrúpulos de conciencia, y en su rostro se abrió una sonrisa descreída. Se dispuso a llamar al juez Ponce. El juez seguía siendo la persona más honesta en aquella historia. Porque la honestidad no era decir siempre la verdad, sino controlar los daños que podías producir con ella, paliar el dolor. Y había que felicitarle.

Mauricio Retuerta dobló el periódico y lo dejó a su lado. Ya había un culpable sancionado por la ley. Cabían posibilidades, hipótesis, pero eso no llevaba a ninguna parte, y su mundo no se basaba en ellas. En el mundo había demasiadas coincidencias, demasiados accidentes, y los nudos de aquel chozo podían ser una más. Lo que no podía negar era que la caricatura del tal Peinado, con su semblante afilado y siniestro, estaba más que lograda. Se preguntó cómo habría quedado el rostro que tenía en mente expuesto a la exageración de tales dibujos.

Cuando en su celda le comunicaron a Diego Peinado el veredicto, este reconoció sentir por fin aquello que había vislumbrado en sus abismos interiores: miedo. Un pánico cerval a la muerte. De repente, no había catarsis, no había purificación, solo la absurda obstinación de la vida por aferrarse a sí misma y una purga de sus convicciones que le despojó de todo resto de valor. Solo era una ejecución más, un animal sacrificado en la implacable ara del absurdo. Inesperadamente el diafragma se le sacudió, sintió que se le estrechaba la garganta y le hervía el estómago. Se inclinó hacia delante, vomitó con violencia.

Mencía no leía nunca el periódico, pero sí las cartas que guardaba. Las barajaba como si buscara la configuración adecuada que le ofreciese una respuesta a su incertidumbre. Recordó cómo Ventura le decía que debían perseverar, que ellos eran anarquistas.

«La miseria llevará a la desesperación al país, amor mío, la revolución social está próxima, la conciencia crece día a día, con más fuerza. Será el fin de los amos, llegarán las asociaciones, las comunas y, en un futuro no muy lejano, la fraternidad humanitaria construida sobre la ruina de los Estados».

Pero ella solo podía ver ya las caras de sufrimiento de sus hijas cuando las encontraron, aunque lo que la había derrumbado había sido la absoluta confianza de ambas en que su madre las rescataría; pensaban que a pesar de todo se hallaban a salvo, que el mero hecho de acurrucarse junto a ella las protegería de la aniquilación. Por ello sentía que a quien traicionaba realmente no era a un sueño libertario, sino a sus hijas.

«Tu marido se parece a nosotros más de lo que él querría. No deja de ser un conservador, un rojo conservador. No se plantea nada más allá, por eso es un intransigente, y alguien muy poco original, busca la seguridad de lo conocido, una sola dimensión. ¿Por qué no probar otra clase de vida?»

Las palabras de aquel capitán se mezclaban con las que contenían aquellas cartas, cielos estrellados, palmas, malecones, edificios coloniales, ron, chachachá..., pero, sobre todo, esperanza.

Cuando desaparezcan las distinciones de clase habrá un patrimonio común. Tu marido ya se ha ganado el derecho a traicionar, y si bajase de la sierra, yo os aseguro una existencia tranquila, en otro lugar. Nosotros educaremos al pueblo, lo emanciparemos, lo liberaremos del Estado y desarrollaremos sus instintos y necesidades para ir en búsqueda de un futuro.

—Mamá, ¿me voy a morir?

Su hija pequeña se lo había preguntado mientras tendían la ropa después del secuestro. Mencía observó las camisas que se balanceaban en las cuerdas, brillantes

de luz, claro que no, mi vida, no te va a suceder nada. Hasta ese momento su infancia, aunque dura, no había tenido la más leve sospecha de finitud. Aquel encierro le había dado una primera y fantasmagórica visión de su mortalidad, y ahora Eulalia entendía realmente que ella no duraría, algo triste, perturbador. Algo imperdonable. Se torturó a sí misma con imágenes de sus hijas queriendo dormir con ella, o dando agudos gritos mientras las bañaba o les deshacía los nudos de los cabellos cuando las peinaba hacia atrás, cepillando por encima de la cabeza, tirando hasta que hacían muecas de dolor, o acongojadas cuando las reñía; las vio disputándose un columpio que les había hecho Ventura, temblando bajo los truenos de una tormenta, gritando alborozadas ante un regalo. La vida sabía cómo proporcionarte todo el dolor, toda la pena, toda la rabia. Se pasó una mano por la barriga, ya tengo tu nombre, le susurró a su hijo, ya tengo tu nombre...

Hacía mucho tiempo que la marea estaba baja, comenzó a subir de nuevo. Cualquier huella, rastro o recuerdo sería arrasado implacablemente; a cambio, el agua abandonaría en su retroceso cientos de incongruentes hallazgos, un nuevo escenario. Bajo el cielo gris claro, el mar parecía una piel curtida, impenetrable para la luz; a la derecha, hervía al chocar contra unos arrecifes. Sobre ellos, en la costa, se elevaba la casona del Auxilio Social. Su apariencia benigna no encubría más que el propósito del Estado de lograr una obediencia voluntaria, y nada mejor que aquella fachada de beneficencia para crear afecto, confianza, lealtad. Arturo caminó despacio hacia la entrada; a esas alturas, Manolete ya estaría siguiendo a Lauro de regreso a Madrid, aquella mañana el conductor había recogido el «paquete» y se había puesto en marcha sin más demora. El procedimiento consistía en localizar dónde sería entregado, y a continuación ejecutar las detenciones pertinentes hasta que los detuvieran a ellos: se trataba de averiguar hasta dónde los dejarían llegar. Se paró frente al escudo con el dragón enfrentado a la flecha y se agachó para atarse el cordón de un zapato. Una de las hermanas, chata y pequeña, con una mancha roja en una sien, se apercibió de su presencia y se dirigió hacia él.

—Buenos días, ¿busca usted a alguien?

—Buenos días, sí, venía a ver a la directora.

—¿De parte de quién?

Arturo sacó su documentación, que provocó en la hermana la alerta y aprensión habituales. Le invitó a seguirla, él prefirió esperar fuera, la hermana hizo ademán de decir algo, desistió, le dejó contemplando los corros infantiles. «Debes tener paciencia». La despedida de Sofía sonó en su cabeza con un ritornelo constante, ¿con qué intención?, ¿había siquiera alguna? No tenía una decisión tomada al respecto, vería qué hacer por la tarde. Por la puerta principal volvió a salir la hermana acompañada por otra monja, alta y angulosa como una cigüeña. Le presentaron a sor Ángela, directora de la institución e impulsora de aquel proyecto. Arturo optó por

contarle sesgadamente por qué se encontraba allí y cuáles eran sus propósitos, mientras la directora permanecía relajada y serena. Ni siquiera cuando le mostró las fotografías de la niña muerta y de Catalina se alteró. Cuando respondió, lo hizo con una voz melodiosa, tranquila, meneando la cabeza para sugerir que sus insinuaciones carecían de sentido.

—Mi querido capitán, eso que me ha contado es terrible, absolutamente terrible. Y con todo ello sugiere que no somos más que un montón de supersticiosos y fanáticos, flagelantes enloquecidos...

—No, yo no he dicho eso...

—... pero antes de que saque usted sus conclusiones, quiero mostrarle la obra que hacemos aquí, un proyecto para disciplinar todas esas almas descarriadas...

—No es necesario, hermana...

—Insisto, capitán, primero debe ser testigo, y luego podrá hacer las preguntas que desee y consultar los archivos que considere pertinentes. Serán solo unos minutos, luego todo lo que pueda ser franco para usted lo será.

—No obstante, no me ha respondido si conoce a alguna de las niñas.

La sonrisa de sor Ángela demostró que Arturo estaba poniendo a prueba su cortesía, y que no era conveniente llegar a romperla.

—Puedo afirmar categóricamente que esas dos pobres desdichadas no han pasado por aquí desde que yo soy directora de este hogar.

Arturo no fue capaz de discernir si le mentía o no; se limitó a seguirla. Accedieron al interior por un lujoso vestíbulo con escalera de doble tiro iluminada por vidrieras, recorrieron pasillos, antiguos salones con grandes puertas de doble hoja donde ahora se ubicaban las clases repletas de niñas con las cabezas bajas, pegadas a sus tareas, en algún lugar sonaban voces infantiles que cantaban un himno, Auxilio Social, las flechas y el dragón, aquí está, el Auxilio Social, que recoge a los niños pobres e inocentes, que de la guerra no tienen papá, le mostraron una habitación donde se cosía, los dedos plagados de marcas enrojecidas, desde un balcón le señalaron una huerta donde plantaban verduras, la cruz pectoral de sor Ángela golpeaba su pecho al mismo ritmo de su paso, este es un acto de servicio y entrega, decía, lo hacemos muy a gusto, sin coacciones, nuestra maternidad es espiritual, entraron en comedores, visitaron una sala de música, otra de planchado, una biblioteca, buscamos el bienestar físico, psíquico y moral, mas no lloréis, mis niños tan queridos, las guardadoras reír os quieren ver, los niños de la España liberada tienen un padre que en el cielo está, y otro en la tierra que Franco se llama, que nunca, nunca os olvidará. Jamás. Sin embargo, Arturo tuvo una sensación de ficción, como si estuvieran mostrándole una aldea Potemkin. Era una de esas verdades que no se quieren aceptar, o peor, que no se está seguro de poder asumir. Las mismas que se quedan en el interior y terminan explotando como una bolsa de pus, y hacen que la gente acabe en los psiquiátricos o en la barra de un bar ahogando ciertas realidades duras y desagradables que el alma capta mucho antes que la razón. Aquel mal

presentimiento se veía apuntalado por el contraste entre las cuidadoras orondas y sanguíneas y las niñas de rostros grisáceos y miradas heridas, con brazos llenos de moretones y los dedos en carne viva de comerse las uñas; por la ausencia del lógico alboroto suplantado por un orden silencioso e inquietante. Salieron a una terraza y la directora le invitó a sentarse junto a una balaustrada de piedra. Desde allí la perspectiva de la playa era completa, con la arena dorada punteada con troncos de árboles muertos y racimos de algas putrefactas, cubiertas de moscas. Media docena de embarcaciones faenaban en el mar, raudas gaviotas las sobrevolaban.

—Capitán —comenzó sor Ángela—, ya ha sido testigo de nuestra labor, les proporcionamos pan material y espiritual. ¿Qué sentido tendría ese trabajo ominoso del que nos habla?

Arturo cogió aire y lo soltó en una bocanada. La verdad. La mentira. A la mayoría de los mentirosos se les atrapaba porque olvidaban detalles, o porque repentinamente su mentira era enfrentada con una verdad indiscutible.

—Hermana, ¿conoce usted a Valentín Antuña?

La religiosa no titubeó.

—Sí, y le conozco bien.

—¿Qué opinión tiene de él?

—Es un hombre entregado a su labor, y tengo la seguridad de que los niños son entregados a familias de contrastada solvencia y moralidad, si se refiere a eso.

—Si lo que afirma es cierto, y créame, no soy quién para ponerlo en duda, ¿no resulta extraño que se envíe una camioneta de una empresa de escayola para recoger a las niñas?

—Los procedimientos no son de mi incumbencia.

—Pero ¿nunca se lo ha planteado?

—No.

—¿Recibe la institución una compensación económica por las niñas?

—El hogar tiene muchos gastos, y cualquier ayuda es bienvenida.

—¿Cuántas veces la ha visitado Lauro?

—Esa información es confidencial, capitán.

Arturo notó que no iba a añadir nada más voluntariamente. Sacó de nuevo las fotografías.

—¿Está segura de que no reconoce a ninguna?

—En absoluto.

—En absoluto sí o en absoluto no.

—No.

Ni una mirada severa o distante, o una fluctuación en su voz, o una vacilación en el gesto. Sor Ángela seguía relajada, sin establecer ningún tipo de vínculo. Arturo estaba confuso, no lograba saber cuán cerca estaba de la verdad, cuántas mentiras había intercalado, si había dicho las mentiras como verdades o viceversa. Su grado de responsabilidad era nebuloso, ni siquiera era excesivamente sectaria o adoctrinante.

—¿Qué me dice de Rubén Iniesta?

—¿A qué se refiere, capitán?

—¿Le suena?

—No sé a quién se refiere.

—Lauro, el conductor, ¿nunca le ha hablado de él?

—No.

—Es el dueño de esa camioneta.

—Es la primera noticia.

—¿Por qué ha tardado tanto en hacer la entrega de la última niña?

—Tenía un poco de fiebre. No queríamos que la chiquilla viajase si iba a ponerse enferma. Aunque mire que resulta raro que alguien que quiere hacerle daño se preocupe por su salud.

Arturo hizo como si no hubiera oído, pero pensó que aquel trato bondadoso podía ser más terrible que la violencia, era el reservado a las víctimas propiciatorias a fin de conseguir que se dirigiesen pacíficas y de buen ánimo a la piedra del sacrificio y no ultrajasen a los dioses con su desdicha. En su mente se alzaron muchas otras preguntas, pero siempre quedaría la sombra de la duda de si aquella religiosa estaba realmente o no al corriente, y no obstante era mucho más juicioso aparentar, mucho más seguro, mucho más cómodo; la hermana Ángela jamás reconocería la posibilidad de ser parte de una abominación. Arturo permitió que la mujer se explicase un poco más mientras él se centraba en los aspectos prácticos de los siguientes pasos. Los registros de los libros de sanidad fueron su primera opción, y cuando los pidió creyó ver en el cuello de la directora cómo las venas palpitaban visiblemente, aunque sus ojos permanecieran suspendidos en el vacío. Comprobó los asientos sin ningún resultado, ni siquiera estaba registrada la chiquilla a la que se había llevado Lauro, y cuando inquirió la causa, las excusas fueron ambiguas y peregrinas. Luego pidió que le prestasen un despacho, que le entregaran una relación de las internas de la institución y que fueran pasando por turnos. Hizo caso omiso de las quejas, pero no pudo evitar que junto a él las recibiera una de las ayudantes de la directora, que alegaba ciertas formalidades legales así como morales, ya que resultaba inapropiado que un hombre hecho y derecho se quedase a solas con las niñas. Arturo comenzó con las aulas de costura, y no tuvo reparo en mostrarles a todas y cada una de las niñas incluso las fotos más escabrosas. Las protestas eran constantes por parte de la religiosa encargada de vigilarle, pero él continuó imperturbable estudiando los rostros infantiles, las diversas manifestaciones de miedo o perplejidad. Cuando había interrogado a aproximadamente la mitad de las niñas, percibió que quizás estuviese cometiendo un error: la presencia coercitiva de la hermana no permitía que las chiquillas fuesen naturales. Además, el tiempo que se demoraban en entrar en el despacho bien podía estar siendo utilizado por las monjas para amedrentarlas. Se puso en pie con tal ímpetu que casi derriba la silla y, ante la mirada pasmada de la hermana, salió de la habitación, se dirigió a las niñas que aguardaban en una fila y

comenzó a preguntarles aleatoriamente ante el revoloteo indignado de los hábitos negros. La monja que le había vigilado se interpuso entre ellos, pero Arturo la miró dándole a entender que le daba igual pasar por encima que por un lado. El susto hizo que saliera corriendo y volviera con la directora y con dos hombres robustos, uno con cara de toro.

—Capitán Andrade, lo que usted acaba de hacer es inadmisibile. No voy a permitir que siga amedrentando a mis alumnas. Acabo de hablar con las autoridades de Oviedo y le rogaría que viniese a mi despacho para que intercambien unas palabras. Deberá usted justificar determinadas actitudes, y le prohíbo tajantemente que continúe molestando a una sola de mis niñas.

—Solo cumplo con mi trabajo, sor Ángela.

—Pues por hoy su trabajo ha terminado.

Arturo sonrió y se llevó la mano al corazón, disculpándose por su «excesivo celo» y alabando la labor humanitaria de la institución. Hervía por dentro, pero sabía que no había manejado bien aquello, había perdido los nervios. Cumplió con la llamada de teléfono y volvió a decir que lo sentía, aunque sor Ángela recalcó que no, que no lo sentía, que si fuera capaz de sentirlo no lo habría hecho. Ante aquella contundente realidad, Arturo se despidió con una mueca sardónica; una de las niñas, custodiada de cerca por una hermana, le vio marchar con ojos frenéticos y suplicantes.

Arturo bajó por un sendero hacia la playa. En uno de los prados, rodeada por vacas color azafrán que mugían lánguidamente hartas de tábanos y garrapatas, descubrió la carrocería de un coche sobre unos tarugos de madera, devorada lentamente por el óxido. De repente se encontraba sin un plan concreto, pero su necesidad de excavar más allá de lo que era cómodo, más allá incluso de lo que era razonable, lógico o comprensible, persistía. Sintió un prurito en un labio, se lo tocó, tenía una calentura. Caminó por la arena, las olas alcanzaban la orilla con un sonido constante, el olor a salitre mezclado con algas en descomposición. Avanzó en paralelo a la orilla, dejando un rastro de pisadas tras él. Había llegado el momento de los arrestos y los interrogatorios, de la gente meándose encima y diciendo «por favor», y «no he hecho nada», y «ustedes no saben con quién tratan», y «Dios mío, ayúdame». Pero eso vendría más adelante, tras la fila de fichas que irían tumbándose unas a otras, Lauro, Iniesta, Valentín... Tenía el cuerpo cubierto por una película de sudor, le apeteció darse un baño. ¿Cuántos años hacía que no se sumergía en el mar? Buscó un lugar protegido, se desnudó, apiló la ropa contra una roca y salió corriendo hacia la orilla. El primer choque con el agua le puso la carne de gallina, estaba fría, pero resultaba estimulante, tanto como el sabor a sal en la boca. Dejó que las olas rompieran contra su pecho, saltando contra ellas, se zambulló dando un grito. Estuvo un buen rato nadando, sintiendo cómo se libraba de toda la roña que había acumulado desde que había empezado la investigación. Salió frotándose vigorosamente los brazos, se sentó

en un afloramiento rocoso y dejó que el aire cálido lo secase. Se sentía bien por primera vez en mucho tiempo, tonificado, eufórico. El baño le había dado un hambre de lobo. Cuando acabó de secarse, se vistió y se encaminó hacia la carretera; había unos pocos kilómetros hasta Colunga, podía intentar que lo llevaran o sencillamente ir dando un paseo. No pasaban coches, así que anduvo con calma por el borde; al poco encontró una casa de comidas, un largo mostrador de cinc con una mezcolanza caótica de barriles, cajas de sidra llenas y vacías, damajuanas, ristras de chorizos que colgaban del techo, mesas y banquetas, un suelo pegajoso cubierto de serrín. A esas horas apenas había parroquianos. Encargó unas sardinas, pan y vino; mientras lo devoraba todo recordó la frase de Sofía, «debes tener paciencia». A punto estuvo de dejarlo correr, pero terminó preguntando al dueño, un tipo con un tic nervioso en un ojo, por la playa del Barrigón. No estaba muy lejos, le indicó una desviación antes de La Isla. Le agradeció la información, pagó y continuó su marcha. Al llegar a la trocha, descendió hacia una franja estrecha de arena fina y dorada, punteada de afloramientos pétreos y protegida del viento por una punta rocosa. Al fondo, en dirección oeste, distinguió un islote, supuso que la isla mentada. Barrió con la mirada toda la playa, estaba desierta. Buscó una zona resguardada que le permitiese tener perspectiva, se sentó, consultó el reloj, agarró un puñado de arena y dejó que el chorro dorado se fuese escapando entre sus dedos, excavó un pequeño agujero. Se sentía un poco estúpido, allí, aguardando una cita inspirada por un mero calentón. Una gaviota descendió planeando, Arturo escogió las piedras que fue tirándole mientras la gaviota daba pequeños saltos para esquivarlas, aunque sin alzar el vuelo. Ya estaba harto de mirar la esfera del reloj cuando descubrió a lo lejos un punto que se acercaba. La figura había cruzado desde la playa contigua, y paulatinamente fue concretándose en una mujer, hasta que pudo reconocer a Sofía. El corazón comenzó a latirle con fuerza, imaginó todo tipo de diálogos para comenzar a hablar, todas las situaciones posibles. Cuando Sofía le vio levantó la mano y Arturo le devolvió el saludo. La muchacha llevaba una falda oscura y una blusa blanca, mirarla le producía una sacudida física, aquella gracia en los brazos, aquel cuello.

—¿Qué haces aquí tan solo?

—Tenía una cita.

Sofía se detuvo, miró alrededor con teatralidad.

—¿Con quién? ¿Con una sirena?

Arturo sonrió y se puso en pie dándose manotazos en los pantalones para limpiar la arena. Ella dio una vuelta alrededor de él sin perderle de vista.

—Creí que no vendrías —comentó Arturo.

—Te dije que solía pasear por aquí.

—Es un buen lugar, me gusta.

—Y además solitario, un espacio privado, como decías. Para jugar. Y ser feliz.

—Es una pena que me marche mañana.

—Pero hoy estás aquí, ¿no?

—Sí.

—Ven.

Sofía le cogió de la mano y fueron tras unas rocas. Cuando ella se sentó, se pinchó con algo y soltó un taco.

—No te pega decir tacos —dijo Arturo con humor.

—No me idealices.

Se rieron con ganas. Arturo se fijó en un lunar como una tachuela que tenía en el cuello.

—Como te dije, los chicos de aquí no saben decir cosas bonitas.

—Lo que me dijiste fue que hacían planes que no te gustaban.

—Eso también.

Arturo frunció los labios y comenzó a recitar despacio y con claridad un fragmento de un libro, revelando no solo lo que decían las palabras sino lo que quería expresar él mismo a través de ellas, una idea de su vida, de cómo habría debido ser y de cómo, por desgracia, no era. Una emoción repentina e inesperada hizo temblar su boca.

—¿Por qué el amor siempre acaba doliendo? —preguntó Sofía con cierta tristeza.

—Porque el dolor siempre nace de algo profundo. Si no quieres sufrir no ames, pero si quieres sentir algo auténtico, tienes que amar.

—¿Siempre es así?

—Siempre.

—Pero es lo mejor, esa sensación de que compartes un secreto con alguien, y siempre quieres estar con él. ¿Tú qué sientes cuando estás enamorado?

—Alegría.

Sofía asintió.

—¿Sabes por qué me gustas?

Arturo negó con la cabeza.

—Lo vi muy claro ayer. Lo tienes en los ojos, no puedes mentir. Eres un idealista, estúpido, como todos vosotros. Lo perdéis todo por una minucia, os hacéis matar por nada. Y tú eres de los peores, de los que no tienen remedio.

Arturo se encogió de hombros y sonrió. Sofía se desabrochó la blusa lentamente, sin dejar de mirarle. Arturo no podía apartar los ojos de sus pechos, de su vientre, le era imposible decir nada, el corazón le latía con fuerza, era la sensación de ser elegido. Sofía notó su celo, su lujuria, ya te dije que debías tener paciencia, ronroneó, porque a veces se recompensa, se besaron y Arturo la recorrió con sus manos tomando tanto como le fue posible, el olor a almizcle se mezcló con el salitre. Cuando ella estuvo debajo y la tocó con la punta de su pene, ella se negó con una sonrisa, tengo que llegar virgen al altar, entonces él la lamió introduciéndole un dedo en el culo, Sofía susurró palabras obscenas, sonidos inconexos, se corrió a grititos contenidos. Le agarraba fuertemente la cabeza y arqueó el cuerpo. Se quedó quieta durante un rato, estoy empapada, dijo sonriendo, luego se introdujo su glande en la

boca, le masajeó los testículos, lánguida, acompasadamente, cuando se corrió en su boca, Arturo lo hizo con un júbilo inexpresable.

Lauro llevaba ya unos cuantos kilómetros con la mosca detrás de la oreja; aquel coche que le seguía era parecido al que había despistado en el puerto durante la ida. Su mirada pasaba de la carretera al retrovisor nerviosamente, planteándose las diversas posibilidades. Tras administrarle un somnífero a la chiquilla, Lauro había procurado ir a matabalho para recuperar tiempo; aun así, aquel coche no parecía albergar intenciones de descolgarse. Cada vez más nervioso, comenzó a jurar y perjurar, la densidad térmica hacía que el paisaje ondulase, el calor asfixiante no ayudaba, la resaca tampoco. Finalmente pensó que si le estaban buscando, lo iban a encontrar; bajó el cristal de la ventanilla, sacó el brazo y lo agitó arriba y abajo mientras iba desviándose hacia la cuneta. El coche comprendió su indicación y se detuvo a escasa distancia. Lauro permaneció sentado, vigilante. Transcurrieron unos segundos hasta que la puerta del vehículo se abrió y el hombre, delgado como una raspa, se acercó sin prisa a su puerta. Lauro ni siquiera hizo amago de salir, se clavaron las miradas y las mantuvieron así, sin que ninguno de los dos tuviera trazas de perder el pulso. Lauro buscó debajo del asiento contiguo, sacó una carpeta y barajó unos papeles en su interior hasta separar uno. Se lo entregó a Manolete.

—Gilipollas —añadió.

Manolete no se dio por aludido, se tomó su tiempo para leer el salvoconducto, bisbisando cada palabra con los labios.

—Estás en regla, gorrión —confirmó.

Después le dio un mordisco al papel, masticó flemáticamente, tragó, dio otro mordisco, masticó, tragó, dio otro mordisco...

## 17

# Unicornios

*Todos nos movemos entre la compasión y la hostilidad, entre la lucidez y la ceguera, entre la ternura y el odio, y más tarde nos empeñamos en reconstruir el pasado para librarnos de lo que nos incomoda, asusta o duele, en función de un presente que nos indica cómo situar de forma distinta cierto recuerdo, o eliminar tal otro. La memoria de aquellos días se moldeó siguiendo esa inercia en las mentes de sus protagonistas, unos hechos que se desbocaron tras la detención de Lauro en medio de la estepa leonesa. Arturo comprendió que necesitaban actuar sin dilación y puso en marcha todo el mecanismo discreto y coercitivo del SIAEM para ejecutar más detenciones. Rubén Iniesta, alias René, tuvo desde que se oyó el primer clic de los grilletes la protección invisible que proveen los favores debidos. Usted comprende, capitán Andrade, dijo la voz al otro lado de la línea telefónica, crepitante como un fuego, que teniendo ya un culpable sería contraproducente que salieran a la luz ciertas derivaciones del caso que no añaden nada al corpus central y que devendrían en una serie de inadecuadas molestias para gente que trabaja con fervor sistemático e insobornable por el bienestar de la patria, y que no malentendiese su sugerencia, que no orden, continuó la voz, cosa de la que estaba seguro porque le constaba que el capitán Arturo Andrade era uno de los grandes valedores del Estado contra sus enemigos, y que estaba en juego la imagen del país dentro y fuera, un país que está en paz y donde los asesinatos son solo cosas de rojos u orates, que normalmente eran ambas cosas al tiempo. Cuando Arturo adujo que estaba de acuerdo con su consejo pero que para esa patria era inaceptable admitir determinadas conductas dilatadas en el tiempo, la voz se mostró comprensiva y le insinuó que podía retirar los peones mientras los reyes quedasen privilegiados y advertidos. El conductor cantó desde el principio, pero el dolor tenía capas, era muy profundo, y si se removía bien, no se dejaban de descubrir nuevos e inmensos abismos; si eso no terminaba de derrumbar a un hombre, no era necesario más dolor, bastaba con eliminar su esperanza, de cualquier tipo. Con Lauro no había hecho falta llegar hasta las últimas simas, pero quisieron apretarle para asegurarse, una nariz rota, el pecho ardiendo, las piernas regadas con su vómito; los detalles salieron a chorros, a veces atropellados, otras concisos, pero todo «apestaba como un pedo gigante», como bien había resumido Manolete. Se habían aislado de tal manera los eslabones de la cadena que no había evidencia —o dejaba suficiente margen para que los sospechosos pudiesen alegar desconocimiento— de que Rubén Iniesta conociese la identidad de los clientes de Valentín, ni de que sor Ángela pudiese estar al tanto del destino de sus internas.*

*Lauro describió los lugares y las horas de entrega, y una pesquisa posterior desveló que de los seis «encargos especiales», el primero había sido una adopción irregular, había habido dos «pedidos» de casas de putas, además de una cría para una orgía privada. En el primer caso no se actuó; en lo relativo a las casas de lenocinio, se las restituyó a los hogares y se hicieron algunas detenciones en las que se utilizó el vergajo a discreción, y en el asunto de la bacanal tampoco pudieron levantar la vara debido a los apellidos del convocante, aunque la desgraciada ya hubiera sido devuelta al Auxilio Social. A medida que despejaban los hechos, la lástima, el asco y la vergüenza pasaron a ser emociones habituales; Manolete estaba cada vez más ansioso, los síntomas eran evidentes cuando fumaba, apurando algunos cigarrillos hasta la boquilla, ventilando otros con dos caladas nerviosas o aplastándolos nada más encenderlos. Respecto a las dos últimas niñas, las que concernían al caso, la llamada Catalina y la chiquilla sin identificar, quienquiera que fuese el responsable lo había organizado de una manera cuidadosa: en ambas ocasiones, confesó Lauro entre lágrimas y mocos, esperó de anochecida en un bosque.*

Manolete aparcó el coche al borde de una mancha de olivos, se bajó junto a Lauro y Arturo, ambos con sendas linternas. Los faros abrían surcos en la oscuridad, atrayendo una marea de polillas y mosquitos hacia su luz amarillenta.

—Le dicen el bosque del Búho —prosiguió Lauro, con un cardenal en una mejilla que cada vez tenía peor pinta—, pero en cuarenta años no se ha visto uno por allí.

—Puede ser que no miraras en el momento adecuado —comentó Manolete.

Lauro no supo cómo interpretarlo, por lo que no se arriesgó a responder. Contó que debía esperar allí, con los faros apagados y procurando no llamar la atención, aunque qué atención iba a llamar si aquello estaba desierto, solo había alimañas.

Arturo estudió la zona por donde el conductor le indicó que aparecía el hombre. Estaban lejos del chozo, pero no tanto como para no recorrerlo en un tiempo razonable.

—Venía con la cara embozada, tenía una voz poco agradable.

—¿Cómo era? —preguntó Arturo.

—Alto, cargado de hombros. Cuando abría la boca tenía dientes de caballo.

Lauro les contó el inesperado episodio cuando el hombre se quitó el embozo al recoger a la primera niña, Catalina, y describió también su nariz puntiaguda, sus educadas explicaciones, su presentación como Javier.

—Continúa.

—No hablaba mucho, las dos veces que nos encontramos mandó lo mismo, tenía que quedarme a dormir allí, en el bosque, y marcharme por la mañana, que nadie me viese en ningún lugar habitado. También porque si no estaban de acuerdo con la mercancía, me sería devuelta esa misma noche. Eso lo recalcó mucho.

—¿Qué impresión te dio el individuo?

—¿Cómo qué impresión?

—¿Era alguien con autoridad?

—Era solo un mandado.

Comenzaron a atravesar el bosque precedidos por el bamboleo de las linternas. Fueron guiándose mal que bien con una brújula y dos o tres referencias geográficas, controlando los tiempos de desplazamiento. De repente, algo se movió furioso entre la fronda, vino hacia ellos, pero luego se detuvo y cambió de dirección. Tanto Manolete como Arturo le habían aguardado con las armas apercebidas y los nervios en tensión, prosiguieron por un sendero que avanzaba en diagonal a su marcha. Tardaron aproximadamente una hora en llegar al encinar que rodeaba el chozo. Arturo consideró que el trayecto se podía hacer en mucho menos tiempo si se conocía la zona, restándole titubeos y aproximaciones.

—¿Y tú sabías para qué llevabas a esas crías?

—Se lo repito, capitán, no, no, ¿cómo iba a saberlo? ¿Quién tendría estómago para hacer esas cosas?

Mientras Arturo volvía a recorrer el chozo, recordó que le había dado miedo responderle, quizás por la naturaleza misma de la pregunta. El lugar desprendía su propio silencio, distinto de otros silencios, producido por todos los que no querían mirar, o querían encubrir o se hallaban directamente implicados. En aquel camastro ensangrentado se concentraba todo lo que nos definía como animales, el hambre, la libido, un aura de fatalidad rodeaba todo el escenario, una fría aceptación de que la realidad era un fango donde todo se hundía, la buena voluntad, el bien, el mal, la belleza, la mentira, cualquier manifestación de la vida humana, la crueldad, el rencor, la compasión, todo desaparecía sin remedio. Pero un hombre no podía permitir que aquello le aniquilase.

—La segunda vez me despertaron hacia las cinco de la madrugada —dijo Lauro—, me picaron en la ventanilla, la verdad es que me dieron un susto de muerte. Era otra vez aquel tipo, no parecía nervioso, pero venía muy serio, con prisas. Traía a la chica envuelta en una manta, parecía dormida, la metió en la caja y se sentó en el asiento contiguo. Me mandó que arrancara, que tenía que llevarla a otro lugar.

—¿Y no te pareció raro todo aquello? ¿No sospechaste nada?

—Ya las he visto de todos los colores, con perdón, y yo allí estaba para conducir. No pregunté, y si sospechaba algo me lo callé y me limité a hacer lo que ordenaba. Cogimos la carretera, había una zona llena de hoyos, yo quise ir más despacio pero él me dijo que no, que había prisa, y pasó lo que no tenía que pasar. Tuvimos que cambiar la rueda iluminando con las linternas.

—¿Y nada más?

—¿Cómo nada más?

—¿La cambiasteis y volvisteis a la cabina?

La mirada que le dedicó Arturo fue fulminante; el conductor volvió a revisar toda la secuencia de aquella noche. Pareció muy aliviado cuando encontró lo que buscaba.

—Ah, sí, el tipo volvió a entrar en la caja, supongo que para comprobar cómo estaba la cría, o eso fue lo que supuse entonces —se corrigió—. Cuando salió, no me dijo ni una palabra, solo quería que me apresurase.

—¿Hablasteis algo en el trayecto?

—No, nada, solo por dónde quería que fuéramos.

Lauro volvió a seguir las escuetas indicaciones que le había dado el individuo, llegaron a la desviación del encinar y detuvo el vehículo junto a una finca áspera y seca. Esta vez bajó del coche con Manolete y Arturo.

—La otra vez ni me bajé —dijo Lauro—, el tipo cogió en brazos a la niña y me dijo que ya había hecho mi trabajo, que podía marcharme. Yo no se lo discutí, ya me estaba oliendo lo peor y tenía ganas de largarme lo más lejos posible.

—Así, sin más.

—Sí.

Las linternas recorrieron los terrones secos hasta llegar a la zona removida donde habían enterrado a la niña. ¿Aquel Javier tenía una pala escondida? ¿Lo había hecho con sus propias manos? ¿Había contado con ayuda? La chiquilla no estaba enterrada a mucha profundidad, si no la piara no hubiera podido arrebatársela a la tierra. ¿Lo tenía todo proyectado de antemano o había improvisado? Si en la anterior ocasión habían dejado suelta a Catalina —o esta se había escapado—, ¿qué consecuencias podía extraer de aquella canallada? Recordó las palabras de Eliseo Sánchez en Madrid. Arturo podía configurar hipótesis tras hipótesis, una pila de ellas, sin por ello avanzar ni un metro. Las linternas continuaron entrecruzándose aquí y allá, mientras aclaraban algunas cosas con el conductor. Ahora todo el peso de aquella bóveda descansaba en un solo punto: Valentín Antuña. Pero aquel desgraciado había desaparecido, nadie sabía de él desde hacía días, lo que les contaba una historia mucho más interesante y precisa que aquellos terrones que brotaban y volvían a sumergirse en la oscuridad de la noche.

Había escapado por los pelos a la redada. Antes de dirigirse a su casa, Valentín había hablado con Rubén Iniesta, que le había advertido de que no había recibido la llamada de Lauro, avisos regulares estipulados a fin de prevenir imponderables. Fue sor Ángela la que corroboró la precariedad de su situación al referirle la visita que les había hecho aquel capitán. Trató de calmarla, asegurándole que todo estaba bajo control mientras el sudor le corría por el cuerpo. Estuvo vigilando su casa desde un bar cercano, sus siguientes intentos de comunicarse con Rubén no tuvieron éxito; cuando vio a aquellos hombres tomar discretamente su portal, supo que tenía que evaporarse. En Madrid se hospedó en una pensión en Carabanchel; el zumbido de la gente, el tráfico, las conversaciones a gritos le proporcionaron una sensación de amparo temporal de la que carecía en Cáceres. En un principio había descartado llamar al juez, ya le había advertido que no se le ocurriera contravenir sus

disposiciones so pena de dejarle sin protección, pero a medida que pasaban los días y la ansiedad se volvía más aguda, todos sus temores y debilidades empezaron a desordenar cualquier atisbo de templanza y se planteó pedir clemencia. Al tiempo, había evitado los lugares que frecuentaba en Madrid, el café Riesgo, el Molinero, La Zarzuela..., pero aquella tarde no había aguantado más y salió a dar una vuelta, necesitaba una copa. Terminó en el Pasapoga; en su ambiente de turbulenta degradación lleno de furcias, juerguistas, granujas y degenerados se sentía bien. No tener que mirarse en el espejo y enfrentarse a las fallas de su carácter era lo que le llevaba a lugares como aquel, donde todos huían de algo, especialmente de sí mismos, y los *brandys*, servidos uno tras otro, terminaban de amortiguar el remordimiento, la autocompasión y la envidia. Apoyado en la barra, con el estímulo del alcohol, dotó a la atmósfera estancada, las columnas falsas y el ambiente procaz y disoluto de un resplandor legendario; el pasado se le antojaba algo que podía ser cambiado, le era permitido revocar algunas de sus decisiones o, en su caso, eludir las consecuencias. Sus ojos parecieron dilatarse, abarcar más profundidad. Podría llamar al juez y armar una declaración de descargo, o mejor, pedirle perdón, seguro que le comprendería y, aunque emplearía palabras duras y cortantes, volvería a colocarle bajo su ala. Adoptó gestos y frases impudicamente teatrales, como si estuviese ya dirimiendo la cuestión. Decidió que por la mañana se encargaría del problema, pero aún quedaban locales por visitar antes de enfrentarse a la cruda e inhóspita luz de la realidad. Tuvo un ligero mareo al levantarse demasiado rápido, liquidó de un trago su vaso y salió fuera.

—Mira qué suerte hemos tenido, el mismísimo Valentín...

Valentín no reconoció en un principio a los dos hombres a los que tenía enfrente. Eran corpulentos y llevaban chaquetas de piel a pesar del calor. Intentó decir algo, pero la lengua se le trabó. Logró enfocar mejor y cuando los reconoció, el miedo se estancó en su interior.

—Nuestro jefe lleva mucho tiempo buscándote, Valentín.

—Por favor, ya le dije que le pagaría, estoy esperando el dinero —su voz temblaba, tragó saliva.

—Ya le has hartado.

—Tendré el dinero mañana, os lo prometo.

El que había permanecido en silencio le susurró algo al que hablaba; este asintió, se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa burlona.

—Claro, Valentín, estoy seguro. El problema es que, como te he dicho, el jefe está cansado, mucho.

Los hombres le miraron con una expresión resuelta. El primer golpe llegó sin aviso, con precisión, y antes de que Valentín pudiera levantar los brazos para cubrirse el rostro, el segundo le derribó. A partir de ahí, comenzó una labor fría; le arrastraron hacia una zona menos transitada, uno le inmovilizó mientras el otro se empleaba en puñetazos contundentes, estómago, cara, pecho, los cartílagos nasales cedían, los

huesos se rompían. Una rodilla impactó brutalmente contra sus testículos, un dolor agudo e implacable recorrió su cuerpo, las náuseas le hicieron vomitar. Pero el vapuleo no cesó. Los siguientes golpes fueron en las sienes, en los ojos, en las mejillas, sintió cómo sus labios se partían y colgaban como un pingajo entre sus dientes, la piel se le embotaba como goma maciza, se preguntaba por qué no perdía ya la consciencia. Oyó las respiraciones forzadas por el cansancio, notaba el sabor metálico de la sangre mezclado con la sal de sus lágrimas y el olor a orina. Se lo había hecho encima. De repente, la violencia cesó. Permaneció en el suelo, lleno de terror. No se atrevía a moverse, su mente estaba envuelta en una nebulosa, cualquier movimiento que hiciera le producía un enorme dolor. Le habían dejado solo, pero un terror instintivo le impelía a huir, a esconderse. Se incorporó con lentitud, primero de rodillas, luego pudo erguirse. Anduvo a trompicones, tenía la visión partida, solo podía enfocar con un ojo. Se movió hacia la oscuridad, escupió algún diente, notaba la mandíbula desencajada, la nariz borboteante, le ardía el pecho. A pesar del calor, sus dientes empezaron a castañetear. Sobrevivir. Solo quería sobrevivir. Habría hecho lo que fuera por sobrevivir.

—Mira qué suerte hemos tenido, el mismísimo Valentín...

Como si el tiempo hubiera sido rebobinado, volvió a encontrarse a los hombres frente a él.

—Por favor, por favor, por favor...

Las frases tenían eco solo en su mente, porque la mandíbula rota no le permitía vocalizar sonidos descifrables. Fue entonces cuando tuvo aquella convicción espantosa sobre lo que iba a suceder, y pensó que no podía ocurrir así, que todo el mundo debía tener tiempo de prepararse para algo como aquello, que todavía era joven, que uno no podía salir borracho de un bar y saber que a continuación todo se acabaría, que las cosas se podían arreglar, que debía poder tomarse otra copa. Valentín los miró y supo que su final estaba allí, hubiera querido enfrentarse de una manera digna a aquello; intentó suplicar, pero de su boca solo salían gemidos, se puso de rodillas, extendió las manos, no quiero morir, pensaba, no quiero morir, no estoy preparado, prometió a Dios que si salía de aquella se enmendaría, enderezaría su vida, dejaría las apuestas, el alcohol, las sucias componendas en los hogares, pagaría sus deudas, no más secretos, no más mentiras, solo quería volver a casa, ordenar sus ideas, su vida, todo lo que necesitaba era un poco más de tiempo, os lo suplico, os lo suplico, esto ha sido una lección, he aprendido algo, en los ojos de aquellos hombres creyó ver comprensión, piedad, incluso amor, le sonreían, siguió creyendo que había esperanza, incluso cuando sintió aquel frío en la ingle que fue transformándose en un calor abrasador que le recorrió el pecho y le cortó la respiración.

Cuando Arturo recibió la noticia de dónde habían encontrado el cuerpo de Valentín Antuña, decidió que se iba a pescar. Así se lo comunicó a Manolete, que empezó a

hacer los bártulos. Se instalarían en Arroyo de la Luz y se tomarían un par de días de asueto. En realidad, Arturo no consideraba que tuviera uno de esos problemas frustrantes, o que estuviera inmerso en un movimiento circular y repetitivo que no ofrecía solución ni escapatoria. De hecho, no sentía impotencia, sino tedio. Ya había considerado aquella posibilidad, y aunque no tenía nada que encajase con exactitud, sus pensamientos se habían vuelto más intuitivos, más frenéticos, y le encauzaban hacia una última carta. Sencillamente debía organizarse de forma que consiguiera esquivar el miedo, las vanidades y los intereses, los virajes en las opiniones, el diapasón político encargado de deformarlo todo a base de consignas y mentiras. No habría resquicio para apelaciones después de aquello. Cuando Arturo se metía en el agua, resultaba estimulante sentir la fría corriente en los tobillos, los pies descalzos se veían tan claramente como si el río fuese aire, las partículas de mica brillaban en el fondo, las truchas de reflejos tornasolados, quietas contra el flujo constante del agua. En ocasiones también leía, dejaba que las palabras de los grandes fluyeran como el río, a través de él. Charlaba con Manolete, bebían, comentaban dolores nuevos y cicatrices viejas. Al tercer día agarró una flor y rompió su tallo, la savia se derramó pegajosa, con un olor penetrante que aspiró con fuerza, y entonces decidió hacer la llamada que pondría todo en marcha. Eliseo Sánchez se mostró sorprendido por la interlocución, pero no tanto como para no querer pescar también él, esta vez a río revuelto, y le lanzó una contrapropuesta que Arturo imaginó estaría haciendo estremecer de gusto su trémula papada. Tras la anuencia, le dijo a Manolete que preparase el coche, que se iban a dar un paseo.

—¿Adónde vamos, teniente?

—A recoger a alguien.

Cuando Mencía abrió la puerta y se encontró con aquel capitán, no podía imaginarse el recorrido por el horror que le tenía reservado. La voz de Arturo fue cordial, con cambios de tono, caídas, remansos, y él no venía investido de la autoridad oficial de quien juzga o impone castigos, sino con ese aire piadoso de quien escucha y consiente. Le expuso la situación y le señaló el coche donde le aguardaba su compañero; Manolete la miró de una manera extraña, ella no supo interpretarle. No había sido una orden, ella supo que debía limitarse a seguirle a donde la llevase, porque lo que él quería mostrarle era que no había mayor debilidad que amar a alguien, la certeza de que si tienes alma, sufrirás por ella. Lo arregló para que Nieves se hiciera cargo de todo y les aseguró que estaría de vuelta al día siguiente. Cuando se introdujo en el coche, Arturo aprovechó para entrar en la casa y se demoró unos instantes; Mencía experimentó un temor atávico, el de toda madre ante una amenaza abstracta a su prole, pero la aprensión se desvaneció cuando Arturo volvió a salir y en la puerta quedaron enmarcadas sus dos hijas, despidiéndose de ella aunque con un gesto de asombro y perplejidad.

Ventas. Ante las paredes rojas y blancas de la cárcel de Ventas, Mencía fue testigo de las colas de familiares de las reclusas, con hatillos, caras ansiosas, los tediosos registros de los paquetes, los cuerpos amontonados contra la tela metálica que los separaba en el locutorio, estirando las manos para tocarse, los ojos que no se despegaban cuando se separaban, la rabia soterrada, la violencia contenida. Arturo iba siempre un paso por detrás, como un corredor, sin perderla nunca de vista, dejando que se asfixiase poco a poco antes de saltar de improviso y aplastarla, soltando aquí y allá frases monocordes, madres que no avisaban de que sus niños estaban enfermos para que no se los quitaran, el tope biológico de los tres años a partir del cual eran enviados a las instituciones del Auxilio Social, sin posibilidad de contacto hasta el cumplimiento íntegro de las penas y, aun entonces, sin la seguridad de que se diese el reencuentro. En ocasiones, Mencía se ponía lívida, boqueaba; la misma Mencía que había soportado humillaciones y dolor sin tasa perdía allí la cabeza cuando Arturo mencionaba las deportaciones de los chiquillos criados en ambientes republicanos, las fes de bautismo falsificadas, las páginas arrancadas de los archivos parroquiales, el entusiasmo redentor del Patronato de la Merced, llevado mucho más allá de lo estrictamente cabal... A veces, a Arturo le bastaba con una sola palabra para revelar la vastedad de todo aquel impío pasado sumergido. Cuando salieron del edificio, Arturo la invitó a entrar en el coche y le ordenó a Manolete que fueran directos al puente de Segovia; aún tenía que mostrarle «cosas inesperadas e ingratas», porque, añadió, la única manera de enfrentarse a la vida era estar preparado para lo peor. La prisión de Madres Lactantes era un chalé en el número cinco de la carrera de San Isidro, cercano a la orilla del Manzanares, donde las reclusas permanecían hasta que sus hijos cumplían tres años. Arturo la acompañó en un escueto recorrido por habitaciones y comedores. Allí, bajo el sello de la vida civilizada, el poder exploraba sus límites sin ningún tipo de dique, sublimaba su potestad, madres que no podían llevarse a sus niños cuando abandonaban el lugar, madres que no se podían acercar a sus hijos aunque estuvieran enfermos, madres a quienes solo se les permitía tener a sus hijos en brazos una hora al día, durante la lactación... Ante una de aquellas mujeres que daban el pecho a su bebé, los labios apretados contra la piel blanca, brillante de plenitud, las facciones relajadas de la madre, que rezumaba una ternura espesa y dulzona, ante toda aquella simetría vital, Arturo siguió explicando un modelo ideal del sistema, la aplicación magistral de todas las ideas de segregación, reeducación e ideologización para que las futuras generaciones evitaran seguir el «camino equivocado». Cuando Manolete vio salir a Mencía, esta era otra mujer, como si el tiempo hubiese derribado todos sus baluartes y la hubiera envejecido por completo. Arturo permanecía deliberadamente tranquilo; aquella visita había trastornado a aquella pobre mujer, pero también era hermoso comprobar cómo se sobreponía a aquel golpe, porque Mencía aceptaba el mundo con su crueldad y sus paradojas, con sus reveses, sin titubeos, como se acepta el pan o la

lluvia, el mismo mundo que les debía legar a sus hijas. Aquella mujer no consideraba lo que había hecho Arturo como un ultraje; dolía, tanto como un latigazo en la espalda o un dedo roto, pero no dejaba de ser una verdad de la vida.

—¿Qué quiere, capitán?

Lo que terminó de maravillar a Arturo no fue la entereza con la que se ofreció en aquella pregunta, sino el amor, todo el amor que la sostenía, tan compacto que casi podía apartarse con la mano como una cortina de terciopelo. Arturo sonrió, sacó las cartas de Cuba, se las entregó, y luego puso la mano en su vientre.

Gabino Cabañas estaba inclinado sobre la mesa, reagrupando las bolas de su solitaria partida de billar. Vio entrar a Arturo, en las manos traía un par de cervezas, echó un vistazo a la suya todavía mediada en una de las esquinas, hizo una mueca con los labios. Arturo colocó otra al lado, le dio un sorbo a su botella, luego cerró la puerta de la sala privada.

—Buenos días, capitán. Llevo toda la mañana preguntándome para qué querría jugar otra partida de billar.

—Masoquismo —respondió Arturo posando su cerveza.

Se quitó la chaqueta y, como su contrincante, se quedó en mangas de camisa. Gabino terminó de triangular las bolas y le ofreció comenzar la partida. Arturo negó con la cabeza.

—Usted sigue siendo el anfitrión.

Gabino Cabañas notó un temblor en el pulso, pero dio tiza a la punta de su taco y comenzó a entronar bolas una tras otra, sin dejarle ninguna opción.

—No me gusta perder, Gabino, pero me fascina contemplar cómo juega.

—Muchas gracias.

—Sí, resulta un placer disfrutar de las cosas bien hechas, y además me indica con perfecta seguridad cuáles son mis límites, reconocerlos, saber dónde no debo estar.

Gabino observó la extraña sonrisa de Arturo. Sintió el sudor en las axilas, y fue consciente de que aquel capitán percibía sus ojeras violáceas, su fingimiento de aplomo.

—¿Reza usted, Gabino?

—Cuando puedo.

—¿Y por qué reza usted?

—Me temo que soy muy tradicional: por la salvación de mi alma.

Arturo asintió. Le invitó a comenzar otra partida, se apoyó en su taco y fue testigo de cómo las bolas entraban de continuo con sonidos huecos, mientras la blanca dibujaba caminos de regreso. La presión hacía que Gabino se concentrara más en esquivar los errores; cuando solo quedaba la bola negra, se inclinó cuidadosamente sobre el tapete.

—Supongo que ya sabe de la desgracia de Valentín Antuña —le interrumpió

Arturo dando un sorbo a su cerveza.

Gabino separó la vista de la punta del taco.

—Quién mal anda...

—Y además era del Opus —ironizó Arturo.

Gabino hizo una mueca de desdén y empujó con fuerza, la bola negra entró con brutalidad en la tronera. Se irguió muy serio.

—Capitán, creí que habíamos acordado que yo no tenía nada que ver con eso.

—Y cumplo lo convenido. No estamos aquí por usted.

—Y entonces ¿por qué estamos?

Arturo abrió los brazos señalando lo evidente.

—Para jugar. ¿Por qué no echamos la última?

—Querrá decir por qué no echo la última —enfaticó.

Arturo sonrió con un punto de tristeza y terminó su cerveza de un solo trago. Gabino agrupó las bolas, atizó a la blanca para romper su limpieza geométrica y calculó cuidadosamente su estrategia, aunque sus disparos fueron dados con rabia y desprecio, como si quisiera demostrarle a Arturo toda su indefensión en una mesa de billar. A medida que evolucionaba, sus movimientos iban haciéndose más rápidos que precisos, disparaba antes de tomarse el tiempo necesario para calcular la colocación de las bolas, con una expresión rígida que trataba de enmascarar la ira. Aun así llegó hasta el final, empujó la bola negra hacia una tronera, y cuando iba a caer en su interior, Arturo la cogió y la situó a la altura de su oreja.

—Dígale al juez que quiero verlo esta semana, a la mayor brevedad.

Gabino no fue capaz de encubrir el estupor. En su cabeza se apelotonaron las preguntas, pero cualquiera de ellas sería un rastro que apuntaría directamente a su responsabilidad.

—Y descuide —añadió Arturo—, nuestro trato sigue vigente. Usted solo es el mensajero; considérela otro paso en la dirección correcta.

Arturo se metió la bola en un bolsillo de la chaqueta, se la puso y se despidió con un gesto liviano. Justo cuando iba a salir, se dio la vuelta.

—Ah, y dígale también que todos vivimos en la incertidumbre.

Cerró la puerta con delicadeza.

La ermita de la Santa Cruz, más conocida como del Humilladero, se hallaba en un cerro desde el cual se podía vislumbrar, a escasos kilómetros, el monasterio de Guadalupe. Decían que a los pies de su cruz, el mismo Miguel de Cervantes había depositado sus grilletas en ofrenda tras ser liberado por el Turco. Bajo aquel sol todo buscaba la sombra, y José Antonio Ponce se había refugiado en su diseño mudéjar, entretenido en admirar las arquivoltas que terminaban en ángeles en actitud orante, posiblemente invitando a tal quehacer a los caminantes que allí se detenían. Al juez le gustaba aquel lugar, no quedaba lejos de su finca, el efluvio perfumado de las

aulagas, enebros, chaparras, el paisaje solemne de la sierra; siempre se sorprendía ante la sencillez y el encanto del templete, le recordaba la necesidad de renovar la sensación de asombro ante el mundo creado por el Señor. Del mismo modo, el Humilladero se obstinaba en recordar una verdad axiomática aunque deliberadamente poco observada: también Dios era un juez, y en el mundo por venir, más allá del que habitaban, una mera apariencia, pobre e inmunda, quien vigilaba desde arriba, y pese a su bondad, tenía ya designados a quienes se salvarían y a todos los demás a los que rechazaría, esa era la verdad inexorable de una condenación ordenada de antemano. Se santiguó con furia. Él también vigilaba, se encargaba de controlar las desviaciones ineptas del pueblo, el mismo que por su estrechez de miras se empeñaba en disfrutar de lo que ofrecía la vida aquí y ahora antes que aspirar a la plenitud de un goce demorado pero eterno. No importaba, él seguiría siendo un pilar, un dique dialéctico contra la mundanidad para adoctrinar, reformar y, en su caso, extirpar cualquier amenaza. El ruido de un motor le sacó de sus pensamientos, salió de la ermita y vio cómo un coche se detenía al pie de la corta pero pronunciada pendiente.

Cuando Gabino Cabañas le transmitió el mensaje de aquel capitán, asegurándole que él no había soltado prenda, tuvo una sensación residual de furia, pero le creyó; tampoco supuso ninguna sorpresa o asombro, quizás una traza de rabia muy diluida en admiración por quien ya había dado muestras de que sería capaz de abrirse paso entre el inmovilismo y la propaganda. En ese sentido, el asesinato de Valentín Antuña había supuesto un inesperado alivio, porque la compartimentación informativa jugaba a su favor; el árbol había caído y los monos se dispersaban, cada uno acogiéndose a sus propias artes y aliados. A partir de aquella ermita, él era el único que custodiaba lo que hubiese que custodiar. La lección que debía extraer de todo aquello era que la ausencia de adversidad en la que habían prosperado era muy peligrosa, la seguridad irreal que proporcionaba los había llevado a aquel punto. No debía olvidarlo nunca más.

El sol calentaba el metal del coche, y Arturo se frotó la palma quemada de la mano. Se colocó las gafas ahumadas, echó un vistazo cuesta arriba, le dijo algo a Manolete y comenzó el ascenso con calma; se dirigía al vórtice mismo de todo aquel asunto. Coronó la subida y se pasó un pañuelo por la frente; el juez le vigilaba, con el rostro abotargado, la papada trémula, sudoroso aunque sereno.

—Curioso lugar, no lo conocía —dijo Arturo.

—Es recogido, tranquilo, aquí me siento a gusto.

A Arturo le sorprendió la voz profunda, resonante, y admiró sinceramente las hermosas proporciones del templete.

—¿Y qué le ha traído hasta aquí, capitán? ¿Quiere hacer alguna ofrenda?

—Iba a traer un bote de miel, pero no sabía si encontraría alguna de la misma calidad que la que toman Gabino Cabañas o Eliseo Sánchez.

José Antonio Ponce apretó los labios, cerró los ojos y elevó la barbilla. Acababa de entender el lazo en el que había caído, el capitán había apostado sobre un farol,

porque no tenía nada, solo indicios, vínculos gaseosos, intuiciones desesperadas. Solo su presencia allí le había aportado algo sólido; por tanto, bastaría con marcharse. Hagamos esto con elegancia, pensó.

—Así que todos vivimos en la incertidumbre.

—Todos —confirmó Arturo—. No se imagina lo mucho que me alivia que haya venido.

—Lo imagino.

—Al menos ahora tengo un interlocutor.

—Me temo que no dispongo de mucho tiempo, estará al tanto de mis obligaciones.

—¿Y cuáles son, don José Antonio?

—Controlar los instintos, capitán. Usted sabe mejor que yo que el ser humano es asocial, violento, destructivo. El mito de una raza gregaria es un cuento, lo somos en tanto haya un control de su estado natural, ya sea cerca de Dios o cerca de mí.

—Es cierto que somos débiles, pendencieros, y que nuestro corazón es solitario, mezquino, brutal, supersticioso, cruel, intolerante, grosero, envidioso y estúpido, pero solo con ese bagaje no hubiéramos sobrevivido. ¿Qué hay del amor, de la piedad, de la compasión, don José Antonio?

El juez se tiró de una ceja con un cinismo jovial.

—El amor, es cierto, quién querría vivir en un mundo donde eso no fuese verdad.

—Tal y como yo lo veo, el problema de esa justicia que usted defiende es que no es insensible al halago, a la mentira, a la hipocresía. Pero, sobre todo, al dinero.

—Mire, capitán, lo verdaderamente inmoral es pretender que una cosa se realice por arte de magia, simplemente por el deseo, cuando lo único moral es la severa voluntad de disponer de los medios para la ejecución de ese deseo.

—Incluso estigmatizando a los sujetos, mancillándolos, anulándolos.

—Si se refiere a ese desgraciado maestro, todas las pruebas lo acusan.

—No, no me refiero a Diego Peinado.

Arturo entró en la ermita, sacó las fotos de las niñas y las colocó contra la cruz. José Antonio Ponce tuvo mucho cuidado de no invocar recuerdos; aun así, sus ojos perdieron vivacidad y sufrió un breve episodio de confusión y remordimiento. Permaneció en silencio, indeciso sobre qué rumbo tomaría la conversación.

—¿No me dice nada, señor juez?

—Yo trabajo cada día con la ambigüedad, capitán, con la forma de hacer que las cosas funcionen y que los absolutos no aplasten nuestro proyecto de sociedad. No podemos atacar la esencia del sistema, solo las excrescencias incontrolables, y hay ciertas cosas que usted no está autorizado a preguntar, porque de haber explicaciones, puede que no las entendiera o simplemente le resultarían inútiles.

—En esa penumbra que usted intenta defender, señor juez, se gestan el remordimiento, la culpa y el odio, un aislamiento mental, una endogamia que algún día explotará con una violencia que ustedes no podrían ni imaginar.

José Antonio Ponce negó con un enérgico ademán de incredulidad.

—Usted, capitán, no puede comprender ciertas cosas.

Hizo un gesto de desprecio e inició su marcha, pero Arturo le agarró del brazo. Sonrió con desgana.

—Tiene usted razón, y a veces me siento mal por ello, y no puedo hacer nada de lo que debería hacer, ni creer en lo que debería creer; ni siquiera sé ya, a estas alturas, lo que se supone que debería creer, pero tengo estas fotos, y son algo tangible, algo que puedo tocar.

El juez se soltó con un violento tirón, parecía conmocionado, el rostro enrojecido, lleno de cólera.

—Usted parece perseguir la individualidad, capitán Andrade, pero una colmena no es el lugar más adecuado para hacerlo. En ella, quien no es víctima es cómplice o, como usted, verdugo. ¿Y desde cuándo los verdugos hacen examen de conciencia? Usted ha de ser consciente de la función que desempeña, y también de que nadie es insustituible, sencillamente se le aparta y otro ocupa su lugar para el correcto funcionamiento de la colmena.

Arturo comenzó a reírse doblándose un poco sobre sí mismo. Cogió las fotos, las guardó y se sentó en el suelo, contra la cruz, con las manos apoyadas sobre las rodillas.

—Comete usted un error de apreciación, señor juez, yo no soy una abeja, soy una mosca, nos movemos siempre entre mierda, morimos pronto, pero, sobre todo, tocamos los cojones. Y a mí todavía me queda el tiempo suficiente para tratar lo que he venido a tratar con usted...

*En la puerta apareció un hombre alto, bien parecido, se quedó allí, bajo el marco. Me observó durante un largo rato, yo permanecía en silencio, quería que él hablase primero, y a pesar de lo que me había dicho Javier, y de que las primeras palabras del hombre fueron también para pedirme que no me asustara, yo estaba muy nerviosa, y ni su tranquilidad, ni su sonrisa, ni la autoridad que desprendía me aliviaron la inquietud. El hombre cerró la puerta y posó la linterna apagada en el suelo, miró por el hueco del techo, se quedó unos segundos hechizado por el resplandor de las estrellas. Después quiso fortalecer mi ánimo, aunque seguía mirándome de una manera rara, y dijo que a partir de entonces estaríamos juntos, que se encargaría de cuidarme. Cuando le pregunté si sería mi nuevo padre, asintió con la cabeza, y cuando le pregunté dónde estaba el resto de la familia, me dijo que los conocería más tarde. Me intrigaba la expresión de su rostro, intensidad, timidez, deseo, también que no me hubiera dicho su nombre. En cambio me dijo que era muy guapa, que nunca había visto a una niña tan guapa en su vida, y aunque se me puso la piel de gallina le respondí que gracias, y añadí que me apetecía conocer a mi nueva familia, que cuándo nos íbamos. Hizo como si no me hubiera oído y me*

preguntó si no tenía calor, que si quería podía quitarme la blusa. Algo turbio recorrió entonces sus ojos, y cuando le respondí que no y me levanté, el hombre me susurró que todavía no nos iríamos a ningún lado, que debíamos esperar pero no dijo por qué. Cuando me dirigí a la puerta, la bloqueó, entonces su tono cambió, quítate la ropa, dijo, yo pregunté qué, y volvió a repetir que me quitase la ropa. Le dije que no me la quitaría, y empezó a desnudarme con violencia, luché, luché con todas mis fuerzas, pero no bastaron, y no tardé en estar tumbada debajo de él, jadeaba, sudaba, una vergüenza fría me recorría el cuerpo mientras el hombre quería besarme, y me lamía, y me tocaba, y yo gritaba de dolor, de sorpresa, de rabia, decía no, decía no, decía por favor, decía por favor, por favor. Cuando apreté sus labios contra los míos pensé que aquella era la primera vez que me besaban, la primera. El hombre se cansó de que me resistiera y de oírme suplicar, me ató las manos con una cuerda, me tapó la boca con mi blusa, empezó a recorrer mi cuerpo con sus manos y su lengua, comencé a llorar, y poco a poco empecé a abandonar mi cuerpo, dejé de forcejear, sentí como si no tuviera peso, como si no hubiera gravedad, solo oía ya mi corazón, era un latido poderoso que me acompañaba mientras me iba separando de la carne, que dolía y dolía, pero si perseveraba podía hacerlo del todo. Mientras sucedía recordaba a Josefina, el día en que nos escapamos, el agua increíblemente fría del mar, la hierba como terciopelo verde, las vacas pastando, la marea adelante y atrás, adelante y atrás, nuestros gritos cuando perseguíamos al cangrejo, los labios agrietados por la sal, aquel aire limpio donde todo parecía empezar de nuevo. E imaginé un unicornio, no uno de papel como el que había dejado en la pared, sino uno de verdad, imponente, poderoso, indómito, que apareciese en el horizonte de la playa y corriese hacia nosotras, y nos llevara lejos de allí, tan lejos que ni siquiera hubiera personas, y tras nosotras no quedaría ni una huella, solo aquel mar rompiéndose en rizos blancos en la orilla, su murmullo, su entidad colosal, intangible, un paisaje marino resplandeciente y desierto donde nadie pudiera amar o morir o recordar. Luego, todo se apagó.

## *Ora pro nobis*

*La luz llenaba de reflejos escarlatas la argolla comida por el óxido, incrustada en un panteón del cementerio. Una intemperie de nichos y lápidas quemadas por el sol y el olvido, mausoleos a punto de desmoronarse, ramos de flores descoloridos y secos, la violencia del tiempo sobre la piedra, la maleza que proliferaba. Los oscuros y corpulentos cipreses hundían sus raíces profundamente bajo la tierra mientras apuntaban el camino hacia el azul diáfano a las almas extraviadas. Arturo echó un vistazo para comprobar que el cementerio seguía desierto; unos metros más allá, Manolete vigilaba la entrada. Solo había permitido el paso de aquel hombre vestido de negro, con un paraguas cerrado, que había aparecido inesperadamente y le habían permitido quedarse sin saber muy bien por qué. Permanecía en silencio, a pocos metros, concentrado en la sepultura abierta.*

—¿Lo bajamos ya?

El encargado, con cara de liebre, le miraba expectante. Arturo asintió, y aquel apuró a su compañero para que tensase las cuerdas y entre los dos hicieron descender lentamente el ataúd.

Ventura miraba el cielo haciendo visera con una mano para protegerse de la luz violenta y tensa. Observaba el vuelo nupcial de dos buitres que ejecutaban su cortejo con feroz determinación. El campamento se iba desperezando y olía a morcilla y a queso aceitoso. A pesar de llevar mucho tiempo enfrentado a la decepción y la mentira, había ciertos momentos que sabía que eran perfectos, instantes como aquel, en que el porvenir parecía más brillante, o sencillamente había una esperanza de que todo terminase con rapidez. Ventura sonrió y saludó a uno de sus compañeros.

Ya contaban con la resistencia que se produjo, por eso la consigna era actuar sin miramientos. Los policías entraron acompañados de dos inspectores del Auxilio Social, neutralizaron a los matones de la directora y, ante las quejas y recriminaciones de las hermanas, se emplearon en registrar a fondo el hogar Ministerio del Amor. La denuncia había partido de una fuente anónima, y el SIAEM se implicó atendiendo a los hechos acaecidos en relación a su investigación. Arturo aguardaba fuera, apoyado contra la verja, junto al escudo del dragón enfrentado a la flecha. Tenía un gesto convincente, como si hubiera subido a una montaña de mentiras y pudiese otear el horizonte con claridad.

El ataúd comenzó a bajar, los encargados soltaban cuerda con cuidado, procurando que la caja no se desnivelara. En un mundo de incertidumbre, en su interior se hallaba la única certeza que tenían, la mayor. A su izquierda, un perro montaba a otro con la larga lengua colgando, bajo el sol refulgente. Cuál era la naturaleza de los símbolos y las coincidencias, consideró Arturo, la vida que plantaba cara a la muerte, la muerte que recogía siempre su cosecha. Era algo facilón, pobre, que abrumaba la integridad y el buen gusto intelectual, ni siquiera debían sonreír con connivencia, había que simular que no lo veían. Arturo repasó las agrias imágenes que permanecían en su memoria, imágenes congeladas sin movimiento ni emoción.

—Quiero hacer un trato con usted, señor juez.

—Un trato es un intercambio, y usted no posee nada, capitán.

Arturo sonrió con amargura, claro, claro que poseía algo.

—Claro que poseo algo —dijo sentado contra la cruz de la ermita, inspiró con fuerza—. Moral, tengo moral, pesa como una condenada, la llevo a cuentas como esta maldita cruz, ustedes los aristócratas no saben de lo que hablo, ni las pobres gentes, los siervos de la gleba, solo los que estamos en medio la cargamos. En algunas ocasiones puedo deshacerme de ella, en otras no. Y hoy estamos en una de esas otras —se pasó la mano por la frente—. Señor juez, imagine que yo le doy la oportunidad de resolver un problema de interés general, un problema que le proporcionaría credibilidad y peso político ante el gobernador, ante el mismísimo Caudillo...

En los siguientes treinta años, Mencía recordararía siempre aquellas horas, intentando obtener respuestas a inquietantes preguntas, mientras efectuaban un tránsito turbio hacia la irreversibilidad del destino. Con sus hijas abrazadas con fuerza, la pequeña llorando a moco tendido frente a la pasarela de aquel buque en el puerto de Lisboa, recordando el rostro de Ventura mientras la balanza de su ánimo empezaba a inclinarse, en un principio negándose a creer lo que le decía, para luego repetirle los términos que le había propuesto aquel capitán.

—Señora —la avisó uno de los sobrecargos—, ya estamos a punto de embarcar...

La puerta de la celda se abrió y Diego Peinado vio entrar a Arturo con una resplandeciente expresión de alivio. Este le saludó y le entregó el periódico del día, doblado por una página.

—Buenos días, Diego. Supongo que querrá estar informado.

El cautivo sudaba, nunca le había visto sudar, y eso sorprendió a Arturo. Asimismo, en sus pupilas había un vacío, una mirada extraviada, era la expresión de quien anhelaba cualquier instrucción, cualquier orden que obedecer con tal de salvarse.

—Menos mal que ha venido, ya recuerdo lo que hice en aquellos días, capitán. Podrá sacarme de aquí.

—Vaya, parece que por fin... Aunque, por favor, échele primero un vistazo al periódico, luego me cuenta.

El maestro leyó el artículo adornado con una caricatura suya de semblante afilado y sombrío, con unos cuernos y cola lanceada. Las palabras no hicieron más que aumentar su sofoco, su ansiedad. Su miedo.

—Quiero salir de aquí, soy inocente —casi gritó.

—He traído a alguien que le ayudará.

—¿Otro abogado?

—Le salvará de sí mismo, se lo aseguro.

—Gracias, gracias, capitán —quiso cogerle una mano pero Arturo las levantó, esquivándole y al mismo tiempo dando por sentado su agradecimiento—. He sido un necio, un estúpido, quisiera pedirle perdón por todo lo que le dije, por haberle puesto en esta maldita situación.

—Aunque lleguen tarde, las disculpas se aceptan. Entonces, ¿admite que se equivocó, que el de Badajoz era otro?

—Sí, por supuesto, todo es falso, todo inventado.

—¿Por qué?

Peinado titubeó y Arturo adivinó que necesitaba unos segundos para inventar sobre la marcha o para enfrentarse a una verdad.

—Me esfuerzo por pensar, capitán, me esfuerzo, lo he analizado todo estos días, por qué he destruido mi mundo, por qué he renunciado al amor, me he enzarzado en una contienda inaceptable...

—¿Ya no se enorgullece de su herida? ¿Ya no cree que le hace parecer grande y trágico?

—He escudriñado en mi interior...

—Quizás ha visto que representa usted un papel en un gran escenario sin otro público que usted mismo.

—Estoy desorientado, todo ha sido un desperdicio, pero puedo tratar de empezar de nuevo, he de juntar la energía, el valor necesario.

—Pero todavía no ha contestado a mi pregunta, Diego. ¿Por qué?

Arturo observó tratando de descubrir el efecto de sus palabras. El maestro le devolvió una mirada plañidera, había un temblor en su boca, los ojos a punto de llenarse de lágrimas.

—Quizás te produce placer esa flagelación, Diego, embebido en ti mismo, maravillado ante tu trágico espectáculo...

Arturo iba enumerando las reacciones que llameaban en el interior del maestro, ira, hostilidad, rabia, impotencia...

—... pero no te preocupes, a mí no me interesan ya tus verdades o tus mentiras, no me produce curiosidad tu autoengaño; puede que hayas borrado tanto tus huellas

que ni siquiera recuerdes por qué empezó todo. Por eso me he traído a alguien que sí está interesado en ello, por lo menos durante el escaso tiempo que aún te queda antes del tiro en la nuca —miró a su espalda—. ¡Doctor!

Autocomplaciente y morbosamente gordo, Eliseo Sánchez entró en la celda con una sonrisa de oreja a oreja mientras Arturo le explicaba a Diego quién era y cuál era su cometido allí. El psiquiatra se enfrentó al enérgico ademán de incredulidad del maestro con una sola frase.

—Qué gusto conocerle, don Diego.

El ataúd se ladeó y estuvo a punto de hacer perder el equilibrio a uno de los encargados. Tuvo que aferrarse a la cuerda amarillenta y hacer fuerza para igualar el peso.

—No hablará usted en serio —respondió el juez José Antonio Ponce.

Arturo recordó su reacción, su postura semejante a una efigie, una estatua grande y pesada erigida en honor a la inanición física y moral de una época.

—Nada es totalmente justo, señor juez, nada es totalmente recto. Lo que propongo es conveniente para todos, usted me dice quién estuvo con las niñas y yo le pongo en bandeja al Extintor y a toda su cuadrilla.

—Está usted loco.

—Es un buen trato, señor juez. Usted se mueve en parámetros políticos, proporcionarle este tipo de éxito al gobernador le coloca en una situación espléndida para cualquier proyecto futuro. ¿Qué significan unas pesetas frente a la capacidad de influencia? Y no me diga que ese hombre y usted son amigos, porque usted no tiene amigos.

—Todo eso que usted está insinuando es indigno, una desfachatez, un insulto.

Arturo puso los ojos en blanco, como obviando un comentario irrelevante.

—No sea tan duro conmigo, yo por lo menos le doy la oportunidad de elegir, cosa que usted no dio a las chiquillas.

José Antonio Ponce le miró vigilante, suspicaz.

—No me mire así, hombre —sonrió Arturo, luego se levantó apoyándose contra la cruz y dándose palmadas en las manos—. También puede negarse, y lo entendería. Quienes seguramente no se mostrarían tan comprensivos serían todos los camisas viejas que todavía tienen influencia, en especial aquellos que no acaban de tragar con los nuevos tiempos y que comprenden que en la lucha política no cuenta lo que es objetivamente cierto, sino lo que se acepta como tal. ¿Se imagina lo que pasaría si explotasen un problema de opinión pública? Qué escándalo, todo un católico señor juez implicado en asuntos tan turbios, su caricatura en los periódicos no sería plato de gusto. Ya sabe que estos falangistas tienden a ser violentos, impremeditados, y que a todo el mundo le gusta un buen escándalo, uno sonado, cuanto más apabullante, cuanto más desagradable, cuanto más destructivo, mejor se siente la gente, porque la

gente es así. Y a cambio qué le pido, únicamente un poco de comprensión...

Trochas, veredas, senderos, caminos, barrancos, carreteras, todo iba siendo infestado por la Guardia Civil, el Ejército y el somatén. Las fuerzas represivas se habían desplegado por la sierra al mando de un teniente coronel y del propio gobernador de Cáceres. Al tiempo se había desatado una operación de limpieza de enlaces en numerosos pueblos de la zona en la que se detuvo a cientos de sospechosos de colaborar con la guerrilla. Salvador avanzaba a no mucha distancia de Nicolás, y Mauricio, a unos doscientos metros a la izquierda de ambos. El cabo iba con los labios apretados casi en una mueca grotesca, las facciones cargadas de ira; no era una fuerza, era más como un mensaje sin sentido, un confuso zumbido en su cabeza. Nicolás caminaba considerando que el honor y el orgullo quizás no fueran más que sueños de los que se alimentaban los hombres, un segundo de pretenciosidad, mejor seguir vivo, prevenido en el futuro contra ciertos favores y dependencias. No sería el primer hombre que, a pesar de la derrota, se pasaba el resto de su vida fingiendo que era feliz con lo que tenía. Mauricio había recuperado en aquella operación algo que jamás había olvidado ni olvidaría, la terrible e ilógica belleza de la guerra, desprovista de preguntas o sentido, sin vanidad, llena de renunciaciones, inigualable al concederle un conocimiento sobre sí mismo que convertía a un hombre en alguien diferente a todos los demás hombres.

Una vez que rascaron la superficie, no fue difícil inferir el estado real de las cosas, la mortificación, la vergüenza, el hambre, la sordidez, los traumas. El humor de Arturo se había torcido, estaba en el patio, la mirada perdida en un punto impreciso. Manolete le observaba con expresión vacilante, solo se oía el rumor del oleaje, los chillidos de las gaviotas. Los inspectores habían ocupado los despachos, los hombres del SIAEM seguían registrando la casona, las niñas se hallaban formadas en el patio, en el más absoluto silencio, pastoreadas por unas hermanas igualmente calladas. En aquel lugar, un sueño estaba herido de muerte, lo que consideraban solo la punta del iceberg ocultaba profundas verdades macabras, bultos imprecisos entrevistos en la penumbra que finalmente había mostrado sus perfiles definitivos y espantosos. Después de aquello, habían llegado a un punto en que podrían creerlo todo, cualquier cosa. Esa era la tragedia. Miró a las niñas, todavía inocentes. Inesperadamente, de la tercera fila salió una chiquilla, caminó hacia él con la mirada de un animal joven que está a punto de huir. Arturo supo que en la cabeza de aquella niña se había derrumbado hacía tiempo toda la seguridad que deberían haberle proporcionado los adultos, la certeza sobre su infalibilidad, unos añicos que se adivinaban a su alrededor y que provocarían que nunca más volviese a brillar con su antiguo esplendor. Era una de las maneras más dolorosas de crecer. Sin una palabra, ella le cogió de la mano y le

llevó a un punto apartado del muro, extrajo un ladrillo suelto y le mostró un escenario con dos monigotes de papel y, en medio, lo que parecía un caballo o, con mucha imaginación, un unicornio.

La proa rompía las olas, pulverizándolas en millones de átomos espumosos. Mencía siempre le había tenido miedo al mar, sus extensiones amorfas, ilimitadas, una superficie que se balanceaba y rugía, produciéndole inseguridad, confusión. Sin embargo, sus hijas parecían fascinadas por aquellas extensiones de tonos esmeralda, zafiro y malaquita; de hecho, era la primera vez que lo veían. La concentración salina en el aire y el movimiento del buque las mantenían en una euforia constante; reían, aplaudían, se quitaban la palabra, felices entre tanta tristeza, y eso alegraba a Mencía, porque no había nada más fuerte que el amor de una madre por sus hijas, nada más definitivo, nada más insobornable. Aquella manera de enfrentarse a la incertidumbre la proveía de esperanza, el mar no les daba miedo. Mencía quería enganchar su angustia a esa esperanza, un futuro en el que ellas surgirían de la corriente en la que un país entero se había hundido, y cuando quisieran criticarlas, ellas les recordarían los oscuros tiempos de los que se habían librado. El precio lo estaba pagando en esos mismos instantes su marido, un montante que no sabrían con exactitud hasta dentro de un tiempo, una espera que le daría las dimensiones reales de su soledad. A pesar de sus hijas, no dejaba de sentir una histeria controlada, una necesidad de estallar, una ansiedad, miedo eléctrico.

Era un ángel que caía del cielo, vestido con una túnica blanca y una corona y alas artificiales, al que hacían descender con una cuerda, exactamente igual a como bajaban en esos momentos el ataúd. En el exterior de la iglesia, la gente había guardado un respetuoso silencio cuando el chiquillo apareció en el aire; entonaba alguna plegaria, y al ser recogido en el suelo la gente estallaba en alegría y aplausos, liberaba alguna paloma y hacía estallar petardos. Era un espectáculo pintoresco, un auto sacramental que enloquecía a los fieles, los ritos para lograr la sumisión de lo intangible y lo invisible, envueltos en una mareante fragancia de incienso que simbólicamente era una ofrenda a Dios pero que en la práctica había servido para tapar el olor de los cadáveres en los funerales, para provocar la ensoñación religiosa en los fieles. Era un día en especial jubiloso para los niños, cuya excitación tenía que ser aplacada por sus padres. Todo el mundo reía, todos salvo Arturo, que vigilaba con un rictus grave a aquel hombre rodeado por su familia, una esposa, tres chiquillas, dos críos. Era alto, con pelo abundante, bien parecido, un héroe de la guerra cuyos antepasados eran un manojo de huesos llenos de telarañas dentro de nichos cubiertos con estatuas yacentes de indómitos caballeros; un prócer cuyos apellidos le liberaban de la necesidad de complacer y que hubiera tenido un declive lento y señorial. Y con

un secreto, ese secreto que todo hombre posee, que podría arrastrarlo al fondo. Y en aquel fondo aguardaba Arturo. Observó cómo una esquina del ataúd tocaba el suelo, y cómo procedían a equilibrarlo. Cuando golpearon a aquel hombre, el dolor le dobló las rodillas y le arrancó lágrimas, Arturo cogió su cara y le obligó a mirarle a los ojos, pero él mantuvo la dignidad, no suplicó, la piedad o el remordimiento le eran ajenos o sencillamente ya no los necesitaba. ¿Quién determina la locura?, pensó Arturo observándole, ¿quién distinguiría entre lo normal y lo patológico?; si le dejase en manos de los loqueros, le explicarían que aquel individuo no estaba cuerdo, que había cortado amarras no solo consigo mismo, sino también con su naturaleza más íntima, le hablarían de una confusión insondable, al margen de quien lo tratase u observara, que solo tendría sentido para él mismo, a quien no podríamos exigirle que asumiera nuestro discurso, le hablarían de razones plausibles que nuestras convenciones razonables no eran capaces de descifrar y de mil pamemas más que podrían no ya salvarle, sino incluso permitirle regresar años después. Por eso no podían dejarle marchar, por eso no tenía lugar en aquel mundo. Arturo quiso hacerle una pregunta, pero al final le dio miedo, porque quizás él tampoco tuviera la respuesta.

Si el campamento era rodeado, la táctica consistía en irse retirando a ráfagas. En ese momento, los gritos, los disparos y las explosiones de las bombas de mano se mezclaban con las órdenes y las blasfemias; soldados, guardias civiles, miembros del somatén, regulares, moros aparecieron de amanecida, cerrando una tenaza que dejaba a los guerrilleros sin posibilidad de escape. Podréis iros, Mencía, tú y tus hijas, le había dicho aquel capitán a su mujer, incluso tu marido si hacemos las cosas bien. Ventura atinó a ver entre las rocas a los primeros efectivos, pero no dio la alarma. Tendréis un billete para La Habana y dinero para empezar, quizás no verás a tu marido en una temporada, pero te prometo que acabará cogiendo un barco. Había acordado que desvelaría la localización de su base, y luego se entregaría para pasar a disposición de los hombres del SIAEM, que irían mezclados en la operación con el resto de efectivos. A cambio, solo tenéis que dar por terminada una guerra que ya está perdida. Ventura se agachó y empezó a disparar por encima de las cabezas, mientras oleadas de enemigos llegaban desde todos los puntos cardinales. No, me niego, no, le gritó a su mujer, pero lo decía con la voz de quien está a punto de ceder. Los guerrilleros repelían con dureza el ataque, pero iban siendo abatidos metódicamente. Algunos, viendo que no había escapatoria, se pegaban un tiro para cumplir el código guerrillero. Ventura se apostó tras unas matas y prefirió esperar a que la batida se acercara. La malla de hombres avanzaba peinando el monte, uno cada diez metros. A poca distancia vio a dos de ellos, con la mira del arma tenía su vientre a tiro. Comenzó a gritar, no tiréis, no tiréis, me entrego, le ordenaron que saliera despacio, dando las palmas; Ventura se irguió lentamente, aplaudiendo. Ven hacia nosotros, le dijo uno, siguió caminando, mientras repetía que se rendía, que no disparasen.

Cuando se hallaba a pocos pasos de ellos, recibió la descarga a bocajarro, el disparo hizo que brotaran llamas de la tela de la camisa, una mancha granate se extendió por la camisa, cayó de rodillas, se tambaleó a la derecha, quedó tumbado en posición fetal.

Gabino leyó en el periódico cómo habían cercado y capturado a un grupo de bandoleros, entre ellos al famoso Extintor junto con su plana mayor. La partida había sido exterminada casi en su totalidad, y los que quedaban vivos habían sido encarcelados a la espera de juicio. Pero la noticia del día era la aparición en un apartado lugar de la sierra de San Pedro del coche de Luis Fernando Caro de Icuña, uno de los terratenientes más conocidos de Cáceres, abogado y ganadero, condecorado en numerosas ocasiones por su brillante y arrojada actuación durante la cruzada nacional. Junto al vehículo habían encontrado el cadáver de Javier de la Torre, secretario personal del secuestrado. Estaba cosido a navajazos. Sobre el cuerpo habían dejado una bola de billar negra a modo de inexplicable tarjeta de visita. Se sospechaba que había sido una de las últimas operaciones de algún grupo escindido del Extintor, y se esperaba que en algún momento llegara la petición del rescate. Gabino Cabañas cerró el periódico, el atardecer cubría el cielo de una película azafranada, oyó el sonido de unas campanas. Tuvo una sensación de cambio que no supo expresar con palabras, cierta vergüenza, musitó algo; luego volvió la serenidad, como si hubieran cerrado una puerta tras él.

José Antonio Ponce enfiló el último repecho hasta llegar a su finca, cercada con alambre, abrió una portezuela, entró. A lo lejos se veían los panales, a medida que iba acercándose una corriente helada fue lamiendo su espalda. Todos los cajones estaban desmantelados, una ruina universal sembrada con miles de cadáveres de insectos que tapizaban la hierba. Solo se escuchaban las esquilas de un rebaño de cabras. El juez sintió un intenso dolor en las articulaciones, ciertos malestares, bien lo sabía, que no eran más que los susurros de una vejez que se acercaba irremisiblemente.

La intensa luminosidad reverberaba en las lápidas, el aire continuaba abrasivo. Arturo fue testigo de cómo el ataúd tocó fondo y reposó por completo en la sepultura, el encargado, de ojos diminutos y rostro macilento, indicó a su compañero con un movimiento casi imperceptible que comenzase a retirar las cuerdas. Arturo comprobó que Manolete seguía custodiando la entrada del cementerio, miró al hombre del paraguas, concentrado en las operaciones de los enterradores. ¿Sobrevive el amor a los cambios?, se había preguntado en aquel jardín interior cuando llevaron a Josefina a ver a su amiga. ¿Sobrevive a las metamorfosis, a las transformaciones radicales?

Los cilindros metálicos continuaban sonando en el aire como un antiguo dialecto, y la hermana Eladia estaba sentada en el mismo banco de cemento, cuidando a Catalina. Se acercaron hasta que Josefina quedó frente a sus ojos, su mirada la traspasaba como si fuese de cristal, la niña pronunció un nombre, uno distinto a Catalina, que no provocó ninguna respuesta, ningún gesto, ningún reconocimiento. Entonces Josefina abrazó a su amiga y se sentó a su lado, cogiéndole una mano, como si hubiese regresado a casa. Allí se quedaron, en silencio, con la hermana Eladia, un apóstol de la bondad sin sentido, con aquella pequeña sonrisa más bien triste, en un lugar donde todavía importaban las verdades, la compasión, la confianza, el amor, todo aquel amor, ese profundo deseo de estar con alguien, de pertenecer a alguien. Arturo miró el cielo, parecía siempre la repetición del mismo instante, azul, inmenso, impoluto, la única señal de vida era el temblor del aire caliente entre las tumbas, todo invitaba de nuevo a esas reflexiones de baratija sobre uno mismo, el tiempo anidaba en su interior, un intimidante recordatorio de la brevedad de la vida, de la inmensidad de la muerte. Arturo encontraba su emoción insuficiente, falta de relación con lo que estaba haciendo, anhelaba algo que le ayudase a superar aquella devastadora sensación de incredulidad que tan hondamente le mordía, algo que determinase el cálculo de cuánto se había sacrificado o cuánto se había ganado, que le permitiese saber si era un buen o un mal hombre, si sus actos se originaban en la fe o en el miedo. Pero lo único que tenía era aquel día brillante, indiferente a él y a su misión, todo parecía volver la cabeza, cerrar los ojos, porque la impiedad era necesaria para conseguir la victoria, cualquier tipo de victoria, en especial una que no arrugase el terso paño de la uniformidad nacional, una que permitiese las dosis justas de memoria y desmemoria para construir recuerdos diferentes. La ironía consistía en que el encargado de obtenerla era un pésimo demiurgo, quedaban detalles que escapaban a su comprensión, o a su capacidad, todavía persistía un gigantesco y sórdido rompecabezas de manipulación y ocultamiento que le era vedado. A pesar de aquel día, todo continuaría siendo pervertido, escamoteado, sepultado, reescrito; la historia seguiría introduciéndose en las vidas y devastándolas, convirtiéndolas en mausoleos llenos de ecos, reduciendo su intensidad y calor a cenizas. Las vírgenes que escapaban en unicornios también eran utilizadas para atraerlos, para amansarlos, para abrirlos en canal mientras aún se hallaban bajo el hechizo de la inocencia. Miró el ataúd, allí enterrada había una historia de crimen, engaño, manipulación, miedo, hipocresía, frustración, venganza, odio y mierda, y ni siquiera los cuentos sobre reyes que ataban presos a los cadáveres de sus víctimas, cara a cara, y los dejaban así hasta que se pudrían ambos, podían proveerles de algo parecido al consuelo. Solo les quedaba un inexorable, disciplinado, insípido y pertinente estoicismo.

—Señor —le dijo uno de los encargados con extrañeza—, algo se mueve dentro de la caja.

—¿Cómo dices?

—Que creo que hay algo dentro.

Arturo observó la tapa, con una P escrita con tiza, medio borrada ya. Se preguntó si el tiempo pasaba más lentamente en el interior de un ataúd.

—Se os habrá colado alguna rata. Cierra ya la sepultura.

Los encargados se pusieron a la labor con una lápida que descansaba al lado. Allí dentro, pensó, en la oscuridad, estarías solo de verdad, hasta el punto de que podrías ser tú mismo, llegarías incluso a soñar que fuiste un hombre. Arturo miró al tipo del paraguas.

—Señor, ¿podría hacerle una pregunta?

El individuo le devolvió la mirada, sin expresión.

—¿Por qué lleva ese paraguas?

El hombre miró al cielo.

—Hubiera jurado que iba a llover.

Arturo asintió.

—Sensato, es usted muy sensato.



IGNACIO DEL VALLE (Oviedo, 1971), reside en Madrid. Es autor de la serie de suspense histórico protagonizada por Arturo Andrade y formada por *El arte de matar dragones* (Algaida, 2003; Alfaguara, 2016. Premio Felipe Trigo), *El tiempo de los emperadores extraños* (Alfaguara, 2006. Prix Violeta Negra del Toulouse Polars du Sud 2011, Premio de la Crítica de Asturias 2007, mención especial Premio Dashiell Hammett 2007, Premio Libros con Huella 2006), que fue llevada al cine por Gerardo Herrero (*Silencio en la nieve*, película con Juan Diego Botto y Carmelo Gómez estrenada en 2012), *Los demonios de Berlín* (Alfaguara, 2009; Premio de la Crítica de Asturias 2010) y *Soles negros* (Alfaguara 2016).

Asimismo ha escrito las novelas *De donde vienen las olas* (Aguaclara, 1999; Premio Salvador García Aguilar), *El abrazo del boxeador* (KRK, 2001; Premio Asturias Joven), *Cómo el amor no transformó el mundo* (Espasa, 2005) y *Busca mi rostro* (Plaza & Janés, 2012); y el libro de relatos *Caminando sobre las aguas* (Páginas de Espuma, 2013).

Además de los galardones mencionados, tiene en su haber más de cuarenta premios de relatos a nivel nacional y sus obras han sido traducidas a varios idiomas. Escribe columnas de opinión en el diario El Comercio de Gijón y el Panamá América, y colabora con El Viajero de El País, entre otras publicaciones.

De 2012 a 2015 ocupó el cargo de subdirector y coordinador para Europa de la fundación cultural Mare Australe de Panamá.

Actualmente dirige la sección cultural Afinando los sentidos en Onda Cero Radio.